

+ 1609241
c. 73976957



DESCRIPCION ANALÍTICA

DE LAS

COMBINACIONES MAS IMPORTANTES

DE LA GUERRA,

Y DE SU RELACION CON LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS; PARA
QUE SIRVA DE INTRODUCCION AL TRATADO DE LAS GRANDES
OPERACIONES MILITARES.

SU AUTOR

EL BARON DE JOMINI,

*General en Jefe, y Edecán general de S. M. el
Emperador de todas las Rusias.*

TERCERA EDICION

AUMENTADA CON VARIOS ARTICULOS IMPORTANTES.

PUESTA LIBREMENTE EN CASTELLANO POR EL BRIGADIER DE
CABALLERIA DON FRANCISCO RAMONET, CON ALGUNAS NOTAS
SEÑALADAS CON LA LETRA (b).



DE ORDEN SUPERIOR.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1833.

DESCRIPCION ANALITICA

DE LAS

COMBINACIONES MAS IMPORTANTES

DE LA QUININA

Y HE SU RELACION CON LA FORTIDA DE LOS REYNOS: YANA
CON SIENA DE EXTENSION AL TRATADO DE LAS GRANDES
OPERACIONES MILITARES.

DE AUSTRIA

EL BARON DE JOMINI

La rúbrica, que lleva cada ejemplar, reclama todos los efectos del derecho de propiedad.

TERCERA EDICION

REUNIDA CON VARIOS ARTICULOS IMPORTANTIS

PUSTA EN VENTA EN CASTELLANO POR EL REPOSICION DE
CABALLERIA DON FRANCISCO BARRUT, CON ALGUNAS NOTAS
REVISADAS POR LA AUTORA (C)



DE ORDEN DE LA EDITORA

HECHO EN LA IMPRINTA DE...

1870 DE 1870

DEDICATORIA DEL AUTOR

á Su Magestad

EL EMPERADOR DE TODAS LAS RUSIAS,

REY DE POLONIA &c. &c. &c,

SEÑOR.

Ya que V. M. I., conforme á su equitativa sollicitud en favor de cuanto pueda contribuir al adelantamiento y propagacion de las ciencias, ha tenido á bien mandar, que se traduzca en lengua rusa mi tratado de las grandes operaciones militares, para que se estudie en las academias especiales del Imperio; deseoso yo de corresponder á tan benévolos designios de V. M., he creido debia añadir á aquel tratado, una descripcion analítica, que le sirva al mismo tiempo de exordio y de complemento.

A pesar de su poca extension, comprende esta Memoria todas las combinaciones que tendrán que hacer un General en gefe y un polí-

tico diplomático (b) para hallar el mejor modo de dirigir una guerra; pues que nunca se ha tratado de materia tan importante, puesta en un plano, ni mas reducido ni mas al alcance de todo el que la lea.

(b) El autor se vale de la voz «l'homme d'état» cuyo equivalente no conozco en español, porque decir el hombre de Estado no es bastante; pero pareciéndome, que pretende dar á entender con ella el autor, que este hombre no solo ha de poseer el conocimiento del derecho público, el de los intereses de las naciones y de los Príncipes, y el del arte de gobernar, á lo que se reduce la política; sino tambien la ciencia de las relaciones é intereses de una potencia con otra, y de los reinos entre sí, que es la diplomacia; por ser estas dos ciencias las que precisamente han de concurrir con las de un General en gefe para las combinaciones de una guerra; me he resuelto á suplir aquel vacío con la palabra compuesta que se ve. Mas hecha esta explicacion, no hallo tanto inconveniente en traducir el hombre de Estado ó el político.

Me tomo la libertad de ofrecer á V. M. I. este resumen, suplicándole consienta en darle una indulgente acogida.

Se cumplirán mis deseos, si llegase á merecer este trabajo la aprobacion de V. M.; Juez tan ilustrado como práctico en el arte importante, que ensalza y conserva los imperios.

Soy con veneracion,

SEÑOR,

De V. M. I. y R.

El mas sumiso y fiel servidor

General Jomini.

En Petersburgo

á 2 de Enero de 1830.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Ya hace cerca de veinte y cinco años, que salió á luz la primera edicion de mi Tratado de las grandes operaciones militares; y en todo este tiempo, me han hecho cargo algunos escritores de que carecia de método, y de que no llena el deseo del lector la reunion de sus partes. Aunque estoy lejos de sostener, que esté dicho Tratado enteramente exento de crítica, creo que para juzgarle, es preciso hacer memoria de las circunstancias á que debió la luz, y del objeto con que se emprendió. Tenia yo veinte y tres años de edad cuando, á la salida de las guerras de la revolucion (en 1802), hallé la Europa llena de ideas contrarias á las reglas de esta ciencia, que fija la suerte de los imperios; y en la conviccion íntima en que estaba de sus elementos, ví al mismo tiempo, que tenia que precisar con pruebas evidentes á mudar de dictámen á todos los militares, que negaban la existencia de dichas reglas; puesto que hay todavía gran número de ellos, que no creen que haya reglas para el modo de conducirse en la guerra; estando al contrario persuadidos, en que todo el arte consiste en arrojarse sobre el enemigo. Aunque tenia poca experiencia en calidad de escritor, estaba tan penetrado de la verdad de mi argumento, como lo estuvo Cristóbal Colon de la redondez de la tierra, y de que habia otro hemisferio. Crei pues, podria tomar la pluma, y despues de algunas tentativas para dar á mi obra una forma propia á la enseñanza, quedé convencido de que la forma histórica era la que causaba menos enfado, y

hacia mas evidente lo mejor, principalmente al lector que quisiese tomarse la molestia de estudiar en el mapa toda una campaña. Y ya que no podia buscar mis principios entre acontecimientos, sobre cuyas causas y consecuencias se formaban en general juicios tan contrarios á aquellos, procuré hallarlos en la guerra de siete años, abundante en grandes batallas campales, y resolví compararla con las guerras de la revolucion, no menos fecundas en grandes operaciones estratégicas. (1)

(1) Las guerras de la revolucion hasta 1802, época en que yo escribia, no ofrecian batallas campales en un mismo campo, al modo que las de la guerra de siete años; pues las grandes batallas de 1805 hasta 1815, no se habian dado todavía.

Para hacer juicio de la obra, conviene pues, acordarse que se escribió en 1803, diez años antes que la del Archiduque Carlos, y con la anticipacion de diez y siete años á la de Xilander (b). Si hubiera sido su objeto quitar todo obstáculo al trabajo de los maestros de un aula, presentándoles un curso metódico, es cierto que habria valido mas darla la forma escolástica, como á las dos de que acabamos de hablar; pero para instruir á oficiales, que ya han pasado á otra clase, estoy todavía en la persuasion, de que el modo histórico es el mas eficaz; ¿pues qué, la historia de la guerra, justificada con razones y pruebas, no es la mejor escuela, en que se pueda aprender á hacerla como se debe?

(b) El General Beauvais, ó sus colaboradores en la obra titulada Victorias, conquistas, desgracias etc., llama al Baron de Jomini el eco del Archiduque Carlos; y mal pudo ser su eco, habiendo escrito diez años antes que este Príncipe.

Al defender en todas sus partes el plan que debí seguir, confieso con todo eso, que habria salido mas completa y mejor arreglada la obra, si la hubiera precedido un resúmen de las principales combinaciones del arte, para que el lector, que estuviese iniciado en estas com-

binaciones, pudiera leer con mas fruto y facilidad la relacion de veinte campañas, que hacen las veces de pruebas. Asi pues, he extendido este sumario importante, que no existia en las tres ediciones precedentes; y hará de una vez mas inteligible la relacion y á la obra mas clásica (b). Forzosamente resultará de ello, alguna repetición de las mismas proposiciones generales que sirven de regla, y que estando ya indicadas á la cabeza de la obra, se hallarán reproducidas en consecuencia de los acontecimientos militares, que sirven para su manifestacion y prueba; al modo que en el capítulo de conclusion, que deberá abrazar todas las modificaciones de la aplicacion de los principios fundamentales. Esta falta llevadera de forma, será ampliamente redimida, por las utilidades que de ella resultarán; y habria sido asistir mal á los militares jóvenes, si por evitar un leve defecto de composicion, se suprimiera aquella repetición; pues en ninguna obra didascálica, hay posibilidad de temer la repetición de las reglas fundamentales, por ser la repetición misma la que hace aprenderlas, que es el objeto principal que uno se propone en la enseñanza.

(b) Este precioso libro, que con razon llama el Baron de Jomini preliminar y complemento de sus obras militares, viene á ser una explicacion de todos sus elementos, ya recopilados en el primer tomo de la obra de Estrategia, publicada últimamente y venal en la imprenta Real: al que se refieren todas las citas que hago en este, que pudiera clasificarse en quinto tomo de los principios de Estrategia.

La progresion de ideas, que he seguido en esta descripción analítica, empezando por las partes mas eminentes de la ciencia, para caer despues en pormenores inferiores, es de presumir que hallará quien la censure. A la verdad que en las demas ciencias, se debe empezar por la enseñanza elemental; pero en Estrategia es muy diverso; porque al militar que la estudia, se le reputa ya con

el conocimiento de los pormenores de su profesion; y para hacerle evidente esta ciencia, se ha de proceder al modo que un General, que fuese llamado á formar un plan de operaciones. De lo primero que se ha de tratar, es de examinar la reunion de todas las partes del teatro de operaciones; despues es necesario pensar en establecer la base, á lo que sigue la salida de ella, para obrar con direccion á un objeto cualquiera; y por último, se verá el modo de llegar al choque de las fuerzas, que es lo que decidirá la campaña. Habiendo seguido la misma progression en este bosquejo, extremadamente abreviado, me inclino á creer, que merecerá la aprobacion de todo militar instruido. Acabo finalmente, por rogar á mis lectores tengan presente, que no siendo esta descripcion mas que una introduccion, como se ha dicho, no debia tratar á fondo del gran número de artículos que encierra, sino indicar únicamente las combinaciones principales; de las que aquellos no son otra cosa que corolarios.

INDICE.

<i>Advertencia del autor</i>	1
<i>Definición del arte de la guerra</i>	1
CAPITULO PRIMERO.	
SECCION PRIMERA.	
<i>De la política de la guerra</i>	3
ARTÍCULO PRIMERO. <i>De las guerras ofensivas emprendidas para defender razones justas</i>	4
ART. II. <i>De las guerras defensivas segun política y militarmente ofensivas</i>	6
ART. III. <i>De las guerras de conveniencia</i>	7
ART. IV. <i>De las guerras con aliados ó sin ellos</i>	8
ART. V. <i>De las guerras de intervencion &c</i>	9
ART. VI. <i>De las guerras de invasion por inclinacion á las conquistas</i>	15
ART. VII. <i>De las guerras nacionales</i>	19
ART. VIII. <i>De las guerras civiles y de religion</i>	21
ART. IX. <i>De las guerras duplas y del riesgo de emprender dos guerras de una vez</i>	23
SECCION II.	
<i>De la política militar ó de la filosofia de la guerra</i>	26
CAPITULO II.	
SECCION I.	
<i>Del arte llamado con propiedad militar</i>	39

ARTÍCULO PRIMERO. <i>Del teatro de operaciones.</i>	45
ART. II. <i>De las bases de operaciones.</i>	48
ART. III. <i>De las operaciones ofensivas y de los puntos objetivos de operaciones.</i>	49
ART. IV. <i>De los frentes de operaciones.</i>	52
ART. V. <i>De las líneas de operaciones.</i>	54
ART. VI. <i>De los puntos decisivos de un teatro de guerra ó de un campo de batalla.</i>	62
ART. VII. <i>De las marchas de los ejércitos consideradas como maniobras.</i>	66
ART. VIII. <i>De las diversiones y de los grandes destacamentos.</i>	68
ART. IX. <i>De las expediciones marítimas.</i>	72
ART. X. <i>De los pasos de ríos grandes y medianos.</i>	78
ART. XI. <i>De los campos atrincherados.</i>	82
ART. XII. <i>De las plazas fuertes, de sus sitios, y de las líneas atrincheradas.</i>	83
ART. XIII. <i>De los almacenes.</i>	94
ART. XIV. <i>De las retiradas.</i>	99
ART. XV. <i>De los acantonamientos y de los cuarteles de invierno.</i>	101
SECCION II.	
<i>De la Táctica sublime y de las batallas.</i>	112
ARTÍCULO PRIMERO. <i>De las líneas de batalla.</i>	113
ART. II. <i>De la línea de batalla, aplicada únicamente á la defensiva.</i>	114
ART. III. <i>De la defensa ofendiendo.</i>	115
ART. IV. <i>De los órdenes de batalla.</i>	117
ART. V. <i>Reencuentro de dos ejércitos que van marchando.</i>	125
ART. VI. <i>De las sorpresas de ejércitos.</i>	126

SECCION III.

<i>De la formacion de las tropas para marchar al combate, y del empleo particular ó combinado con las tres armas.....</i>	128
ARTÍCULO PRIMERO. <i>De la colocacion de las tropas en la línea de batalla.....</i>	130
ART. II. <i>De la formacion y empleo de la infantería..</i>	138
ART. III. <i>De la caballería.....</i>	151
ART. IV. <i>De la artillería, y de su empleo en la combinacion de las otras armas.....</i>	168
<i>Del empleo combinado de las tres armas.....</i>	173

SUPLEMENTO.

ART. I. <i>Observaciones sobre las líneas de operaciones, y acerca de los escritores que han opinado contra el capítulo 14 del tratado de las grandes operaciones militares.....</i>	175
ART. II. <i>Noticia de las principales expediciones de ultramar.....</i>	188

FIN DEL ÍNDICE.

ARTICULO PRIMERO. *Del modo de operar...* 124

SECCION III

ART. II. *De las bases...* 125

ART. III. *De las operaciones...*

La formación de las tropas para marchar al combate y del empleo particular ó combinado con las tres armas. 128

ARTICULO PRIMERO. *De la colocación de las tropas en la línea de batalla.* 130

ART. II. *De la formación y empleo de la infantería.* 138

ART. III. *De la caballería.* 151

ART. IV. *De la artillería, y de su empleo en la combinación de las tres armas.* 168

Del empleo combinado de las tres armas. 178

SUPLEMENTO.

ART. I. *Observaciones sobre las líneas de operaciones y acerca de los escritores que han opinado contra el capítulo 14 del tratado de las grandes operaciones militares.* 175

ART. II. *Noticia de las principales expediciones de ultramar.* 188

FIN DEL INDICE.

DESCRIPCION ANALÍTICA

DE LAS

GRANDES COMBINACIONES DE LA GUERRA.

Definicion del arte de la guerra.

La ciencia de la guerra, cual hoy se la conceptúa por lo comun, se divide en cuatro ramos puramente militares, á saber: la Estrategia, la Táctica sublime, la facultad del ingeniero y la táctica de detal ó del por menor; habiéndose dejado hasta hoy, sin la correspondencia que la convenia, á una parte esencial de esta ciencia, que es la política de la guerra (1); pues aunque dependa esta parte mas particularmente de la ciencia del hombre de estado, que de la del guerrero, desde que se inventó separar la toga de la espada, no se podrá menos de convenir sin embargo, en que si no es necesaria á un General subalterno, es indispensable á todo el que mande en gefe á un ejército: porque entrando en todas las combinaciones que pueden resolver una guerra, y en la de las operaciones que habrá que emprender en ella, pertenece de necesidad desde este momento á la ciencia de que tratamos.

(1) No hay, que yo sepa, mas de muy pocas obras que traten de esta materia; y aun la única, que se titula *Política de la guerra*, es la de Hay du Chatelet (1767); pero se dice en ella, que el ejército que quiera pasar por un puente de piedra, debe hacerle reconocer por maestros de carpintería y arquitectos; y que no habria sido vencido Darío, si en vez de oponerse á Alejandro con todas sus fuerzas, le hubiera opuesto la mitad solamente.... ¡Qué reglas tan pasmosas de política militar! Tambien se hallan en las obras de Maizeroy algunas ideas del todo tan indeterminadas,

en lo que llama el autor Dialéctica de la guerra. Aunque ha entrado Lloyd mas adentro en la cuestion, deja su obra mucho que desear, y ha sufrido otros tantos desaires, por los acontecimientos nunca oídos de 1792 hasta 1815.

Parece pues por estas reflexiones, que el arte de la guerra realmente consta de cinco partes bien diferentes.

La primera es la política de la guerra.

La segunda la Estrategia, ó el arte de mover las masas en el teatro de la guerra.

La tercera la Táctica sublime de las batallas y combates.

La cuarta es la facultad del ingeniero; el ataque y defensa de las plazas.

Y la quinta la Táctica del por menor.

Aun se podria añadir á dichas partes la filosofia ó la parte moral de la guerra; pero nos parece mas propio reunirlos en una misma seccion con la política de la guerra.

Ofrecemos analizar las combinaciones mas importantes de las tres primeras partes; porque no es nuestro designio tratar de la táctica de detal, ni de la facultad del ingeniero, que hace por sí sola una ciencia.

Para ser buen oficial de infantería, de caballería y de artillería, no es necesario conocer todas estas partes con igual perfeccion; pero para pasar á General ó á oficial distinguido de un estado mayor, es indispensable dicho conocimiento. ¡Qué dichosos serán los que le posean, y los gobiernos que sepan colocarles dignamente en sus puestos!

CAPITULO PRIMERO.

SECCION PRIMERA.

De la política de la guerra.

Daremos este título á aquellas combinaciones por las cuales debe juzgar el hombre de estado, cuándo es conveniente una guerra, y cuándo oportuna ó aun indispensable, y cuáles serán tambien las diversas operaciones, que pondrá dicha guerra en la necesidad de emprender, para acabar de llenar el fin propuesto.

Se le conduce á la guerra á un Estado por diversos motivos, que influirán sobre su naturaleza; y se les puede dividir en siete clases.

1.º Se puede ver uno obligado á una guerra ofensiva, para hacer que valgan derechos antiguos que tenia sobre provincias confinantes.

2.º Ó tendrá que sostener una guerra defensiva, por ver amenazados aquellos ú otros derechos.

3.º Tambien puede suscitar una guerra de conveniencia, para dar satisfaccion á intereses públicos de calidad superior.

4.º La emprenderá con aliados ó sin ellos.

5.º Puede empeñarse en una guerra de intervencion, de resultas de sus conexiones con las potencias vecinas, ya como auxiliar con un contingente determinado, ó por confederacion con todas sus fuerzas.

6.º Puede tambien emprender la guerra de invasion, llevado de la pasion loca por las conquistas.

7.º Y sostendrá al contrario una lid nacional, para defender la existencia del reino y su independenciam.

8.º Ó tendrá que sostener, en lo interior de su propio pais, guerras civiles ó de religion.

9.º Podrá por último, cometer la imprudencia de convocar varias guerras á un tiempo; ó se verá obligado á sostenerlas, si fuese él el acometido.

A estas diversas combinaciones, que mas ó menos pertenecen á la política diplomática, se pueden juntar otras, que solo se refieren á las operaciones de los ejércitos, cuando la guerra está una vez empezada, y se las puede dar el nombre de política militar; porque no perteneciendo exclusivamente ni á la diplomacia, ni á la Estrategia, no dejan por esto de ser de la mayor importancia, así en los planes de un Gabinete, como en los de un general en jefe. Empecemos pues por analizar las combinaciones, que tienen relacion con la diplomacia.

ARTÍCULO PRIMERO.

De las guerras ofensivas, emprendidas para defender razones justas.

Cuando tiene un Estado pretensiones fundadas sobre un país vecino, no siempre es esto un motivo perentorio para reclamar sus derechos con las armas en la mano; porque conviene consultar si está en armonía con el interes público, antes de resolverse á ello.

Será la mas justa aquella guerra, que ademas de fundarse en derechos indisputables, ofrezca al Estado utilidades positivas y proporcionadas á los sacrificios y contingencias á que se exponga.

Pero por desgracia se ofrecen en nuestros dias tantas prerogativas disputables y disputadas, que la mayor parte de las guerras, aunque fundadas al parecer en herencias, testamentos y matrimonios, no son ya otra cosa que guerras de conveniencia.

El tratado de la sucesion de España, del tiempo de Luis XIV, era el mas natural en derecho, puesto que tenia por base á un testamento celebrado con toda pompa y ceremonia pública, y asegurado con los lazos de familia y con el deseo general de la nacion española; y sin embargo, ha sido el mas disputado por toda la Europa: habiendo ocasionado una confederacion general en contra del legatario legítimo.

Aprovechándose Federico II de la guerra del Austria contra Francia, evocó antiguos títulos, entró en Silesia á viva fuerza, y se hizo dueño de esta rica provincia, que duplicó la fuerza de la monarquía prusiana. El buen éxito y la importancia de esta resolución convirtieron la agresion en una cosa perfecta; porque si no hubiese salido bien Federico, no habria sido justo con todo eso vituperársela; pues la grandeza de la empresa y su oportunidad, pueden disculpar irrupcion semejante, tanto como es disculpable una entrada violenta en reino extraño.

Para una guerra semejante no hay reglas que dar; todo se reduce á saber esperar y aprovecharse. Las operaciones ofensivas deben proporcionarse al fin propuesto, siendo naturalmente la primera la de ocupar las provincias reclamadas: despues se puede llevar adelante la ofensiva, segun las circunstancias y las fuerzas respectivas, con el fin de obtener la cesion apetecida amenazando al adversario hasta en su domicilio; pues todo depende de las alianzas que se habrán sabido proporcionar, y de los medios militares de ambos partidos. Es esencial, en una guerra ofensiva semejante, tener un cuidado escrupuloso en no despertar la envidia de un tercero, que acudiria al socorro de la Potencia que se habria hecho propósito de atacar. A la política toca la prevision de este lance y el desvío de una intervencion, otorgando á sus vecinos todas las garantías necesarias.

ARTÍCULO II.

*De las guerras defensivas según política, y militarmente
ofensivas.*

Atacado un Estado por su vecino, que reclamó privilegios antiguos sobre una provincia, rara vez se resuelve á cederla sin pelear, ó por mero convencimiento de la existencia verdadera de los derechos del agresor; prefiere al contrario, defender el territorio que se le pide, porque siempre es esto lo mas natural, y lo que hace mas honor. Pero en vez de permanecer pasivo, aguardando en la frontera á su adversario, le puede convenir tomar la iniciativa ó la defensiva; y en este caso pende todo de las situaciones militares recíprocas.

Muchas veces es favorable emprender la guerra de invasion, y otras muchas lo es tambien el aguardar al enemigo en territorio propio. Toda nacion constituida en sí con vigor, y que no tenga motivos de divisiones, ni por qué temer la agresion de un tercero en su propio pais, siempre hallará una utilidad efectiva en trasportar las hostilidades al del enemigo. Desde luego evitará la ruina de sus provincias; en seguida de lo mismo, hará la guerra á expensas de su adversario; y despues pondrá todas las probabilidades morales en favor suyo, excitando el ardor de sus soldados, y llenando al contrario de estupor el ánimo del enemigo, desde el primer paso dado en la contienda.

Pero estos principios, que parece no tienen contestacion, son susceptibles de aplicarse á toda clase de guerra; y si son inmutables las reglas de la Estrategia, no sucede lo mismo con los principios de la política de la guerra, que sufren restricciones por el estado moral de los pueblos, por las circunstancias locales, y por los sugetos que esten

á la cabeza de los ejércitos y de los Estados. Y estas diversas modificaciones, son justamente las que han puesto en crédito el error general de que no hay reglas fijas en la guerra. Esperamos probar, que las primeras reglas de la ciencia militar son inmutables; y nadie tendrá maña para violarlas sin salir vencido, en todo tiempo en que tenga que haberlas con un enemigo algun tanto diestro: la parte política y moral de la guerra es la sola que presenta diferencias, que no se dejan someter á ningun cálculo positivo, pero que con todo eso son susceptibles de sujetarse á cálculos de probabilidades. Conviene pues, moderar los planes de operaciones con arreglo á las circunstancias; pero de tal suerte que, para ponerlos por obra, sea indispensable permanecer fiel á las reglas del arte. Se concederá por ejemplo, que no habria modo de combinar una guerra contra la Francia, el Austria ó la Rusia, como si fuera contra los Turcos ó cualquiera otra nacion oriental, cuyas turbas valientes, pero sin disciplina, no siendo capaces de recibir en sí ningun orden, ni de hacer manioobra alguna competente, tampoco pueden observar ninguna subsistencia en las desgracias.

ARTÍCULO III.

De las guerras de conveniencia.

La invasion en Silesia por Federico II fue una guerra de conveniencia, del mismo modo que la de la sucesion de España.

La guerra de conveniencia es de dos géneros: las que puede emprender un Estado poderoso, para darse á sí mismo unos límites mas favorables, ó para obtener una utilidad política ó mercantil en extremo importante; ó las que

puede suscitar para disminuir el poder de un rival perjudicial, ó para impedir su acrecentamiento. Pero aunque estas últimas entran al cabo en el género de guerras de intervencion, no es verosímil que un Estado acometa él solo á un competidor temible, y casi no lo hará sino por confederacion, despues de contestaciones dimanadas de comunicaciones con un tercero.

Siendo todas estas combinaciones del distrito de la política, primero que del de la guerra, y entrando de nuevo las operaciones militares que las conciernen, en los otros géneros de que trataremos mas adelante, pasaremos en silencio lo poco que habria que decir sobre este asunto.

ARTÍCULO IV.

De las guerras con aliados ó sin ellos.

Es muy natural preferir toda guerra, con el auxilio de un aliado, á emprenderla sin él, suponiendo por otra parte la igualdad en todas las demas contingencias. Un grande Estado, obrando por sí solo, estará sin duda mas cierto de salir bien, que dos Estados mas pequeños que se confederáran contra él; pero siempre vale aun mas poder contar con el socorro de un vecino, que tener que lidiar solo. Se hallará uno asi reforzado, no solamente con toda la cuota que apronte, sino que tambien se disminuyen las fuerzas del enemigo en una proporcion mas considerable; porque no solo tendrá este necesidad de un cuerpo importante para oponerle á aquel contingente, sino que deberá ademas vigilar porciones de su territorio, que sin aquella circunstancia, habrian subsistido resguardadas de todo acometimiento. En el párrafo siguiente se verá, que no hay enemigo chico; y que un grande Estado, por muy formidable

que sea; no puede despreciar á aliados pequeños; sin hallar su castigo.

ARTÍCULO V.

De las guerras de intervencion.

De cuantas guerras puede emprender un Estado, le será ciertamente la mas conveniente y provechosa la guerra de intervencion. El motivo de ello es de fácil comprension: pues un Estado que interviene, sale á una lid ya empeñada; pone en balanza toda la importancia de su poder, en compañía con la Potencia en cuyo favor interviene; y entra á obrar cuando quiere, y en el momento mas oportuno, para dar un efecto decisivo á los medios de que se valga.

La guerra de intervencion es de dos especies: la primera es la que un Estado trata de introducir en los negocios interiores de sus vecinos; la segunda es la de intervenir en la ocasion oportuna en sus relaciones exteriores.

Los escritores de derecho público jamas han estado perfectamente acordes sobre el de intervencion interior. No disputaremos con ellos sobre el punto de derecho; y solo diremos, que el hecho ha sucedido con frecuencia. Debieron los Romanos el imperio del mundo á las intervenciones de esta especie; y el dominio de la compañía inglesa en la India, no se puede explicar de otra suerte. No se logran siempre las intervenciones interiores; pues aunque la Rusia debe en parte la manifestacion de su grandeza, á la que supieron causar sus Soberanos en los asuntos de Polonia, estuvo de alli á poco el Austria á pique de perecer, por haber querido intervenir en los negocios interiores de la revolucion francesa. No siendo por último de mi cargo las combinaciones de esta clase, se hablará de las otras.

La intervencion en las relaciones exteriores de los vecinos, es mas legítima y natural, y quizá mas provechosa; porque en verdad, otro tanto hay que dudar en que tenga un Estado la facultad de entremeterse en lo que pasa en el fuero interno de sus vecinos, como hay razon en otorgarle la de oponerse á que estos induzcan por fuera á la disension y al desorden, que podrian muy luego extenderse hasta sus dominios.

Tres motivos pueden obligar á una intervencion en las guerras exteriores entre vecinos.

Es el primero el de un convenio de alianza ofensiva y defensiva, que obligue á defender á un confederado.

El segundo la conservacion de lo que se llama equilibrio político: combinacion de los siglos modernos, tan admirable como fácil al parecer, y que fue sin embargo olvidada con mucha frecuencia hasta de aquellos mismos, que debieron ser sus mas fervorosos predicadores. (1)

(1) Pensar en la posibilidad de un equilibrio perfecto, seria un absurdo; y asi solo se debe tratar de una balanza relativa y por aproximacion. El principio de la conservacion del equilibrio debe ser la base de la política, como el saber poner en accion las mas fuerzas posibles en el punto decisivo, es el principio que dirige la guerra. Y faltaba decir, que el equilibrio marítimo es una porcion importante de la balanza política europea.

El tercer motivo es el de sacar provecho de una guerra comenzada, no solamente con el fin de desviar consecuencias peligrosas, sino tambien para hacer que las utilidades tomen un cierto sesgo en beneficio del que intervenga.

Mil ejemplos ofrece la historia de Potencias, que han ido á menos por haber olvidado estas máximas: « que un Estado irá bajando, desde el punto que permita el engrandecimiento desmedido de otro Estado rival; y que un Estado, aun siendo de segundo orden, puede hacerse el ár-

bitro de la balanza política, cuando sepa en buena ocasion poner un peso en ella.”

¶ Parece bastante lo dicho para demostrar la utilidad de las guerras de intervencion, consideradas bajo el punto de vista de alta política.

Por lo que toca á considerarlas militarmente, es fácil de comprender cómo un ejército, que se deja ver inopinadamente en calidad de mediador, en una lid que ya ha dado principio, llega á ser el voto de mas peso; y su influencia será á proporcion tanto mas decisiva, cuanto tenga de importante su situacion geográfica con respecto á las posiciones de los dos ejércitos que esten peleando. Citemos un ejemplo: en el invierno de 1807 pasó Napoleon mas allá del Vístula, y se puso en peligro hasta por bajo de los muros de Konigsberg, teniendo al Austria por detras, y á toda la masa del Imperio ruso por delante: si el Austria hubiera hecho desfilar entonces á cien mil hombres por las gargantas de Bohemia para ir al Oder, se hubiera acabado la omnipotencia de Napoleon, conforme á las probabilidades mas principales; porque su ejército se habria tenido por muy feliz en abrirse paso para volver á ocupar el Rin; y todo inclina á creer, que no lo habria conseguido.

El Austria prefirió aguardar á que llegase su ejército á cuatrocientos mil hombres; entonces se atrevió á tomar la ofensiva, dos años despues, con esta masa formidable, y fue vencida; en tanto que dos años antes, con cien mil hombres empeñados en la ocasion, habria decidido sin riesgo ni dificultad la suerte de la Europa.

Si las intervenciones son de dos géneros distintos, tambien son de varias especies las guerras que originan.

1.º Se interviene en calidad de auxiliar, en consecuencia de convenios anteriores, y mediante cuerpos de ejército

to, que han de depender del principal, y cuya fuerza está ya resuelta.

2.º Se interviene como parte principal para ayudar á un vecino, que no tiene bastantes fuerzas, y cuyos dominios se trata de defender: lo que trasportará lejos de vuestro pais el teatro de la guerra.

3.º Se interviene tambien en calidad de parte principal, quando es uno vecino del teatro de la guerra; y esto da por sentado, que hay una confederacion de varias grandes Potencias en contra de una sola.

4.º Se interviene por último en una lid ya empezada, ó antes de declararse la guerra.

Quando solo se interviene con un contingente moderado, en consecuencia de convenios mútuamente contratados, se tiene que obrar como accesorio, dirigiendo las operaciones la Potencia principal.

Quando se interviene por confederacion, y con un ejército poderoso, es el caso muy diverso.

Las contingencias militares de las guerras de esta especie, son de diversos modos. El ejército ruso en la guerra de siete años, era en lo principal auxiliar de Austria y de Francia; y con todo eso obró en primer lugar en el Norte, hasta que sus tropas ocuparon la antigua Prusia; pero quando los Generales Fermor y Soltikof condujeron el ejército hasta dentro del Brandemburgo, entonces ya no obraba sino por un interes austriaco: llevadas estas tropas á mucha distancia de su base, se hallaban al arbitrio de una manobra buena ó mala de sus aliados.

Las guerras lejanas semejantes exponen á peligros, y son lo mas á menudo muy árduas para el General en gefe; como recientemente nos lo prueba la campaña de 1805.

Adelantándose Koutóusoff hasta el Inn en lo interior de Baviera con treinta mil Rusos, fue el ejército de Mack,

con el que debía juntarse aquel, enteramente destruido, exceptuando diez y ocho mil hombres que retiró Kienmayer de Dounawert; y de esta suerte se halló el General ruso con cuarenta y cinco mil hombres expuesto á todo el ímpetu y actividad de Napoleon, que tenia ciento cincuenta mil; y para colmo de desgracia, separaba á Koutousoff de sus fronteras un espacio de doscientas leguas. Esta situacion habria sido sin esperanzas, si no hubiera llegado á Olmutz otro ejército de cincuenta mil Rusos para servirle de acogida. Sin embargo, por culpa del Gefe del Estado mayor austriaco Weyrother, comprometió otra vez la batalla de Austerlitz al ejército ruso á mucha distancia de su base; y faltó poco, para ser víctima de una alianza lejana, dándole únicamente la paz, la ocasion de retirarse á su frontera.

El ejército de Souwaroff en Suiza fue poco mas dichoso. El General Benigsen, en 1807, tuvo en su favor mejores contingencias, porque peleando entre el Vístula y el Niemen, se hallaba cercano á su base, y porque sus operaciones de ningun modo pendian de las de sus coligados.

Resulta de estos ejemplos, que las intervenciones lejanas pueden comprometer muchas veces á los ejércitos encargados de obrar en ellas; pero por otra parte, se logra la utilidad de que á lo menos el Estado no sea invadido tan fácilmente; puesto que el teatro de la guerra se transporta en ellas á mucha distancia de la frontera: lo que puede en este caso hacer la infelicidad del General en gefe, es un beneficio para el Estado.

En las guerras de esta especie, es lo esencial echar mano de un General para gefe del ejército, que sea tan político como militar; y exigiendo, por contratos bien hechos con sus coligados, la parte que cada uno debe tomar en las operaciones, se determinará un punto objetivo, que

esté en armonía con los intereses de la confederacion: por haber olvidado estas precauciones, se ha desgraciado la mayor parte de las coaliciones, ó ha lidiado con dificultad contra una Potencia de menos fuerzas en su total, pero en buena concordia interior.

El tercer género de guerra de intervencion, de que se ha dado noticia mas arriba, es mas favorable que los demas; como el caso en que se halló el Austria en 1807, si hubiera sabido aprovechar su situacion; y tambien el en que se vió, y no sacó provecho de él, en 1813. Vecina de Sajonia, en donde acababa Napoleon de reunir sus fuerzas, y aun tomando de sesgo al frente de operaciones de los Franceses en el Elba, ponía en la balanza unos doscientos mil hombres, con la esperanza casi cierta de triunfar: el dominio en Italia y la influencia en Alemania, perdidos por quince años de desgracias, los vimos reconquistados en dos meses. En esta intervencion tenia en su favor el Austria, no solo las probabilidades políticas, sino tambien las militares: fruto doble que indica el grado mas elevado de utilidad, á que puedan aspirar los gefes de un Estado.

El Gabinete de Viena salió bien con tanta mas seguridad, quanto no era su intervencion únicamente de la especie de las expresadas en el párrafo tercero, esto es, bastante cercana de sus confines, para dar lugar al mayor desarrollo posible de sus fuerzas; sino tambien porque intervenía en una lid ya empezada, á la que salió con todo el peso de sus medios, y en el momento que mas la convino.

Esta doble utilidad es de tal suerte decisiva, que se ha visto, no solo á las grandes Monarquías, sino tambien á Estados muy pequeños, pasar á la preponderancia, por haber tenido maña para tomar de un golpe aquella buena ocasion: bastarán dos ejemplos para probarlo.

El Elector Mauricio de Sajonia se atrevió en 1552 á declararse sin reserva contra Carlos v, dueño de España, de Italia y del Imperio germánico; contra aquel Carlos v, vencedor de Francisco I, y que estrujaba á la Francia entre sus garras. Pues á pesar de esto, aquella fanfarronada trasportó la guerra hasta lo interior del Tirol, y reprimió al grande hombre que hacia amenazas de invadirlo todo.

En 1706, habiéndose declarado contra Luis XIV el duque de Saboya, Victor Amadeo, mudó de aspecto la guerra en Italia, haciendo volver al ejército frances desde las orillas del Adige hasta los muros de Turin; en donde experimentó la ensangrentada catástrofe que ha perpetuado la memoria del Príncipe Eugenio.

¡Cuán pequeños parecerán los hombres de estado, á los que hayan meditado sobre estos dos casos notables, y sobre las grandes cuestiones, que llegan á hacerse dependientes de ellos!

Se ha dicho ya bastante sobre la importancia y utilidades de las intervenciones oportunas; y se podria multiplicar el número de ejemplos á nunca acabar, pero todo ello en nada podria aumentar la conviccion de nuestros lectores.

ARTÍCULO VI.

De las guerras de invasion por inclinacion á las conquistas.

Las guerras de invasion, suscitadas por el deseo insaciable de conquistar, por desgracia no son siempre las mas perjudiciales; como nos lo han probado mas que suficientemente Alejandro, César y Napoleon en la mitad del curso de su vida. Sin embargo, estan señalados por la misma naturaleza los límites de sus utilidades, que es preciso abstenerse de traspasar, porque en este caso se cae en extremos azarosos. (b)

(b) Con efecto, está fundada esta sábia advertencia de Jomini, en la

sentencia doctrinal de un célebre escritor que dice: «todas las grandes empresas, dirigidas á mucha distancia, se destruyen por la grandeza misma de los preparativos, que parecen necesarios para su logro.» Si nuestra conquista de las Américas los hubiera exigido de mucho tamaño y calidad, suponiendo posible el hacerlos en aquel tiempo, seguramente no se habria verificado.

Cambyses en Nubia, Darío en los Escitas, Craso y el Emperador Juliano en los Partos, y por último Napoleon en Rusia, nos suministran ensangrentadas pruebas de aquel principio. Es justo confesar no obstante, que no fue siempre la pasión loca por las conquistas el único móvil de Bonaparte. Su posición que le llamaba á ocuparse de sí mismo, y su pelea con la Inglaterra, le impelieron á empresas, cuyo objeto evidente era salir victorioso de esta lid: aunque está bien patente en él su intensa afición á la guerra y á sus riesgos, fué llevado á ella mas de una vez por la necesidad de tener que someterse á la Inglaterra, ó triunfar de sus esfuerzos. Podria decirse, que fue enviado al mundo para enseñar á los generales de los ejércitos como á los gefes de los Estados, lo noble y sublime que pueden emprender y de todo lo que deben huir.

Sus victorias son lecciones de capacidad, de actividad y de valentía; al modo que sus desastres son ejemplos de moderacion dictados por la prudencia.

La guerra de invasion sin motivo plausible, es un insulto hecho al género humano, lo mismo que podria hacer un Gengiskan (emperador del Mogol); pero cuando se puede justificar con un interes principal y motivo laudable, es susceptible de disculpa, ya que no lo sea de aprobacion.

La invasion de España efectuada en 1808, y la que se hizo en 1823, ciertamente se diferencian, asi en su objeto como en sus consecuencias: dictada la primera por el espíritu de invadir y dirigida con ardidés, amenazaba á la existencia de la Nacion española, y fue fatal á su autor; pero

no batallándose en la segunda sino contra doctrinas peligrosas, y empleándose útilmente los intereses generales, salió tanto mejor, cuanto encontró un punto decisivo de apoyo en la mayoría del pueblo, cuyo territorio menospreciaba el ejército frances por un momento. No tomaremos á nuestro cargo el juzgarlas conforme al derecho natural, porque semejantes cuestiones corresponden al derecho político de intervencion. En vez de entrar en su examen, las ofrecemos aqui únicamente para probar, que las invasiones no son siempre de un Gengiskan. La primera que acabamos de alegar contribuyó á la ruina de Bonaparte, y la segunda volvió á poner á la Francia en su situacion relativa con España, que jamás debió perder. Tocante al interior de España, sino fueron adecuadamente felices sus resultas, no está la culpa en las potencias que intervinieron, sino cabalmente en los mas interesados.

Dirigiendo á Dios nuestros ruegos, para que haga lo mas raras que sea posible á las guerras de invasion, confesamos que obra mejor un Estado invadiendo á sus vecinos, que permitiendo le ataquen á él; y tambien reconocemos, que el medio mas seguro para no proteger el espíritu de conquista y usurpacion, es saber intervenir á propósito, para oponer obstáculos á tan loca pasion.

Teniendo pues por cierta una guerra de invasion, resuelta y fundada, pero no en la esperanza inmoderada de conquistar, sino en una recta razon de estado, importa proporcionar la invasion al objeto que uno se proponga, y á los impedimentos que será posible encontrar, bien sea en el pais invadido ó entre sus coligados.

Una invasion emprendida contrá un pueblo irritado y pronto á toda clase de sacrificios, y que puede tener esperanza en que le ayude con hombres y dinero un vecino poderoso, será siempre un empeño lleno de dificultades;

como lo prueba evidentemente la guerra de Napoleon en España, y las guerras de la revolucion de Francia de 1792, 1793 y 1794 lo demuestran todavía mejor: porque si esta última potencia fue sorprendida menos desprovista que España, tampoco tuvo una grande alianza que concurriese en su ayuda; y bien lejos de esto, fue acometida por toda la Europa tanto por tierra como por mar.

En vista de semejantes ejemplos ¿qué interes podria causar la aridez de proposiciones generales que sirvan de reglas? De la historia de dichos acontecimientos es de donde se han de deducir los principios del modo de obrar.

En las invasiones de los Rusos en Turquía se hicieron ver, bajo algun respecto, las mismas señales como síntomas de resistencia nacional; con todo eso es preciso confesarlo, el estado de las cosas era diferente: el odio religioso de los Otomanos podia ser la causa de que acudiesen á las armas; pero, acampados en medio de la poblacion griega, dos veces mas numerosa que los Turcos, no hallaban estos, en una insurreccion general, el apoyo que habrian encontrado si hubiese sido turco todo el Imperio, ó si hubieran sabido hacer una buena mezcla de los intereses de los Griegos con los de los conquistadores, como acertó á hacerla la Francia con los intereses de los naturales de Alsacia, que son de los mejores Franceses del reino; pero en tal caso se hubieran hecho los Musulmanes mas fuertes, al paso que habria desaparecido el fanatismo religioso.

La guerra de 1828 ha manifestado, que los Turcos solo eran dignos de respeto en el circuito de su frontera, en donde se halla reunida su soldadesca mas aguerrida, mientras que el interior, se puede decir que está cayéndose á pedazos.

Quando una invasion no debe temer nada de los pueblos, sino que viene á ser una cuestion enteramente mili-

tar, son en este caso las reglas estratégicas y las de la táctica las únicas que se han de consultar, y las que la deciden: por esto fueron tan prontas las invasiones de Italia, Austria y Prusia; y por lo mismo salió bien la hecha en Francia en 1814. Mas adelante trataremos de estas probabilidades meramente militares.

ARTÍCULO VII.

De las guerras nacionales.

Las guerras nacionales, sobre las cuales nos hemos visto obligados á hacer algunas reflexiones al hablar de las de invasion, son las mas temibles de todas; pero no se debe dar este nombre, sino á las que se dirijan contra toda una poblacion, ó á lo menos contra su mayoría, animada de un noble ardor por su independenciam; y en este caso se disputará cada paso que se dé con un combate: el ejército que llegué á entrar en pais semejante, no dominará más terreno que el en que acampe; ni podrá hacer su acopio de provisiones mas que á punta de lanza; y sus convoyes serán arrebatados ó acometidos por todas partes.

Esta vista lastimosa de la agitacion espontánea de toda una nacion, rara vez se ofrece á la consideracion del hombre, y si manifiesta alguna cosa grande y generosa, que tenga derecho á ser admirada, son tan terribles sus consecuencias que por lo que importa al género humano, debemos anhelar á no verla jamas.

Igual ímpetu se puede ver originado por motivos los mas contrarios: un pueblo esclavo por ejemplo, se alzará en masa á la voz de su gobierno, y dándole ejemplo sus mismos señores se pondrán á su cabeza, cuando esten animados de un noble amor á su Soberano y á su patria; y de

un mismo modo se armará el pueblo fanático á la voz de sus sacerdotes, que el pueblo exaltado por opiniones políticas, ó por el inviolable amor á sus instituciones; precipitándose uno y otro al encuentro del enemigo, para defender lo que mas tiernamente aman.

Los medios de ejecucion para tener acierto en una guerra semejante, son bastante dificultosos: desplegar primeramente una masa de fuerzas proporcionada á la resistencia y á los obstáculos, que se puedan encontrar; apaciguar las pasiones populares por todos los modos posibles, y enervarlas con el tiempo; y emplear una mezcla bien ordenada de política, dulzura, y severidad, y principalmente de justicia notoria, son los primeros fundamentos para un buen éxito. Los ejemplos de Henrique iv en las guerras llamadas de la Liga, del mariscal de Bervik en Cataluña, de Suchet en Aragon y Valencia, y de Hoche en la Vendéa, son modelos aunque de diverso género, pero que se pueden emplear conforme á las circunstancias con igual efecto. El orden y disciplina admirables, que hicieron conservar en sus ejércitos los generales Diebitsch y Paskievicz en la última guerra con Turquía, son tambien ejemplares que se pueden alegar, y no ayudaron poco al logro de sus empresas.

El dominio del mar contribuye mucho en las consecuencias de una invasion nacional: si el pueblo sublevado tiene una grande extension de costas, y si es dueño del mar ó aliado de una potencia que domine en él, su resistencia en este caso será cien veces mayor, no solo por la facilidad con que se puede mantener la llama de rebellion, sobresaltar al enemigo y ponerle en cuidado en todos los puntos del pais que ocupe, sino tambien por las dificultades que hallará este en sus acopios de víveres. Una guerra semejante exige un ejército suficiente, para obrar contra las

fuerzas activas del enemigo, y ademas cuerpos de posesion ú ocupacion para sujetar lo interior, conservar el orden, y poner fuera de riesgo las comunicaciones. La naturaleza del pais tiene tambien mucha parte en la facilidad de una defensa nacional; pues los paises de montañas siempre son en los que se hace mas formidable un pueblo que quiere defenderse; y despues de estos paises siguen los cortados por selvas de grande extension. La empeñada contienda de los Suizos contra el Austria, y contra el duque de Borgoña; la de los Catalanes en 1712 y 1809; la oposicion que los Rusos encuentran siempre en someter los pueblos del Cáucaso; y en fin los reiterados esfuerzos de los Tirolese, nos hacen bastante evidente, que los pueblos de entre sierras han resistido siempre mas tiempo que los de territorios llanos; tanto por su genio y costumbres, como por la naturaleza de las localidades. Los desfiladeros ó angosturas, y las selvas de grande extension, favorecen este género de defensa, hecha por partes, tanto como los peñascales.

ARTÍCULO VIII.

De las guerras civiles y de las de religion.

Las guerras interiores, cuando no estan unidas á una querella extrangera, son lo mas frecuentemente el resultado de una lucha de opiniones por espíritu de partido político ó religioso. Estas guerras en la edad media, fueron las mas veces encuentros chocándose por corrillos feudales; pero siempre son las mas lamentables las de religion. Se conoce fácilmente en estas guerras, que lucha el Estado contra sus propios hijos para impedir se formen bandos por opiniones políticas, que debilitarán necesariamente la autoridad del Trono y la fuerza de la nacion; pero no halla

el ánimo igual convencimiento en la historia sobre las descargas á metralla de las otras guerras, hechas contra sus propios vasallos, para obligarles á que reconozcan en otro Soberano el derecho de ser gefe de una religion. El mas digno de lástima de todos los Reyes, fue sin disputa Luis XIV, al echar violentamente fuera de sus estados á un millon de protestantes industriosos, que habian puesto en el Trono á su abuelo, tan protestante como ellos. Las guerras de fanatismo son horrendas, cuando estan mezcladas con las del exterior; y son horrosas aun cuando no sean mas que desavenencias de familia.

La historia de Francia del tiempo de la Liga, servirá de perpetua leccion para las naciones y los Reyes. Hay dificultad en creer como este pueblo, todavía tan noble y caballeresco en el reinado de Francisco I, haya caido, veinte años despues, en un exceso de estolidez tan deplorable.

Querer dar reglas para las guerras de este género, seria repugnante á la razon; pues no hay en ellas mas que una, en la que deberian ponerse de acuerdo todos los hombres juiciosos, y es, reunir los dos partidos para arrojar al extranjero que quisiese mezclarse en la disputa, y en seguida de haberle arrojado, darse á entender con moderacion, para fundir las pretensiones fundadas de ambos partidos, en un convenio de buena compostura; porque en efecto, la intervencion de un tercero en los debates de religion, no hay modo de que sea ótra cosa, que un acto de ambicion.

Se comprende fácilmente, que hay gobiernos que intervienen de buena fe, contra la entrada de una fiebre politica, cuyas doctrinas pueden amenazar al orden social; si bien que se exageren lo mas frecuente estos temores, sirviendo muchas veces de pretexto, es no obstante muy posible que verdaderamente crea un Estado llegar á ser ame-

nazado hasta en su domicilio; pero en materia de disputas teológicas, jamas aquel caso tiene lugar; y la intervencion de Felipe II en los asuntos de la Liga, no podia llevar otro objeto, que el de dividir ó someter la Francia á su influjo, con el fin de irla desmembrando poco á poco.

ARTÍCULO IX.

De las guerras duplas, y de los riesgos de emprender dos guerras de una vez.

La célebre máxima de los Romanos de no emprender jamas dos guerras de importancia á un mismo tiempo, es demasiado conocida y muy bien valuada, para que sea necesario detenernos á demostrar cuanto tiene de prudente.

Puede verse obligado un Estado á hacer la guerra en contra de dos naciones vecinas; pero han de ser muy desgraciadas las circunstancias, para que no encuentre tambien un aliado que acuda en su ayuda, por el juicio interior de su propia conservacion, y por la del equilibrio político. Tambien es raro, que estas dos naciones confederadas contra aquella, tengan un mismo interes en la guerra, y se obliguen ambas á hacerla con todos sus medios: porque si una de ellas no es mas que auxiliar, el caso será como el de una guerra ordinaria.

Luis XIV, Federico el Grande, el Emperador Alejandro, y Napoleon han sostenido peleas agigantadas contra la Europa coaligada. Cuando una lid semejante proviene de agresiones voluntarias, que se pudieron evitar, ella misma hace notar una culpa primera de parte del que las comenzó; pero si procede de circunstancias imperiosas é inevitables, es preciso á lo menos recurrir al remedio, tratando de oponer medios ó alianzas, capaces de establecer algun equilibrio en las fuerzas respectivas.

La grande coalicion formada contra Luis XIV, sugerida del modo que hemos dicho, por sus proyectos acerca de España, tuvo sin embargo su origen en las precedentes agresiones, que habian sobresaltado á todos sus vecinos; pero no pudo conseguir que se opusiesen á la Europa, que obraba de acuerdo contra él, mas que la puntual alianza del Elector de Baviera, y la del Duque de Saboya todavía mas equívoca, que no tardó en engrosar el número de confederados. Federico II sostuvo la guerra en contra de las tres Monarquías mas poderosas del continente, con el único apoyo de los socorros extraordinarios de Inglaterra, y cincuenta mil auxiliares de seis pequeños Estados diferentes; pero la desunion y fragilidad de sus adversarios fueron sus mejores aliados.

Estas dos guerras, igualmente que la mantenida por el Emperador Alejandro en 1812, eran casi imposibles de evitar.

La Francia tuvo sobre sí á toda Europa en 1793, en consecuencia de las disparatadas provocaciones de los Jacobinos, de la exaltacion de los dos partidos, y de los planes imaginarios de felicidad pública de los Girondinos, que despreciaban, segun decian ellos, á todos los Reyes de la tierra, contando con el favor de las escuadras inglesas!! De resulta de cálculos tan absurdos, cayeron en un trastorno horrible, del que salió la Francia como por milagro.

Es pues Napoleon en algun modo, el único de los modernos, que haya emprendido voluntariamente tres guerras descomunales á un tiempo, que son: la de España, de Inglaterra, y de Rusia; pero todavía contaba en la última, con la asistencia del Austria y de Prusia, aun sin mentar la que se prometia de Turquía y Suecia; y si lo creyó con demasiada deferencia acerca de la última, no es menos cierto, que las demas se mostraron bastante decididas, pa-

ra que no fuera tan aventurada su expedición, como generalmente se ha imaginado, en consecuencia del sesgo que tomaron los negocios.

De todo lo que se acaba de decir resulta, que una guerra emprendida contra un Estado solo, aun cuando acudiese un tercero á tomar parte en ella mediante un cuerpo auxiliar, no se deberá confundir con una guerra dupla, ó para hablar mas claro, con dos guerras dirigidas al mismo tiempo á las extremidades de un pais que mas obstáculos opongan, contra dos naciones poderosas que se obliguen á obrar con todas sus fuerzas y recursos, para abatir al que las habrá amenazado. Por ejemplo, la lucha dupla de Napoleon, provocada cuerpo á cuerpo en 1809 al Austria, estando ya en pelea con España ayudada de Inglaterra, era para él de muy diverso modo importante, que si no hubiese tenido mas empeño que el del Austria, aunque la socorriese á esta un cuerpo auxiliar cualquiera, determinado por convenios ya sabidos. Las peleas de esta última especie, vuelven á entrar en el género de guerras ordinarias.

Conviene pues concluir, de un modo general, que se deben evitar las guerras duplas todo lo posible; y que en llegando el caso aun es mejor que declararse, disimular los agravios de alguno de sus vecinos, hasta que llegue el momento oportuno de exigir reparacion á los daños recibidos, y de los que sea justo quejarse. Con todo eso, no puede ser absoluto este principio, porque las fuerzas respectivas, las particularidades locales, la posibilidad de encontrar coligados de su banda, para establecer una especie de equilibrio entre los partidos, son otras tantas circunstancias que influirán en las resoluciones de un Estado, que se viere amenazado de alguna guerra semejante: y habremos acabado nuestra tarea, haciendo conocer de una vez el pe-

ligro y los remedios, que se pueden poner en paralelo con ella.

CAPITULO PRIMERO.

SECCION II.

De la política militar, ó de la filosofía de la guerra.

Habiendo ya explicado lo que entendemos bajo este título, se compone esta parte de todas las combinaciones morales que van á juntarse con las operaciones de los ejércitos; y si las combinaciones políticas de que hemos hablado, son tambien causas morales, que influyen en el modo de gobernarse uno en la guerra, hay ademas otras que sin estar comprendidas en la diplomacia, tampoco son combinaciones de Estrategia ni de Táctica. No hay pues quien sepa darlas otro nombre, que mas particularmente las convenga, que el de política militar ó filosofía de la guerra. (1) (b)

(1) Lloid ha tratado perfectamente esta materia en la segunda y tercera parte de sus memorias; y sus capítulos del General y de las pasiones son notables; tambien es interesante su cuarta parte; pero está lejos de ser completa, y de que los objetos que en ella llaman la atencion, esten siempre conformes con la razon. El marques de Chambray, igualmente ha tratado este asunto con alguna aceptacion, aunque ha tenido quien le contradiga.

(b) Tambien nosotros tenemos al siempre célebre marques de Santa Cruz, que nos ilustra en esta parte con el tino y prolijidad que en todas las demas de que trata su obra; que por no haber sido feliz en el extracto que se hizo de ella, parece haber caido en el olvido de sus compatriotas, al paso que siguen apreciándola los extranjeros.

Pararemos la consideracion en la primera denominacion, pues aunque la verdadera acepcion de la palabra *filosofía* se puede aplicar á la guerra, lo mismo que á las especulaciones de metafísica, se ha dado una amplitud tan indeterminada á esta acepcion, que experimentamos cier-

ta especie de perplejidad al querer reunir estas dos palabras. Se recordará pues otra vez, que la política de la guerra entiende de todas las relaciones de la diplomacia con la guerra, en tanto que la política militar solo indica las combinaciones militares de un Estado ó del General.

La política militar puede abrazar todas las combinaciones de un proyecto de guerra, distintas de las de la política diplomática y de la Estrategia.

Se pueden colocar en esta clase las pasiones de los pueblos contra quienes se vaya á lidiar, su sistema militar, sus medios de primera línea y de reserva, los recursos de su hacienda, y el apego que tengan á su gobierno ó á sus instituciones. Ademas de esto, el genio del Gefe del Estado, el de los Gefes del ejército, y sus prendas militares, como el influjo que puedan tener en las operaciones los Consejos de Guerra y el Gabinete, y los secretos de la corte de lo mas oculto de la capital; el sistema de guerra que mas esté en boga en el Estado mayor enemigo, la diversidad que haya en las fuerzas constitutivas del ejército y en su armamento, la geografia, economía política y estadística, en cuanto conciernen á la guerra, del pais en que se deba entrar; y por último los recursos y obstáculos de toda especie que se puedan encontrar en él, son otros tantos objetos importantes que hay que considerar, y no son ciertamente ni de la Diplomacia ni de la Estrategia.

No hay reglas fijas que dar sobre semejantes asuntos, y suplirá á ello el Gobierno, no descuidando nada hasta llegar al exacto conocimiento de todos aquellos pormenores, que indispensablemente debe tomar en consideracion en los planes de operaciones que se proponga.

El Gefe del ejército y el Estado mayor deben ser admitidos á la participacion de todos estos conocimientos, so pena de hallar dolorosos errores en sus cálculos; como

sucede tan á menudo y aun en nuestros días, á pesar de los infinitos progresos que han hecho las naciones civilizadas en las ciencias de topografía, geografía, estadística y política. Puedo citar dos ejemplos de que he sido testigo: en 1796, al entrar Moreau dentro de la Selva negra, contaba con que hallaría montes extremadamente encumbrados, angosturas, y bosques cuya memoria nos recuerda la muy antigua Hercinia con circunstancias horrorosas; y se halló Moreau muy sorprendido, despues de haber trepado á la mesa de grande extension que forma la selva, por las bargas que derraman sus aguas al Rin, al ver que en estas vertientes y en sus estribos es únicamente donde se hallan montes encumbrados, y que todo el país, desde los manantiales del Danubio hasta Dounawert, ofrecia llanuras tan abundantes como fértiles.

El segundo ejemplo, todavía mas reciente, es de 1813: todo el ejército de Napoleon y este mismo gran Capitan, contemplaban lo interior de Bohemia como á un territorio cortado por grandes sierras; al paso que hay pocos países mas llanos, desde que se ha atravesado el circuito de montes de segundo orden que la rodean, y en lo que podrá invertirse una jornada.

Todos los militares de Europa estaban sobre poco mas ó menos en igual opinion errónea sobre el Balkan, y acerca de la fuerza verdadera de los Turcos en lo interior del Imperio. Parecia que habia salido de la misma Constantinopla la pauta, para que se considerase este recinto al modo que á un antemural casi inexpugnable, y como al Paladion ó protector del Imperio; falso concepto en que no he tomado parte, por mi calidad de morador de los Alpes. Otras preocupaciones no menos arraigadas, incitaban á creer, que un pueblo, cuyos individuos andan todos incessantemente armados, formaría una tropa muy temible que

se defendería hasta el último apuro; pero la experiencia ha probado, que las antiguas instituciones que situaban lo selecto de los Genizaros en las ciudades limítrofes del Danubio, habian hecho la poblacion de estas ciudades mas inclinada á la guerra que los habitantes del interior, que solo la hacen á los Rajás desarmados: apreciada en su justo valor esta fantasmagoría, que no era mas que una especie de cortina, que infundia respeto sin tener apoyo alguno, desde el momento que fue forzado el primer recinto, desapareció la ilusion. Verdad es que los proyectos de reforma del Sultan Mahamud habian requerido el trastorno del sistema antiguo, sin darle tiempo para sustituirle con otro nuevo, de modo que se halló el Imperio cogido desapercibidamente: con todo eso, nos ha probado la experiencia, que una muchedumbre de valientes por mas armados que vayan, no constituye un ejército bueno á lo menos, ni tampoco una defensa nacional.

— Volvamos otra vez á la necesidad de conocer perfectamente, en cuanto conciernen á la guerra, la geografia y estadística de un imperio.

Es cierto que carecen estas ciencias de tratados elementales, que aun estan por ponerse en claro; y aunque Lloid ha hecho una prueba de ello en la quinta parte de sus Memorias, al describir los confines de los Estados grandes de Europa, no ha sido feliz en sus máximas y pronósticos: halla por todas partes obstáculos, y nos presenta entre otros, como inexpugnable, á la frontera de Austria por el Inn, entre el Tirol y Pasau, en donde hemos visto maniobrar y triunfar á Napoleon y á Moreau con ejércitos de ciento cincuenta mil hombres, en 1800, 1805 y 1809. La mayor parte en fin de sus raciocinios, admiten igual crítica, porque ha considerado las cosas con demasiada materialidad.

Pero si dichas ciencias no se ejercen públicamente, debian los archivos de los Estados mayores de Europa estar llenos de los documentos mas preciosos para enseñarlas, cuando menos en las escuelas particulares de este cuerpo.

De estadística militar hay pocos mas conocimientos que de geografia; pues únicamente en estados ó descripciones vagas é insustanciales, es donde se tantea á la ventura el número de hombres armados y navíos que posee un Estado, al modo que las rentas que se le suponen; lo que está lejos de constituir del todo una ciencia necesaria para combinar operaciones. Mas no siendo nuestro objeto examinar aqui á fondo estas importantes combinaciones, solamente las indicamos, como medios para salir bien en las empresas que se quieran formar.

Si las pasiones exaltadas del pueblo que se deba atacar son un enemigo grande que hay que vencer, el General y el Gobierno deben emplear todos sus esfuerzos para sosegar estos afectos; y nada mas nos es posible añadir á lo que hemos dicho con este motivo cuando hablamos de las guerras nacionales.

El General en desquite, debe hacer cuanto pueda para inflamar á sus soldados, comunicándoles aquel mismo arrojo impetuoso, que le importa reprimir en su adversario. Todos los ejércitos son susceptibles del mismo entusiasmo; solo se diferencian en los móviles y modos, con arreglo al espíritu de las naciones. La elocuencia militar ha dado materia para escribir algunas obras; pero no la indicaremos sino como un medio. Las proclamas de Bonaparte, las del General Paskevitsch, las arengas de los antiguos á sus soldados, y la de Souvoroff á hombres todavía mas sencillos en aquel tiempo, son dechados de géneros diversos. La elocuencia de las Juntas de España, y los prodigios de nuestra

Señora del Pilar de Zaragoza, han producido los mismos efectos, aunque por caminos muy opuestos.

Generalmente hablando, una causa amada tiernamente y un Gefe que inspire confianza, por victorias que supo conseguir, son grandes medios para electrizar un ejército, y hacer fáciles sus triunfos.

Han disputado algunos militares contra las utilidades del entusiasmo, prefiriendo á él la serenidad imperturbable en los combates. Uno y otro tiene sus ventajas é inconvenientes, que es imposible no reconocer; el entusiasmo excita á mayores acciones; pero la dificultad está en saber mantenerle con constancia, porque cuando una tropa exaltada llega á acobardarse, se introduce en ella el desorden con mas rapidez.

Mas ó menos actividad y valentía en los Gefes de los ejércitos respectivos, hacen compañía con el triunfo ó con la desgracia; y no hay posibilidad de someter esto á reglas.

El Gabinete y el Gobierno deben tomar en consideracion lo que intrínsecamente valen las tropas y su fuerza constitutiva, puesta en cotejo con la del enemigo. Un General ruso que mande las tropas constituidas con mas solidez en Europa, puede emprenderlo todo en campo raso, en contra de masas que carezcan de disciplina y orden, por muy valientes que sean, de otra parte, los individuos que las compongan.

La disciplina introduce el orden, el orden hace obtener la union, y la union produce la fuerza; pero sin disciplina y sin orden no es posible triunfar. (1)

(1) Si las tropas irregulares no valen nada en la guerra, cuando ellas solas componen el total del ejército; si nunca tendrán la destreza de ganar batallas, es preciso confesar que protegidas por buenas tropas, son un auxiliar de la mas eminente importancia: cuando las hay en gran número reducen al enemigo al desaliento, destruyendo sus convoyes, interceptando todas sus comunicaciones, y haciéndole estar como cercado en sus campos;

principalmente las retiradas las hacen azarosas, del modo que han hecho prueba de todo esto los Franceses en 1812.

Aquel mismo General con las mismas tropas, no podrá atreverse á toda suerte de cosas en contra de ejércitos europeos que tengan igual instruccion, y á corta diferencia la misma disciplina que el suyo. Se podrá en fin atrever uno delante de un Mack, á lo que no se atreveria delante de un Bonaparte.

La accion de un Gabinete sobre los ejércitos, influye tambien en la resolucion de las empresas. El General que tenga sujeto su talento y autoridad, por un Consejo áulico que se halle á cuatrocientas leguas del teatro de la guerra, luchará con désigualdad contra cualquiera otro que esté en toda su libertad de obrar.

Tocante á la superioridad de inteligencia en los Generales, no habrá quien dispute, sobre que no sea una de las prendas mas seguras de la victoria, sobre todo cuando se supongan iguales todas las demas probabilidades. Se habrá visto sin duda, muchas veces derrotados á grandes Capitanes por hombres regulares: quiero concederlo; pero una excepcion no formará la regla. Una orden mal entendida, un acontecimiento impensado, pueden hacer que pasen al campo enemigo todas las probabilidades de vencer, que un General inteligente habria sabido preparar con sus manobras; y esto es una de las contingencias que no hay poder humano de verla venir, ni para saber huirla. ¿Seria justo por esto negar la influencia de los principios y de la ciencia en las circunstancias mas comunes? No sin duda; porque este mismo acaso produce el triunfo mas hermoso de los principios, puesto que se hallaron aplicados por el ejército, contra el que se iban á emplear, y que venció por el predominio de dichos principios. Pero dándose por vencidos á la evidencia de estos argumentos, ¿se sacará por con-

secuencia, que dichas razones establecen la verdad en contra de la ciencia?.... Esto no sería mas bien fundado; pues que la ciencia consiste en poner por su parte todas las contingencias que sean posibles de preveer, y jamas se dilatará hasta los caprichos de la suerte; porque hablando formalmente, en cien batallas ganadas por maniobras hechas con habilidad, habrá dos ó tres solamente que se hayan ganado por accidentes casuales.

Es uno de los objetos mas importantes de la política militar de un Estado, el que se refiere á las instituciones que hayan de regir en su ejército: porque un ejército sobresaliente, mandado por un hombre regular, puede realizar hechos de consideracion; mientras que un mal ejército mandado por un Gran Capitan, quizás hará otro tanto; pero haria todavía mucho mas, si á la buena calidad de las tropas se añadiesen los dotes, que la naturaleza haya dado á su gefe.

Nueve circunstancias absolutamente necesarias han de obrar juntamente para dar una excelente calidad á un ejército.

Primera, tener un buen sistema de reemplazo.

Segunda, una formacion exquisita en su género.

Tercera, un sistema de reservas, pertenecientes á toda la nacion, organizado con todas las cualidades necesarias á su destino.

Cuarta, tropas y oficiales muy instruidos en las evoluciones, y en el servicio interior y de campaña.

Quinta, una disciplina firme, pero sin que humille.

Sexta, un sistema de recompensas y emulacion bien combinado.

Séptima, sus armas especiales (el cuerpo de ingenieros y de artillería), que hayan adquirido los conocimientos necesarios para llenar su objeto.

Octava, un armamento muy bien adecuado y superior

en calidad, si fuese posible, al del enemigo; adaptando aquella proporcion y calidad no solo á las armas ofensivas, sino tambien á las defensivas.

Novena, un estado mayor general capaz de hacer muy útiles todos estos elementos, y cuya excelente organizacion corresponda á la enseñanza clásica, que habrán recibido sus oficiales.

Es forzoso enunciarlo, no hay modo de hacer que se desatienda alguna de estas condiciones, sin que resulten malas é importantes consecuencias.

Un ejército excelente, que sabia maniobrar bien, y muy disciplinado, pero sin caudillos idóneos y sin reservas pertenecientes á la nacion entera, no impidió que se anonadase la Prusia en quince dias por los reiterados choques de Napoleon.

En trueque de esto, hemos visto en muchas circunstancias, lo mucho que un Estado debió jactarse de tener un excelente ejército: los cuidados y capacidad de Filipo y de Alejandro, en dar forma é instruccion á sus falanges, hicieron estas masas tan móviles como propias á ejecutar las maniobras mas rápidas, y dieron poder á los Macedonios para sojuzgar la Persia y la India con un corto número de soldados escogidos. El excesivo amor del padre de Federico en favor de sus soldados, hizo obtener á este gran Rey un ejército capaz de poner por obra toda clase de empresas.

El Gobierno que descuide su ejército, bajo cualquier pretexto que sea, se hará pues culpable á los ojos de la posteridad; porque preparó humillaciones al Trono y á la nacion, en vez de haberle puesto en disposicion de lograr triunfos, con solo haber seguido el camino opuesto. Pero lejos de nosotros la idea, de que debe un Gobierno abandonar todo por el ejército; esto seria el mayor de los absurdos. Mas debe ser el objeto constante de sus diligencias; y

si el Príncipe no hubiese él mismo recibido una educación militar, será dificultoso que llegue á conseguir el fin que se propuso. En este caso, que por desgracia sucede con demasiada frecuencia, hay necesidad de llevar aquel vacío con sábias y pródidas instituciones, que lleven en sí la prevención, á cuya cabeza se colocará sin réplica un buen sistema de Estado mayor y otro de reemplazo.

Por lo que hace á las recompensas y ascensos, es necesario proteger la antigüedad en el servicio, y dejar una puerta del todo abierta al mérito: de modo que las tres cuartas partes de cada promoción deberían darse conforme al orden de escala, y quedar la otra cuarta parte reservada á los que se hiciesen notar por sus méritos y zelo; y en tiempo de guerra, se debería suspender al contrario el orden de escala, reduciéndole á lo menos á la tercera parte de las promociones, y reservando las otras dos terceras partes para las acciones distinguidas.

La superioridad de armamento puede dar aumento á las probabilidades de buen éxito en la guerra; pues si no gana batallas, no es dudoso que contribuye á ello: todo el mundo hará memoria de lo que ganó la caballería de línea francesa con solo adoptar la coraza que habia desechado tan largo tiempo; y cada cuál sabe, que solo por la superioridad de la lanza han derrotado con frecuencia los cosacos á la caballería reglada la mas formidable. Es indubitante que los lanceros á la desbandada no valen tanto como buenos húsares; pero atacando en línea es el lance muy distinto. ¿Cuántos millares de soldados valientes de caballería han sido víctimas de la preocupacion en que estaban contra la lanza, por solo incomodar llevándola algo mas que el sable.

El armamento de los ejércitos es todavía susceptible de muchos retoques, y el que se ocupe primero de hacerle

mejor, quedará muy breve convencido de su grande utilidad. Aunque deja poco que desear la artillería, las armas ofensivas y defensivas, así de la infantería como de la caballería, merecen la atención de todo Gobierno vigilante al porvenir.

Resumiremos por último, en pocas palabras las bases esenciales de la política militar, que deberá adoptar todo Gobierno sabio.

1.º Es dar al Príncipe una educación política y militar al mismo tiempo; pues ya que halle en sus consejos buenos administradores antes que políticos y ministros de capa y espada, se debe tratar de que lo sea el mismo.

2.º No debe solo el ejército permanente hallarse siempre en un pie respetable, sino que se ha de tener en proporción de duplicarle, cuando sea menester, con las reservas preparadas con discreción. Su instrucción y disciplina deben ir acordes con su excelente organización; y el sistema de armamento en fin, acabado con la posible perfección, estará á lo menos en igualdad con el de sus vecinos, si no pudiese ser mejor.

3.º Debe estar el material de un mismo modo en el mejor pie, y tener igualmente sus reservas necesarias.

4.º Importa mucho que sea protegido y recompensado el estudio de las ciencias militares, al modo que el valor y el zelo; y los cuerpos á quienes son necesarias estas ciencias deben disfrutar de honor y aprecio, por ser éste el único medio de hacer que vayan á ellos de todas partes los hombres de mérito y talento.

5.º El estado mayor general debe estar ocupado en tiempo de paz, en los trabajos preparatorios para todo evento de una guerra posible; y sus archivos han de hallarse provistos de materiales históricos, en gran número, de todo lo sucedido, y de cuantos documentos estadísticos, geo-

gráficos, topográficos y estratégicos se pueda, acerca de lo actual y venidero.

Es pues absolutamente necesario, que el Gefe de este cuerpo y una parte de sus oficiales, permanezcan en la capital en tiempo de paz, y que el depósito de la guerra no sea otra cosa que el depósito del estado mayor general, con condicion de darle una sección secreta para los documentos que deberian quedar ocultos á los oficiales del cuerpo.

6.º No omitir ninguna cosa hasta llegar á poseer la geografía y estadística militares de los Estados vecinos; y para conocer sus facultades materiales y morales de ataque y defensa, así como las probabilidades estratégicas de los dos partidos: empleando en estos trabajos científicos á los oficiales mas distinguidos, con el fin de recompensarles cuando los hayan desempeñado de un modo notable.

7.º Una vez resuelta la guerra, será preciso acordar un plan de operaciones; ya que no sea entero por ser imposible, á lo menos un sistema de operaciones en el que se propondrá uno un objeto y se contará con una base.

El sistema de operaciones debe estar en relacion con el objeto de la guerra, con la especie de enemigos contra quienes se haya de pelear, con la naturaleza y recursos del pais, y con el genio de las naciones y el de los gefes que las gobiernen, ya sea en el ejército ó en lo interior del Estado. Se debe calcular dicho sistema sobre los medios materiales y morales de ataque ó de defensa, que los enemigos puedan tener para resistir; y por último, se deben tomar en consideracion las alianzas probables, que podrian sobrevenir en pro ó en contra de ambos partidos durante la guerra.

No se puede omitir el estado de la hacienda de una nacion en el catálogo de las contingencias de guerra, que esté uno encargado de examinar atentamente: sin embargo se-

ria peligroso conceder constantemente á este artículo, toda la importancia que parece darle el Gran Federico en la historia de su vida; porque este Gran Rey podia muy bien tener razon en una época, en que la mayor parte de los ejércitos se reemplazaba por alistamientos voluntarios, pues en tal supuesto el último escudo daba el último soldado; pero si estan bien concertadas todas las partes que constituyen el régimen, que se haya de observar en los reemplazos llamados nacionales, no tendrá la misma influencia el metálico, á lo menos por una ó dos campañas. Si por una parte ha manifestado la Inglaterra, que el dinero hace obtener soldados y auxiliares; ha justificado por otra la Francia, que el honor y el amor á la patria daban de un mismo modo defensores, y que en caso de necesidad podía la guerra mantenerse á sí misma. Ciertamente hallaba este pais en la riqueza de su suelo y en la exaltacion de sus caudillos, manantiales de poder aunque de corta duracion, que no seria acertado admitir como base general de un sistema; pero las consecuencias de sus esfuerzos no fueron por eso menos sorprendentes. En cada año se repetian ecos en gran número en el Gabinete de Lóndres, y principalmente por Mr. Ivernois, anunciando que la Francia iba á no poder aguantar mas por falta de metálico, mientras que amontonaba Napoleón por sus ahorros trescientos millones en los sótanos del palacio de las Tullerías; pagando sin excepcion y con regularidad los gastos del Estado, y el sueldos de sus ejércitos. (1)

(1) Es verdad que hubo un descubierto á su caída, pero no le habia en 1811; y fue de resultados de sus desgracias, y de los esfuerzos nunca oídos que tuvo que hacer.

Una potencia que rebose de tesoros muy mal podria defenderse: ahí está la historia para atestiguar, que los pueblos mas ricos no han sido ni los mas fuertes ni los mas

dichosos; porque la espada pesa á lo menos otro tanto como el oro en la balanza de la fuerza militar.

Entre tanto, apresurémonos á quedar de acuerdo, en que la venturosa reunion de instituciones militares sábias, de patriotismo, de orden en la hacienda, de riqueza interior y de crédito público constituirá la nacion mas fuerte y mas capaz de sostener una guerra larga y empeñada.

Habría necesidad de un volumen para ventilar todas las circunstancias en que puede una nacion manifestar mas ó menos poder, ya sea por el oro ó por las bayonetas, y para determinar el caso en que se pueda tener esperanza de mantener la guerra con la guerra. Este fruto solo se obtiene trasportando los ejércitos al pais de otro, y todos los paises no son adecuadamente propios para darse abasto y proveer de recursos á un ejército acometedor.

Nos internariamos muy lejos, si nos pusiéramos á tratar á fondo una materia tan intrincada; bastará pues, para el objeto que nos hemos propuesto, dar conocimiento de las relaciones que puede haber con un proyecto de guerra; y al hombre de estado pertenece comprender fácilmente las restricciones, que las circunstancias y las localidades pueden causar en estas relaciones.

Ya es tiempo de pasar á la parte del arte puramente militar; esto es, á la Estrategia y á la Táctica sublime.

CAPITULO II.

SECCION I.

Del arte llamado con propiedad militar.

El arte militar, prescindiendo de las partes que acabamos de poner sucintamente de manifiesto, todavía se com-

pone, como se ha visto mas arriba, de cuatro ramos de la primera importancia, á saber: de la Estrategia, de la Táctica sublime, de la Táctica en detall, y de la facultad del ingeniero. Trataremos solamente de los dos primeros ramos por las razones indicadas, y es ya urgente dar principio á ello por definirlos.

La Estrategia encierra en sí todas las operaciones que abrazan al teatro de la guerra de un modo general.

- 1.º La explicacion clara y precisa de la naturaleza de este teatro, y de las combinaciones que prometa.
 - 2.º La eleccion y asiento de la base de operaciones.
 - 3.º La resolucion del punto objetivo que uno se propone, bien sea ofensivo ó bien defensivo.
 - 4.º Los frentes de operaciones.
 - 5.º Escoger las líneas de operaciones que conduzcan desde la base á dicho punto objetivo ó al frente de operaciones; y las diferentes maniobras que haya que hacer para abrazar las líneas de cada uno de estos en las diversas combinaciones de aquellas.
 - 6.º La determinacion de los puntos decisivos del teatro de la guerra.
 - 7.º Las marchas de los ejércitos, consideradas como maniobras.
 - 8.º Las diversiones y los grandes destacamentos.
 - 9.º Los desembarcos.
 - 10.º Los pasos de rios.
 - 11.º Los campos atrincherados.
 - 12.º Las plazas fuertes, contempladas como medios estratégicos, como asilos de un ejército, y como impedimentos á su marcha.
 - 13.º Los almacenes, examinados con atencion en sus relaciones con los movimientos diarios de los ejércitos.
- Estos diversos objetos constituyen lo que se llama con

mas frecuencia plan de campaña; y se pueden añadir:

14.º Las retiradas.

Y 15.º Los cuarteles de invierno; combinaciones accidentales, que no entran en ningun plan, pero que pertenecen á la Estrategia. (1)

(1) Muchas de estas combinaciones dependen de la táctica asi como de la Estrategia, esto es: casi todas las operaciones de una guerra tocan de derecho á la Estrategia, respecto á sus combinaciones y relaciones con el plan general, y á la táctica por lo que hace á su ejecucion en un terreno determinado.

El segundo ramo es la Táctica, es decir, las maniobras de un ejército en un dia de batalla, los combates, el asiento del campo y las diversas formaciones que haya que ordenar, para guiar las tropas al ataque.

Un gran número de disputas, aunque frívolas, han dado motivo para determinar, de un modo absoluto, la línea de demarcacion que separa uno de otro á estos dos ramos de la ciencia: he anunciado, que la Estrategia es el arte de ordenar la guerra en el mapa, ocupándose de todo el teatro de la guerra; y que la Táctica es el arte de combatir en el terreno, de colocar en él las fuerzas con arreglo á las circunstancias locales, y de ponerlas en accion en diversos puntos del campo de batalla; pero en un espacio de tres ó cuatro leguas, y de modo, que todos los cuerpos activos puedan recibir las órdenes que se den, y cumplirlas en el mismo curso de la accion. Hay quien ha criticado mi definicion sin dar otra mejor: es cierto que muchas batallas se han decidido por movimientos estratégicos, y ni aun han sido mas que una série de movimientos semejantes; pero no es de esperar que esto suceda jamas sino en contra de ejércitos desparramados, y ya este caso admite excepcion; pues no apropiándose la definicion general mas que á batallas campales, queda en su integridad.

Tambien es cosa cierta, que muchas de las operaciones,

clasificadas en la Estrategia por sus relaciones con el plan general de la campaña y con la reunion de todas las partes del teatro de la guerra, pertenecen á la táctica por lo que toca á los pormenores de ejecucion, por ejemplo: los pasos de rios, las retiradas, y los desembarcos. Pero la determinacion del punto ó direccion en que convenga obrar al ejército, es una combinacion estratégica por su esencia, y tambien es por maniobras estratégicas como llega uno á ellos antes que el enemigo. Nada hallo mejor que los ejemplos para explicar un pensamiento: citaré los pasos del Rhin efectuados por Moreau en 1796 y 1800. Obrando Moreau en 1800 desde Strasburgo hasta Escafusa, desembocó la izquierda por Kel para engañar á Kray, dos dias despues desfiló el centro por Brisac y Basilea, y pasado algun tiempo, el ejército de Lecourbe que formaba la derecha salió de Escafusa: el todo es una operacion estratégica, pero cada paso en particular, si se hubiera hecho delante del enemigo, habria sido una operacion táctica; puesto que ya no habia que hacer sino obrar en un terreno determinado.

De este modo, dejando aparte las precauciones de ejecucion local, que son de su jurisdiccion, comprenderá la Táctica sublime, segun creo, los objetos que siguen:

- 1.º El asiento de los campamentos.
- 2.º La eleccion de las líneas defensivas de batalla.
- 3.º El estado defensivo ofendiendo.
- 4.º Los diversos órdenes de batalla ó grandes maniobras propias para acometer á una línea enemiga.
- 5.º El reencuentro de dos ejércitos que van marchando, y las batallas impensadas.
- 6.º Los acometimientos repentinos en los ejércitos. (1)

(1) Se trata aqui de sorprenderse ejércitos en medio del campo, y no de las sorpresas de cuarteles de invierno.

7.º Las disposiciones que se han de tomar para llevar las tropas al combate.

Todas las demas operaciones de la guerra entran otra vez en el por menor de la guerra en pequeño, como los reconocimientos, los forrages, los combates hechos por partes, de vanguardias ó de retaguardias, tambien el ataque de puestos atrincherados, y en una palabra, todo lo que se debe ejecutar por una division ó brigada suelta.

Del principio que sirve de base en la guerra.

El objeto principal de esta obra es demostrar que existe un principio fundamental de todas las operaciones de la guerra; principio que debe presidir en todas las combinaciones, para que sean provechosas.

Se reduce:

1.º A llevar la mayor parte de tropas disponibles de un ejército al punto decisivo, ya lo sea este el del teatro de la guerra, ó el de un campo de batalla.

2.º A obrar de modo que aquella masa de fuerzas, no solo este presente en el punto decisivo, sino que tambien se ponga en accion en él con habilidad. (b)

(b) Para conducir al ataque del punto mas importante de una línea de batalla, mas tropas activas que las que tenga en él el enemigo, son los medios de que nos valdremos, por lo tocante á la táctica, las maniobras ó la eleccion del orden de combate ó uno y otro; pero estos medios son comunes en táctica á los ejércitos y á las armadas, luego dicho principio, que es fundamental para las batallas, lo será tambien para los combates navales: pues si por su aplicacion en tierra, hemos visto su buen éxito en un sinúmero de ocasiones, tambien en la mar nos han probado lo mismo los almirantes Nelson y Gervis. Asi como por el contrario, si examinamos los combates navales desgraciados ó indecisos, que se han dado en igualdad de tantos á tantos, con corta diferencia, en los tiempos modernos, y los cotejamos con las batallas que han tenido un mismo fin en dicha época, que señalan las armas de fuego, hallaremos el motivo mas general en iguales ó semejantes faltas: esto es por no haber obrado en conformidad de las reglas fundamentales del arte de los combates.

En resumen, toda la ciencia de un General en estos casos, así en tierra como en la mar, ¿consiste en otra cosa que en saber dejar en la nulidad á una parte de las fuerzas enemigas, y caer con el grueso de las suyas sobre el punto que ofrezca mayores probabilidades de vencer? ¿Y podrá contar con muchas de estas probabilidades un General, si se establece en uno ú otro elemento (sigamos el uso) en una sola y larga línea, que podrá romper fácilmente el adversario, con tal que conozca la endeblesz de esta disposición, y sea mas compacto su orden de combate? ¿y qué consecuencias obtendrá el que logre la victoria entre dos Generales que se han situado de manera que cada batallon ó navio entre en lid con el batallon ó navio de en frente en la línea opuesta, ó lo qué es lo mismo en orden paralelo?

Estas y otras reflexiones me hacen creer, que dando á la naturaleza de esta arma de mar (asi llamo á las fuerzas marítimas de una Potencia), todo lo que la pertenece por ser flotante y dependiente de tiempos y vientos, cuantas reglas se prescriben, por lo que toca á la táctica terrestre para las batallas, asi como lo que se dice acerca de los órdenes de combate en este tomo y en los cuatro de Estrategia ya publicados, son tambien aplicables á la táctica naval en todo lo que no contradiga ó se oponga á la diversa naturaleza del arma.

Pero en nada se opone, por ejemplo, en que el orden de combate, en lugar de ser en una línea sea en dos con su reserva; ni en que el mando de los Gefes de escuadra se extienda desde la primera línea á la segunda y no de derecha á izquierda en cada línea; como tampoco en que se navegue en tantas columnas como líneas, ni en que se deba acometer al enemigo por el centro si dejase este algun claro en su disposicion, ó si fuese esta en una sola y larga línea: como el que siendo el peor de los órdenes de combate el paralelo igualmente que en tierra, se le ataque, si lleva reunidas sus fuerzas y bien dispuestas, por la cabeza ó por la cola, procurando doblarla con fuerzas superiores á las que alli pueda oponer en el acto el enemigo, ó dirigiendo el ataque sobre el centro y una extremidad al mismo tiempo: entreteniendo por sentado, en todo caso, á las fuerzas restantes con ataques fingidos ó maniobras, si se hallasen en proporcion de llegar á tiempo al punto atacado etc. etc.

Vamos á aplicar primero este principio indisputable á las diferentes combinaciones de Estrategia y de Táctica, y despues probaremos con la historia de veinte campañas, que todos los triunfos ó desgracias han sido la consecuencia de la aplicacion ó del olvido que se haya hecho de él.

CAPITULO II.

SECCION I.

DE LAS OPERACIONES ESTRATEGICAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Del teatro de operaciones.

El teatro de una guerra comprende todas las regiones en que se puedan ofender dos Potencias, bien sea por su propio territorio ó ya por el de sus aliados, ó por el de Potencias de segundo orden que aquellas se llevaran tras sí en el torbellino, por temor ó interes que estas tengan. Cuando llega una guerra á embrollarse con operaciones marítimas, el teatro en este caso no se reduce á los confines de un Estado, sino que puede abrazar los dos hemisferios, como ha sucedido en la lucha sostenida entre Francia é Inglaterra desde Luis xiv hasta nuestros dias.

Por consiguiente, es una cosa tan indeterminada y dependiente de incidentes el teatro general de una guerra, que es preciso no confundirle con el teatro de operaciones que puede abrazar cada ejército, prescindiendo de la concurrencia de los demas.

El teatro de una guerra continental entre Francia y Austria, por ejemplo, puede comprender á la Italia sola, ó á Alemania é Italia, si tomasen parte en ella los Príncipes alemanes.

Puede llegar el caso de que vayan combinadas las operaciones, ó de estar cada ejército destinado á obrar por separado. En la primera suposicion, se debe considerar el teatro general de operaciones, al modo que á un mismo tablero (de damas), por el cual debe la Estrategia hacer mo-

ver á los ejércitos, con direccion al fin comun que se habrá acordado. Pero en la segunda hipótesis, tendrá cada ejército su teatro particular de operaciones, con independencia de los otros.

El teatro de operaciones de un ejército comprende todo el terreno que tratará de invadir, ó todo el que puede tener que defender. Si ha de obrar solitariamente, formará el teatro todo su tablero, fuera del cual podrá procurar hallar una salida segun se debe, en caso que se encontrase cercado por tres lados; pero sin deber combinar ninguna maniobra fuera de él, pues que nada se habria previsto para una accion comun con un ejército secundario.

Si las operaciones, al contrario, se hubiesen acordado, el teatro de operaciones, en este caso, de cada ejército tomado aisladamente, viene á ser en algun modo, una de las líneas de operaciones del tablero general, en el que deben obrar las masas guerreantes, yendo á un mismo fin ya propuesto.

Cada teatro ó tablero, en el que se deba obrar con uno ó varios ejércitos, se compone:

- 1.º De una base de operaciones.
- 2.º De un punto objetivo.
- 3.º De frentes de operaciones.
- 4.º De líneas de operaciones.
- 5.º De líneas de comunicacion.
- 6.º De obstáculos naturales ó artificiales que habrá que vencer, ó que oponer al enemigo.
- 7.º De puntos de asilo en caso de contratiempos.

Para hacer mas inteligible la demostracion, supondré que quiera Francia invadir el Austria con dos ó tres ejércitos, destinados á reunirse á las órdenes de un Gefé, y que deban salir de Maguncia, del Rin superior y de Suabia, ó de los Alpes marítimos.

Cada comarca que tendrá que andar cada uno de estos ejércitos, será en algun modo una línea de operaciones del tablero general. Pero si el ejército de Italia solo debe obrar hasta el Adige, sin concertar nada con el ejército del Rin, lo que se consideraba en aquel caso como una línea de operaciones del plan general, se convierte en tablero único de este ejército.

Por consiguiente, cada tablero ha de tener su base particular, su punto objetivo y sus líneas de operacion, que conduzcan desde la base al punto objetivo en la ofensiva, ó desde el punto objetivo á la base en la defensiva.

Frecuentemente se han confundido las líneas de operaciones con las líneas de comunicacion; y es importante deshacer este error con un ejemplo.

Un ejército frances, que haya de obrar en Alemania contra el Austria, no tiene mas que una línea posible de operaciones, que es el valle del Danubio, única y sola via para llegar desde la base al punto objetivo, que naturalmente será el Inn ó Viena; y aunque ofreciese esta línea de operaciones diez caminos reales, que vayan desde Braunau ó Salzburgo á Maguncia por la Franconia, á Manheim por Dounawert, á Strasburgo por Ulma, y á Huninga por Kempten y las ciudades silvanas, no por esto habrá posibilidad de decir, que tiene el ejército diez líneas de operaciones.

Sin detenernos en muchas complicaciones, procuraremos demostrar las principales combinaciones, que puede ofrecer todo teatro de operaciones, bien se considere suelto ó colectivamente.

ARTÍCULO II.

De las bases de operaciones.

El primero y mas importante objeto de un plan de operaciones es poder contar con una base excelente; se llama de este modo á aquella extension de los confines de un Estado, de la que sacará un ejército sus recursos y refuerzos, y de la que deberá salir á una expedicion ofensiva; ó bien á la que se deberá apoyar, si cubre á su pais estando en la defensiva.

Aunque la base de operaciones sea lo mas frecuentemente la de los recursos, sin embargo, cualquier línea por la que llegue una parte de estos recursos, no será por esta circunstancia una línea de operaciones, sino una línea de acopio de provisiones.

Puede tener cada ejército varias bases sucesivas: un ejército frances, que haya de obrar en Alemania, tiene al Rin por primera base; pero si se le hiciese volver hasta el otro lado de este rio, tendrá otra base en el Mosela, y aun puede verse obligado á formar la tercera en el Sena, y la cuarta en el Loira.

Una base protegida por un rio caudaloso, ancho y de corriente rápida, y cuyas orillas las ocupasen buenas plazas fuertes, situadas á caballo sobre él, seria sin disputa la mas favorable que se pueda apetecer.

Cuanto mas ancha sea la base, menos fácil será resguardarla; pero tambien será tanto mas difícil cortar de ella al ejército.

El Estado, cuya capital ó centro de poder esté demasiado cerca de la frontera principal, ofrece menos utilidades para establecer en una base fuerte á sus defensores, que aquel que tenga mas distante su capital.

Toda base, para ser perfecta, debe tener ó admitir dos ó tres ciudades fortificadas, de una capacidad suficiente para establecer en ellas los almacenes, depósitos &c.; y para que sea mas completa, tendrá á lo menos una cabeza de puente atrincherada en cada uno de los rios no vadeables, que podrán hallarse en ella.

Exceptuando esto, no háy máximas invariables que dar acerca de bases, que siempre dependen mas ó menos de las circunstancias locales.

ARTÍCULO III.

De las operaciones ofensivas, y de los puntos objetivos de operaciones.

Las operaciones de la guerra llevan en sí un designio ú objeto, bien sea ofensivo ó defensivo.

La ofensiva, generalmente hablando, es la mas provechosa; principalmente segun Estrategia: si el arte de la guerra consiste en verdad, en llevar sus fuerzas al punto decisivo, se conoce facilmente que el medio mas principal en la aplicacion de esta regla, será tomar la iniciativa de los movimientos, ó lo que es lo mismo, la ofensiva. Sabiendo con anticipacion el que ha tomado la ofensiva lo que va haciendo y lo que quiere hacer, llega con sus masas al páragé en que le conyenga causar al enemigo mas impresion ó efecto. El que aguarda, al contrario, se ve preocupado por todas partes; cae mientras tanto el enemigo sobre las fracciones de su ejército, sin saber aquel, ni hácia donde encaminará el adversario sus esfuerzos, ni los medios que deberá oponerle.

Segun la táctica, tiene tambien la ofensiva sus utilidades, pero son menos ciertas; porque no yendo estas ope-

raciones por un radio tan dilatado, el que lleve la iniciativa no podrá ocultarlas al enemigo, quien descubriéndolas al momento, puede con la asistencia de buenas reservas remediar el mal sin detenerse. Además de esto, el que va marchando al enemigo tiene contra sí todos los inconvenientes que originan los obstáculos del terreno que hay que atravesar, para acercarse á la línea del adversario: por llana que sea una comarca, siempre hay en ella desigualdades en el terreno, pequeñas quebradas, breñas, vallados, cortijos, quintas, y lugares de que apoderarse ó que dejar atrás; y si se añaden á estos impedimentos naturales, las baterías enemigas que hay que forzar, y el desorden que siempre se introduce mas ó menos en toda tropa, expuesta mucho tiempo á sus fuegos ó al de fusilería, se convenirá en que segun la táctica, queda por lo menos compensada la utilidad de la iniciativa.

Segun la Estrategia, el fin propuesto de una campaña determina el punto objetivo; y si aquel designio fuese ofensivo, este objeto será la posesion de la capital de la potencia enemiga, ó la de una provincia gobernada militarmente, cuya pérdida podria resolver al enemigo á hacer la paz. En la guerra de invasion, lo mas frecuente es la capital el punto decisivo que se propone el agresor; mas todavía, la situación geográfica de esta capital, las relaciones políticas de las potencias guerreantes con las naciones vecinas, los recursos recíprocos, bien sean indubitables ó bien de alianza, forman otras tantas combinaciones indiferentes en lo principal á la ciencia de los combates, pero muy íntimamente unidas, con todo eso, á los planes de operaciones, y que pueden decidir sobre si debe un ejército desear ó temer llegar hasta la capital enemiga.

En lugar de esta capital, podrá ser el punto objetivo un frente cualquiera de operaciones, que estaria sirviendo

de primera base al enemigo, y en el que se hallarian algunas ciudades fortificadas de importancia, cuya posesion asegurase al ejército la del territorio ocupado: por ejemplo, en una guerra contra el Austria, si invadiese la Francia á la Italia, seria su primer objetivo poder contar con la línea del Ticinio y del Pó; y el segundo punto objetivo seria Mantua y el Adige; y el tercero se hallaria ya en los Alpés Noricos &c.

El punto objetivo en la defensiva, en vez de ser el que se quiera conquistar, será el que se trate de resguardar. Reputándose la capital en el centro del Imperio, se hace el punto objetivo principal de la defensiva; pero puede haber otros puntos mas aproximados, como por ejemplo, la defensa del primer frente y de la base principal de operaciones: por consiguiente, reducido un ejército frances á la defensiva detras del Rin, tendrá por primer punto objetivo impedir el paso del rio; tratará de socorrer las plazas fuertes de Alsacia, si consiguiese el enemigo realizar el paso y sitiarlas; y seria el segundo punto objetivo resguardar la primera base de operaciones, que se hallaria en el Mosa ó en el Mosela.

Hay puntos objetivos de dos especies: los de la primera son puntos geográficos, esto es, un rio, una plaza fuerte, un frente de operaciones de favorable ocupacion, ó bien una capital, como ya se ha dicho.

Los de la segunda especie son puntos objetivos de maniobra, que dependen de la situacion en que se halle el enemigo; porque se debe llevar por objeto darle los ataques repentinos mas seguros y sensibles, y esto consiste en la colocacion de sus fuerzas. En la campaña de 1800 el punto objetivo principal de Bonaparte, era caer de golpe sobre la derecha de Melas por el monte San Bernardo, para hacerse dueño de sus comunicaciones. Se conoce fácilmente

te, que no era punto objetivo geográfico ni el San Bernardo ni Aosta, sino particularmente puntos de maniobra, en atención á que resultaron sus utilidades de la marcha de Melas á Niza. Eran pues, sin réplica, los mas importantes estos últimos puntos, puesto que tenian por objeto reducir á la nada al total del ejército enemigo, cayendo con la rapidez de un águila sobre sus comunicaciones, con el fin de cortarle de su base, y hacerle ir rendido hácia un obstáculo insuperable.

Este género de guerra, en el que es preciso confesar que ha sobresalido, más especialmente Napoleón, parece ser la perfección del arte; porque se ha reconocido, que no solo se acaban los puntos objetivos geográficos, sino tambien los Estados; desde el momento que deja de existir el ejército que debia resguardarlos.

Nos remitimos además de esto, á lo que diremos más adelante acerca de los puntos decisivos, puesto que será cada uno de ellos un punto objetivo correspondiente.

ARTÍCULO IV.

De los frentes de operaciones.

Es frente de operaciones la extension de una línea, que ocupa el ejército mas adelante de su base, ora sea en el pais enemigo, ó en el suyo propio. En 1813 era el frente de operaciones de Napoleon la línea del Elba, el Rin su base de operaciones, y su línea de operaciones el espacio comprendido entre el Rin y el Elba. Si es excelencia en una base de operaciones el que sea dilatada, sucede todo lo contrario en los frentes de operaciones; cuanto mas estrecho sea un frente, mas fácilmente le resguardará el ejército, y tanto mas reunidas podrá tener sus fuerzas para

recibir al enemigo ó para marchar á su encuentro. Un ejército frances, por ejemplo, que esté ocupando la Baviera, y que no tenga otro fin que defender esta comarca, tendrá por frentes de operaciones al Inn, al Iser y al Lech, la izquierda apoyada al Danubio, y la derecha á los montes encumbrados del Tirol. Siendo todo este espacio de cuatro á cinco jornadas, y estando reunida la masa en su centro, podrá hallarse en proporcion de acudir en defensa de las dos alas en veinte y cuatro horas. Seria pues de la posible perfección este frente de operaciones, si fuese neutral el Tirol; pero desde el punto que se pueda doblar este frente, bien sea por las cordilleras del Voralberg, ó desembocando desde Bohemia hácia Ratisbona, se verá que no está guarecido este frente de un golpe de mano; y con todo, como se harian muy apartadas estas maniobras, el ejército reunido adecuadamente en el Iser ó en el Inn, gozaria siempre de la utilidad de una línea central, y de la posibilidad de perjudicar al mismo efecto que se habria propuesto el enemigo.

Y estando determinados por las circunstancias los frentes de operaciones, no se les puede aplicar mas que un corto número de máximas. La primera, que ya hemos dado á entender, es que sean lo menos posible de largos; la segunda, que tengan buenos puntos de apoyo para los flancos; y la tercera, el que haya en ellos enlaces de comunicaciones fáciles con todos los puntos de la línea de operaciones.

Pasaremos ahora al exámen de estas líneas, cuyas combinaciones ofrecen, en mi opinion, las bases absolutamente necesarias de la ciencia estratégica.

ARTÍCULO V.*De las líneas de operaciones.*

Las líneas de operaciones se deben considerar en dos circunstancias que piden atención.

Primera, cuando son *líneas territoriales*; y segunda, cuando sean *líneas de maniobra*. Porque ha hallado contradictores esta distincion, me esforzaré á justificarla. Entiendo por líneas territoriales de operacion, aquellas que la naturaleza y el arte han señalado para la defensa ó invasion de los Estados. Las fronteras defendidas por plazas fuertes, las que estan resguardadas por la naturaleza, las cordilleras de montes, los rios caudalosos, el mar ú otros obstáculos invencibles, y en una palabra, todo lo que constituye el teatro de operaciones, se estrecha tambien mas con la primera combinacion de las líneas de operaciones. Las disposiciones del General para abrazarlas en toda su extension, exigen otra combinacion mas importante todavía, y casi siempre decisiva, que está sin réplica juntamente unida á la precedente; pero como presenta un punto de vista del todo distinto, he creido podria darla á conocer exactamente con el título de *líneas de maniobra*, porque realmente es esta combinacion la base de la Estrategia. No serán inútiles algunos ejemplos para hacer mas inteligible esta idea.

Las tres líneas importantes de operaciones de Francia contra el Austria son: la Italia por la derecha, el Tirol en el centro y Alemania por la izquierda; pero las que parecen mas naturales para entrar en Alemania son la del Mein y la del Danubio. Hé aqui lo material de las líneas, que solo se puede someter á un número corto de reglas, dictadas

digamoslo asi por la naturaleza. (1) Federico entró en Bohemia, en 1757, por la línea del centro, yendo á parar á cuatro puntos de ella; los ejércitos franceses invadieron á Alemania, en 1796 y 1799, por dos líneas subdivididas; pero Napoleon nunca obró sino por una línea principal: estas son combinaciones de líneas de maniobra. Parte última del arte militar, que jamas se ha reducido á elementos, al modo que tampoco se han establecido sus relaciones con los otros ramos; y quiero tentar hacerlo, tan cabalmente como sea posible.

(1) Se ha citado al Tirol para señalar la línea del centro, pero no ofreciendo este país ninguna comunicacion perpendicular desde las fronteras de Francia á las de Austria, no hay posibilidad de que sea una línea primitiva y permanente de operaciones; pues únicamente puede servir de línea accidental y pasagera, para juntarse, con arreglo á las circunstancias, los ejércitos de Italia con los de Alemania por la direccion trasversal de sus dos respectivos valles del Inn y del Adige.

Definicion de las líneas de operaciones consideradas asi como á maniobras.

Las relaciones de estas líneas, con las que ha señalado la naturaleza, las posiciones del enemigo y los designios de un General en gefe, dan la forma á otras tantas clases distintas que reciben su nombre de la calidad de aquellas mismas relaciones; y es importante estatuir esta clasificacion antes de ir mas lejos.

Llamaremos líneas sencillas de operaciones, á las del ejército que vaya obrando en la misma direccion de una frontera sin formar grandes cuerpos independientes unos de otros.

Líneas duplas, triples, cuadruplas y multiplas, son las del ejército que vaya obrando en una misma frontera y formando dos, tres, cuatro ó mas cuerpos, destinados á proceder solitariamente con direccion, ora sea hácia un

solo fin ó bien hácia varios, ya propuestos. Y estas líneas pueden ser interiores y exteriores.

Líneas interiores de operacion son las que forme un ejército para oponerse á varias líneas del enemigo, pero dando á aquellas tal direccion, que se puedan aproximar los distintos cuerpos que las compongan y enlazar sus movimientos, antes que tenga el enemigo la posibilidad de oponerlas una masa mayor.

Las líneas exteriores de operacion ofrecen el efecto contrario; pues son las que formará un ejército á un mismo tiempo, en los dos lados de afuera de una ó varias líneas enemigas.

Líneas de mucho fondo son las que, saliendo de su base tienen que andar una extension grande de terreno, para llegar á su fin propuesto.

Líneas de operacion de un centro comun ó convergentes, son varias líneas, ó una sola dividida en partes, que saldrán de dos (ó mas) puntos distantes entre sí, para llegar á un mismo punto, que esté mas adelante ó hácia atrás de su base.

Está admitido que son líneas de distinto centro ó divergentes las que formará una sola masa, dividiéndose en partes al salir del punto que ocupaba para dirigirse á varios puntos desparramados.

Finalmente, las últimas combinaciones que nos pueden ofrecer algunas del gran número de operaciones de los ejércitos, son las líneas secundarias y las accidentales. Sirven las primeras, para dar á conocer las relaciones de dos ejércitos entre sí, cuando obran en una misma extension de fronteras: de este modo, el ejército del Sambre y Mosa, en 1796, era línea secundaria del ejército del Rhin; y en 1812 el ejército de Bagration era objetivo secundario del de Barclay.

Líneas accidentales son las ocasionadas por sucesos ex-

traordinarios, que hacen mudar el plan primitivo de una campaña, dando otra direccion á las operaciones. Estas últimas, aunque se ofrecen rara vez, son de muy grande importancia; y lo mas frecuentemente no se toman bien de un golpe, sino por un General de talento privilegiado y activo.

Bien se advierte por estas definiciones, cuán diversas son de las que han dado los autores que me han precedido. Efectivamente, solo se han considerado hasta aquí estas líneas bajo lo material de las referencias: Lloid y Bulow, no las han dado mas valor que el relativo á almacenes y depósitos de los ejércitos, llegando á sostener el último, *que ya no habia líneas de operaciones cuando acampaba el ejército junto á sus almacenes*. Bastará el ejemplo siguiente, para destruir una proposicion tan contraria al sentir comun. Supongo acampados á dos ejércitos, el principal en el Rin superior, y el otro mas adelante de Dusseldorp, ó en otro punto cualquiera de estas fronteras; doy por sentado que esten sus grandes depósitos acercados á la otra parte del rio, lo que hace sin contradiccion la posicion mas segura y favorable, y lo mas próximamente posible. Pues estos ejércitos se habrán propuesto algun fin, bien sea ofensivo ó defensivo, y desde aquella hora tendrán, sin que se pueda disputar, sus líneas territoriales y de maniobra.

I.º Su línea territorial defensiva, saldrá del punto en que esten, hasta el que deban defender en la segunda línea; pues se hallarian cortados uno y otro de ella, si llegaba á establecerse allí el enemigo. Aunque hubiera tenido Melas en Alejandría de la Palla municiones para todo un año, no habria dejado de verse cortado de su línea, desde el momento que el enemigo, habiendo ya vencido todo obstáculo, era dueño de la del Pó. (1)

(1) Hay quien cree todavía que podrá esto admitir altercaciones; pero

yo lo veó de otro modo: porque no cabe duda en que, privado Melas de reemplazos de toda clase, estrechado entre el Bórmida, el Tánaro y el Pó, y no pudiendo recibir sin dificultad correos ó emisarios, siempre debia acabar por abrirse paso ó por capitular, si no era oportunamente socorrido.

2.º Su línea de maniobra será dupla en contra de una sencilla, si el enemigo reuniese en el centro sus fuerzas, para rendir sucesivamente á dichos ejércitos; y dupla exterior contra otra dupla interior, si el enemigo formase tambien dos cuerpos, pero señalándoles tal direccion que pudiera reunirlos con mas prontitud que aquellos. Se ve pues por todo esto que ha salido Bolow de una base enteramente contraria á las reglas, y que precisamente ha debido su obra, resintiéndose de aquello, incluir máximas por consecuencia peligrosas.

Es igual la definicion de este ramo que tanto llama la atencion en el arte de la guerra, á la que di en 1804, al declararme en favor de las líneas de operaciones sencillas é interiores, y contra las líneas de operaciones duplas y exteriores. Mal comprendida mi idea por algunos escritores, se ha visto expuesta, como toda obra humana, á censuradores mas ó menos rigurosos; pero la totalidad de los militares instruidos y desnudos de toda preocupacion, me ha hecho justicia, y se han admitido los principios que he hecho patentes, como elementos esenciales del arte de la guerra.

Por no sobrecargar esta memoria de una discusion agena á su objeto, me reservaré para añadir al fin del tomo algunas observaciones, sobre las disputas promovidas contra este capítulo importante; y entré tanto creo oportuno resumir aqui las máximas principales, que se hallarán distribuidas en el curso de este tratado.

1.º Si consiste el arte de la guerra en poner en accion las fuerzas mas posibles en el punto decisivo del teatro de operaciones, siendo el medio principal de llegar á conse-

guirlo la eleccion de la línea de operaciones, se puede considerar esta como la base fundamental de un plan excelente de campaña. Napoleon lo ha justificado por la direccion que supo dar á sus masas, hácia Dounawert en 1805, y hácia Gera en 1806: maniobras de sabiduría, mediante las cuales llegó á establecerse desde que se rompieron las hostilidades, sobre la extremidad del frente de operaciones de sus adversarios, y de alli sobre la línea de su retirada.

2.º La direccion que conviene dar á esta línea, no solo depende de la situacion geográfica del teatro de operaciones, sino tambien de la colocacion de las fuerzas enemigas en este tablero estratégico. Sin embargo, no hay habilidad que baste, para darla hácia otro punto, que al centro ó á una de las dos extremidades; y solo en el caso, en que hubiese fuerzas en extremo superiores á las del enemigo, seria posible obrar sobre el frente y las extremidades á un mismo tiempo; pues en cualquiera otra suposicion, seria esto un yerro de los mas importantes. Tocante á la eleccion del punto, sobre el cual convenga dirigir los esfuerzos, se hará mencion de ella en el artículo 6º; en el que trataremos particularmente de los diferentes modos, por los que se puede fácilmente reconocer un punto decisivo segun la Estrategia, lo mismo que segun la Táctica.

Por consecuencia del principio que acabamos de exponer, es muy seguro, que en igualdad de fuerzas tendrá la superioridad una línea sencilla de operaciones en una misma frontera, sobre una línea dupla de operaciones.

4.º Podrá llegar el caso, con todo eso, de que se haga necesaria una línea dupla; primeramente por la configuracion del teatro de la guerra, despues porque la habrá formado tambien el enemigo; y será menester oponer, como se debe, una parte del ejército á cada una de las dos ó tres masas que él habrá dispuesto.

En este caso, será preferible la línea interior ó central á la línea exterior, puesto que el ejército que obre por la línea interior, podrá hacer que coopere cada una de sus fracciones al plan combinado entre ellas, y tambien podrá reunir el grueso de sus fuerzas con mas prontitud que su adversario, para decidir el buen éxito de la campaña.

5.º Por la misma razon, dos líneas concéntricas ó convergentes valen mas que dos líneas excéntricas ó divergentes; mas conformes las primeras que las segundas á los principios de Estrategia, hacen obtener tambien la utilidad de defender las líneas de comunicacion y de acopio de bastimentos; mas para que esten libres de todo riesgo de daño, se las debe combinar de modo, que los dos ejércitos que las han de andar de un extremo al otro, no puedan encontrar cada uno de por sí con las fuerzas reunidas del enemigo, antes de hallarse los dos en disposicion de realizar su union.

6.º Pocas veces podrán ser útiles las líneas divergentes, como no sea despues de ganar una batalla, ó de una operacion estratégica por la que se haya logrado, que el enemigo divida sus fuerzas; entonces es cuando se hace natural, dar á nuestras fuerzas direcciones divergentes, para finalizar el esparcimiento de los vencidos.

7.º Sucede tal cual vez, que se vea obligado un ejército á mudar de línea de operaciones en medio de la campaña (lo que hemos indicado con el nombre de líneas accidentales); mas es una maniobra de las mas árduas é importantes, que puede ocasionar grandes consecuencias, pero tambien acarrear desgracias de importancia, cuando no se combinan con sagacidad; porque casi no se hace uso de ellas sino para sacar al ejército de un estado embarazoso. En el capítulo 10 daremos un ejemplo de un cambio semejante, efectuado por Federico en seguida de haber levantado el sitio de Olmutz.

Napoleon formó varias veces el proyecto de estas líneas, porque tenia la costumbre en sus invasiones azarosas, de llevar preparada esta idea, para ponerse á cubierto de todo acontecimiento inesperado. En la época de Austerlitz, habia resuelto tomar en caso de desgracia, su línea de operaciones por Bohemia hácia Passau ó Ratisbona; pais que no habia sufrido, y le ofrecia abundancia de recursos, en vez de volver á tomar la de Viena, que solo presentaba ruinas, y á la que habria podido llegar antes que el archiduque Carlos. (b)

(b) Tambien le formó en 1813, y hallándose en una obra de mucho mérito, explicado por el mismo Napoleon, le trascibo en los mismos términos que se le atribuye.

«Viendo frustrada mi operación (contra Blucher por la izquierda del Elba) en consecuencia de un acaso ageno de toda prevision humana (el abandono que hizo Blucher de su línea de operacion, y su union con el Príncipe de Suecia, detras del Saal), formé uno de los proyectos mas atrevidos de mi vida. Habiéndoseme escapado Blucher y Bernadotte, era probable que se extendiese por su izquierda el grande ejército aliado para ayudarles; y permaneciendo entre estas dos masas, no me quedaba bastante espacio para moverme, ni suficientes modos de dar ataques de importancia, corriendo en ello ademas el riesgo de sufrir sangrientos reverses; mas permitiéndome al contrario las plazas fuertes del Elba y del Oder, hacerme dueño del pais que dejasen los aliados, para entrar en Sajonia, me habria establecido entre el Elba y el Oder, mientras que ellos se reconcentraban en las llanuras de Leipsick; y apoderándome de Berlin, habria destruido los cuerpos que habian dejado delante de Magdeburg, Torgau, Dresde, Glogau, Custrin y Stettin. Careciendo los aliados de puentes en el Elba, no hubieran podido intentar nada contra mí, sin empezar por un paso emprendido á viva fuerza; y habria hecho yo soportar á la Prusia todo el peso de la guerra, dando largas á los quehaceres.

«El tablero estratégico, en que ibamos á jugar los destinos de Europa, tiene la forma de un cuadrilatero, representando el Elba y el Oder los dos lados de que era yo dueño; el Báltico, que imita al tercero, era un obstáculo para los dos partidos; y maniobrando para apoderarme del cuarto lado, adquiria la posesion de todo el teatro de la guerra; de modo, que dejando colocado al enemigo entre dos líneas de plazas fuertes, el mar por el Norte, y mi ejército por el Sur, cesaba la necesidad de dos ejércitos secundarios: me bastaba en fin una victoria semejante á la de Dresde, para reducir á la nada al enemigo, y con doscientos cincuenta mil hombres me creía seguro de ganarla.»

«Pero pareciendo demasiado aventurado este plan á mis mariscales, que anhelaban por nuestra vuelta al otro lado del Rhin, me instaron con eficacia que desistiese de él. Estuve perplejo sin embargo todo el el dia 12, pero sin disimular que para seguir semejante proyecto, habrian sido necesarias tropas mas endurecidas, principalmente de caballería, y arsenales bien provistos de municiones, como grandes almacenes en las plazas fortificadas; y habria sido tambien conveniente tener aliados mas seguros, así en Wesfalia como en Baviera. Si se hubiera hallado tan bien dispuesta en mi favor la Alemania como la Polonia, tambien los acontecimientos probables me habrian sido mas prósperos; pero habia algun peligro en guerrear entre el Oder y el Vístula con doscientos cincuenta mil hombres sin comunicacion con Francia, cuando podian quinientos mil enemigos inundar el Alemania hasta el Rhin y sublevarla toda contra mí; y al cabo habria sido preciso tomar un partido con el fin de abrirse paso, para volver á ganar la izquierda del Elba. No es esto porque ofreciese la operacion contingencias muy adversas, pues á mal andar, haciendo se me unieran las guarniciones de todas las fortalezas, habria podido meterme en caso necesario en Bohemia, si los aliados me hubiesen acosado con direccion á Berlín. Con mis soldados de Arcolé, de Rivoli y Austerlitz, no habria dudado un momento; pero el Emperador Napoleon temió emprender lo que habria ejecutado sin vacilar el general Bonaparte.»

»En el mismo dia se supo, que me habia abandonado la Baviera, y contribuyó esta noticia sobre todo, á hacerme desviar de mi resolucion.»

En 1814 dió principio á la ejecucion de una maniobra mas atrevida, pero favorecida á lo menos por las circunstancias locales, y consistia en establecer su base en el circuito de las plazas fuertes de Alsacia y la Lorena, dejando abierto á los aliados el camino de Paris. No hay duda en que si Mortier y Marmont hubiesen podido juntarse con él, y hubiera tenido cincuenta mil hombres mas, habria podido traer consigo este plan las consecuencias mas decisivas, y echar el sello á su brillantísima carrera militar.

ARTÍCULO VI.

De los puntos decisivos de un teatro de guerra ó de un campo de batalla.

Los puntos decisivos de un teatro de guerra son de dos especies; teniendo el primer lugar los puntos geográ-

ficos, cuya importancia es permanente, por dimanar de la misma configuracion del tablero: tomaremos por ejemplo el teatro de la guerra de los Franceses en la Bélgica; es del todo fácil de comprender, que el que sea dueño del curso del Mosa, lo será del pais; porque rebasado su adversario y encerrado entre el Mosa y el mar del Norte, no podrá recibir una batalla paralelamente á dicho mar, sin correr el peligro de un daño completo.

Se consideran en la segunda especie los puntos decisivos de maniobra, que son relativos y resultan de la colocacion de las tropas de los dos partidos; Mack, por ejemplo, hallándose reunido hácia Ulma en 1805, y aguardando al ejército ruso por la Moravia, era el punto decisivo para acometerle Dounawert ó el bajo Lech; porque llegando á uno de estos dos puntos antes que Mack, se le cortaba su línea de retirada al Austria, y al ejército destinado á ayudarle. Kray, al contrario en 1800, hallándose en la misma posición de Ulma, y no aguardando la asistencia de ningun otro ejército por la parte de Bohemia, sino preferentemente por la del Tirol y del ejército de Melas victorioso en Italia, no era ya Dounawert en tales circunstancias el punto decisivo para acometerle, sino con especialidad por el lado opuesto, esto es, por Escafusa; pues era así como se podia tomar de sesgo á su frente de operaciones, y cortándole la retirada aislarle del ejército secundario, lo mismo que de su base, volviéndole á echar sobre el Mein.

Se puede establecer como principio general, que los puntos decisivos segun la Estrategia, estan en aquella extremidad de las dos del enemigo, desde la que se le pueda separar con mas facilidad de su base y de sus ejércitos secundarios, sin exponerse uno á correr el mismo peligro.

Siempre se debe preferir, cuando esté apoyado al mar

ó á un rio caudaloso, la extremidad del lado de afuera del mar ú otro obstáculo insuperable; porque es tan favorable hacer que vuelva batido el enemigo hácia este obstáculo, como peligroso exponerse uno á igual contingencia.

Si estuviese el ejército enemigo dividido en trozos, ó en una línea muy larga, el punto decisivo en este caso será el centro; porque introduciéndose uno en él, se aumenta la division de las fuerzas enemigas, esto es, se duplica su falta de poder, y estas tropas sobrecogidas solitariamente, deben quedar rendidas. (Tomo 1.º, págs. 70 y 93.)

Se hallará pues el punto decisivo de un campo de batalla:

1.º Por la configuración del terreno.

2.º Por la combinacion de las circunstancias locales, con el fin estratégico que se haya propuesto el ejército.

Y 3.º Por la colocacion de las fuerzas respectivas.

Daremos algunos ejemplos: cuando apoye una ala enemiga á alturas, de las que se pueda maltratar su línea con la artillería en toda su prolongación, parece el objeto táctico mas favorable el apoderarse de estas alturas; pero puede acontecer sin embargo, que sean dichas alturas de una subida muy dificultosa, y que esten situadas precisamente en el lado menos importante con respecto á los designios estratégicos. En la batalla de Bautzen apoyaba la izquierda de los aliados á los montes escarpados de Bohemia (entonces primero neutral que enemiga); parecia pues, que segun la táctica debia ser el punto decisivo que habia que tomar la pendiente de estos montes, y era todo lo contrario: 1.º porque era el terreno muy favorable para impedirlo; 2.º porque no tenia el ejército aliado mas que un solo camino de retirada á Reichenbach y Górlitz; y los Franceses, en forzando la derecha en la llanura, se apoderaban de dicho camino, y rebatían al ejército aliado hácia

dichos montes, en donde habria perdido todo su material, y una gran parte de su personal. Ofrecia pues este partido, mas facilidades acerca del terreno, mayores consecuencias ulteriores, y menos obstáculos que vencer.

De todo lo que acabamos de decir resultan las máximas siguientes.

- 1.º Que la llave topográfica de un campo de batalla, no es siempre la llave táctica;
- 2.º que el punto decisivo de un campo de batalla, es sin disputa el que reúne la utilidad estratégica á las circunstancias locales mas favorables;
- 3.º que en caso de no haber en el terreno estorbos muy dificultosos de vencer, hácia el punto estratégico del campo de batalla, es lo mas á menudo este punto el mas importante;
- 4.º con todo eso, tambien puede llegar el caso de que dependa principalmente la resolucion de este punto de la colocacion de las fuerzas respectivas: es por lo que, en las líneas de batalla muy extensas y divididas en trozos, será siempre el centro, al que mas importe acometer;
- 5.º en las líneas llenas ó sin claros, siempre estará al contrario dicho punto en una de las dos extremidades;
- 6.º con una superioridad grande de fuerzas, se podrá embestir á las dos extremidades á un mismo tiempo, pero nunca con fuerzas iguales ó inferiores; y
- 7.º se notará por último, que todas las combinaciones de una batalla consisten en emplear las fuerzas de modo que obtengan la mayor accion posible, sobre el punto de los tres dichos que ofrezca mas probabilidades: dificultad que será fácil resolver, sometiéndola al análisis que acabamos de manifestar.

ARTÍCULO VII.

De las marchas de los ejércitos, consideradas como maniobras.

La logística militar (cálculo por mayor de cuánto corresponde á los movimientos de un ejército (b)), que es el arte de disponer segun se debe las marchas de un ejército, de combinar con perfeccion el arreglo de las tropas en las columnas, como el momento de su salida y su itinerario, con los medios de comunicaciones necesarias, para dar por cierta su llegada á punto fijo; es lo que hace lo sustancial de los deberes de un oficial de Estado mayor. Pero además de estos pormenores enteramente materiales, hay una marcha de otra especie, que pertenece á las operaciones de Estrategia de calidad superior. La marcha de Napoleon por el monte San Bernardo, para caer de repente sobre las comunicaciones de Melas; las que hizo despues, en 1805, por Dounawert para cortar á Mack, y en 1806 por Gera para doblar el ejército prusiano; la marcha de Souworoff para volar desde Turin al Trevia al encuentro de Macdonald; la del ejército ruso á Taroutin, y despues á Krasnoy, fueron todas operaciones decisivas, no por sus relaciones con la logística, sino por su respecto con la Estrategia.

(b) En otro tiempo tomaban en Francia los oficiales del Estado mayor el nombre de mariscal de *logis* y de mayor general de *logis*; equivalente el primero á nuestro cuartel maestro general, y el segundo á nuestros mayores generales; de la voz *logis*, ha provenido el término *logistique*, que se emplea alli para dar conocimiento de lo que se refiere á las marchas de un ejército: y como usamos en castellano de esta voz en los cálculos de álgebra y logaritmos, no me ha parecido violento el adoptarla, para explicarme mejor, con el adjetivo militar.

No obstante eso, si reflexionamos con el cuidado que es menester, nunca son estas marchas expeditas, mas que un medio de poner en práctica las distintas aplicaciones

del principio que hemos indicado, y que pondremos todavía más en claró: ejecutar un movimiento excelente, no es otra cosa que conducir la masa de nuestras fuerzas á un punto decisivo, y consistirá entonces toda la ciencia, en determinar como se debe este punto, á imitacion de lo que hemos intentado demostrar en el artículo anterior. Debemos dar conocimiento de esta combinacion, para que no se nos eche en cara haberla omitido; pero ya que vuelve á entrar en las demas, será supérfluo dilatar nos en esta materia.

Por lo que hace á la parte logística de las marchas, aunque forman estas uno de los ramos secundarios del arte militar, tiene aquella tan inmediata conexion con las operaciones principales, que me creo obligado á decir dos palabras sobre ella.

En otro tiempo, pocas veces se acometian los ejércitos antes de haberse hallado varios dias en frente uno de otro; llegado este caso, hacia abrir el agresor, por gastadores, caminos paralelos para las diferentes columnas en que habria de moverse el ejército; pero hoy se cae sobre el enemigo con mas presteza, dándose uno por contento con los caminos que haya. Sin embargo es importante, cuando un ejército va marchando, que sigan á las vanguardias los gastadores y zapadores para multiplicar las salidas, allanar las dificultades, echar en caso necesario pequeños puentes sobre los arroyos ó barrancas, y asegurar continuas comunicaciones entre los diferentes cuerpos de ejército.

En el modo actual de marchar, se ha hecho mas intrincado el cómputo del tiempo y de las distancias; teniendo todas las columnas de un ejército espacios distintos que andar, es preciso saber combinar el momento de su salida y sus instrucciones: 1.º con las distancias que tengan que atravesar; 2.º con el material de mas ó menos considera-

ción que llevará cada una consigo; 3.º con la naturaleza del pais mas ó menos dificultoso; 4.º con las noticias que se tengan sobre los obstáculos que podrá oponerlas el enemigo; y 5.º con el grado de importancia que habrá, en que sea su movimiento encubierto ó descubierto.

No me es posible añadir nada á estas reglas generales, por parecerme suficiente haberlas indicado.

ARTÍCULO VIII.

De las diversiones y de los grandes destacamentos.

Hay una operacion de guerra, que no debemos pasar en silencio, aunque no sea en lo principal mas que accesoría, y á pesar de habernos propuesto no tratar mas que de las combinaciones mas importantes: queríamos hablar de las diversiones.

Son de muchas suertes: las que se refieren á las combinaciones estratégicas, se llaman diversiones; y las que corresponden á la táctica, esto es, á una batalla ó á una operacion supuesta, se llaman demostraciones ó ataques falsos.

En igualdad de fuerzas y en presencia de un enemigo inteligente, es en general la diversion una falta peligrosa. Hay un solo caso en que pueda ser buena, y es cuando se haya de tener esperanza en un poderoso punto de apoyo dentro del pais, y en el que con un cuerpo de quince á veinte mil hombres, se logre obligar al enemigo á que forme un ejército de cuarenta á cincuenta mil combatientes, para resguardar y defender un punto vulnerable; pero en tal caso depende esta diversion de las combinaciones políticas primero que de las militares.

En una guerra meramente militar, se pueden hacer

diversiones, si es uno superior en fuerzas; pero en cualquier otro caso, será exponerse inútilmente á grandes destacamentos, que pueden ser causa de que se pierda la campaña en el punto decisivo.

Se puede formar un destacamento de demostracion, para engañar al enemigo sobre la verdadera direccion que se quiera dar á los ataques principales; pero hay mucha distancia de este destacamento transitorio á una diversion resuelta: las primeras son necesarias, y solo las últimas son peligrosas.

Citaremos algunos ejemplos: Napoleón en 1805 estaba ocupando á Nápoles y el Hannóver, y discurrieron los aliados trasportar cuerpos anglo-rusos para arrojarle de Italia, y cuerpos anglo-rusos y suecos para hacerle salir del Hannóver, destinando cerca de sesenta mil hombres á estas dos expediciones centrífugas. Pero mientras que se reunian sus tropas en las dos extremidades de Europa, arregló Napoleón la evacuacion de Nápoles y del Hannóver: Saint-Cyr fue á juntarse con Massena en el Friul, y Bernadotte, abandonando el Hannóver, llegó á tomar una parte decisiva en los sucesos extraordinarios de Ulma y Austerlitz; y despues de estos pasmosos triunfos, se recobró con facilidad á Nápoles y el Hannóver. Esto sí que es establecer la verdad en contra de las diversiones.

En las guerras civiles de 1793, si hubieran sacado los coligados con disimulo unos veinte mil hombres de tropas aguerridas para desembarcarlos en la Vendea, habrian producido mucho mas efecto que aumentando las masas que guerreaban sin buen éxito en Tolon, Saboya y el Rin, ó en la Bélgica.

Hé allí uno de los casos, en que puede ser una diversion, no solo muy útil, sino tambien decisiva.

Tocante á las diversiones de demostracion, ejecutadas

en el radio mismo del ejército, tendrán su utilidad positiva, siempre que se combinen con el objeto de hacer ir al enemigo hácia el punto á que convenga llamar su atención, mientras que se reúne el grueso de nuestras fuerzas en otro punto, enteramente opuesto del en que se quiera dar con vigor un ataque súbito de importancia. En este caso, no solo se debe huir de empeñar el cuerpo que se ha empleado en esta demostración, sino que se le ha de hacer volver con diligencia hácia el cuerpo de batalla: dueño Napoleon de Viena en 1805, hizo salir con rapidez al cuerpo de Bernadotte hácia Iglau, para difundir el terror en Bohemia, é inutilizar las diligencias del Archiduque Fernando, que estaba allí reuniendo un cuerpo; y tambien hizo que fuera por otra parte Davoust con igual rapidez á Presburgo, para inspirar respeto á la Hungría; pero les previno al mismo tiempo, se dejasen caer sobre Brunn, con el fin de llegar á tomar parte en el lance notable, que debia decidir de toda la campaña: y una victoria señalada, fue la consecuencia de tan sábias disposiciones.

Semejantes operaciones, no solo están conformes con los principios, sino que son necesarias para hacer fácil su aplicación.

En consideración á los ataques fingidos ó demostraciones tácticas, que se hagan en un campo de batalla, en un frente de operaciones, ó en la línea de un rio mas allá del que se quiera pasar, son todos medios que convienen igualmente; pero en sí no son otra cosa, que operaciones secundarias.

De los grandes destacamentos.

Los destacamentos que consten de una gran fracción del ejército, llegan á ser en algun modo del género de las demostraciones. Sin embargo hay casos, en que son per-

manentes estos grandes destacamentos, ó á lo menos estan destinados á obrar durante una campaña, en direccion diferente de la del ejército.

Puédese pues establecer como regla general, que la mania por destacamentos es la pérdida de un ejército, y que es preciso por consiguiente destacar lo menos que se pueda.

La conducta de Napoleon que acabamos de alegar, prueba tambien, que si se ve uno en la precision de destacar una porcion grande del ejército, se debe apetecer con ahinco el hacerla volver desde el punto que se pueda. Solo se deben exceptuar de esta regla las fracciones del ejército, destacadas para resguardar la línea de operaciones y de retirada. Un ejército ruso, que quiera por ejemplo, atravesar animosa y felizmente el Balkan, estará obligado á dejar alguna parte de sus fuerzas, para acechar á Schoumla, Roustschouk y el valle del Danubio; cuya direccion es de tal naturaleza, que llega á caer perpendicularmente sobre la base de operaciones: por muy feliz que sea el éxito que se logre, siempre será debido dejar una fuerza digna de respeto, ora sea hácia Giurgewo, ó bien hácia Crajowa, y tambien en la derecha del rio con direccion á Roustschouk.

Este solo ejemplo bastará para justificar, que hay casos, aunque poco comunes, en los que no se puede excusar el que exista un frente doble de operaciones, y desde este momento se verá uno precisado á destacar un cuerpo de consideracion, para hacer frente á una porcion del ejército enemigo, que se deja uno por detrás. Podriamos citar otras particularidades y circunstancias, en que no seria esta disposicion menos necesaria; siendo una de ellas el frente doble de operaciones del Tirol y del Friul, para un ejército frances que pase al otro lado del Adige; porque de cualquiera parte que quiera dirigir su esfuerzo principal, no puede determinarse á ello, sin dejar en el otro frente un

cuerpo proporcionado á las fuerzas enemigas que haya por allí, sin lo que desamparará todas sus comunicaciones. El segundo ejemplo es la frontera de España, que ofrece tambien á los Españoles la facilidad de formar un frente doble de operaciones, defendiendo el uno el camino recto de Madrid, y estableciéndose en el otro, bien sea en Zaragoza, ó bien en Asturias; pues de cualquier lado que se quiera obrar, es inevitable el dejar hácia el otro, un destacamento que guarde proporcion con las fuerzas enemigas.

Todo lo que hay que decir acerca de estas posiciones duplas, es que será favorable ensanchar tanto como se pueda el campo de operaciones, y hacer movibles las fuerzas dejadas en observacion, cuantas veces se pueda, y en todas las que se trate de dar con vigor ataques decisivos.

ARTÍCULO IX.

De las expediciones marítimas.

Las repentinas entradas de enemigos por mar en las costas, á las que llamaré desembarcos, son de las operaciones de guerra, que se ven con menos frecuencia, y que se pueden colocar en el número de las mas árduas.

Desde la invencion de la artillería, y las mudanzas que ha debido producir en la marina, se han subordinado demasíadamente los buques de trasporte á los colosos de dos y tres puentes, armados con cien rayos de Marte, para que pueda un ejército realizar un gran desembarco sin la ayuda de escuadras de un gran número de naves de alto bordo, que sean dueñas del mar, por lo menos hasta el momento del desembarco.

Antes de aquella invencion, eran á un mismo tiempo los buques de trasporte bajeles de guerra, que se movian

vogando, eran mas ligeros, y podian seguir arrimados á tierra (b); su número tambien era proporcionado á las tropas que habia que embarcar; y exceptuando las contingencias de una borrasca, casi se podian combinar las operaciones de una armada, al modo que las de un ejército de tierra. Fuera de esto, contribuian á la victoria las tropas embarcadas; en tanto que hoy, en una pelea, que la falta poco para no ser mas que un horrendo cañoneo, embarazan las embarcaciones, incomodan sus faenas, y hacen mas dolorosas las pérdidas sin ser por esto de alguna utilidad. Es por lo que, nos ofrece la historia antigua ejemplos de mayores desembarcos que los tiempos modernos. (1)

(b) Hoy los barcos de vapor pueden empezar á causar alguna novedad en esta clase de operaciones.

(1) Al fin del libro se verá una abreviada manifestacion de los mas importantes desembarcos de uno y otro tiempo.

¿Quién hay que no se represente la idea de los grandes armamentos de los Persas en el mar Negro, en el Bósforo, y el Archipiélago? de aquellos ejércitos innumerables de Jerges y de Darío, trasportados á Tracia y á Grecia; de las expediciones en gran número de los Cartaginenses y Romanos en España y Sicilia; de la expedicion de Alejandro al Asia menor; de las de César á Inglaterra y Africa; de las de Germánico en las bocas del Elba; de las Cruzadas; y de las expediciones de los pueblos del Norte, conducidas á Inglaterra, á Francia, y hasta á Italia?

Desde la invencion de las piezas de artillería, ha sido la única empresa colosal la armada demasiado célebre de Felipe II, hasta la que formó Napoleon en 1803 en contra de Inglaterra; pues todas las demas expediciones de Ultramar, han sido operaciones hechas por partes: las de Carlos V y Sebastian de Portugal sobre la costa de Africa; muchos desembarcos, como los de los Franceses en los Estados-Unidos de América, en Egipto y en Santo Domingo;

los de los Ingleses en Egipto, en Holanda, Copenhague, Amberes, y Filadelfia, todos vuelven á entrar en el mismo género; y no hablaré del proyecto de Hoche contra Irlanda, porque lejos de haberse logrado, nos hace conocer todas las dificultades de las empresas de esta clase.

Los numerosos ejércitos que mantienen hoy en pie los Estados grandes, impiden que se les acometa con treinta ó cuarenta mil hombres de desembarco: no es pues practicable formar empresas semejantes, sino contra Estados de segundo orden; porque es muy dificultoso embarcar ciento á ciento cincuenta mil hombres, con el tren sin límites de artillería, municiones, caballería &c. &c. que deben llevar.

Con todo eso, hemos estado á pique de ver resuelto en nuestros dias, el insondable problema de los grandes desembarcos, si es cierto que alguna vez tuvo Napoleón el pensamiento formal de trasportar sus ciento sesenta mil veteranos, desde Boloña al medio de las islas británicas: por desgracia, el no haberse puesto en ejecucion esta idea colosal, ha dejado el velo impenetrable que encubre esta importante cuestion.

No era imposible reunir cincuenta navios franceses de linea en el canal de la Mancha, engañando á los Ingleses; y esta reunion estuvo en vísperas de realizarse: desde cuyo momento, si favorecia el viento á la empresa, se podia hacer que atravesara la flotilla aquel espacio en dos dias, y que pusiera en práctica el desembarco. Pero ¿qué habria sido del ejército, si llegaba á dispersar una ráfaga de viento á la escuadra, y acudiendo los Ingleses con fuerzas bastantes á la Mancha, la vencian ú obligaban á volver á entrar en sus puertos?

Las futuras generaciones echarán menos, para ejemplo de los siglos venideros, que á esta empresa de una ex-

tension tan sin límites, no se la haya hecho llegar á su término, ó que á lo menos no se hubiera tentado. Muchos valientes, sin duda alguna, habrían muerto en ella; pero estos mismos ¿no han sido arrebatados de la vida con menos provecho en las llanuras de Suavia, de Moravia, de Castilla, y en los montes de Portugal, ó en las selvas de la Lituania? ¿Habrá algún mortal, que no se llenára de gloria por haber cooperado al fallo del mayor pleito, que se haya litigado alguna vez entre dos grandes naciones? Nuestros descendientes por lo menos, hallarán en los preparativos que se hicieron para este desembarco, una de las lecciones mas importantes que haya facilitado este siglo memorable á la meditacion de los militares y de los políticos. Las empresas difíciles de todo género, trabajadas en las costas de Francia desde 1803 á 1805, serán uno de los monumentos más extraordinarios de la actividad, prevision y habilidad de Bonaparte; y no es posible encargarlas mas de lo que es menester, al estudio de todo joven militar. Pero aun pasando por la posibilidad de ser feliz en un gran desembarco, emprendido en una costa tan cercana como lo está Boloña de Douvres, ¿qué éxito se podría uno prometer, si otra armada igual tuviese que hacer una navegacion mas larga, para llegar á conseguir su objeto? ¿De qué modo lograríamos hacer ir en orden, á una multitud semejante de embarcaciones pequeñas, por solo el tiempo de dos dias y dos noches? ¿Y á qué contingencias no se expondría uno, internándose en alta mar en un viage semejante con ligeros y pequeños buques de transporte? Ademas de esto, la artillería, las municiones de guerra, los aprestos, los víveres, y el agua dulce que se ha de embarcar con esta multitud de hombres, exigen prevenciones y un tren desmedidamente grande.

La experiencia nos ha hecho evidentes las muchas di-

ficultades que ofrece una expedición marítima dirigida á gran distancia, aunque no conste de mas de treinta mil hombres. Luego es tambien muy claro, que no se puede ejecutar un desembarco con otra fuerza igual, sino en las cuatro suposiciones que siguen.

- 1.^a Contra colonias ó posesiones sueltas.
- 2.^a Contra Potencias de segundo orden, y que se hallen en la imposibilidad de ser ayudadas inmediatamente.
- 3.^a Para practicar una diversion de duracion muy corta, ó para sorprender un puesto, cuya ocupacion por un tiempo determinado, produciria una importancia eminente.
- 4.^a Para una diversion á un tiempo política y militar, contra un Estado ya empeñado en una guerra grande, y cuyas tropas esten empleadas á mucha distancia de alli.

Son difíciles de someter á reglas las operaciones de esta especie: engañar al enemigo acerca del punto de desembarco, elegir un fondeadero en el que se pueda verificar simultáneamente; proceder en ello con toda la actividad posible, y apoderarse con celeridad de un punto de apoyo, que sirva para proteger el desarrollo sucesivo de las tropas; echar al instante á tierra la artillería, para infundir ánimo y dar favor á las tropas desembarcadas, son precauciones indispensables y primarias en esta empresa.

La dificultad principal en una operacion semejante proviene, de que no pudiendo jamás acercarse á la playa los buques de trasporte, es preciso trasbordar las tropas á las pocas lanchas que sigan á la armada, de modo que se hace lento y sucesivo el desembarco; y de esto puede sacar el enemigo grandes utilidades, por poco que se halle en proporcion de aprovecharse.

El modo de resguardarse de esta dificultad, es multiplicar el número de embarcaciones pequeñas y bateles cha-

tos, con el fin de desembarcar á un tiempo tantas tropas y material como sea asequible.

Parece tambien provechoso preferir el surgidero en la costa de una península, por razon de que, dando del todo este parage mas consistencia á las tropas del primer desembarco, hará obtener de un mismo modo la facilidad de reembarcarse con exencion de riesgo, si se viese uno despues forzado á hacerlo. Con el bien entendido sin embargo, que no debe ser esta península demasiado grande, contando desde el punto del desembarco con direccion á lo interior del pais, porque perjudicaria en este caso al desarrollo de las fuerzas desembarcadas, y haria fácil la defensa del enemigo.

Esto es, sobre poco mas ó menos, cuanto se puede encargar al agresor; y aunque es cierto que antiguamente se vieron juntar á estas precauciones las de embarcar fuertes de madera, enteramente preparados en piezas para armarse en poco tiempo, como lo hizo Guillermo el Conquistador en Inglaterra; añadiéndose tambien zarzos y caballos de frisia; dudo que fueran hoy todos estos medios de mucha utilidad.

Por lo que mira al defensor, no se puede menos de aconsejarle, que no divida en muchas partes sus fuerzas, á causa de querer cubrirlo todo; pues no es posible proveer todas las plazas de un reino de baterías de costa, y de batallones para defenderlas; pero es preciso resguardar á lo menos las entradas cercanas, que vayan á parar á puntos, en que habrá que proteger grandes establecimientos. Tambien conviene tener señales (ó telégrafos) para conocer con prontitud el punto de desembarco, y reunir, si fuese posible, todos nuestros medios de ofensa y defensa, antes que se consolide en tierra el enemigo con los suyos.

La configuracion de las costas influirá otro tanto en el

desembarco como en la defensa: hay pues comarcas, cuyas costas son de corte derecho, y ofrecen pocos puntos á un tiempo accesibles para los buques y para las tropas que se trate de echar á tierra; siendo en este caso en corto número los puntos conocidos para un desembarco, será tambien mas fácil el vigilarlos, y la empresa pasa á ser mas dificultosa. Los desembarcos por último, ofrecen una combinacion estratégica que es provechoso advertir: el mismo principio que prohíbe á un ejército continental, que llegue á colocar sus principales fuerzas entre el mar y el ejército enemigo, exige al contrario aqui, que el ejército que practique un desembarco, conserve siempre su fuerza principal en comunicacion con la playa, que es aun mismo tiempo su línea de retirada y su base de acopio de bastimentos. Por la misma razon, debe ser su primera diligencia poder contar con un puerto fortificado, ó á lo ménos con una lengua de tierra, que sea fácil de atrincherar y que esté á tiro de un buen fondeadero, para que en caso desgraciado, se pueda hacer el reembarco sin mucha precipitacion y pérdida, guareciéndose con dichos atrincheramientos.

ARTÍCULO X.

De los pasos de rios grandes y medianos.

Los pasos de rios de poco caudal, en los que se halle establecido un puente, ó que se pueda tender otro sin dificultad, no ofrecen combinaciones, que pertenezcan á la Táctica sublime ó á la Estrategia; pero los pasos por rios grandes ó principales, como el Danubio, el Rhin, el Pó, el Elba, el Oder, el Vístula, el Inn, el Tesino &c., son operaciones dignas de meditarse.

El arte de tender puentes es un conocimiento particu-

lar, que corresponde á los oficiales de pontoneros ó zapadores. Bajo este respecto no trataremos de estos pasos, sino considerándolos como acometimientos de posiciones militares, y como maniobras de guerra.

El paso en sí mismo es una operacion de táctica; pero la resolucion del punto en que se deba ejecutar, está intimamente unida á las operaciones principales, que abrazan todo el teatro de una guerra. El paso del Rin, verificado por el General Moreau en 1800, del que ya hemos hablado, tambien puede servir de ejemplo, para hacerse mejor cargo de aquel aserto. Napoleon, mas inteligente en Estrategia que su teniente, queria que pasase en masa por Escafusa, para coger de sesgo á todo el ejército de Kray, y que llegase antes que este á Ulma, y cortándole asi del Austria, hacerle ir rendido hácia el Mein. Moreau, que ya tenia una cabeza de puente en Basilea, prefirió obrar con mas comodidad sobre el frente del enemigo, á moverse al rededor de su extremidad izquierda; le pareció pues mas segura la utilidad táctica, que todas las que le ofrecia la Estrategia; anteponiendo un semi-triunfo cierto á la probabilidad de una victoria que habria sido decisiva, por no exponerse en este caso á mas riesgos. El paso del Pó por Napoleon en la misma campaña, nos presenta otro ejemplo de la importancia estratégica, que está aneja al escogimiento del punto mas propio para pasar un rio: despues del combate de la Chiusela, podia ir marchando el ejército de reserva por la izquierda del Pó hasta Turin, ó pasar este rio en Crescentino, y marchar en derechura á Génova; pero Napoleon prefirió atravesar el Tesino, entrar en Milan, reunirse allí á Moncey, y pasar despues el Pó en Plasencia; persuadido á que se adelantaria con mas seguridad á Melas en este punto, que si se hubiera dejado caer muy pronto sobre su línea de retirada. El paso del Danu-

bio en Dounawert y en Ingolstadt en 1805, fue una operacion del mismo género; cuya direccion preferida fue la causa principal de la total ruina del ejército de Mack.

El punto correspondiente segun la Estrategia será fácil de resolver, siguiendo lo que hemos dicho en el artículo 6º; y no es inútil recordar, que en un paso de rio, como en cualquiera otra operacion, hay unos puntos decisivos permanentes ó geográficos, y otros que son relativos ó eventuales, á causa que resultan de la colocacion de las fuerzas enemigas.

Si reuniese el punto preferido á las utilidades estratégicas las correspondencias tácticas de las circunstancias locales, no nos dejará su eleccion nada que apetecer; pero si presentase el terreno obstáculos casi insuperables, seria menester en este caso escoger otro punto, pero teniendo cuidado en preferir el que se halle mas cerca de la direccion estratégica que importe conseguir. Prescindiendo de estas combinaciones generales, que deben influir en la eleccion del punto de paso, hay todavía otra que se refiere á las calidades mismas del local; será el mejor sitio aquel, en que pueda el ejército, despues de haber pasado al otro lado, disponer su frente de operaciones y su línea de batalla perpendicularmente al rio, á lo menos durante las primeras jornadas, sin verse obligado á dividirse en muchos cuerpos por diferentes direcciones; esta utilidad le evitará igualmente el riesgo de recibir una batalla con el rio por la espalda, al modo de lo que sucedió á Napoleon en Essling.

Se ha dicho lo bastante sobre las combinaciones estratégicas, que deben resolver la dificultad de los puntos de paso, y ya es tiempo de hablar de su ejecucion. La mejor escuela para estudiar las disposiciones mas propias, que han de asegurar un éxito feliz, es la historia: los antiguos

han dicho prodigios del del Granica, que á la verdad no es mas que un riachuelo; pero, bajo esta referencia, tienen los modernos mayores hechos que alegar.

El paso del Rin en Tholhuis por Luis XIV, nó es el que ha adquirido menos fama, y es preciso confesar, que es digno de observacion.

El general Dedon, en nuestros dias, ha alabado con aplauso los dos pasos del Rin por Kel, y el del Danubio por Hochstedt en 1800: se debe consultar su obra como clásica, por lo que hace á los pormenores; puesto que es el todo en esta clase de operaciones.

Finalmente, otros tres pasos del Danubio, y el del Berezina para siempre célebre, han sobrepujado á todo lo que se habia visto hasta entonces en este género.

Son los dos primeros los que efectuó Napoleon en Esslinh y en Wagram, enfrente de un ejército de ciento veinte mil hombres, pertrechado con cuatrocientas piezas de artillería, y en uno de los puntos en que es mas ancha la madre del rio: es de leer la interesante relacion, que ha hecho de ellos el general Pelet. El tercero es el que ejecutó el ejército ruso en Sotounovo, en 1828: aunque no se pueda comparar con los precedentes, fue muy señalado por las excesivas dificultades que presentaban las circunstancias locales, y por la naturaleza de los esfuerzos, que hubo precision de hacer para superarlas. Mas no siendo mi objeto entrar aqui en pormenores históricos, remito á mis lectores á las relaciones particulares que hay de estos casos notables; y entre tanto reduciré á pocas palabras las reglas generales para los pasos de rios.

1.^a Es de lo mas importante engañar al enemigo acerca del punto de paso, para que no acumule alli sus medios de resistencia. Ademas de las demostraciones estratégicas, son tambien precisos ataques falsos, hechos en las



cercanías del paso, para dividir los medios que podrá haber reunido el enemigo.

2.^a Se debe proteger, tanto como se pueda, la construcción de los puentes, trasportando tropas en bateles á la orilla opuesta, con el fin de desalojar de ella al enemigo, que podria incomodar los trabajos; y deberán apoderarse al instante aquellas tropas de las aldeas, bosques, ú otros obstáculos que haya en la inmediacion, y puedan servir al enemigo.

3.^a Tambien importa construir grandes baterías, no solo para poner en huida al enemigo de dicha orilla opuesta, sino para hacer igualmente callar á la artillería, que conducirá con el designio de batir con ella al puente, á proporcion que se trabaje en su construcción; para cuyo efecto conviene, que la orilla del lado del agresor, domine un poco á la orilla de enfrente.

4.^a La inmediacion de una isla grande, cerca de la orilla enemiga, ofrece mucha prontitud en la ejecucion, asi á las tropas de desembarco, como á los trabajadores. Del mismo modo, la cercanía de un rio pequeño, que desagüe en el principal, hace obtener el modo de reunir y encubrir las prevenciones tocante á las barcas.

5.^a Es favorable preferir un parage, en el que forme el rio un arco ó recodo entrante, con el fin de poder asegurar á las tropas una salida libre de todo riesgo, por protegerla dichas baterías, cuyo fuego, cruzándose en la misma entrada del enemigo, le impedirá caer de golpe sobre los batallones conforme vayan saliendo del puente.

6.^a El sitio señalado para tender los puentes, debe estar próximo á caminos transitables para todas armas en ambas orillas, para que pueda el ejército hallar comunicaciones fáciles despues de pasado el rio, lo mismo que para reunirse. Para lo cual, se deben huir los parages en que

haya pendientes muy escarpadas, principalmente por el lado del enemigo.

En cuanto á la prohibicion de un paso, se derivan las reglas de la naturaleza misma de las del ataque; pues deben tener por objeto oponerse á las disposiciones indicadas: siendo lo esencial hacer que se vigile toda la corriente del rio por cuerpos ligeros, sin aspirar á la pretension de querer impedirlo por todas partes, y que despues se haga la reunion con rapidez en el punto amenazado, para cañonear (por descargas convergentes) al enemigo, cuando haya pasado una parte sola de su ejército. Hay que portarse como el duque de Vandome en Cassano; y como lo observó con mas grandeza el Archiduque Carlos en Essling, en 1809: ejemplo memorable, del que no es posible encargarse con demasia su imitacion, aunque no haya sacado de él el vencedor todo el provecho que pudo prometerse.

ARTÍCULO XI.

De los campos atrincherados.

Seria fuera de propósito dar aqui pormenores sobre el asiento de los campos comunes, sobre la disposicion y formacion de las vanguardias y retaguardias, lo mismo que sobre los recursos que nos presenta la fortificacion pasajera para defender los puestos. Los campos atrincherados, son los solos que pertenecen á las combinaciones de la táctica sublime, y aun á las de la Estrategia, por la proteccion que dan á un ejército en algunos momentos.

Sin embargo, por el ejemplo del campo de Buntzelwitz, que sacó á Federico del peligro en que estaba en 1761, y por los de Kel y Duseldorp de 1797, se conocerá, que un asilo igual puede ser á veces de una grande importancia.

El campo atrincherado de Ulma en 1800, facilitó á Kray el modo de detener, todo un mes, al ejército de Moreau en el Danubio. Tambien se saben todas las utilidades que sacó Wellington del de Torres-Vedras, y las que hizo obtener Schumla á los Turcos, para defender el pais de entre el Danubio y el Balkan.

La regla principal que hay que dar en esta materia, es que esten establecidos los campos en un punto, que sea estratégico y táctico al mismo tiempo; porque si fue inútil á los Rusos el de Drisa en 1812, fue por haberse colocado fuera de la verdadera direccion de su sistema defensivo, que debia girar como en un eje hácia Smolensko y Moskou; y á causa de esto hubo necesidad de abandonarle al cabo de dos ó tres dias.

No obstante lo dicho, por muy buena que sea la situacion de un campo atrincherado, se puede afirmar, que á no ser como la de Torres-Vedras en una península, arriada de espaldas al mar, y destinada á proteger el reembarco de un ejército isleño, es muy dificultoso encontrar un punto estratégico, resguardado de que le dé vuelta ó se mueva alrededor de él el enemigo.

Desde el momento que pueda pasar el enemigo por derecha ó izquierda mas allá de un puesto semejante, se verá obligado á abandonarle el ejército que le ocupe, ó correrá el riesgo de hallarse cercado en él: el campo atrincherado de Dresde, ofreció á Napoleon en 1813 una proteccion de importancia durante dos meses; pero desde que fue rebasado por las masas de los coligados, no produjo ni siquiera las utilidades que habria hecho obtener una plaza fuerte del orden comun; porque su extension fue causa de sacrificar en él á dos cuerpos de ejército, que se perdieron en pocos dias por falta de víveres.

Por regla general, un campo de estos, asentado en un

rio con una espaciosa cabeza de puente en el otro lado, para dominar las dos orillas, y colocado cerca de una populosa ciudad y fortificada que ofrezca recursos, al modo que Maguncia ó Strasburgo, asegurará á un ejército utilidades indisputables; pero nunca será todo esto mas que un asilo de corta duracion, y un modo de ganar tiempo y reunir refuerzos: porque si al cabo se ha de tratar de arrojar al enemigo, es siempre indispensable acudir á las operaciones en campo raso.

La segunda regla, que se puede dar acerca de estos campos, es que serán principalmente favorables para un ejército, que esté en su territorio, ó cerca de su base de operaciones. Si se encerrase un ejército frances en un campo atrincherado sobre el Elba, no podria menos de verse perdido, desde la hora que llegase á apoderarse el enemigo del espacio que hay entre el Rin y el Elba. Pero si este mismo ejército se hallase hasta cercado por un momento en su campo, con tal que estuviese este resguardado por Strasburgo, podria al menor socorro que hubiese, volver á tomar su superioridad y poseer el campo; al paso que el ejército enemigo, que le habria cercado, situado él mismo en medio de Francia, entre el cuerpo de socorro y el del campo atrincherado, tendria mucho que vencer para repasar el Rin.

ARTÍCULO XII.

De las plazas fuertes, de sus sitios, y de las líneas atrincheradas.

Tienen las plazas fuertes una importancia patente en las operaciones de la guerra; pero correspondiendo su construccion, defensa y ataque al arma particular de ingenieros, seria extraño á nuestro objeto hablar de estos ra-

mos del arte. Con todo eso, las plazas fuertes dependen de la Estrategia por tres circunstancias esenciales.

La primera, por la eleccion del sitio, en que convenga fabricarlas.

La segunda, por la resolucion de los casos, en que se puedan mirar con desprecio para pasar mas adelante, y de los en que se vea uno obligado á sitiarlas.

Y la tercera se reduce á las relaciones que existan entre el sitio de la plaza y el ejército activo que debe resguardarle.

Tanto favorece una plaza, situada como se debe, á las operaciones, otro tanto son siniestras las establecidas fuera de las direcciones de importancia: es un castigo para el ejército, que se tiene que disminuir por motivo de guardarlas, y una plaga para el Estado que expende soldados y dinero inútilmente; y me atrevo á afirmar, que muchas plazas de Europa se hallan en este caso.

Si es cierto que una ciudad fortificada, rara vez sea por sí misma un obstáculo absoluto á la marcha del ejército enemigo, no admite disputa el que le incomodará en los movimientos, obligándole á destacamentos y rodeos en su marcha; por otra parte, favorecerá al contrario al ejército que la posea, produciendo todas las utilidades opuestas; le asegurará en sus marchas, y protegiendo la salida de sus columnas, si estuviese establecida sobre un rio, y resguardando sus flancos y movimientos, le proporcionará por último un asilo en caso necesario.

El pensamiento de cerrar todos los límites de un Estado con plazas fuertes muy aproximadas, es una calamidad; se ha atribuido contra la verdad este sistema á Vauban, que lejos de consentirle, siempre estaba en contienda con Louvois, sobre el excesivo número de puntos inútiles, que queria fortificar este ministro.

Se pueden pues reducir las máximas de esta parte del arte á los principios que siguen:

1.º Debe el Estado tener sus plazas fortificadas, dispuestas en orden de escalones en tres líneas, desde la frontera hasta hácia la capital (1); colocando tres plazas en la primera línea, otras tantas en la segunda, y una plaza de armas, que en todo sobrepuje á las demas, en tercera línea, ya cerca del centro del poder; se logrará formar un sistema poco mas ó menos completo para cada parte de los límites de un Estado.

(1) Tambien ha confirmado estos principios la memorable campaña de 1829. Si hubiese tenido la Puerta Otomana buenos fuertes de cal y canto en los pasos estrechos del Balkan, y una ciudad fortificada excelentemente hácia Faki, no habríamos llegado á Andrinópolis, y habrían podido hacerse los sucesos mas intrincados.

Si hubiera cuatro frentes semejantes, invertirían de veinte y cuatro á treinta plazas.

Quizá se opondrá el reparo de que ya es muy grande este número, y que hasta el Austria está lejos de tener tantas. Pero es preciso reflexionar, que tiene Francia mas de cuarenta en la tercera parte solamente de su frontera (desde Besanzon á Dunkerque), sin que por esto haya las suficientes en tercera línea en el centro de su poder.

Reunida hace tiempo una comision, para informar sobre esto mismo, ha acabado por decir, que aun era necesario añadir algunas; pero esto no prueba, que no las haya ya con exceso, sino que faltan con particularidad en algunos puntos importantes; en tanto que las de primera línea, demasiado amontonadas, se deben conservar solo porque existen. Haciendo cuenta de que tiene la Francia dos frentes desde Dunkerque á Basilea, otro desde Basilea á Saboya, y otro desde la Saboya á Niza, fuera de la línea de los Pirineos del todo separada, y la línea marítima de las costas del Océano (y del Mediterráneo), resultará, que tiene

que cubrir seis frentes: lo que exigirá de cuarenta á cincuenta plazas fuertes.

Todo militar convendrá en que son las que se necesitan, porque el frente de Suiza y de las costas del Océano exigen menos que los del Nordeste; siendo lo esencial, para que llenen su objeto, el que esten establecidas en conformidad de un sistema bien combinado.

Si ha tenido el Austria un número menor de plazas fuertes, ha sido porque, rodeada como lo estaba de los Estados pequeños del imperio germánico, en vez de amenazarla, dejaban á su disposicion hasta sus propias fortalezas.

Finalmente, el número indicado solo representa el que parece necesario á una Potencia, que presente cuatro frentes iguales, con corta diferencia, en extension. Formando la Monarquía prusiana una punta inmensa, desde Koenigsberg hasta las inmediaciones de Metz, no seria posible fortificarla adecuadamente, por el mismo sistema que á Francia, España, y Austria. De esta suerte, las disposiciones geográficas, ó la excesiva extension de algunos Estados, pueden causar la disminucion ó el aumento de aquel número, principalmente cuando hay que añadir algunas plazas marítimas.

2.º Las plazas fuertes siempre deben construirse en puntos estratégicos de importancia; y bajo la relacion táctica, tambien se debe empezar por situarlas con preferencia en parages que no esten dominados, y que haciendo fácil ademas la salida, hagan al mismo tiempo mas dificultoso el bloqueo.

3.º Las grandes ciudades fortificadas de mucha poblacion y comercio, ofrecen recursos para un ejército; son muy preferibles á las pequeñas, sobre todo cuando se puede tambien tener seguridad en la ayuda de los vecinos, para auxiliar á la guarnicion: Metz ha reprimido á todo el

poder de Carlos v; Lila suspendió por un año las operaciones de Eugenio y de Malboroug; y Strasburgo fue muchas veces el antemural de los ejércitos franceses. En las últimas guerras se han adelantado los invasores mas allá de estas plazas, porque todo el gran gentío de la Europa armada, se precipitó sobre la Francia; pero un ejército de ciento cincuenta mil Alemanes, que tuviera á su frente á cien mil Franceses, ¿podria internarse sin castigo hasta el Sena, mirando con desprecio estas ú otras plazas semejantes bien pertrechadas? me abstendré de asegurarlo.

4.º Se hacia la guerra en tiempos pasados á las plazas fuertes, á los acampamentos, y á las posiciones; en los últimos tiempos muy al contrario, ya no se hace la guerra sino á las fuerzas organizadas; no tomando inquietud alguna ni por los obstáculos materiales ni por los del arte. Pero seguir exclusivamente uno ú otro de estos sistemas, seria del mismo modo un error; porque la verdadera ciencia de la guerra consiste en tomar el medio exacto entre estos dos extremos.

Siempre será sin duda lo mas importante, aspirar desde luego á derrotar completamente y disolver las masas organizadas del enemigo, que se hallen en campaña; y para conseguir este fin decisivo, se pueden dejar atrás ó á un lado las ciudades fortificadas; pero si no se obtiene mas que un semitriunfo, seria pasar á la imprudencia, en tal caso, proseguir una invasion tan sin límites. Por lo demas, depende el todo de la situacion y fuerza respectivas de los ejércitos.

El Austria, haciendo ellá sola la guerra á la Francia, no podrá repetir las operaciones de la grande coalicion de 1814. Del mismo modo es probable, que no se volverá á ver tan pronto, qué cincuenta mil Franceses se arrojen de la otra parte de los Alpes Noricos á lo interior de la

Monarquía austriaca, como lo hizo Napoleon en 1797. (1) Semejantes acontecimientos provienen de un concurso de circunstancias, que hacen la excepcion de las reglas comunes.

(1) No trato de vituperar á Napoleon, por haber tomado la ofensiva en el Friul; pues solo tenia en su presencia á unos treinta y cinco mil Austriacos, que estaban aguardando á veinte mil, procedentes del Rin, y con el espíritu de vencedores de Kel y Huninga; pero el General frances acometió al Archiduque Cárlos, antes de la llegada de estos refuerzos, y llevó adelante sus triunfos con viveza, porque no tenia nada ante sí, que pudiese exponer su punta á algun riesgo. Obró pues segun las reglas, con motivo de lo sucedido antes, y de la posicion respectiva de los dos partidos.

5.º Se inferirá de lo que precede, que las ciudades fortificadas son un apoyo absolutamente necesario, pero que el abuso de ellas será siempre perjudicial, pues que en vez de aumentar la fuerza del ejército activo, la debilitará dividiéndole en partes; que el ejército, que quiera con motivo hallar el modo de destruir las fuerzas que tenga el enemigo en campaña, puede sin peligro entrarse por medio de varias plazas para conseguir dicho fin, teniendo sin embargo gran cuidado en hacerlas observar; que no le será posible con todo eso, invadir un pais enemigo, despues de pasar un rio principal como el Danubio, el Rin ó el Elba, sin haber sometido antes una de las plazas por lo menos, de las establecidas en el rio, con el fin de poner fuera de riesgo á su línea de retirada: dueño el ejército de una plaza semejante, podrá entonces continuar la ofensiva, empleando enteramente su material de sitio en someter sucesivamente otras plazas; porque cuanto mas avance el ejército activo, tanto mas podrá lisonjearse el cuerpo de sitio, de concluir la empresa, sin que se lo impida el enemigo.

6.º Si las grandes ciudades fortificadas son mucho mas provechosas que las pequeñas, cuando es amiga la poblacion, tambien es preciso convenir, en que pueden estas

últimas tener con todo eso su grado de importancia, no para detener al enemigo, que las pondrá sin dificultad en observacion, sino para favorecer las operaciones del ejército que esté en campaña; el fuerte de Koenigstein fue tan útil á los Franceses en 1813, como la espaciosa plaza de Dresde; porque con aquel se obtenia una buena cabeza de puente en el Elba.

Dentro de los paises de sierras, los fuertes pequeños bien situados valen tanto como ciudades fortificadas, porque no se trata mas que de cerrar con ellos los pasos precisos, y nunca de que sirvan de asilo para un ejército; en poco estuvo, que el pequeño fuerte de Bard detuviese en el valle de Aosta al ejército de Bonaparte, en 1800.

7.º De lo que es debido inferir, que cada parte de las fronteras de un Estado, se ha de interpolar con una ó dos grandes plazas fuertes de asilo, algunas plazas de segundo orden, y aun puestos pequeños, propios á hacer fáciles las operaciones de los ejércitos activos.

8.º Que las grandes plazas establecidas fuera de las direcciones estratégicas, son una extremada desdicha, así para el Estado como para el ejército.

9.º Las que se hallen en las orillas del mar, no pueden tener importancia, sino para combinaciones de guerra marítima, ó para que sirvan de almacenes; pero pueden pasar á ser fatales para un ejército continental, por ofrecerle la perspectiva engañosa de un apoyo. Por poco no comprometió Beningsen á los ejércitos rusos, al irse á apoyar de Koenigsberg en 1807 como en una base, por motivo de la facilidad que le ofrecia esta ciudad para sus acopios de bastimentos. Si el ejército ruso, en 1812, en vez de reconcentrarse en Smolensko, hubiera querido apoyarse en Dunabourg y Riga, habria corrido la contingencia de verse obligado á ir rendido hácia el mar, de hallarse cor-

tado de todas sus bases de poder, y reducido por último á la nada.

En cuanto á las relaciones que existen entre los sitios y las operaciones de los ejércitos activos, son de dos especies.

Si el ejército invasor puede abstenerse de atacar las plazas que vaya dejando atrás, no se puede eximir de bloquearlas, ó de observarlas por lo menos; en caso de haber muchas juntas en un corto espacio, será conveniente dejar un cuerpo entero á las órdenes de un mismo gefe, que las cercará ú observará con arreglo á las circunstancias.

Cuando el ejército de invasion decida el ataque de una plaza fuerte, encargará con especialidad á un cuerpo suficiente la formacion del sitio segun las reglas; y el resto del ejército puede continuar su marcha ofensiva, ó tomar posicion para cubrir el sitio.

En tiempos pasados, se observaba el sistema mal aplicado de cerrar del todo á cada plaza por todo un ejército, que se escondia él mismo, dentro de las líneas de circunvalacion y contravalacion, que costaban tantas hazañas y gastos como el mismo sitio. La famosa funcion de las líneas de Turin en 1706, en la que desbarató el Príncipe Eugenio de Saboya con solos cuarenta mil hombres, á un ejército frances de setenta mil bien atrincherado, pero que tenia que custodiar unas seis leguas de obras de fortificacion, y que por lo mismo se hallaba inferior por todas partes, debió desacreditar para siempre tan extravagante sistema; del mismo modo, á pesar de toda la admiracion que se puede experimentar al leer la relacion de los maravillosos trabajos, ejecutados por César para cercar á Alisa, y mal que le pese á Guischard por todo lo que ha dicho sobre lo mismo, ningun General de nuestros dias pensará en imitar este ejemplo. La experiencia ha demostrado, que

el mejor modo de cubrir un sitio es vencer y perseguir, lo mas que se pueda, á los cuerpos de tropas enemigas que podrian perturbarle, y es el que se debe recibir y seguir, si no es que lo contrarie la inferioridad numérica de fuerzas; en cuyo caso conviene tomar una posicion central que resguarde todos los caminos, por los que podria llegar el ejército de socorro, y desde el momento que se acerque se reunirá todo lo que se pueda del ejército de sitio al ejército de observacion, con el fin de caer sobre él y decidir, por un ataque vigoroso, si se podrá continuar ó no el sitio.

Bonaparte en 1796, ha ofrecido delante de Mantua el dechado de operaciones de mas sabiduría y habilidad, que pueda emprender un ejército de observacion; y remitimos á nuestros lectores á lo que diremos mas tarde en el curso de esta obra.

De las líneas atrincheradas.

Ademas de las líneas de circunvalacion y contravalacion, de que ya hemos hablado, las hay de otra especie, que mas espaciosas y aun mucho mas extensas, están en algun modo comprendidas en la fortificacion permanente, á causa que deben poner en seguridad á una parte de las fronteras de un Estado.

Tantas utilidades como ofrece una ciudad fortificada ó un campo atrincherado, construido para que sirva de asilo de corta duracion á un ejército, otro tanto repugna á la razon el sistema de semejantes líneas atrincheradas.

Se comprende bien, que no se trata aqui de una línea de atrincheramientos poco extensa, que cerraria un paso estrecho, pues esto debe entrar en el sistema de fuertes como el de Bard de que ya hemos hablado, sino que se trata de líneas de varias leguas de extension y destinadas á

cerrar toda una parte de frontera, como las de Weissembourg por ejemplo: que hallándose cubiertas por el Lautern que corria por delante de su frente, y apoyadas al Rin por la derecha y á los Vosges por la izquierda, parecia que llenaban estas líneas todas las condiciones necesarias para estar resguardadas de un ataque, y no obstante se tomaron por fuerza cuantas veces se asaltaron. Las líneas de Stolhofen, que hacían el mismo papel en la derecha del Rin que las de Weissembourg en la izquierda, no fueron mas felices; y las del Queich y del Kinzig tuvieron igual suerte. Las líneas de Turin, de 1706, y las de Maguncia en 1795, aunque destinadas á servir de circunvalacion, ofrecen una analogia completa con todas las líneas imaginables, por su extension, por su fuerza, y por la suerte que experimentaron.

Por muy bien protegidas que esten estas líneas por obstaculos naturales, es constante, que dejando aparte su grande extension, que hace inútil toda diligencia de sus defensores, serán casi siempre susceptibles de que se mueva el enemigo alrededor de ellas. Estarse escondido del modo dicho en atrincheramientos, donde puede uno ser rebasado, envuelto y comprometido; y los que siempre son forzados por delante, aun cuando esten guarecidos de ser doblados, es pues una necesidad patente; y es de esperar, que no se volverá á cometer mas.

ARTÍCULO XIII.

De los almacenes.

El arte de hacer se sustente el ejército en pais enemigo, y en medio de las operaciones activas, es de los mas árduos.

Aunque la ciencia de un Intendente general, sea muy

agena del fin que me he propuesto, va á unirse á las combinaciones de Estrategia la cuestion del sistema de almacenes, por lo que puede influir en las operaciones. (1)

(1) No es posible recomendar demasiado la lectura de la obra del General Cancrin, Intendente general que fue de los ejércitos rusos; pues hay pocas tan satisfactorias sobre el arte de administrar los víveres.

El método de los antiguos sobre provisiones, no se ha conocido perfectamente, porque todo lo que dice Vegecio de la administracion de los Romanos, no basta para desbrirnos los resortes de una parte tan intrincada. El fenómeno que permanecerá siempre dificil de comprender bien, es cómo hayan podido Darío y Xerges hacer que vivan en la Tracia (la Romelia) innumerables ejércitos, mientras que en nuestros dias habria mucha dificultad en mantener allí cuarenta ó cincuenta mil hombres. Aun en la edad media, los Emperadores griegos, los bárbaros, y pasado algun tiempo los cruzados, sustentaron tambien allí mismo masas cuantiosas de hombres.

César ha dicho, que la guerra debia sustentar la guerra, y por lo general se ha sacado la consecuencia de que ha vivido siempre á expensas del pais en que andaba.

En los primeros tiempos de la historia moderna, es de creer que los ejércitos de Francisco I, al atravesar los Alpes, para entrar en la fértil Italia, no llevaron consigo grandes almacenes; porque no pasaban entonces de cuarenta á cincuenta mil hombres, y un ejército igual no hallará obstáculos para alimentarse en los abundantes valles del Tesino y del Pó.

En tiempo de Luis XIV y de Federico II, los ejércitos de mas consideracion, y peleando en sus propias fronteras, se alimentaron ordinariamente de los almacenes y panaderías que iban con ellos; lo que sujetaba mucho las operaciones, no permitiendo alejarse de los depósitos mas allá

de un espacio proporcionado á los medios de transporte, á la cantidad de raciones que podian llevar, y al número de dias que necesitaban los carros, para ir y volver desde los depósitos hasta el campo.

Durante la revolucion hizo la necesidad mirar con desprecio los almacenes, y ejércitos en gran número, invadiendo la Bélgica y el Alemania sin abastecimientos, comieron tan pronto en las casas de los habitantes, como de los requerimientos impuestos con vigor en el pais, y por último hasta del merode y botin. Marchar y acantonarse en las casas es muy posible en la Bélgica, Italia y Suavia, como en las abundantes orillas del Rin y del Danubio; principalmente, si marchando el ejército en varias columnas, no excediese de ciento á ciento veinte mil hombres; pero esto mismo se hace muy dificultoso en otras comarcas, é imposible en Rusia, Suecia, Polonia y Turquía. Se comprende fácilmente con cuanta mas velocidad é ímpetu podrá obrar un ejército, si no tiene que hacer mas cálculos, que el de la fuerza de las piernas de sus soldados. Arbitrio, que hizo obtener grandes utilidades á Napoleón, pero que abusó de él, extendiéndole en una escala excesiva, y en comarcas en que no era practicable.

El General de un ejército debe saber el modo de hacer que cooperen á sus empresas todos los recursos que haya en el pais que invada; debe emplear las autoridades, si se quedasen en él, para imponer requerimientos uniformes y legales; y si huiesen, las estatuirá interinamente, nombrando los sugetos mas distinguidos, y autorizándoles con poderes extraordinarios. Se reunirán estas provisiones de comestibles en los parages mas seguros y favorables para los movimientos del ejército, imitando á las reglas de las líneas de operaciones. Con el fin de economizar los acopios, se podrá hacer que acantonen las mas tropas posi-

bles en las ciudades y villas, á condicion de resarcir á los habitantes del recargo que les resulte. Ademas de sus víveres y forrages en seco ó en verde, tendrá el ejército sus carros auxiliares ordenados en parques y aprontados por el pais, para que puedan llegarle los acopios, donde quiera que esté apostado.

Es tan dificultoso establecer reglas sobre lo que sea prudente emprender, sin haber formado con anticipacion almacenes, como señalar con exactitud los límites entre lo posible y lo imposible. Las regiones, la estacion, la fuerza de los ejércitos, y el espíritu de la poblacion, hacen que todo varie en estas combinaciones; pero no obstante, se pueden establecer como reglas generales.

1.^a Que en comarcas fértiles y bien pobladas, puede marchar un ejército, durante el tiempo que exija una operacion supuesta, sacando del pais todos sus medios de reparo. Pero, como una operacion principal nunca podrá exigir mas tiempo que el de un mes, mientras el cual estará en movimiento el grueso de las masas, bastará proveer con los acopios de reserva á la necesidad de las fuerzas, que esten obligadas á quedarse fijas en un mismo punto. El ejército de Napoleon por ejemplo, medio reunido alrededor de Ulma para bloquear allí á Mack, podia tener necesidad de galleta ó de pan, hasta la sumision de la ciudad, y si el ejército hubiese carecido enteramente de uno y otro, habria podido frustrarse la operacion.

2.^a Durante este tiempo, será preciso dedicarse á reunir con la mayor actividad que se pueda, los recursos que ofrezca el pais, para formar almacenes de reserva, y remediar las necesidades que experimente el ejército, despues del buen éxito de la operacion, ya sea para reconcentrarse en posiciones de descanso, ó bien para salir de allí y marchar á otras empresas.

3.^a En los países en que sea muy escasa la población y el terreno poco fértil, carecerá un ejército de los medios de reparo los mas esenciales; y en tal caso, será prudente no alejarle á muy grandes distancias de los almacenes, como llevar consigo acopios de provisiones de reserva en cantidad suficiente para darle tiempo, en caso necesario, de plegarse en retirada hácia la base de sus grandes depósitos.

4.^a En las guerras nacionales y en los países en que huye la población entera, destruyéndolo todo como en Turquía, no es posible marchar sin que sigan acopios regulares, y sin tener una base segura de abastecimientos cerca del frente de operaciones: lo que hará la guerra de invasion mucho mas árdua, por no decir imposible.

5.^a La proximidad al mar ofrece mucha prontitud para los acopios de bastimentos de un ejército; pues el que sea dueño del mar, parece que nunca deberá carecer de nada. Con todo eso, tiene esta utilidad sus inconvenientes para un grande ejército continental; porque con el fin de permanecer en relaciones seguras con sus almacenes, se dejará llevar á encaminar sus operaciones hácia la playa; lo que podrá exponerle á insoportables desgracias, si llegase á obrar el enemigo con la masa de sus fuerzas sobre la extremidad contrapuesta al mar. (1) Y si se aleja demasiado de la playa, puede entonces exponerse á ver amenazadas ó quizá interceptadas sus comunicaciones, debiendo aumentarse los medios materiales de toda especie á proporcion que se vaya alejando.

(1) Se entiende que no pretendo hablar aqui sino de guerras entre naciones europeas que saben maniobrar; puesto que puede uno separarse de estas reglas, en contra de aduares asiáticos ó de Turcos, poco temibles en el campo, porque careciendo de instruccion militar, no tienen tropas capaces de castigar las faltas, que se cometan á su vista.

6.^a El ejército continental, que haga uso del mar para comodidad de la llegada de sus trasportes al puerto, no

debe descuidar la posesion en tierra de su base de operaciones, con una reserva de acopios de víveres, independiente de los medios marítimos.

ARTÍCULO XIV.

De las retiradas.

Son las retiradas del número de operaciones de mas difícil ejecucion que hay en la guerra, principalmente cuando se hacen en pais enemigo; y quanto mas distante está el punto de salida de las fronteras y de la base de operaciones, tanto mas trabajosa y llena de dificultades será la retirada.

Desde la famosa retirada de los diez mil, con razon tan célebre, hasta el terrible y funesto lance que tanta impresion hizo en el ánimo del ejército frances en 1812, no nos presenta la historia muchas retiradas notables. La de Antonio, rechazado de la Media, tuvo mas de trabajos y dificultades que de glorias: la del emperador Juliano, hostigada por los mismos Parthos, tuvo un fin lamentable; y en los tiempos modernos la de M. de Bellisle desde Praga, mereció elogios; y la de Moreau en 1796, encarecida por el espíritu de partido, le hizo honor sin tener en sí nada de extraordinario. La que efectuó el ejército ruso, sin permitir que se le empezase á romper desde el Niemen hasta Moscou, en un espacio de doscientas cuarenta leguas, en presencia de un enemigo como Napoleon, y de una caballería semejante á la que mandaba el muy activo y atrevido Murat, se puede con certeza colocar en grado superior á las demas. Aunque es cierto, que la hizo fácil una multitud de circunstancias, nada de esto rebaja su mérito, sino en quanto al talento estratégico de los gefes, que dirigieron el período mas importante de ella, á lo menos en

consideracion á la inmovilidad y firmeza admirables de los cuerpos de tropas, que la pusieron por obra.

Por último, aunque la retirada de Moscou haya sido, con respecto á Napoleon, una ensangrentada catástrofe, no es posible poner en duda que fue gloriosa, asi para él como á sus tropas, y en Krasnoi como en el Beresina; porque los cuadros del ejército se pusieron en salvo, en tanto que no habria debido volver á Francia ni un hombre. En este suceso memorable, adquirieron igual gloria los dos partidos, y solo hubo diferencia en las contingencias como en los resultados.

La magnitud de las distancias y la naturaleza del pais que haya que andar de un cabo á otro, los recursos que aquel ofrezca, los obstáculos que se puedan temer del enemigo, asi por los costados como por detrás, la superioridad ó inferioridad de cada uno en caballería, y el ánimo de las tropas, son las principales causas, que pueden influir en la suerte de las retiradas, prescindiendo de las disposiciones de los gefes, que como inteligentes habrán tomado, para hacerlas con seguridad.

Un ejército, que va retirándose en su pais por su línea de almacenes, puede conservar unidas sus tropas, mantener en ellas el orden, y hacer la retirada con mas tranquilidad, que el que deba acantonar para comer, y extenderse para encontrar acantonamientos. Repugnaria á la razon sostener, que retirándose un ejército frances desde Moscou al Niemen, sin ningun recurso de comestibles, y careciendo de caballería, como de caballos de tiro y carga, debia hacerla con el mismo orden, y manteniéndose igualmente firme que el ejército de Barclay, perfectamente provisto de todo, moviéndose en su propio pais, y cubierto por una caballería ligera innumerable.

Hay cinco modos de combinar una retirada.

El primero es marchar en masa por un solo camino real.

El segundo es formar en escalones en un solo camino real, en dos ó tres grandes cuerpos, que vayan á una jornada de distancia, para evitar la confusion principalmente en el material.

El tercero es ir marchando en un mismo frente (ó á una misma altura), por varios caminos reales paralelos, que vayan á parar al mismo fin propuesto.

El cuarto es salir de dos puntos distantes, y marchar dirigiéndose hácia un punto reconcentrado (marcha convergente).

Y el quinto marchar al contrario en varias columnas por otros tantos caminos carreteros excéntricos (marcha divergente).

No hablaré de las disposiciones que son particulares á una retaguardia, pues todos saben que ha de haberla, que tenga las calidades convenientes á su destino, y que sea sostenida por una parte de las reservas de caballería. Este género de disposiciones es comun á las retiradas de toda especie, y aqui no se trata sino de considerarlas estratégicamente.

Un ejército que se retira intacto, en la idea de pelear desde el momento que haya conseguido el refuerzo que aguardaba, ó llegado al punto estratégico á que aspiraba, debe seguir con preferencia el primer modo, porque es el que asegurará el cerrarse mas á las diferentes partes del ejército, permitiéndole sostener un combate cuantas veces lo desee; para lo que solo es necesario, que hagan alto y frente sus cabezas de columnas, y que formen las demas tropas á proporcion que vayan llegando.

Retirándose Napoleon de Smolensko, prefirió el segundo método, y ya en esto cometió una falta, tanto mas im-

portante como que no le seguia el enemigo por detrás, sino particularmente en una direccion lateral, que iba á caer casi perpendicularmente en medio de sus cuerpos sueltos; así fue que las tres jornadas de Krasnoi, tan desventuradas para su ejército, fueron la consecuencia de aquella disposicion. (b) No pudiendo tener otro objeto esta disposicion en escalones, que el de evitar el atropamiento y embarazos del material, será suficiente, que el espacio de tiempo para la salida de los cuerpos sea igual al que necesitan los trenes para desfilar, y así se podrá excusar que medie una jornada entre ellos: pudiera por ejemplo salir la cabeza á las seis de la mañana, el centro á las diez, y lo último á las doce ó á la una de la tarde.

(b) A los esfuerzos inauditos de las columnas francesas, dirigidas en esta batalla por el mismo Napoleon, que anduvo trepando á pie por la nieve de las pendientes vidriosas de las alturas, y apoyándose á un palo para no caer, se debió el que haciendo retirar rendido al enemigo, saliesen sucesivamente de en medio de los ejércitos rusos, Davoust y el Príncipe Eugenio muy comprometidos por lo dicho. Bien conoció y ha confesado Bonaparte esta falta, que quiso reparar al precio de su vida como el Emperador Juliano; pero tambien tuvo su parte, en cuanto á la direccion de la retirada y á hacerla por un solo camino, la escasez de su Estado mayor en facilitarle conocimientos geográficos y topográficos tan exactos y circunstanciados como lo requeria esta y las demas operaciones. El mismo se ha quejado mas de una vez en esta desgraciadísima campaña, y en la no menos infeliz de 1813, del sistema defectuoso de su Estado mayor.

El tercer modo, esto es, el de seguir varios caminos paralelos, es muy conveniente, cuando los caminos siguen bastante inmediatos unos á otros; pero si siguiesen un poco distantes, separada de las demas partes del ejército cada una de sus alas, podria verse solitariamente comprometida, si dirigiendo el enemigo contra ella sus mayores fuerzas, la obligase á recibir el combate. Acudiendo el ejército prusiano de Magdeburgo para llegar al Oder, en 1806, nos dió la prueba de esto mismo.

El cuarto modo, que consiste en seguir dos caminos, que vayan á unirse en un punto, es sin duda el mas conveniente, cuando las tropas se hallen distantes entre sí, en el momento en que se resuelva la retirada; porque nada hay mejor en este caso que rehacer las fuerzas, y el único medio de lograrlo es la retirada reconcentrada (convergente).

El quinto modo ya indicado, no es otra cosa que el famoso sistema de las líneas excéntricas de Bulow, que impugnamos con razones sólidas en el tomo 1º, pág. 316. Es un sistema de fuga y dispersion, que no se puede emplear sino en el pais propio, para poner en salvo solitariamente á los restos de un ejército derrotado y desposeido de su línea natural de retirada. Tambien puede ser excelente en una guerra nacional, cuando cada trozo del ejército desparramado de este modo, pasa á servir de núcleo al levantamiento de alguna provincia; pero en una guerra puramente militar, dicho modo quinto es un absurdo.

Hay otra combinacion de retiradas, que se refiere esencialmente á la Estrategia, y es resolver el caso, en que convenga hacerlas perpendiculares, como saliendo de la frontera hácia el centro del pais, ó bien dirigiirlas paralelamente á esta misma frontera. El mariscal Soult, por ejemplo, desamparando los Pirineos en 1814, podia elegir entre una retirada á Burdeos, que le habria llevado al centro de la Francia, ó la retirada á Tolosa (de Francia) marchando á lo largo de los Pirineos.

Algunas veces son preferibles estas retiradas, en cuanto apartan al enemigo de marchar hácia la capital del Estado y centro de su poder: la configuracion de las fronteras, las plazas fuertes que alli se encuentren, y el espacio mas ó menos extenso, que hallaria alli mismo el ejército para moverse y restablecer sus comunicaciones rectamente

con el centro del Estado, son otras tantas razones, que influirán en la oportunidad de estas operaciones.

Entre otras naciones, ofrece el territorio español muy grandes utilidades en favor de este sistema. Si llegase á penetrar por Bayona un ejército frances, tienen la eleccion los Españoles de tomar por base á Pamplona y Zaragoza, ó á Bilbao y á Astúrias; lo que pondria á su adversario en la imposibilidad de dirigirse hácia Madrid, dejando su estrecha línea de operaciones á discrecion del enemigo.

La parte del Danubio, que hace frontera del imperio turco, ofreceria á esta potencia igual utilidad, si supiera aprovecharla.

La Francia es de un mismo modo muy apta para este género de guerra, principalmente cuando no haya en el reino dos partidos políticos, que puedan aspirar á la posesion de la capital, y hacer su ocupacion decisiva en favor del enemigo. Si penetrase este por los Alpes, se puede obrar en el Ródano y el Saona, dando vuelta en contorno de la frontera hasta el Mosela por una parte, ó hasta la Provenza por la otra. Si se introdujese por Strasburgo, por Maguncia, ó por Valencienas, sucede lo mismo; y la ocupacion de Paris seria imposible, ó á lo menos muy arriesgada, mientras que un ejército frances intacto hubiera tomado por base á su cordon de plazas fuertes. (1)

(1) En todos estos cálculos, se suponen iguales con corta diferencia las fuerzas de ambos partidos, porque si fuese dos veces mas fuerte el ejército invasor, podria seguir con la mitad de sus tropas al que se retiraba paralelamente, y dirigirla otra mitad á la capital; pero en igualdad de fuerzas seria esto imposible.

No tiene el Austria igual utilidad, porque la direccion de la cordillera de los Alpes Reticos (de Iliria) y la de los Tiroleses, no permiten á los Austriacos mas retiradas que las perpendiculares, tanto en Italia como en Baviera; y

solo en Bohemia es el caso diferente contra un enemigo que vaya de Sajonia.

No nos es posible añadir nada esencial á lo que se acaba de leer sobre retiradas, con referéncia á las combinaciones principales; pero nos quedan por indicar las disposiciones tácticas, que pueden hacer fácil la ejecucion.

Uno de los medios mas infalibles de ejecutar como se debe una retirada, es hacer familiar á los oficiales y tropa la idea de que, por cualquiera parte que llegue casualmente el enemigo, sin aumentarse su número, no hay mas riesgo en pelear con él por retaguardia que por la cabeza; y la de que, la conservacion del orden es el único medio de sacar de un peligro á la tropa, que perturbe el enemigo mientras va ella marchando hácia atrás.

Es del caso colocar en la retaguardia á un gefe dotado de mucha serenidad, y á los oficiales de Estado mayor que hayan reconocido de antemano los puntos favorables, en que podrá resistir la retaguardia para suspender la marcha del enemigo, con el fin de colocar en ellos la reserva de la retaguardia con artillería. Habrá mucho cuidado en relevar sucesivamente las tropas dispuestas en escalones, de modo que nunca pueda estrecharlas el enemigo desde muy cerca.

Pudiendo adelantarse fácilmente la caballería para reunirse al cuerpo de batalla, se entiende, que masas vigorosas de esta arma, facilitarán mucho el que se haga una retirada sosegada y metódicamente; y harán obtener tambien la facultad de instruirse bien de cuanto pase y defender por todas partes el camino, para evitar, que acuda de improviso el enemigo á perturbar la marcha de las columnas, y quiza á cortar alguna parte de ellas.

Bastará en lo general, que la retaguardia tenga sujeto al enemigo á media jornada del cuerpo de batalla, porque dejarla expuesta mas lejos será aventurado é inútil: con todo

eso, cuando tenga que pasar dicha retaguardia algun desfiladero, que esté bien resguardado por los de su ejército, podrá dilatar un poco mas el círculo de sus operaciones y quedarse hasta una jornada distante del ejército; porque los desfiladeros hacen otro tanto fáciles las retiradas cuando es uno dueño de ellos, como las dificultan cuando los ocupa el enemigo. Si fuese el ejército muy numeroso y correspondientemente vigorosa la retaguardia, puede muy bien detenerse en este caso hasta una jornada lejos de él; pero esto depende de su fuerza, de la naturaleza del terreno, y del enemigo con quien se pelee.

De los pasos de rios caudalosos retirándose.

Los pasos de rios, que tenga que verificar un ejército que se retira, ofrecen algunas combinaciones que llaman la atencion: si fuese el paso por puentes permanentes de un rio pequeño, viene á ser el de un desfiladero ordinario, pero si fuese un rio caudaloso, el que se deba atravesar y por puentes de barcas, ya es una maniobra mas arriesgada. Todas las precauciones que se prescriban, se reducen á hacer que se adelanten los trenes, para que no causen estorbos; y esta disposicion indica por sí misma, lo conveniente que es el que haga alto el ejército á media jornada á lo menos del rio; y tambien se infiere de ella, que será bueno que se esté firme la retaguardia, algo mas distante que lo acostumbrado del cuerpo de batalla; esto es, todo lo que permitan las circunstancias locales del pais y con tal que no se opongan á ello las fuerzas respectivas. Tendrá el ejército, por este medio, el tiempo necesario para desfilarse, sin verse estrechado desde muy cerca; tan solo hay la necesidad de combinar la marcha de la retaguardia de suerte, que se halle en posicion mas adelante de los puen-

tes, cuando esten ejecutando su paso las últimas divisiones del cuerpo de batalla. Este momento decisivo, parecerá á todos el mas propio, para relevar la retaguardia por un cuerpo restablecido de fatigas, que se colocará con anticipacion en un terreno perfectamente reconocido; entonces podrá pasar rápidamente la retaguardia por los intervalos de aquel cuerpo, para atravesar el rio antes que él; y asombrado el enemigo de encontrar con tropas descansadas y dispuestas á recibirle en buen orden, no conseguirá desalojarlas; y ganándose de este modo la noche sin descabro, podrá á su tiempo la nueva retaguardia, pasar el rio y destruir los puentes. (b)

(b) Con el conocimiento y presencia de todos estos preceptos, se llega á comprender las causales de la desgraciada retirada de Leipsick. En esta segunda batalla, que llamó Napoleon de los Gigantes, por la superioridad numérica y material del enemigo, faltaron los puentes necesarios, para poder hacer lenta y metódica la retirada; y sin que entre en consideracion el desastre del puente volado en el Elster intempestivamente por un cabo de zapadores autorizado por un teniente coronel de su cuerpo, que debió hacerlo por sí, ó verlo hacer allí mismo, se advierten dos motivos, para que fuera atropellada y siniestra. El primero, que no disimuló Bonaparte, fue no haber hecho desfilar para Lindenau á todo el material en la noche del 17, como el no haber combinado la batalla desde el 18, de modo, que pasasen al otro lado del rio todas las tropas francesas en la tarde y noche de este dia. La otra causal estriba en la organizacion del Estado mayor general: ¿por qué no ha de estar autorizado este cuerpo elemental, para disponer por sí y hacer ejecutar todo lo conveniente, acerca de esta especie de pormenores, sin necesidad de que se le mande? Entre sus atribuciones, parece una de ellas poner expeditas ó allanar todas las dificultades de este género.

Bien entendido que las tropas, conforme vayan pasando, se han de formar á la salida de los puentes, y colocar sus baterías de modo que protejan á los cuerpos, que se quedaron en el otro lado para resistir al enemigo.

Los inconvenientes de un paso semejante, retirándose, y la naturaleza de las precauciones que pueden hacerle fácil, indican suficientemente, que el mejor modo de favo-

recerle será tomar con mucha anticipacion las disposiciones necesarias, para construir una cabeza de puente atrincherada, que abrace todo el sitio en que se habrán tendido los puentes; y en el caso de no permitir el tiempo la construccion de dicha obra con regularidad, podrán á lo menos hacer sus veces algunos reductos bien guarnecidos, que serán muy útiles protectores en la retirada de los últimos cuerpos.

Si el paso de un rio caudaloso, presenta tantas contingencias de riesgo cuando persigue por detras el enemigo, es un lance todavía mucho mas peligroso, cuando se halla uno acometido por delante al mismo tiempo que por retaguardia, y que ademas esté ocupado el rio, que se haya de pasar, por un respetable cuerpo enemigo.

El paso por dos motivos célebre del Beresina, ejecutado por los Franceses, es uno de los ejemplos mas notables de semejante operacion; porque nunca se halló un ejército en situacion que diese menos esperanzas, ni salió del peligro mas gloriosa y diestramente. Acosado por el hambre, abatido por el frio, distante quinientas leguas de su base, acometido por delante y por detrás en las orillas de un rio pantanoso, y en medio de dilatadas selvas, ¿cómo tener esperanza de que podria librarse? Ciertamente pagó bien caro este honor, y en verdad contribuyó de un modo poderoso á que saliese del apuro la falta cometida por el almirante Tschitchagoff (b); pero el ejército no se desalentó en sus esfuerzos de heroismo y de reconocida superioridad. No se sabe si deberá causar mas admiracion, el plan de operaciones que condujo á los ejércitos rusos, desde lo mas retirado de la Moldavia, de Moscou y de Polotsk al Beresina, como á una cita de concurrencia pacífica; proyecto que estuvo á pique de ser la causa de hacer prisionero á su muy temible adversario, ó bien la portentosa constan-

cia del leon acosado de esta suerte, y que llegó á conseguir abrirse paso con la espada.

(b) Este Almirante, que de la marina pasó al ejército, se había apoderado del puente del Beresina, y atajaba el paso de los Franceses con fuerzas de mucha consideracion; pero alucinado por las demostraciones que hizo Napoleon por su izquierda, se extendió Tschitchagoff por su derecha, y consiguió aquel la posibilidad de construir un puente de tablas y armadijos para la infantería, y otro de caballetes para las demas armas, en una anchura de ochenta toesas, y llegando el agua hasta los hombros de los zapadores constructores, que casi todos quedaron ahogados.

Despues cometió otra falta este General ruso, en no haber hecho ocupar con fuerzas suficientes, los tres puentes de mas de cien toesas de largo cada uno, que hay en el pantano atravesado por el camino que va á Tembin; el mismo que seguian los Franceses, y que era su única retirada.

No dar lugar á que el enemigo nos estreche vivamente de muy cerca, engañarle acerca del punto meditado para el paso, y caer de golpe sobre el cuerpo que corte la retirada, antes que pueda reunirse á él el que sigue por retaguardia, son los únicos preceptos que hay que dar, y se puede añadir, el de evitar siempre la posibilidad de hallarse en situacion igual, por ser poco comun el que se pueda salir de ella.

Si el ejército que se retira, debe hacer todo lo posible para resguardar sus puentes de cualquier golpe de mano, ya sea por una obra coronada regular, ó bien por una línea de reductos, que protegerá cuando menos á la retaguardia, es tambien natural, que el enemigo que viene en seguimiento, tomará todas las precauciones posibles para destruir los puentes. Cuando se haga la retirada en la direccion de la corriente del rio, puede el enemigo arrojar por ella obras de madera, como jangadas, armadias, brulotes, y toda máquina flotante, al modo que lo hicieron los Austriacos en el Rin cerca de Neuwied en 1796, contra el ejército de Jourdan; en donde faltó poco para exponer á mucho riesgo al ejército del Sambra y Mosa. Otro tanto hizo el Archiduque Carlos en 1809, en el famoso paso de

Essling; quien, habiendo hecho destruir el puente del Danubio, puso á Napoleon muy cerca de perderse.

Hay pocos modos de colocar un puente resguardado contra semejantes ataques, á menos de haber tenido tiempo para preparar las correspondientes empalizadas de pilotage; y tambien se pueden asegurar con cables algunas barcas, para detener los materiales de toda especie arrojados á la corriente, y para obtener asi los medios de apagar los brulotes.

ARTÍCULO XV.

De los acantonamientos, y de los cuarteles de invierno.

Se ha escrito tanto sobre esta materia, y su relacion con nuestro asunto es tan indirecta, que solo hablaremos de ella de paso.

Los acantonamientos de invierno en medio de una guerra, son por lo general una operacion harto arriesgada; por muy juntos que se establezcan, siempre es dificultoso que esten lo bastante para no dar asidero al enemigo. El pais en que haya gran cantidad de ciudades muy pobladas, como la Lombardía, la Sajonia, los Países bajos, la Suabia y la antigua Prusia, presenta más facilidad para establecer en él los cuarteles, que los países en que sean pocas las grandes poblaciones: porque no solo se encuentran allí recursos para sustentar las tropas, sino tambien resguardos aproximados, que permiten conservar juntas las divisiones. Pero en Polonia y Rusia, en una parte del Austria y de Francia, en España y en la Italia meridional, es más dificultoso establecer los cuarteles de invierno.

Antiguamente cada partido entraba á su turno en cuarteles á últimos de Octubre, y se contentaba con arrebatarse recíprocamente algunos batallones, que estaban muy

desamparados en los puestos avanzados: lo que era en rigor hacer la guerra de partidarios.

La sorpresa de los cuarteles de invierno de los Austriacos, hecha por Turenna en el alta Alsacia, en 1674, es una de las operaciones que señalan, lo mejor que se puede emprender contra acantonamientos enemigos, y las precauciones que uno debe tomar por su parte, para que no forme el enemigo los mismos proyectos.

Establecer los acantonamientos muy juntos y en un espacio tan largo como ancho, con el fin de evitar una línea muy dilatada, siempre fácil de romper é imposible de reunir; resguardarles con un rio ó con una primera línea de tropas alojadas en barracas, y protegidas por obras de campaña; señalar parages de reconcentración, á los que en todo caso se pueda llegar antes que el enemigo; registrar todas las entradas del ejército por patrullas permanentes de caballería; y establecer por último señales para que corran las tropas á las armas para el caso de un acometimiento formal, son los mejores principios, en mi sentir, que se pueden seguir en este particular.

En el invierno de 1807, acantonó Napoleon á su ejército detrás del Passarge en frente del enemigo; solo las vanguardias acamparon en barracas á inmediación de las ciudades de Gutstadt &c.; y en este ejército, que pasaba de ciento veinte mil hombres, fue necesaria mucha habilidad para conservarle y alimentarle en dicha situación hasta el mes de Junio. Verdad es que no se oponia el pais á este sistema, y que no se hallará otro tan propio para él en todas partes.

Un ejército de cien mil hombres puede encontrar cuarteles de invierno, que esten unos junto á otros, en los países en que haya muchas ciudades, y de los que ya hemos hablado mas arriba; pero cuando sea el ejército de mayor

número de combatientes, se aumentará la dificultad: con todo eso, tambien es ciertó, que si crece la extension de los cuarteles en proporcion de la fuerza numérica, se debe igualmente confesar, que se hacen mayores en la misma progresion los medios de resistencia, que hay que oponer á un acometimiento repentino del enemigo; mas es lo esencial, poder reunir en veinte y cuatro horas de cincuenta á sesenta mil hombres; con cuya fuerza y la certeza de verla aumentar de nuevo y sucesivamente, se puede resistir hasta la reunion total del ejército, por muy grande que sea.

A pesar de todo esto, se debe convenir, en que siempre será arriesgado acantonar, mientras que el enemigo, permaneciendo reunido, quiera oponerse á ello; de lo que se infiere, que el único medio de confianza, para que descanse un ejército durante el invierno, lo mismo que en medio de una campaña, es darle cuarteles preservados por un rio caudaloso ó por una suspensión de armas.

CAPITULO II.

SECCION II.

De la táctica sublime y de las batallas.

Hay tres especies de batallas: las primeras son defensivas, es decir, las que da un ejército en una posicion favorable, esperando en ella al enemigo; las segundas ofensivas, dadas por un ejército acometiendo al enemigo que está en una posicion reconocida; y las últimas inesperadas, ó dadas por los dos partidos que iban marchando.

ARTÍCULO PRIMERO.*De las líneas de batalla.*

Por la definición general de las operaciones, que he dado al principio del libro, se habrá visto, que hago una distincion entre las líneas de batalla y los órdenes de batalla; objetos ambos, que se han confundido hasta el dia.

Llamaré línea de batalla á la disposicion de las tropas desplegadas en batalla, ó formadas en columnas de ataque por batallones; disposicion que podrá tomar un ejército, para ocupar un campo ó un terreno, en el que recibirá el combate sin fin resuelto de antemano: es la denominacion, que se puede dar con propiedad á una tropa formada, con arreglo á la ordenanza de ejercicio, en una ó varias líneas. Llamaré al contrario orden de batalla á la disposicion de las tropas, que esté indicando una maniobra determinada, como el orden oblicuo, el orden paralelo, ó el orden perpendicular sobre las alas.

Esta denominacion, aunque nueva, parece indispensable para designar perfectamente dos objetos, que debe uno abstenerse de confundir mas. (1) Por la naturaleza de estas dos cosas se ve, que la línea de batalla pertenece con mas especialidad al sistema defensivo; puesto que el ejército que aguarda al enemigo, sin saber lo que va á hacer, ciertamente forma una línea de batalla indeterminada ó sin objeto; y el orden de batalla que da á conocer, al contrario, una disposicion de tropas formadas de intento para el combate, y que supone resuelta de antemano una maniobra, corresponde con mas particularidad al orden ofensivo. Además de que, no se trata de ventilar aqui una cuestion de voces, sino solamente de adoptar términos propios, que

simplifiquen las combinaciones de la táctica, y que sirvan para que nos entendamos.

(1) Quizá se me imputará el mudar, sin necesidad, denominaciones admitidas, para erigirlas en cuentos; pero responderé, que para poner en claro una ciencia, es urgente que no signifique una misma palabra dos cosas del todo distintas: pues si se subsiste en llamar orden de batalla al simple repartimiento de las tropas por una línea, será menester á lo menos, en tal caso, no dar el nombre de orden de batalla oblicuo, ni orden de batalla cóncavo, á maniobras de importancia. Se deberian en este caso designar estas maniobras, con los términos de sistema de batalla oblicuo etc. Mas yo prefiero la denominacion que he adoptado, y al orden de batalla descrito en el papel, se le puede llamar estado de organizacion, tomando la formacion ordinaria, dispuesta en el terreno, el nombre de línea de batalla.

ARTÍCULO II.

De la línea de batalla, aplicada únicamente á la defensiva.

La línea de batalla, ú orden defensivo, depende á un mismo tiempo de las circunstancias locales y del objeto general de las operaciones.

Los principios que conviene observar con mas frecuencia, son:

1.º Tener salidas mas fáciles, para caer de repente sobre el enemigo, cuando se juzgue ser el instante propicio, que las que pueda tener este, para acercarse á la línea de batalla.

2.º Asegurar á la artillería todo su efecto defensivo.

3.º Tener un terreno favorable, para ocultar los movimientos que haya que hacer desde un ala á la otra, con el fin de dirigir las masas sobre el punto, que se crea conveniente.

4.º Poseer una retirada fácil.

5.º Que esten perfectamente apoyados los flancos, para que sea mas dificultosa la ejecucion de un ataque sobre las extremidades, y obligar así al enemigo á que le dirija sobre el centro.

Aunque es difícil conseguir adecuadamente esta última condición, porque, si está apoyado el ejército á un rio caudaloso, á montes encumbrados, ó á selvas intransitables, y llega á experimentar el menor descalabro, se puede convertir en un entero desastre; porque rota la línea, podrán ser rechazadas sus partes sobre los mismos obstáculos, que debían protegerla.

6.º Algunas veces se remediá la falta de apoyo para los flancos, con martillos hácia atrás ó retirados; pero este sistema es peligroso, porque un martillo unido á la línea causa sujeción en los movimientos, y porque el enemigo, colocando artillería con dirección á los dos lados del ángulo del martillo, causará en ellos grande estrago. Una fuerte reserva, dispuesta en orden profundo detrás del ala que se quiera resguardar de acometida, parece llenará mejor el fin propuesto que cualquier martillo: las circunstancias locales deben resolver sobre cual de estos dos medios será el mejor. Ya hemos dado pormenores mas ámplios, con motivo de la batalla de Praga (página 76 y siguientes del tomo 1.º).

Sin embargo no se puede ocultar, que todos estos medios no pasan de paliativos, y que el mejor de todos, para el ejército que aguarde al enemigo en la defensiva, es saber tomar á tiempo la iniciativa, cuando haya llegado el momento de hacerlo con buen éxito, del modo que se dirá en adelante.

ARTÍCULO III.

De la defensiva ofendiendo.

Ya hemos dado á conocer, al tratar de las operaciones estratégicas, todas las facilidades para el logro que hace obtener la iniciativa; pero hemos confesado al mismo tiempo, que segun la Táctica, el que sabia aguardar podia ha-

cer, que volviesen en favor suyo todas estas facilidades, con solo aprovechar el momento oportuno para pasar de la defensiva á la ofensiva. (b) El General que esté esperando al enemigo, como un autómeta, sin tomar otro partido que el de pelear con valor, quedará siempre vencido si fuese atacado como se debe. No le sucederá lo mismo al que esté aguardando aquel instante en la firme resolucion de combinar maniobras de importancia contra su adversario, con el fin de recobrar la superioridad moral, que comunican el impulso ofensivo y la certeza de poner sus masas en accion en el punto mas importante: á lo que nunca puede dar ocasion la simple defensiva.

(b) Hay batallas cuyo buen éxito depende del primer choque, y otras cuyo resultado no se obtiene hasta el fin de la jornada, por ser cuando se deja ver el momento de dar el ataque decisivo; y uno y otro pende de las posiciones respectivas.

En la batalla de Marengo, por ejemplo, era este momento de decision para Bonaparte, el en que volvía Dessais de Rivalta; así como en Waterloo lo era para Wellington, el en que estuvo cierto de la llegada de Blücher al campo de batalla: al paso que á la parte contraria, la convenia, por lo mismo, hacer el grande esfuerzo desde el principio del combate.

Unicamente se puede establecer por regla general, el que si conviene al uno de los dos partidos, terminar prontamente el desenlace de la batalla, debe importar al otro el diferirle.

Efectivamente, si el que está esperando se halla en una posicion bien escogida, en la que tenga libertad de moverse, obtiene la ventaja de ver llegar al enemigo; y sus tropas, bien dispuestas con anticipacion, arreglándose al terreno, y protegidas por baterías colocadas de modo que consigan su mayor efecto, pueden hacer que cueste á alto precio á sus adversarios el terreno que separa á los dos ejércitos; y cuando el que acometa, esté ya en conmocion por sus pérdidas bien perceptibles, y se halle él mismo vigorosamente asaltado, en el momento en que creia llegar á conseguir la victoria, no es probable que siga obrando mas tiempo con superioridad.

Puede pues un general emplear con igual éxito, en las batallas, el sistema ofensivo ó el defensivo; pero es indispensable en la ejecucion.

1.º Que lejos de limitarse á una resistencia pasiva, sepa pasar, cuando llegue el momento de la defensiva, á la ofensiva.

2.º Que posea una ojeada infalible, y mucha serenidad.

3.º Que mande á tropas, con las que pueda contar.

4.º Que al tomar por su parte la ofensiva, no olvide la aplicación de los principios generales, que habrian dirigido su orden de batalla, si hubiera empezado él como agresor.

Los ejemplos de Bonaparte en Rivoli y Austerlitz, y los de Wellington en Talavera y en Waterloo, justifican la verdad de estos principios.

ARTÍCULO IV.

De los órdenes de batalla.

El orden de batalla se debe atribuir, por lo común, al ejército que acomete, puesto que dispone sus tropas de diferentes modos, que ofrecen la imagen de otras tantas maniobras tambien distintas. Los órdenes de batalla se reputan á lo menos de diez especies: es á saber, 1.º, el orden paralelo simple; 2.º, el orden paralelo, sobresaliendo en una ó en las dos alas; 3.º, el orden oblicuo sobre un ala; 4.º, el orden perpendicular sobre la extremidad de la línea enemiga; 5.º, el mismo orden perpendicular sobre los dos extremos de dicha línea; 6.º, el orden cóncavo en el centro; 7.º, el orden convexo; 8.º, el orden en escalones por un ala ó por las dos; 9.º, el orden en escalones por el centro; y 10, el orden compuesto de un ataque sobre el cen-

tro y sobre una extremidad al mismo tiempo. (Véase la lámina adjunta, desde la figura 1.^a hasta la 11 inclusive.)

Para formar buen juicio del que convendrá mejor de dichos diez órdenes, se debe estar seguro de sus relaciones con el principio general que hemos sentado.

Con presencia de él, se conoce fácilmente, por ejemplo, que el orden paralelo, número 1.^o, es el peor de todos; pues que no es necesaria ninguna inteligencia, para hacer que peleen los dos partidos en igualdad de contingencias, chocándose cada batallon ó cuerpo con el de su frente; y viene á ser este modo una carencia absoluta de la Táctica. Sin embargo hay un caso de consecuencia, en el que es conveniente este orden; y es cuando un ejército, despues de haber tomado la iniciativa en las grandes operaciones estratégicas, haya logrado plantarse sobre las comunicaciones de su adversario, y cortarle de su línea de retirada, resguardando enteramente la suya; en este caso, cuando sobrevenga el choque definitivo entre los dos ejércitos, el que se halle á la espalda del otro puede dar una batalla paralela; puesto que, habiendo ya hecho la manioobra decisiva antes de la batalla, todo su objeto consiste entonces en rechazar el esfuerzo que haga el enemigo para abrirse camino; pero fuera de este caso, siempre es el mas malo de todos el orden paralelo.

Por igual motivo, el orden paralelo sobre el frente, con un martillo, que maniobre en una de las alas (núm. 2.^o), es mas provechoso que el precedente, principalmente cuando se haya reforzado, cual corresponde, al ala que obre; con todo eso, se supone en esta disposicion una fuerza superior de parte del que acometa, con el fin de poder presentar al enemigo un frente paralelo, y establecer ademas sobre su extremidad una masa, que merezca algun respeto.

El orden oblicuo (núm. 3.^o) es el que con mas prefe-

Ordemes de batalla ofensivos.

Fig. 1.

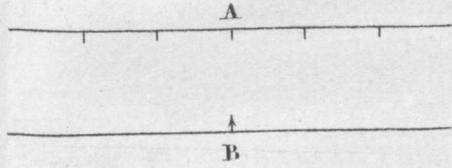


Fig. 2.

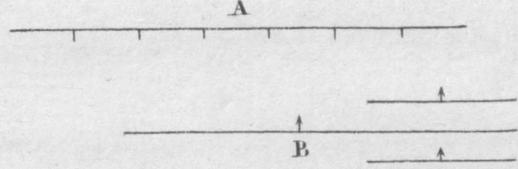


Fig. 3.

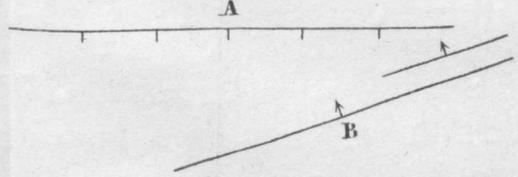


Fig. 4.

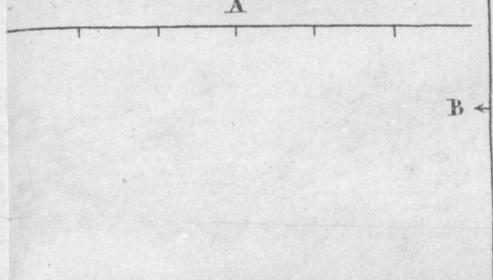


Fig. 5.

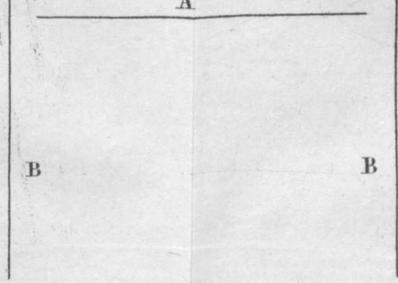


Fig. 6.

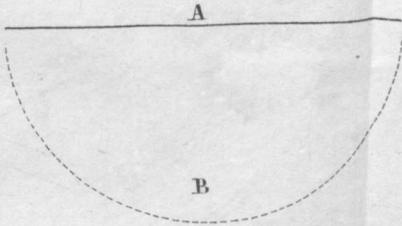


Fig. 7.

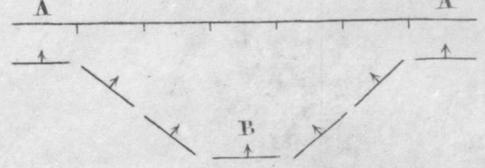


Fig. 8.

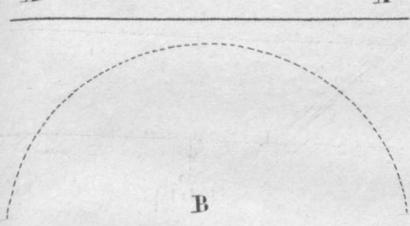


Fig. 9.

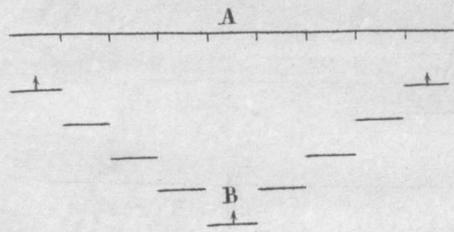


Fig. 10.

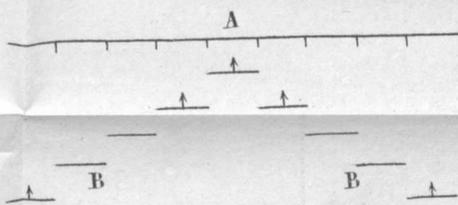
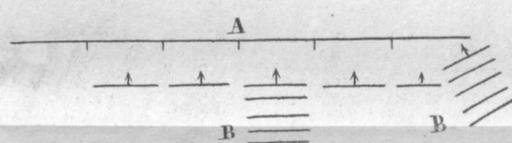


Fig. 11.



rencia conviene á un ejército inferior, que tenga que embestir á otro superior; porque, prometiendo del todo la utilidad de llevar el grueso de las fuerzas hácia un punto único de la línea enemiga, hace obtener otros dos provechos igualmente importantes; pues realmente, no solo se rehusa el ala disminuida de fuerzas, conservándola fuera del choque del enemigo, sino que llena este ala el doble destino de hacer, que no se mueva la parte de línea que no se quiera atacar, y el de servir no obstante eso de reserva al ala activa en caso necesario. Empleó este orden el célebre Epaminondas en las batallas de Leuctres y Mantinea; pero ya hemos manifestado otro ejemplo mas brillante de las utilidades de este orden, en la batalla de Leuthen, dada por el Gran Federico (páginas 56, 89 y 286 del tomo 1.º)

El orden perpendicular sobre una ala (núm. 4.º) ofrece con corta diferencia las mismas resultas probables que el orden oblicuo; aunque todavía es menos favorable, porque no es tan fácil establecerse de este modo sobre una extremidad, sin que lo sepa ó conozca el enemigo. Además de esto, la parte de la línea enemiga, que no sea perturbada, al ver que no tiene delante ningun adversario, puede acudir fácilmente al punto amenazado, en tanto que en el orden oblicuo, la impide obrar á esta misma sin peligro del ala rehusada.

El orden perpendicular sobre las dos alas (núm. 5.º) puede ser muy provechoso, pero solo cuando se halle superior en número el que asalte; porque si consiste el principio fundamental, en dirigir la mayor parte de las fuerzas al punto decisivo, quebrantará inevitablemente esta regla el ejército inferior, que forme un ataque doble contra una sola masa superior: como lo hemos hecho evidente en el curso de la obra.

El orden cóncavo sobre el centro (núm. 6.º) ha tenido secuencias, desde que Annibal le fue deudor de la señalada victoria de Cannas. Puede con efecto ser este orden muy bueno, cuando se tome en consecuencia de los sucesos de la batalla; esto es, siempre que se meta el enemigo en el centro que vaya cediéndole terreno, y se deje envolver por las alas. Pero si se formase de esta suerte antes de la batalla, en vez de arrojarse el enemigo sobre el centro, acometeria de repente á las alas, que ellas mismas presentarían para ello sus extremidades, y se verian en igual situacion á la de hallarse asaltadas por el flanco.

Verdad es que, rara vez formará el ejército un semicírculo, tomando con preferencia una línea en ángulo entrante roto hácia el centro (como lo representa la figura 7.^a); si hemos de creer á muchos escritores, fue semejante la disposicion que dió el triunfo á los Ingleses en las célebres jornadas de Crecy y Azincourt. Aunque es cierto que vale mas este orden que un semicírculo, porque no expone tanto el flanco á un ataque, y porque permitiendo marchar hácia adelante en escalones, conserva por esto todo el efecto de la reconcentracion de los fuegos, desaparecerán con todo sus utilidades, si en vez de encerrarse inconsideradamente el enemigo en dicho centro cóncavo, se limitase á hacerle observar desde un punto distante, y se dirigiese con el grueso de sus fuerzas sobre una de las alas solamente. La batalla de Essling de 1809, tambien nos ofrece un ejemplo de la utilidad de una línea cóncava; pero no por esto se deberá inferir, que obró mal Napoleon atacando á su centro, porque no se puede decidir acerca de un ejército, que peleó puesto de espaldas al Danubio, y en la imposibilidad de moverse sin descubrir sus puentes, como si hubiera tenido toda libertad de maniobrar.

El orden convexo saliente en el centro (núm. 8) se

toma pocas veces, á no ser para combatir luego al punto de pasar un rio caudaloso, mientras se ve uno obligado á rehusar las alas para apoyarlas al rio, cubriendo al mismo tiempo los puentes; pero si dirigiese el enemigo sus esfuerzos contra la parte saliente, ó contra una sola de las extremidades, acarrearía este orden la perdicion del ejército. En Fleuro le tomaron los Franceses en 1794, y salieron bien, porque el príncipe de Cobourg, en vez de caer impetuosamente con fuerzas sobre el centro, ó sobre una de las extremidades, dividió sus ataques en cinco ó seis direcciones divergentes, y particularmente sobre las dos alas á un tiempo: poco mas ó menos fue en este mismo orden convexo, como pelearon los Franceses en Essling, del modo que en el segundo y tercero dia de la famosa batalla de Leipsig: habiendo tenido estas últimas funciones el resultado sumamente cierto, que dictan las reglas.

El orden en escalones por las dos alas (núm. 9) está en el mismo caso que el orden perpendicular (núm. 5); conviene sin embargo advertir, que acercándose mas los escalones hácia el centro, en donde se pondrá naturalmente la reserva, puede ser este orden mejor que el perpendicular, á causa que tendrá el enemigo menos facilidad, espacio y tiempo, para rendir el centro, y se asemejaría en tal caso al orden entrante de la figura 7.^a

El orden en escalones por el centro (núm. 10), únicamente se puede emplear con buen logro en contra de un ejército, que ocuparía una línea dividida en partes y muy extensa, porque hallándose en este caso su centro aislado de las alas, y de modo que pueda ser vencido por separado, resultará cortado el ejército en dos partes, que serán verosimilmente destruidas. Pero por la aplicacion de dicho principio fundamental, es muy peligroso este orden de ataque empleado contra un ejército, que ocupe una posi-

cion seguida y sin claros; porque hallándose lo mas á menudo las reservas á poca distancia del centro, y pudiendo obrar las alas ya sea con un fuego reconcentrado, ó bien tomando la ofensiva, renovaria el ejército que hiciera semejante ataque, la lastimosa escena de los Romanos en Cannas, ó la de la columna inglesa en Fontenoy, y por último la mas moderna de los Franceses en Waterloo.

El orden de ataque en columnas, sobre el centro y sobre una extremidad al mismo tiempo (núm. 11), es mas congruente que el anterior, si se aplica principalmente en contra de una línea enemiga contigua: porque en verdad, el ataque sobre el centro, favorecido por un ala que rebase al enemigo, le impedirá á este que obre como Annibal, ó como el mariscal de Sajonia; esto es, el que se arroje sobre el agresor cogiéndole de costado; y hará al contrario, que se halle estrechada el ala enemiga entre el ataque del centro y el de la extremidad; cuya ala, teniendo que pelear contra casi el total de las masas que asaltan, no podrá aguantar aquellos dos ataques, y será probablemente destruida. Esta fue la maniobra que hizo triunfar á Napoleon en Wagram y en Ligny; la misma que intentó en Borodino, y que no logró concluir del todo, por la heroica defensa de las tropas del ala izquierda de los Rusos, y de la division Paskewitsch en el célebre reducto del centro; y que empleó por último en Bautzen, donde habria conseguido triunfos nunca oídos, si no hubiera sobrevenido un acontecimiento, que desordenó la maniobra de su izquierda, destinada á cortar el camino real de Wurschen, para lo que todo estaba ya preparado.

Debemos advertir sin embargo, que no es posible tomar estos diferentes órdenes tan rigurosamente como los dan á conocer las figuras geométricas; pues el general que intentase establecer su línea de batalla, con la misma re-

gularidad que en el papel ó en el campo de instruccion, saldria indubitablemente engañado en su esperanza, y derrotado, principalmente por el método actual de hacer la guerra. En tiempo de Luis XIV y de Federico, y cuando acampaban en tiendas los ejércitos, casi siempre reunidos; entonces, que se hallaba muchos dias un ejército cara á cara con el enemigo, y que habia tiempo y sosiego para abrir salidas ó caminos simétricos, con objeto á hacer llegar á sus columnas á distancias iguales, y correspondientes, se podia formar una línea de batalla tan regular como las figuras delineadas. Pero hoy, que acampan los ejércitos al raso, que se han hecho mas movibles por su organizacion en varios cuerpos, que se acometen en seguida de órdenes dadas fuera del radio visual, y aun muchas veces sin haber tenido tiempo para reconocer exactamenté la posicion del enemigo; en este caso, todos los órdenes dibujados con regla y medida, precisamenté se deberán reputar imperfectos.

No obstante eso, el General inteligente puede valerse con facilidad de disposiciones que se acerquen, y produzcan un empleo de sus masas activas, poco mas ó menos semejante, al que habria hecho en uno ú otro de los órdenes de batalla ya indicados. Deberá por lo mismo poner mucho cuidado, en estas disposiciones tomadas de repente, en hacerse cargo juiciosamente del punto importante del campo de batalla; lo que podrá lograr contemplando las relaciones de la línea enemiga con las direcciones estratégicas decisivas; y dirigirá entonces su atencion y esfuerzos sobre este punto, empleando un tercio de sus fuerzas en contener ú observar al enemigo, y lanzando despues los otros dos tercios sobre el punto, cuya posesion asegure la victoria. Obrando de este modo, habrá llenado todas las condiciones que puede dictar la ciencia de la táctica.

tica sublime al capitán mas idóneo; y conseguido la aplicación mas perfecta de los principios del arte. Ya hemos indicado en la sección anterior el modo de descubrir con facilidad estos puntos decisivos.

Daremos fin á este artículo advirtiendo, que todo orden de batalla se puede componer de cuadrados de batallones, al modo que de estos mismos formados en batalla ó en columnas; porque el orden oblicuo, el orden en escalones por una extremidad ó por el centro, y el orden paralelo sencillo ó reforzado en un ala, se acomodan muy bien á esta formación; y hasta el orden entrante, ó cóncavo, no es muy difícil de ajustarse á la misma disposición.

En las guerras emprendidas contra naciones que tengan una caballería innumerable, puede formar cada cuerpo de ejército la figura de un gran cuadrado, compuesto de muchos cuadrados de regimientos ó batallones: en cuyo caso, se colocará su artillería en los intervalos, y los trenes en el centro general de los cuadrados. Esta disposición regular es una de las mas convenientes contra los Turcos, sobre todo en los países llanos. (b)

(b) En contra de naciones que puedan hacer la guerra, digámoslo así, á caballo y como los Parthos, con tal que tengan la advertencia de encerrar la infantería en sus puestos ó plazas fuertes, y que auxiliada de los habitantes se defienda en ellas con valor á prueba de todo, la Estrategia sola no decidirá el triunfo; puesto que el movimiento estratégico mas bien combinado y ejecutado en las guerras de esta clase, no acarreará por lo comun mas consecuencia que la ocupación del punto que se queria poseer: lo mismo que en contra de las que sepan inflamarse de incentivos bastantes para convertir su defensa en guerra nacional, porque en uno y otro caso no se posee mas terreno que el que se ocupa; y porque en ambos se encuentran enemigos por todas partes. En tales circunstancias son necesarias otras combinaciones, que ayuden á dar á la Estrategia toda su influencia.

ARTÍCULO V.*Reencuentro de dos ejércitos que van marchando.*

No es posible dar reglas invariables acerca de estas batallas impensadas, que resultan de encontrarse dos ejércitos que van marchando; con todo eso, es principalmente en este caso, cuando importa tener un conocimiento profundo de la regla fundamental del arte, y de los modos diferentes de aplicarla, para hacer que se dirijan á este fin todas las maniobras que esté uno en el caso de disponer al mismo instante y en medio del bullicioso estrépito de las armas. Lo que acabamos de decir sobre las maniobras hechas de improviso, es quizá la única regla que se pueda dar para estas circunstancias inesperadas; y será suficiente combinarlas con los antecedentes y con la situación física y moral de los dos ejércitos: las batallas de Marengo, de Eylau, Abensberg, Essling y Lutzen, son las mas memorables escenas de terror, en las que tuvieron que obrar de repente los dos partidos, sin haber podido prever la menor cosa.

Si marchando dos ejércitos, como lo hacian en tiempos pasados, con todos los pertrechos de campar, se encontrasen de improviso, nada mejor sin duda tendrian que hacer que desplegar inmediatamente sus vanguardias á derecha ó izquierda de los caminos que llevasen. Pero debería al mismo tiempo cada uno de ellos, formar masas del grueso de sus fuerzas segun el designio que se habria propuesto; pues se cometeria una falta importante en querer desplegar todo el ejército detrás de su vanguardia; porque aun dado caso que llegase á conseguirlo, nunca resultaria otra formación, que la de un orden paralelo defectuoso; y

si hostigase el enemigo á la vanguardia con algun vigor, podria seguirse de ello la derrota de las tropas que estuviesen en movimiento para formarse. (Véase en el tomo 1.º la batalla de Rosbac, págs. 61, 73, 80 y 88).

En el sistema moderno, mas movibles los ejércitos, y marchando por varios caminos en otras tantas fracciones, ó cuerpos organizados con todos los requisitos para poder cada uno obrar con independenciam de los demas, serán menos temibles aquellas derrotas, pero siempre permanecerán las mismas reglas.

Siempre es preciso detener y formar la vanguardia, reunir despues el grueso de las fuerzas en el punto conveniente, con arreglo al fin que se habria uno propuesto al ponerse en marcha; y cualesquiera que sean las maniobras del enemigo, se hallará uno de este modo, en disposicion de resguardarse de cuanto intente.

ARTÍCULO VI.

De las sorpresas de ejércitos.

No es mi ánimo tratar aqui de los repentinos rebatos de cortos destacamentos, en lo que consiste la guerra de partidarios ó de tropas ligeras, y en lo que tanto sobresale la caballería ligera rusa y la turca; sino que es mi intencion hablar únicamente de los acometimientos inesperados de ejércitos enteros.

Antes de la invencion de las armas de fuego, se verificaban con mas facilidad estos acometimientos; pues el ruido de la artillería y de la fusilería, pocas veces da hoy lugar á sorprender del todo á un ejército; á menos que habiendo olvidado los principales deberes del servicio, no sepa impedir que llegue el enemigo al medio de sus filas,

por carecer de puestos avanzados que cumplan con su deber.

La guerra de siete años nos presenta la memorable sorpresa de Hohenkirch, como un ejemplo bastante digno de meditacion; y hace patente la verdad de que, no consiste precisamente una sorpresa en asaltar de repente á tropas dormidas y mal resguardadas, sino en combinar tambien el ataque sobre una de sus extremidades, de modo que sean aquellas sobrecogidas y rebasadas al mismo tiempo. Realmente no se tratará de hallar el modo de coger al enemigo de tal suerte desapercibido, que pueda uno arrojarse sobre hombres aislados en sus tiendas, sino con especialidad de llegar con sus masas, sin ser descubierto á lo lejos, á situarse en el punto, en que se desearia asaltar al enemigo, antes que tuviese tiempo para tomar sus disposiciones en contrario.

Desde que los ejércitos no acampan en tiendas, son mas raras y mas dificultosas las sorpresas combinadas de antemano: porque para premeditarlas es preciso saber de fijo la situacion del campo enemigo. En Marengo, en Lutzen y en Eylau hubo una apariencia de sorpresa, pero en lo principal no fueron mas que acometimientos inesperados, que no se pueden llamar sorpresas.

La única sorpresa importante que podriamos citar, es la de Taroutin, en 1812, en la que fue asaltado y derrotado Murat, por Beningsen; y para justificar su imprudencia, alegó Murat que descansaba fiado en una tácita suspension de armas: pero es lo cierto, que no existia convenio alguno semejante, y que se dejó sorprender por un descuido que no merece perdon.

Es muy claro que el modo mas favorable de atacar á un ejército, es arrojarse sobre su campo un poco antes de amanecer, en el momento en que menos lo espere; inevitablemente se introducirá en él la confusion; y si se añade

á esta ventaja la de conocer perfectamente las circunstancias locales, y saber dar á sus masas la direccion conveniente por Táctica como por Estrategia, se podrá lisonjear el agresor de una victoria completa; á menos que sobrevengan sucesos imprevistos. Es esta una operacion de guerra, que es preciso no mirar con desprecio, aunque sea menos frecuente y sobresaliente que las grandes combinaciones estratégicas, que en algun modo aseguran la victoria, digámoslo asi, antes de haber peleado.

Por la misma razon que es menester saber utilizarse de toda ocasion para sorprender á su adversario, hay tambien necesidad de resguardarse de empresas semejantes; y dando las reglas de precaucion para estos casos todos los reglamentos, no hay mas que observarlos con exactitud.

CAPITULO II.

SECCION III.

De la formacion de las tropas para marchar al combate, y del empleo particular ó combinado de las tres armas.

Nos quedan por examinar dos artículos absolutamente necesarios de la táctica de las batallas; es el uno el modo de disponer las tropas para conducir las al combate; y el otro el empleo de las diferentes armas. Aunque pertenecen en algun modo estos objetos á la táctica de segundo orden, es preciso reconocer sin embargo, que dan la forma á una de las principales combinaciones del General en jefe, siempre que se trate de dar una batalla; pues desde este momento entran inevitablemente dichos artículos en la táctica sublime, sin embargo que deben de un mismo modo hacer parte de la enseñanza de la táctica de division.

Efectivamente, el nombre de táctica sublime toca de derecho á todas las operaciones, que se deben efectuar en el campo de batalla por todo un ejército; y aun aquellas, cuyas combinaciones entran de nuevo, en cuanto al por mayor, en la Estrategia, pertenecen, como lo hemos dicho, á la táctica sublime, por lo que toca á la ejecucion. Se da al contrario, el nombre de táctica de segundo orden á todo lo que está reservado para una division suelta, para una brigada, ó á un destacamento cualquiera; mas la formacion y el empleo de las tropas pertenecen de un mismo modo á estos dos ramos del arte, y de este punto saca su origen la línea de demarcacion que los separa.

En este particular empiezan á ser las opiniones menos ciertas, y forzosamente si se reincide en el anchuroso espacio de las hipótesis: es por lo que, no extrañamos haber visto sostener hace muy poco, á uno de los mas célebres escritores modernos, que se ha hecho invariable la Táctica, pero no la Estrategia; en tanto que sucede todo lo contrario.

La Estrategia se acomoda á líneas geográficas, que no admiten variacion, y cuya importancia relativa se puede calcular en conformidad de la situacion de las fuerzas enemigas; situacion que nunca puede causar un número grande de variaciones, puesto que se hallarán las fuerzas enemigas divididas ó reunidas, ya sea en el centro, ó ya en una de sus dos extremidades: y nada hay mas fácil, que someter unos rudimentos tan sencillos y en corto número á reglas que dimanen del principio fundamental de la guerra; ni tampoco ciencia alguna militar fue mejor determinada, que lo ha sido en nuestros dias la Estrategia. (b) Lo mismo sucede con las combinaciones de los órdenes de batalla, que se pueden sujetar á principios referidos de un mismo modo á la regla general. Pero los medios de ejecucion, esto

es, la llamada con propiedad táctica, dependen de tantas circunstancias, que no es posible dar reglas que sirvan de guía, para los innumerables casos que pueden ofrecerse. Bastará, para estar cierto de ello, leer las obras que se publican unas despues de otras cada dia, y tratan de esta parte del arte militar, sin que se hallen dos acordes; y si hablasen sobre lo mismo dos Generales distinguidos de infantería ó de caballería, será muy raro, que lleguen á convenir perfectamente, acerca del modo arreglado y mas conveniente para efectuar un ataque. Podremos tambien añadir á esto la demasiada diferencia, que suele haber en el talento de los gefes, como en su brio, y en la moral de las tropas, y quedaremos convencidos, de que la táctica de ejecucion estará perpetuamente reducida á sistemas contradictorios, y que será hacer mucho, si se llega á conseguir el establecimiento de algunas máximas reguladoras, que impidan la introduccion de doctrinas contrarias á las reglas en los sistemas que se adopten.

(b) Las muchas obras publicadas ya sobre la guerra en grande, desde que abrió el camino al conocimiento de esta ciencia el baron de Jomini, al mismo tiempo que han puesto por su conformidad en completa evidencia á la Estrategia, han hecho invariables sus reglas; al paso que, del sinnúmero de escritores que discordan hoy en el modo de emplear las tropas en un dia de combate, ha resultado la diversidad de opiniones que se advierte en la Táctica; llegando á tal punto esta disparidad de juicios, que se han renovado en nuestros dias las antiguas disputas, ya consideradas como apuradas, sobre si es ó no mejor el orden delgado ú de fuegos, que el de mucho grueso ú fondo.

ARTÍCULO PRIMERO.

De la colocacion de las tropas en la línea de batalla.

Despues de haber explicado con claridad en los artículos 1.º y 2.º de la seccion anterior, lo que se debe enten-

der por línea de batalla, conviene decir, de que modo se deberán distribuir en la línea las diferentes tropas de un ejército.

Antes de la revolución francesa, componiéndose toda la infantería de regimientos y brigadas, se hallaba reunida en un solo cuerpo de batalla, subdividido en primera y segunda línea, que tenían en cada una su ala derecha y su ala izquierda. La caballería se colocaba por lo general en las dos alas, y la artillería, todavía muy maciza y pesada en aquella época, se distribuía por el frente de cada línea. (Llevaban consigo entonces los ejércitos piezas de artillería de á diez y seis, y no había en ellos la que hoy llamamos artillería de á caballo.)

El ejército, que reunido acampaba entonces en tiendas, se ponía en marcha por líneas ó por alas, y como había en él dos alas de caballería en cada línea de infantería, si se había de marchar por alas, se formaban cuatro columnas. Cuando se marchaba por líneas, como conviene principalmente en las marchas de flanco, no se formaban en este caso mas que dos columnas, si no es que, por las circunstancias locales, bien la caballería ó una parte de la infantería, hubiese acampado en tercera línea; lo que sucedía rara vez.

Este método simplicaba mucho la *logística* (las funciones del Cuartel Maestre general), pues que todas las disposiciones consistían en decir: „Se marchará en tal dirección, por líneas ó por alas, por la derecha ó por la izquierda.”

Rara vez se salía de esta uniformidad fastidiosa, pero sencilla, y en el modo de proceder que se seguía en la guerra, era lo mejor que había que hacer.

Los Franceses quisieron hacer la prueba en Minden de una disposición logística distinta, formando tantas columnas como brigadas, y abriendo caminos para dirigir las de

frente á una línea determinada, que jamás pudieron formar. (Tomo 1.º, página 324.)

Si al trabajo del Estado mayor le daba facilidad aquel modo de campar y marchar por líneas, se debe confesar que, aplicado á un ejército de mas de cincuenta mil hombres, produciria dicho modo columnas sin término (b), y se verian á menudo derrotas parecidas á la de Rosbach. (Tomo 1.º, página 245.)

(b) Ciertamente, si cuanto se ha dicho sobre las utilidades de marchar por líneas ó por alas, á lo que debió en mucha parte sus triunfos el Gran Federico, cuyos modos se explican desde la página 52 hasta la 62 del tomo 1.º, hablándose de su aplicacion en las observaciones sobre la batalla de Jaegerndorf, página 256, y en las de la batalla de Minden; se intentase aplicar de un mismo modo á un ejército de ciento á doscientos mil hombres ó mas, se tocara inevitablemente en lo imposible: pero la division de estos grandes ejércitos en cuerpos de ejército, ó en ejércitos mas pequeños, que sean próximamente el 3.º, 4.º ó 5.º del grande, y que tengan en él su colocacion determinada para las ocasiones mas comunes, asi como hace posible su movilidad total por la agilidad de dichas partes, se las facilita al mismo tiempo la aplicacion de aquel método, con tal que su fuerza no deje de ser susceptible de aplicarle constantemente; esto es, que no pasen los cuerpos de ejército de cuarenta á cuarenta y cinco mil hombres cada uno, para que puedan marchar, siempre que convenga, por líneas ó por alas.

En cuyo caso, y en cualquiera otra modificacion de estos modos, se reduce la maniobra de dichos ejércitos pequeños, para formar la línea total de combate, á una simple entrada en línea de las que indica ligeramente el reglamento; procediendo segun lleven la derecha ó la izquierda de cabeza y segun vayan á la derecha, á la izquierda ó al centro de dicha línea total, paralela ó perpendicularmente por detrás de ella; ó bien á la derecha, á la izquierda ó al centro de la misma, paralela ó perpendicularmente por delante.

Este movimiento general me recuerda la idea, que hace tiempo me posee, de lo muy difícil, por no decir imposible, que es ejecutar al alcance del enemigo todo cambio de frente sobre un punto fijo de la línea primitiva, conforme se enseña en el reglamento, con tanta precision y preferencia á otras evoluciones, como sin contar en nada con las diversas disposiciones de las líneas que puedan convenir á un General en gefe; y puesto que las entradas en línea facilitan á las tropas el modo de tomar cualquiera direccion ó disposicion que se quiera, creo, que se debe dar á las entradas en línea la preferencia y atenciones que hoy se da á los cambios de

frente sobre eje fijo; porque á mas de estar comprendidos los medios de todo cambio de frente en las entradas en línea, ejercitadas las tropas en ellas, darán mas seguridades á un General en jefe, para tomar sin rezelos la nueva disposicion de las líneas, cualquiera que sea, que mas le convenga. El Estado mayor, en tal supuesto, será el primer agente para la exactitud en la línea general, que debe resultar de la maniobra.

La revolucion francesa trajo consigo el sistema de divisiones, que hizo cesar la extremada uniformidad de la formacion antigua, y dió ocasion á la division del ejército en partes aptas para moverse por sí solas en toda especie de terreno; lo que realmente fue bueno, aunque quizá se cayó de un extremo en otro, faltando poco para volver á la organizacion por legiones de los Romanos. Estas divisiones compuestas, por lo comun de infantería, caballería y artillería, maniobraban y peleaban por separado; pero ya fuera por extenderlas desmedidamente para alimentarlas sin almacenes, ó bien por reinar la manía de prolongar la línea en la confianza de rebasar á la del enemigo, se las vió muchas veces, á siete ú ocho divisiones de que se componia un ejército, marchar de frente por otros tantos caminos, que distaban cuatro ú cinco leguas uno de otro: el cuartel general se colocaba en el centro, sin otra reserva que cinco ó seis endebles regimientos de caballería de trescientos á cuatrocientos caballos cada uno; de modo, que si llegaba el enemigo á reunir el grueso de sus fuerzas sobre una de estas divisiones y las derrotaba, resultaba rota la línea; y no teniendo el General en jefe ningun regimiento de infantería á mano, no hallaba otro recurso que el de retirarse, para rehacer sus fuerzas divididas en partes.

Bonaparte, en su primera guerra de Italia, puso remedio á aquella mala consecuencia, tanto por la movilidad y rapidez de sus maniobras, como por reunir siempre el grueso de sus divisiones, en el punto en que se debia hacer el mal decisivo.

Quando se halló colocado á la cabeza del Estado, y vió que cada dia se extendia mas la esfera de sus medios y la de sus proyectos, conoció que era necesaria una organizacion mas robusta, y tomó un término medio entre el sistema antiguo y el nuevo, conservando del todo la utilidad de la organizacion de divisiones. Y así fue, que desde la campaña de 1800 formó cuerpos de dos ó tres divisiones cada uno, que puso á las órdenes de tenientes generales, para formar las alas, el centro y la reserva del ejército (1).

(1) Por este modo, el ejército del Rin se componia del ala derecha, de tres divisiones, á las órdenes de Lecourbe; del centro á las de Saint-Cyr, de tres divisiones; y del ala izquierda, á las de Sainte-Suzanne, de dos divisiones; y ademas tenia el General en gefe á sus inmediatas órdenes tres divisiones de reserva.

Este sistema fue definitivamente consolidado en el campo de Boloña, en el que se organizaron cuerpos de ejército permanentes á las órdenes de Mariscales, que mandaban tres divisiones de infantería, una de caballería ligera, y treinta y seis, á cuarenta piezas de artillería con algunos zapadores. Eran estos cuerpos otros tantos ejércitos pequeños, aptos á formar, en caso necesario, por sí solos cada empresa. La caballería de línea fue reunida en una fuerte reserva, compuesta de dos divisiones de coraceros, cuatro de dragones y una de caballería ligera. Los granaderos reunidos y la guardia compusieron una reserva excelente de infantería: y pasado algun tiempo, en 1812, tambien fue organizada la caballería en cuerpos de tres divisiones, con el fin de dar mas unidad á las masas siempre en aumento de este arma.

Preciso es confesar, que dejaba poco que desear esta organizacion, y que aquel ejército, que efectivamente hizo tan grandes cosas, sirvió luego de tipo á todos los ejércitos de Europa.

Algunos militares, ideando la perfeccion posible del

arte, han deseado, que la division de infantería, destinada alguna vez á pelear sola, constase de tres brigadas en lugar de dos; porque el número tres facilita un centro y dos alas, y ya en esto hay una utilidad patente, puesto que sin dicho aumento, nos presenta, por centro el número dos, un hueco ó intervalo, y los dos trozos que forman las alas, privados de apoyo central, no hallarán modo de obrar aisladamente con la misma confianza. Ademas de esto, dicen, el número tres da lugar á que entren dos brigadas en combate, y á guardar la otra de reserva, lo que da un aumento evidente á las fuerzas disponibles para el choque decisivo.

Pero estos censores no han reflexionado, que si compusiesen sesenta brigadas veinte divisiones de á tres brigadas, aunque con efecto valen mas estas veinte divisiones que si estuviesen distribuidas aquellas sesenta brigadas en treinta divisiones de á dos brigadas, seria menester, para conseguir esta organizacion de divisiones de la última perfeccion, aumentar una tercera parte á la infantería, ó bien reducir las divisiones de los cuerpos de ejército á dos, en lugar de las tres que hay en cada uno: lo que seria un mal mayor que aquel bien, á causa que siendo con mas frecuencia destinado á pelear solo el cuerpo de ejército que una division, es á él principalmente á quien conviene mejor el número tres. (1)

(1) Con presencia de la organizacion de los cuerpos de ejército resulta, que sesenta brigadas distribuidas en treinta divisiones de dos brigadas cada una, no determinarian á situar en primera línea mas de treinta brigadas; mientras que las mismas sesenta brigadas, repartidas en veinte divisiones de tres brigadas cada una, darán ocasion para establecer cuarenta brigadas en la primera línea y veinte en la segunda. Mas en este caso se deberia disminuir el número de divisiones, no dando mas de dos divisiones á cada cuerpo de ejército; lo que seria molesto, puesto que son mas frecuentemente destinados á maniobrar solos los cuerpos de ejército, que las divisiones.

Por consecuencia de lo que hemos expuesto, se persuadirán nuestros lectores de que los pasos que se han dado desde la renovacion del arte de la guerra y la invencion de la pólvora hasta la revolucion francesa, han sufrido considerables variaciones por la organizacion actual; y que para saber apreciar las guerras de Luis XIV, de Pedro el Grande y de Federico II, debemos precisamente trasportarnos con la mente al sistema adoptado en su tiempo.

Con todo eso, se puede emplear todavía una parte de los métodos antiguos, y si la colocacion de la caballería en las alas, por ejemplo, no es ya una regla fundamental, puede ser favorable para un ejército de cincuenta á sesenta mil hombres, sobre todo cuando corresponda el centro á un terreno menos propio á esta arma, que una ú otra de las extremidades. Segun lo mas averiguado, se debe venir en conocimiento de que su lugar mas conveniente es detrás de la línea, y que si se estableciese una parte de ella en las extremidades, es prudente que haya una reserva de esta arma dispuesta en dos columnas, la una en el parage en que se une el centro á la derecha, y la otra entre este centro y la izquierda: de esta suerte podrán las columnas llegar con facilidad á cualquier punto de la línea, que fuese amenazado.

La artillería, ya hoy mas movible, está poco mas ó menos distribuida por todo el frente de la línea, como antiguamente, porque cada division tiene la suya. Sin embargo, es conveniente notar, que hecha mas perfecta su organizacion, se la puede repartir mejor con arreglo á las necesidades: y no pudiendo entrar en este lugar en todos los pormenores de esta arma, nos limitaremos á decir.

1.º Que debe colocarse la artillería de á caballo en un terreno, del que pueda moverse hácia todas partes.

2.º Que la artillería de á pie, particularmente la de

posicion, estará mejor colocada al contrario, en los parages en que se encuentre defendida por zanjas ó vallados, que la resguarden de un ataque repentino de caballería. No diré que, para aprovechar su mayor efecto, se evite colocarla en eminencias que hagan sus tiros muy fijantes, sino especialmente en terrenos llanos ó de pendientes suaves; porque todo esto debe saberlo cualquier subteniente del arma.

3.º Si la artillería de á caballo tuviese su destino particular en la caballería, será con todo conveniente, que cada cuerpo de ejército tenga la suya, para tomar con rapidez un punto, del que sea absolutamente necesario apoderarse. Ademas de esto, es muy correspondiente, que la haya tambien en la reserva de artillería, con el fin de poder enviarla con mas prontitud al socorro de un punto amenazado. El General Beningsen tuvo ocasion de jactarse en Eylau, de haber reunido de reserva unas sesenta piezas de artillería ligera, porque contribuyeron poderosamente á poner en mejor estado lo que tocaba á su fortuna entre el centro y la izquierda, por donde acababa de penetrar el enemigo.

4.º Si se estuviese en la defensiva, convendrá colocar en el frente á una parte de las baterías de grueso calibre, en vez de conservarlas de reserva; porque se trata en dicho supuesto, de hacer mal al enemigo desde lo mas lejos que se pueda, para reprimir el impulso de su ataque, é introducir la confusion en sus columnas.

5.º y último: Los que manden la artillería de batalla nunca deben perder de vista, que está destinada principalmente á disparar contra las columnas enemigas, y no á corresponder á sus baterías; pero cuando sea numerosa, producirá no obstante un efecto excelente el destino de cierto número de piezas para hacer fuego á las baterías

enemigas, con el fin de perturbarlas y atraer su fuego; y se procederá como se debe, dirigiendo las dos terceras partes de la artillería contra la infantería y la caballería, y teniendo cuidado en establecer las baterías de modo, que enfilen á las líneas en su prolongacion, y á las columnas en todo su fondo. Es tambien importante dar á la puntería de las piezas, una direccion convergente; esto es, que vaya á parar la de todas al mismo punto. (Por este medio se acertó con el General Moreau, sin saberse contra quien se tiraba.)

ARTÍCULO II.

De la formacion y empleo de la infantería.

La infantería es sin contradiccion el arma mas importante, á causa que, componiendo las cuatro quintas partes de un ejército, es la que toma por fuerza las posiciones y las defiende. Pero, si conviene declarar, que despues de la capacidad del General, es la infantería el instrumento principal de ganar batallas, tambien se debe confesar, que encuentra un apoyo poderoso en la caballería y en la artillería, y que sin el socorro de estas armas se verá con frecuencia muy comprometida, y no podrá conseguir mas que triunfos á medio acabar.

No invocaremos ahora las disputas ya envejecidas acerca del orden delgado y del orden profundo (de mucho fondo), aunque esta cuestion, que se creia acabada, esté lejos de apurarse y ponerse en un punto de consideracion, que dé lugar á resolverla á lo menos por ejemplos y probabilidades.

La guerra de España y la batalla de Waterloo, han renovado las disputas relativas á la superioridad del fuego ú del orden delgado, sobre el impulso de las columnas de

ataque ó del orden de mucho fondo; y ya diremos mas adelante lo que pensamos sobre esto.

Entre tanto conviene no equivocarse; porque ya no se trata hoy de disputar si tenia razon Lloyd, en querer que tuviese la infantería su cuarta fila armada con picas, con el fin de ofrecer mas choque al ir al enemigo y mas resistencia al recibir su ataque; pues todo militar experimentado confiesa hoy que cuesta bastante trabajo el mover con orden los batallones desplegados en tres filas, casi tocándose, y que otra fila mas aumentaria aquella dificultad, sin dar la menor cosa á la consistencia. Causa admiracion el ver á Lloyd, que habia hecho la guerra, insistiendo tanto sobre esta fuerza material; porque muy rara vez se acercan acometiéndose las tropas, hasta el punto de poderse poner en prueba esta superioridad mecánica; y es indubitable, que si las tres primeras filas vuelven la espalda, no será la cuarta la que las detendrá.

(1) Este aumento de una fila disminuye el frente y los fuegos en la defensiva; en tanto que en la ofensiva, está lejos de ofrecer la movilidad é impulso que hacen la superioridad de las columnas de ataque. Tambien se puede afirmar, que disminuirá este impulso; porque es mas dificultoso que marchen ochocientos hombres en batalla, en cuatro filas unidas que en tres, aunque haya una cuarta parte menos en la extension del frente; porque la dificultad del encajonamiento de las dos filas de enmedio, compensa con amplitud esta leve diferencia.

Por lo que hace al medio propuesto por Lloyd, para disminuir el inconveniente del acortamiento del frente, es de tal suerte repugnante á la razon, que no se comprende bien cómo un hombre de talento, como él, lo haya podido imaginar. Quiere desplegar veinte batallones, dejando entre cada dos setenta y cinco toesas, esto es, un inter-

valo igual á su frente: se puede formar la idea de lo que seria de estos veinte batallones, desunidos y sueltos á semejante distancia, con veinte (diez y nueve) claros entre sí, por los que podria entrar en columnas de fuerza la caballería, y atacándoles por un flanco ponerlos en huida como el viento al polvo. Hemos dicho, que ya no se reduce la cuestion á discutir sobre el aumento del número de filas de una línea (llamada con propiedad línea de batalla), sino únicamente á resolver, si debe componerse dicha línea de batallones desplegados que solo obren por sus fuegos, ó bien de columnas de ataque, formándose cada una de un batallon plegado sobre las dos compañías del centro, y que no obrasen sino por su impulso é ímpetu.

De todos los escritores que han tratado esta materia, es sin disputa el coronel Okouneff, el que lo ha hecho con mas sagacidad y fortuna (Examen comprobado de las propiedades de las tres armas); le debe meditar todo oficial, por poca gana que tenga de conocer bien la guerra. (1) Quizá no ha sido bastante concluyente, ni ha impedido que todavía se tenga alguna perplejidad en la resolucion del problema. Igualmente que sus predecesores, tampoco se ha indagado con cuidado si las columnas francesas, rechazadas por el fuego de los Ingleses desplegados en batalla, eran ó no masas ya de demasiado fondo, en vez de ser sencillas columnas de un solo batallon cada una, como las de que hemos hecho mencion; lo que es diferente justamente en lo principal.

(1) El mayor prusiano Decker ha escrito en aleman una obra igualmente digna de elogios, con el titulo de *Táctica de las tres armas*.

Voy á reducir á pocas palabras los puntos de examen que ofrece la cuestion.

En realidad no hay mas de cinco modos de formar las tropas, para marchar al enemigo.

Diferentes formaciones para el combate

Fig. 1.



Fig. 2.

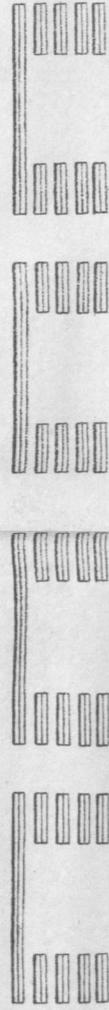


Fig. 3.

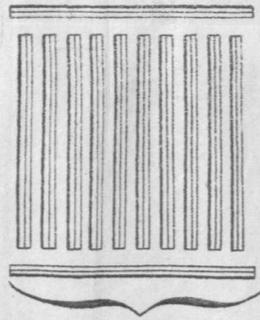


Fig. 4.

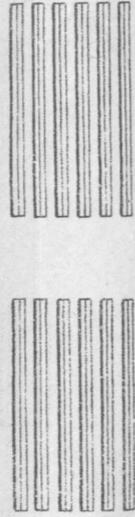


Fig. 5.

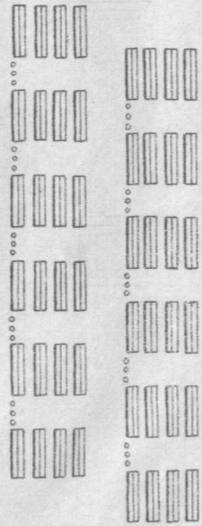


Fig. 6.

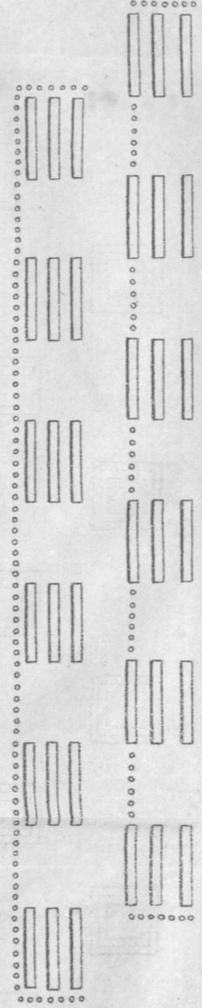


Fig. 7.

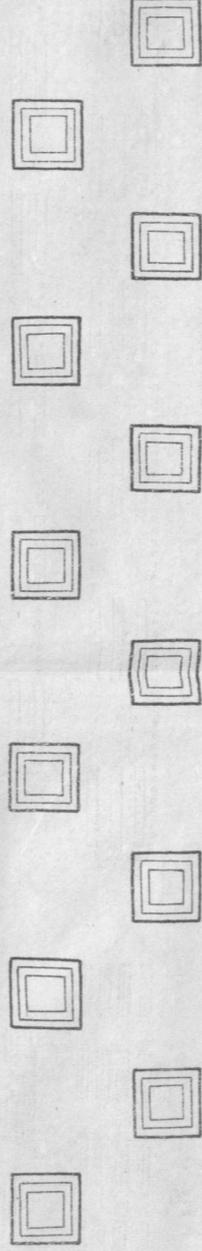


Fig. 8.

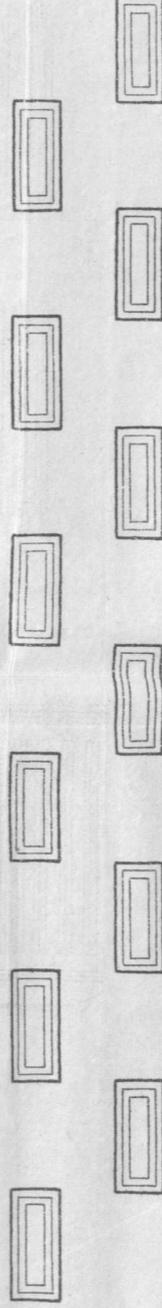


Fig. 9.

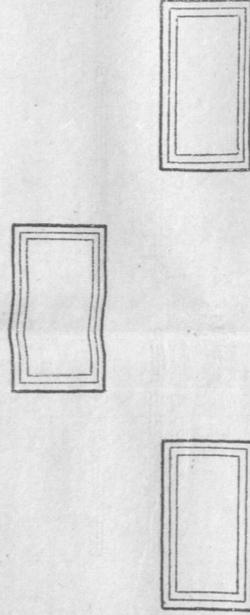
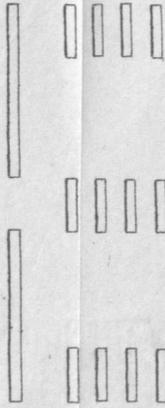


Fig. 10.



Nota Los cuadros pueden tambien formarse en otros tonos de cuadros 50. bre el centro, e' 30. bre an ala.

- 1.º En tiradores.
- 2.º En líneas desplegadas (ó de batalla).
- 3.º En líneas de batallones, plegados sobre el centro de cada batallon.
- 4.º En masas de mucho fondo.
- 5.º En cuadrados (y en cuadrilongos).

Los tiradores son una dependencia de lo principal, porque solo deben cubrir lo que con propiedad se llama línea, ayudados del terreno; y protegiendo al mismo tiempo la marcha de las columnas, han de llenar los intervalos, y defender todas las entradas de un puesto.

El orden desplegado (de batalla) en dos líneas, con una reserva, es el que mas se usa por lo comun; y conviene á la defensiva: pero estas líneas desplegadas pueden componerse de batallones contiguos y seguidos, ó bien hallarse en orden de escaques, ó en el de escalones.

Aquel orden por el que se halle cada batallon de una línea, formado en columna de ataque por divisiones sobre las dos compañías de en medio, será el mas reconcentrado; y viene á ser una línea de columnas pequeñas, como lo representa la figura 5.^a de la lámina 2.^a

En la actual disposicion de tres filas (b), teniendo cada batallon cuatro divisiones (1), presentará esta columna doce filas en todo su fondo, lo que causa quizá demasiada exclusion de combatientes y demasiado asidero á los fuegos de artillería. Pues para disminuir estas malas resultas, será menester que forme la infantería en dos filas, en toda ocasion que se la quiera emplear en columnas de ataque; y no colocando mas de tres divisiones de cada batallon, una detras de otra en la columna, extender la cuarta en tiradores en los intervalos de los batallones y en los flancos; sin que esto impida el rehacerla detras de las tres divisiones, si llegase á atacar la caballería. (Dicha lám. fig. 6.)

Tendrá cada batallon, por este medio, doscientos tiradores mas, fuera de los que dará el aumento de la tercera parte del frente, al embeber la tercera fila en la primera y segunda. De esta suerte, no habria en realidad mas que seis hombres de fondo, y se lograrian cien hileras de frente y cuatrocientos tiradores por cada columna de ataque de un batallon: modo que reúne la fuerza y movilidad requeridas. (2)

(b) Entre muchas y buenas novedades, adoptadas por el último reglamento de infantería francesa, que han mejorado mucho al que tenia, al contrario del reformado de caballería de la misma nacion, que es inferior en varias cosas de importancia al anterior, hay la de permitir la formacion de los batallones en dos filas ó en tres, segun lo aconseje la ocasion, su empleo, las circunstancias del terreno etc.

(1) La palabra division, aplicada á un cuerpo de cuatro ú cinco regimientos, lo mismo que para dar á conocer dos compañías al lado una de otra en un mismo batallon, causa en el lenguaje táctico una confusion que importa quitar; pero esto únicamente está reservado á la ordenanza del arma.

(2) En el ejército ruso salen los tiradores de la tercera fila de cada compañía ó division; y parece seria mas seguro y fácil, destinar para tiradores toda la cuarta division, por la mayor comodidad que habria al rehacerse y volverse á formar.

Un batallon de ochocientos hombres, formado segun el método que está en uso, en columna de cuatro divisiones, presentará unas sesenta hileras en cada division; y siendo la primera la que únicamente hará el fuego de dos filas, resultarán ciento y veinte disparos por cada batallon colocado en línea de dicho modo; mientras que por la forma propuesta, dará cada uno cuatrocientos tiros.

Al hacer ademas esta indagacion por entero de los medios de lograr mas fuegos en caso necesario, importa sin embargo traer á la memoria, que no se destina á disparar ninguna columna de ataque, sino que debe reservar este medio para el caso que no dé esperanza alguna; porque si empieza por hacer fuego al marchar al enemigo, se hace nulo su impulso, y se frustrará el ataque.

Aparte de esto, el orden de fondo adelgazado en dos filas, solo será favorable contra la infantería, á causa que la columna de cuatro secciones de tres filas, por formar una especie de cuadrado lleno, vale mas contra la caballería. Al Archiduque Carlos le salió perfectamente en Essling, y sobre todo en Wagram, la adopcion de este último orden, que habia yo propuesto en mi capítulo de Principios generales de la guerra, publicado en 1807: pues la valerosa caballería de Bessieres, no pudo hacer ningun mal á aquellas pequeñas masas, á pesar de componerse únicamente de recién llegados del Landwehr. (Guardia nacional en Alemania, compuesta de los habitantes de las ciudades, armados é instruidos para el caso). (b)

(b) Esta utilísima institucion de milicias alemanas, propuesta por el ministro conde de Stadion, en consecuencia de nuestra resistencia al yugo frances, y con aplauso de nuestras milicias provinciales, aunque con notables diferencias, se creó en 9 de Junio de 1807; y los resultados que produjo evidenciaron su acierto.

Verdad es, que para dar mas consistencia á la columna propuesta, se podria mandar volver á los tiradores, y que formasen de nuevo la cuarta seccion, pero siendo su formacion habitual la de dos filas; lo que presentaria mucha menos resistencia contra un ataque, particularmente sobre los flancos. Si para minorar este inconveniente, se quisiese formar el cuadrado, pensando muchos militares que se haga con dos filas, todavía presentaria menos consistencia que la columna. No obstante esto, los cuadrados ingleses eran en Waterloo de dos filas, y á pesar de los esfuerzos heróicos de la caballería francesa, no pudo esta romper mas que á un batallon.

Acabará pues diciendo, que esta formacion merecerá la preferencia siempre que se haya uno decidido á marchar al enemigo en columnas de ataque, valiéndose del medio de hacer que las sostenga la caballería; pero en el

caso contrario, será preferible la formacion de tres filas.

Prescindiendo de los dos órdenes ya expresados, hay otro mixto que emplearon los Rusos en Eylau: sus regimientos compuestos de tres batallones tenian uno desplegado en primera línea, y detras de este los otros dos formados en columnas sobre las compañías de las alas (quiere decir, con la derecha el uno y el otro con la izquierda de cabeza; véase la figura 2.^a de la lámina 2.^a). Conviene efectivamente este arreglo á la defensiva ofendiendo, porque las tropas desplegadas en primera línea pueden resistir por mucho tiempo con un fuego mortífero, cuyo efecto siempre hace algo menos firme al enemigo que se acerca; en cuyo caso desembocarán por los intervalos las tropas formadas en columnas, y se arrojarán sobre él con superioridad.

El orden en masas de mucho fondo es con certeza el menos conveniente (figura 4.^a dicha lámina); con todo de haber visto en las últimas guerras divisiones de doce batallones desplegados y cerrados los unos detras de los otros, y componiendo treinta y seis filas estrechadas y amontonadas. Semejantes masas, expuestas al estrago de la artillería, disminuyen la movilidad y el impulso, sin aumentar en nada la fuerza; y esta fue una de las causas de lo poco que lograron los Franceses en Waterloo. Si obtuvo mejor éxito la columna de Macdonald en Wagram, le pagó á mucho precio; y sin el buen suceso de los ataques de Davoust y de Oudinot dados á la izquierda del Archiduque, no es verosímil que hubiera salido victoriosa, de la situacion en que se halló por algunos instantes.

Cuando uno se resuelva á aventurar semejantes masas, es preciso á lo menos poner atencion, en establecer en cada flanco un batallon, que marchará con ellas por hileras, para que si llegase el enemigo á atacar con fuerzas los flan-

cos de alguna de estas masas, no obligue esto á que se detenga la columna; sino que, protegida por estos batallones que harán frente al enemigo, pueda la masa continuar á lo menos su marcha, hasta llegar al término que se la haya señalado; pues de otra suerte, esta masa sin accion, cañoneada por fuegos convergentes, á los que ni aun tiene que oponer un impulso proporcionado, será puesta en desorden como la columna de Fontenoy, ó rota como lo fue por Pablo Emilio la falange de los de Macedonia. (Fig. 3.^a de dicha lámina).

Los cuadrados tienen todas las calidades necesarias á su destino en las llanuras y contra un enemigo superior en caballería; y se formaban muy grandes en tiempos pasados, pero se ha llegado á conocer, que el cuadrado por regimiento es el mejor para la defensiva, y el cuadrado por batallon para la ofensiva: y se pueden formar, segun las circunstancias, en cuadrados ó en cuadrilongos, para obtener mayor frente y presentar mas fuegos del lado por donde se juzgue, que podrá llegar el enemigo. (Figuras 7.^a y 8.^a de dicha lámina 2.^a) (b)

(b) Como en esta formacion de cuadros y cuadrilongos, se supone al batallon, ó en columna de ataque ó extendido en batalla, parece oportuno presentar dicha formacion desde la columna simple.

Respetando demasiado el uso de los cuadrados, en la forma que le conserva nuestro reglamento de infantería, y temiendo sobre todo, que no obtendria la aceptación necesaria el dictámen de un oficial de caballería, para que tuviera su efecto la novedad de presentarlos sencillos; me declaré en la disposicion contra la caballería de la nota del tomo 1.^o, página 433, por el cuadro de fondo doble, sin hacer mérito de la siguiente reflexion.

Desde que la experiencia nos ha hecho patente, que no son las bayonetas, sino los fuegos, los que realmente impiden á la caballería, que rompa con su choque á la infantería, se debió sacar la consecuencia natural que se colige de aquel razonamiento: esto es, que era excusado formar los cuadros, en otro orden ó fondo que en el de fuegos.

Los Ingleses, mas que ningunos otros, han justificado á nuestra vista la verdad de esta consecuencia; y algunas naciones militares de Europa,

inclusa la francesa, han abolido ya los cuadros de fondo doble, formándolos sencillos ó en dicho orden de fuegos.

En cuyo concepto, para formar el cuadro con una columna de compañías con distancias enteras, se doblará el frente, resultando de ello formadas las llamadas divisiones; se estrecharán las distancias, sobre la division que se quiera, hasta llegar á la de la mitad del frente, ó de una compañía, en donde harán alto las divisiones restantes, y conversando luego á derecha é izquierda las compañías de las divisiones interiores, se tendrán los lados derecho é izquierdo del cuadro, que quedará cerrado por las otras dos divisiones de vanguardia y retaguardia.

La misma columna puede formar un cuadrilongo (perpendicular á la línea) estrechándose á la distancia de mitad, y conversando á derecha é izquierda las mitades de las compañías interiores etc.

Luego la distancia de la mitad del frente, es en toda columna de infantería la que la conserva mas prontamente preparada, para poderse defender de la caballería. Luego tambien la columna de ataque, que reune á esta última circunstancia, la de ser la mas propia disposicion para atacar á su semejante, y á una caballería inmóvil ó torpe, es la que mas confianza debe inspirar para moverse en los llanos, en todas direcciones, á la vista de una caballería temible por su número ó calidad.

Con un regimiento de tres batallones, se formará fácilmente el cuadrilongo, haciendo que conversen á derecha é izquierda los medios batallones del batallon de enmedio. (b)

(b) Esta preparacion quiere decir, que estos medios batallones serán los lados menores de derecha é izquierda del cuadrilongo, y que los batallones primero y tercero irán á cerrar el cuadrilongo, formando en él cada batallon el lado mayor de vanguardia ó retaguardia.

En las guerras de Turquía, se hacia un uso casi exclusivo de los cuadrados, porque se hostilizaba en las espaciosas llanuras de Besarabia, de Moldavia ó de la Valaquia, y porque tenian los Turcos una caballería innumerable; pero si sobreviniesen las operaciones en el Balkan ó mas allá, y si á su caballería feudal la sucediese un arma organizada á semejanza de las de Europa, se reducirá allí á menos la importancia de los cuadrados.

Como quiera que sea, el orden en cuadrados por regimiento ó por batallon, parece propio para toda especie de acometimiento, desde el punto que no sea uno superior en

caballería, y con tal que se manibre en un terreno llano, y favorable á las cargas de la enemiga.

El cuadrilongo, aplicado principalmente á un batallon de ocho compañías, de las cuales marcharán tres de frente y una sobre cada uno de los costados (b), valdrá mas para marchar al ataque que un batallon desplegado; y aunque es inferior á la columna propuesta mas arriba, sufrirá menos vaivenes y llevará mas impulso, que si marchase en batalla; y tendrá ademas la superioridad de ir en disposicion de resistir á la caballería.

(b) Quiere decir, que tres compañías de las de en medio, bien sean la tercera, cuarta y quinta, ó la cuarta, quinta y sexta, marchen al frente un frente de compañía y hagan alto, para formar el lado mayor de vanguardia del cuadrilongo; que las dos inmediatas á las tres que marcharon al frente, den un cuarto de conversion á derecha é izquierda, para formar los dos lados menores del cuadrilongo; y que las tres restantes, una en un ala y dos en la otra, vayan á cerrar el cuadrilongo, para formar el lado mayor de retaguardia. En todas estas formaciones prescindí el autor con razon, de que pase á ser primera fila la que era última, porque en los fuegos es favorable el que esten en primera fila los hombres de menos talla.

Habria mucha dificultad en sostener, que cada una de estas formaciones sea siempre buena ó siempre mala; pero se concederá por lo menos, que por principios indisputables, es propia de la ofensiva la disposicion que reuna movilidad, consistencia, é impulso; mientras que para la defensiva, conviene la consistencia reunida á los mas fuegos posibles.

Reconocido este principio, habrá que resolver, si la tropa la mas valiente en la ofensiva, formada en columnas y privada de los fuegos, resistiria mucho tiempo en contra de otra tropa desplegada, que tuviese veinte mil balazos, que dirigirla, y estuviese en la posibilidad de dispararla dos ó trescientos mil tiros en cinco minutos.

En las últimas guerras, hemos visto muchas veces á

columnas rusas, francesas y prusianas, tomar posiciones con el arma al brazo, y sin haber disparado un fusil; lo que es ciertamente el triunfo del impulso, y del efecto moral que este impulso produce; pero contra el fuego mortífero y la presencia de ánimo de la infantería inglesa, no han logrado el mismo triunfo las columnas francesas, en Talavera, Busacó, Fuentes de Hoñoro, y la Albuhera, y aun mucho menos en Waterloo.

No obstante eso, seria imprudente inferir que estas resultas deben inclinar la balanza de un modo decidido en favor del orden de batalla ó de fuegos; porque si los Franceses se han amontonado en todas estas acciones en masas de demasiado fondo, como lo he visto mas de una vez por mis propios ojos, no se debe uno sorprender, de que columnas desmedidamente largas y anchas, formadas por batallones desplegados y vacilantes, castigadas de frente y flanco con un fuego mortal, y acometidas por todas partes, hayan experimentado la suerte que hemos indicado. ¿Pero habria resultado lo mismo con columnas de ataque, formada cada una de un solo batallon, plegado sobre el centro segun lo previene el reglamento? es lo que yo no creo; y para poder juzgar resueltamente de la superioridad del orden extenso ú de fuegos sobre el orden de fondo ó de impulso ofensivo, seria preciso ver en repetidas veces, lo que sucederia á una línea desplegada que seria acometida con toda libertad por un enemigo formado de dicho modo (lámina 2.^a, figura 6.^a) Por lo que á mí toca puedo asegurar, que en cuantas acciones me he hallado, he visto salir bien á dichas columnas.

Fuera de esto ¿es tan fácil adoptar otro orden para marchar al ataque de una posicion? ¿Acaso es posible hacer que llegue á ella una línea de mucha extension en orden de batalla y haciendo fuego? Creo que cada cual se de-

clarará por la negativa: porque arrojarle con veinte y treinta batallones en batalla, haciendo fuego por hileras ó por compañías ó mitades, con el objeto de rodear una posicion bien defendida, es querer llegar á ella tan en desorden como llegaria un rebaño de carneros, ó mas bien es querer no llegar nunca á ella.

¿Y qué se deberá inferir de todo lo que hemos dicho?

1.º Que la columna de ataque por batallon es el mejor orden para tomar una posicion; pero que es menester disminuir cuanto se pueda su fondo, para darla mas fuegos cuando sea necesario, y para minorar el efecto del fuego enemigo; y que es útil ademas resguardarla con muchos tiradores, y apoyarla con caballería.

2.º Que el orden desplegado en primera línea, con la segunda línea en columnas, es el mas propio para la defensiva.

3.º Que uno y otro orden pueden triunfar, en proporcion del talento que tendrá el general, en emplear cuando convenga sus fuerzas disponibles, del modo que lo hemos anunciado al tratar de la iniciativa, en el artículo 2.º de la 1.ª seccion, y artículo 3.º de la 2.ª seccion (de la defensiva ofendiendo.) (b)

(b) Aunque se inclina uno á creer, que será perpetuo el desacuerdo entre los conocedores de la guerra, sobre el modo de disponer las tropas para el combate, por admitir muchas modificaciones este modo, y no ser susceptibles de reducirse á reglas fijas los pormenores de tanta modificacion, á causa que es el todo en este particular asi el terreno, como la parte moral de las tropas y la ocasion oportuna; se inferirá sin embargo fácilmente, de todo lo manifestado por Jomini, que las reglas generales de la táctica de combates, pueden reducirse á los siete casos siguientes.

1.º Para una batalla defensiva en posicion se obtendrá el orden mas perfecto, desplegando en batalla la primera línea, y formando la segunda en columnas de ataque por divisiones.

2.º Que para ir á acometer, se preferirá componer las dos líneas de batallones en columnas de ataque; esto es plegadas, como en la segunda línea del caso anterior, sobre las dos compañías del centro, y colocán-

dolas en frente de los intervalos de la primera línea; para exponer menos hombres al efecto de la artillería y facilitar el paso de las líneas, tanto en retirada como avanzando.

3.º Para que haya menos baraunda y mas movilidad en la marcha, como para dar mas frente á dichas columnas, se formará la infantería en dos filas; de lo que no resultarán en cada columna mas de cuatro secciones de fondo, ú ocho filas de soldados.

4.º Para utilizarse mas de la accion impulsiva se consignará siempre el mando de vanguardia á retaguardia; esto es de modo, que haya de cada brigada en la disposicion general tropas en la primera y en la segunda línea, con el fin de que tenga cada General medios de reserva á su disposicion, sin verse obligado á aguardarlos de otro.

5.º Que se puede emplear el sistema de batallones en cuadrados, en todo terreno llano, lo mismo en ofensiva que en la defensiva. Aunque haya de este modo algo menos de consistencia é impulso, que en el de batallones en columnas, ofrece utilidades contra la caballería y aun contra la fusilería; pues el cuadrilongo tiene el inconveniente de ser muy estrecho por los lados; pero es de mas movilidad, fuegos y frente que el cuadrado.

6.º Las columnas compuestas de varios batallones, colocados en ellas unos detras de otros con todo su frente, no se deben emplear sino en el caso de no haber terreno suficiente para extenderlos en la línea; y en el de tal precision, llevarán estas columnas en los flancos de cada una dos batallones, que marcharán por hileras, y ademas muchos tiradores para proteger sus movimientos.

7.º Todos estos distintos modos de un mismo sistema en la Táctica de detal, no mudan en nada los principios de la Táctica sublime en los diversos órdenes de batalla, que nos ha presentado el baron de Jomini.

Pondremos término á esta disertacion recordando, que uno de los puntos mas esenciales para conducir la infantería al combate, es resguardarla del fuego de la artillería enemiga todo lo que se pueda, pero no apartándola en mal tiempo, sino sabiendo utilizarse de las arrugas y otras desigualdades que ofrece siempre el terreno y que podrá haber delante de ella, con el fin de sacarla de la enfilada de las baterías enemigas. Pero cuando se haya llegado al alcance del fuego de fusilería, ya no hay que hacer cálculos sobre resguardos, sino que si se halla uno en proporcion de asaltar, es indispensable hacerlo; porque dichos auxilios no pueden convenir en este caso, mas que á los tiradores, y á las tropas que esten en la defensiva.

Importa muy frecuentemente defender los pueblos ó caserios que esten sobre el frente, ó tratar de tomarlos si es uno el acometedor; pero tampoco se les ha de dar una importancia que no venga al caso, olvidando la famosa batalla de Hochstedt; en la que, viendo Malboroug y Eugenio escondido el grueso de la infantería francesa dentro de las aldeas, rompieron el centro, y se apoderaron de veinte y cuatro batallones abandonados á la conservacion de estos puestos.

Por igual razon, será útil ocupar los sotillos ó matorrales, que puedan proporcionar algun abrigo al de los partidos que los ocupe primero; porque resguardando á las tropas, permiten encubrir los movimientos, y favorecen los de la caballería. La mucha parte que tuvo la quinta de Hougomout en el éxito de la batalla de Waterloo, es un ejemplo de mucha consideracion sobre la influencia que puede tener en el combate un puesto bien escogido.

Pero ya es extenderme demasiado en este capítulo accesorio; ha llegado la ocasion de decir algo sobre las otras armas.

ARTÍCULO III.

De la caballería.

La formacion de la caballería, poco mas ó menos dependiente de las mismas disputas que la de la infantería, se ha sometido igualmente á la misma incertidumbre, y el tratado ya demasiado alabado del conde de Bismarck no la ha hecho dar un paso (1); y como sucede casi lo mismo en su empleo, me tomaré la libertad de ofrecer mi opinion sobre esto, al juicio de los generales acostumbrados á mandarla.

(1) Mr. de Brismarck ha hecho alarde, en su táctica de caballería, de erudicion histórica por citas, las mas veces agenas de la materia de que

trata; y las pocas ideas nuevas que da á conocer, estan muy sujetas á nuevos altercados.

Despues ha publicado un cuaderno sobre la organizacion de la caballería por cuerpos de ejército, que tiene su mérito, pero propone en él colocar los coraceros delante de los lanceros; y ademas de esto hay quien asegura, que es una apropiacion de un reglamento prusiano. Sea lo que fuere, la colocacion de los lanceros me parece que es tomar las cosas al revés, porque si son principalmente temibles en el acosamiento, estan muy lejos de poder ser propios para atacar, y se debe retirar á la tercera línea; para que solo tomen en el combate una parte del todo secundaria.

El uso que debe hacer un general de la caballería, naturalmente pende en algo de su fuerza relativa con respecto á la del enemigo, ya sea en el número ó en la calidad. Sin embargo, cualquiera que sea la modificacion que traigan consigo estas variaciones, una caballería inferior en número, pero perfectamente dirigida, siempre podrá encontrar el lance de ejecutar cosas grandes; por ser en cierto modo instantánea y fugaz la ocasion oportuna del empleo de este arma.

Tambien ha variado mucho la proporcion numérica de la caballería con respecto á la infantería; pues depende de la disposicion natural de los pueblos, cuyos habitantes pueden ser mas ó menos aptos para hacerse buenos ginetes; y la abundancia, juntamente con la calidad de los caballos, ejercen tambien su influencia. (b) En las guerras de la revolucion ha servido á las mil maravillas la caballería francesa, aunque desorganizada y muy inferior á la de los Austriacos. He visto en 1796 en el ejército del Rin, lo que ostentosamente se llamaba reserva de caballería, que apenas formaba una brigada endeble de mil quinientos caballos; y diez años despues, he visto las mismas reservas llegar á quince ó veinte mil caballos; de tal modo habian variado las ideas y los medios de aquel tiempo.

(b) A causa de haberse reunido á combatir en la campaña de Rusia de 1812 caballos de todas las regiones y climas del dominio de Napoleon

por una parte, y por la otra, caballos de todas las provincias asiáticas y europeas del inmenso imperio de Rusia, fue fácil á los buenos observadores el conocer y asegurarnos, que no hay caballos europeos ni aun rusos de tanta resistencia á las fatigas, ni de igual sufrimiento á toda privacion, como los de las riberas del rio Dou; con los que concurrieron los Cosacos de este nombre.

Mas este nuevo descubrimiento hace necesaria otra indagacion.

Los caballos de Ucrania y del Dou, siempre errantes por los campos, y dirigidos por el mas poderoso y activo de su especie (Monarquía), en el territorio tan vasto como poblado de entre el Dou y el Nieper, en piaras de trescientos, cuatrocientos y aun quinientos caballos, constantemente á la inclemencia, y separando á su tiempo la nieve con las manos para comer la yerba que encubre, y á los que únicamente en los inviernos mas rigurosos se procura tenerlos á cubierto por algunos dias en las aldeas, que allí distan mucho unas de otras; nos los habian dado á conocer hasta aqui los viajeros y naturalistas, á estos mismos caballos y á los de la Crimea, como mas propios para comer su carne, de tan buen gusto dicen como la de ternera, que para montarlos, y mucho menos para la guerra. Pero siendo cierto uno y otro, como creo, debe atribuirse tan extraordinaria mudanza, á la expedicion del Czar Pedro I contra la ciudad de Azof, vecina al desagüe del Dou en el mar de este nombre; en cuya empresa nos dice la historia, que habiéndose soltado á pacer á los caballos del ejército, no se pudieron recobrar todos, y es probable, que los extraviados se extendieran por los llanos desiertos de dichas comarcas, y regeneraran la casta de los indígenas (por cuanto el macho solo es capaz de mantenerla pura, y aun de darla mayor perfeccion), hasta el grado de sobresalir entre todos los europeos y rusos en poder y sobriedad; pues nos afirman aquellos mismos, haberles servido en dicha campaña de buen alimento la corteza de los árboles, y de muy grato manjar las hojas.

Excelente ejemplar de convencimiento para que nuestros criadores aprovechen toda ocasion en cruzar sus castas, reuniéndose las demas circunstancias; sin dejar de ser útil su conocimiento, por si se quisiese traer algunos de ellos para simiente que reprodujese en los nuestros dichas dos calidades tan propias para caballos de guerra: estableciéndolos en nuestras comarcas del Norte, aunque sean frias, con tal que no sean húmedas; por estar comprobado, que la humedad es la que mas deteriora la especie caballar: á cuyos dos objetos se refiere el de esta nota.

Segun la opinion mas comun, se puede decir, que debe tener un ejército en campaña en tropas de caballería el sexto de su fuerza total; pero en los paises montuosos bastará el décimo.

Por mas importante que sea la caballería, no la será

posible defender una posición por sí sola, sin la asistencia de la infantería; y siendo su objeto principal acabar la victoria y hacerla completa, llevándose prisioneros y despojos, perseguirá al enemigo; y acudiendo unas veces con rapidez en socorro de un punto amenazado, y rompiendo otras la infantería ya conmovida, cubrirá por fin la retirada de la infantería y de la artillería. Hé aquí porque el ejército, que carezca de caballería, rara vez logrará grandes triunfos, y por lo que son tan dificultosas sus retiradas.

Es muy sabido, que en un acometimiento general de caballería contra una línea de infantería bien arreglada, no habrá posibilidad de lograrse sin estar apoyada por su infantería, á lo menos á cierta distancia; pues se ha visto en Waterloo todo lo que la costó á la caballería francesa el haber obrado contra este principio; y á la de Federico II, que tuvo por lo mismo igual suerte en Lunersdorff.

Con todo eso, puede haber casos en que se tenga que apelar, á que ataque sola la caballería; pero en lo general de un ataque de caballería contra una línea de infantería, que se halle ya luchando con la infantería contraria, es del que se pueden esperar mayores provechos, como nos lo han justificado las batallas de Marengo, de Eylau, de Borodino y otras diez.

Hay sin embargo una ocasión, que da á la caballería una superioridad declarada sobre la infantería, y es cuando llueve ó nieva con violencia y sacudiendo de cara, porque llenando de humedad las cazoletas no se puede inflamar ningun cebo: el cuerpo de Augereau en Eylau hizo de dichos efectos una dolorosa prueba, lo mismo que en Dresde la izquierda de los Austriacos. (Algo se podría decir de nuestra batalla de la Albuhera, acerca de no haberse utilizado Soult en el segundo ataque, como agresor, de los repetidos y violentos chubascos que hubo durante ella, pa-

ra el empleo, combinado con las otras armas, de toda su caballería superior á la nuestra.)

El momento y la disposición regular mas convenientes, para mandar que ataque la caballería, dependen de la ojeada rápida del gefe, del plan de la batalla, de lo que esté haciendo el enemigo, y de mil otras combinaciones muy largas para especificadas en este lugar; pero nos limitaremos á indicar ahora sus principales funciones.

Se hacen grandes ataques de caballería, para tomar por fuerza las baterías enemigas y franquear á las masas de infantería los medios de cercar la posición del adversario; pero es preciso que esta infantería esté muy en proporción de sostenerla sin demora; porque el efecto de una carga de esta naturaleza, no pasa de instantáneo, y debe uno aprovecharse con viveza de él, antes que lo haga el enemigo, obligando á retroceder á la caballería al verla desunida.

También se efectúan ataques semejantes, sobre una infantería que se ha logrado ya conmover por un fuego vivo de artillería, ó de cualquier otro modo. Es de las cargas mas notables, de que haya memoria en la historia, la ejecutada por la caballería prusiana en la batalla de Hohenfriedberg.

Igualmente se disponen ataques generales contra la caballería enemiga, para echarla del campo de batalla, y volver en seguida contra la infantería.

También se podrá lanzar la caballería con éxito feliz, para coger al sesgo la espalda de la línea enemiga, en el instante en que estaria efectuando la infantería un ataque formal por delante; si fuese rechazada la caballería, puede volver al galope á reunirse al ejército, y si tuviese buen éxito, ocasionará la ruina del ejército enemigo. Ciertamente es raro que se la dé este destino, sin embargo de no co-

nocerse el inconveniente que lo impida; porque á una caballería dirigida como se debe, no es posible cortarla en campo raso, aun cuando se hallára detras del enemigo.

En la defensiva puede la caballería conseguir de un mismo modo consecuencias sin límites, atacando oportunamente á la tropa enemiga, que habiéndose acercado á la línea, esté ya preparada á introducirse en ella, ó que ya la haya roto; y puede en este momento restablecer el curso de la batalla, y ser causa de la destruccion de un adversario, conmovido y desunido hasta por sus propios triunfos: un ataque excelente de la caballería rusa, justificó esto mismo en Eylau. Por último, la caballería particular de los cuerpos de ejército atacará con oportunidad, ya sea utilizándose de una maniobra del enemigo, contraria á las reglas, ó bien para finalizar su derrota en algun movimiento que haga hácia atras.

Por lo tocante á la disposicion del ataque, depende aquella del fin que uno se proponga y de las demas circunstancias, que tambien influyen sobre el momento elegido para darle. El tiroteo con pistola, casi no conviene mas que á los puestos avanzados, en un ataque hecho al modo de los forrageadores, ó cuando quiera la caballería ligera fatigar á la infantería y hacerla gastar sus fuegos, con el fin de proteger un ataque mas formal. En cuanto al fuego de carabina (ó tercerola), ciertamente no se sabe á qué se podrá aplicar con utilidad, puesto que exige que haga alto toda la tropa, para tirar á pie firme; lo que es exponerla á una derrota segura, si en aquel instante fuese acometida con resolucion. Entre tanto conviene abstenerse de creer, que la superioridad de la caballería en contra de otra caballería, dependa del ímpetu; puesto que el trote corto y el galope corto, son los únicos aires propios para atacar en línea (b), porque en esta circunstancia todo de-

pende de la union, de ir perpendicularmente, y de la alineacion. El ataque al modo de los forrageadores (que llamamos nosotros á la desbandada) ofrece combinaciones opuestas; pues en esta ocasion se ha de imitar á los Turcos ó á los Cosacos, por ser de quienes se puede tomar el mejor ejemplo.

(b) Muy de acuerdo con el autor, en que el trote y el galope cortos son los aires mas propios para conservar fácilmente en la caballería la union, la rectitud perpendicular de cada individuo, y su total alineacion, tan necesarias en todo ataque de esta arma, que sin ellas no es posible lograr en el choque su mayor efecto; siento pues un pesar, al disentir en algo de su opinion: pero en bien del arma en que he servido, debo prescindir de todo el respeto que le profeso, y manifestar la mia.

Que dichos aires sean oportunamente usados, para atacar con una línea de varios escuadrones á una infantería ya conmovida y vacilante, ó para acometer á otra caballería inexperta, que se deje atacar sin moverse, fiada en sus fuegos ó enredada por su ignorancia en maniobrar, conyengo enteramente con el autor, en que bastarán dichos aires para vencer sin mas esfuerzos, y reservándose ademas los que todavía puede hacer en caso necesario; pero que una caballería, que sale al encuentro de otra que la ataque, se deba contentar con el galope corto, máxime si la otra toma ó ha tomado el galope largo, ó la carrera, es sobre lo que no puedo entrar en reflexiones, sin tocar al instante en una contradiccion casi absoluta con los principios fundamentales, que sirven para constituir la principal calidad del arma.

El efecto del choque en la caballería es igual al producto de la velocidad de los caballos multiplicada por la gravedad ó peso de los mismos caballos; luego si se disminuye cualquiera de estos dos factores, ha de resultar inevitablemente menor el producto de ellos que es el choque; y como en el encuentro de dos graves, de igual peso con corta diferencia y movidos para chocarse, aterrará al otro el que lleve mas velocidad; luego etc.

Verdad es que en la práctica he visto despreciar generalmente la importancia de dichos dos factores; pues aunque se da alguna atencion á la igualdad posible de alzada de todos los caballos en cada escuadron, se les ha cargado y aun se les carga con desproporcion á su poder y objeto, en perjuicio de la velocidad; y no se ha hecho mérito alguno de la igualdad posible de velocidad en todos los caballos de cada escuadron.

Sucede pues por esta omision, que hay una gran diferencia de velocidad en cada aire entre los caballos de punta en agilidad y los menos corredores de un mismo escuadron; y que si se quiere conservar en él dichas tres circunstancias requeridas, particularmente la alineacion, hay que

acomodar el todo del escuadron al aire á que puedan seguir los menos ligeros de él; y es esto en mi concepto, lo que ha querido darnos á entender con su nueva idea el baron de Jomini.

○ Dedúcese pues de lo dicho, que no solo hay que atender á la igualdad posible de alzada y volúmen entre todos los caballos de cada escuadron, sino tambien á la igualdad posible de su velocidad en los aires, para que no haya mucho que rebajar de la de los mas corredores, para igualarse en las cargas á los que no corran tanto, y resulte roto por esto, en el reencuentro con otra caballería, el cuerpo que corra menos.

○ Mas ya que esta ocasion me ha dado motivo, para hablar acerca de los aires propios al ataque de la caballería, diré algo con respecto á la disposicion que observamos para dicho acto de atacar; acto momentáneo y único en su principal importancia, para brillar una buena caballería, y manifestar en el modo de desempeñarle, que no es en valde tanto como cuesta al Estado su conservacion.

El reglamento frances y el nuestro á su imitacion conservan para este acto de cargar, una fila exterior á vanguardia, adoptada mas bien por rutina que por razones de utilidad suficientemente demostrada, que debieron preceder á su admision; y para hacer ver la repugnancia que causó al adoptarla, bastará observar, que se previno por sus creadores ó conformistas, que se embebieran sus individuos en la primera fila en el momento de ir á dar el choque; mas viendo la comision del reglamento frances, últimamente retocado, los inconvenientes de este último remedio, acaso peor que el mal, sin detenerse en examinar si este mal, que se pretendia remediar, estaba en la disposicion y no en el paliativo que se la aplicaba, han resuelto, que no se embeban dichos individuos: así prescriben los abusos en las cosas humanas, cuando se deliberan sin exámen.

Esta fila exterior de vanguardia se opone á las doctrinas mismas del reglamento; y en el acto de la carga es contraria á las leyes del choque de los graves. Todo lo que se enseña y repite al soldado en su marcha al frente, se reduce á habituarle, á que marche por sí solo en su línea peculiar y perpendicular á su frente primitivo, lo que se dice marchar recto al frente, y á que en toda su marcha no se adelante ni atrase á su inmediato por el lado del guia, lo que se entiende con la palabra alineado; y todo esto se le encarga mas particularmente en los simulacros ó ensayos de la carga. ¿Y para qué esta rectitud, alineacion y holgura tan recomendadas? para que todas las partes ó unidades simples, que componen el cuerpo puesto en movimiento, choquen en el otro á un mismo tiempo sin roces ni vaivenes, que es el modo único de emplear todo su impulso, y de conseguir su mayor efecto; á lo que en términos del arte llamamos simultaneidad ó unidad de accion.

Pues contra la intencion de dichas reglas, y á pesar del trabajo de inculcarlas, se ha establecido dicha fila exterior, que desde luego hace sucesivo el choque, separa de la atencion y cuidados del orden en la tropa á todos sus individuos, y da motivo á que sirvan de estorbo ó hagan

nulos á otros tantos caballos en el escuadron. ¡Cuánto mas conforme á las reglas habria sido el que, á imitacion de nuestro ínclito Arellano, se hubieran armado con lanzas los cinco individuos de dicha fila exterior, y colocádoles á unos doce pasos del centro del escuadron, pero no diseminados por su frente como van, sino unidos y alineados en una fila! De este modo podrian á lo menos desquitarse, haciendo costosa su aventurada posicion, y aun cooperar al ataque abriendo brecha, ó entrada al escuadron, en la línea ó tropa enemiga.

Si en la infantería, cuyas unidades simples por su regular conformacion, hacen mas fáciles los progresos y mas patentes los errores, se apareciese un reglamentista que pretendiera colocar igual fila exterior delante de la columna de ataque, ó que saliesen en los fuegos de cada batallon su comandante y los comandantes de mitades á hacer individualmente el suyo fuera del batallon, ¿habria uno siquiera que aprobase tan equivocada y perjudicial disposicion? ¡Y es posible, que una cosa tan parecida en nuestra arma, haya adquirido, no solo tolerancia, sino tambien apologistas!

Concluiré pues tan prolija nota diciendo, que la mejor caballería de los tiempos modernos, y á la que ninguna la ha aventajado (y para enmendar es necesario primero sobresalir), ha sido la del Gran Federico, puesta en tal grado de perfeccion por su General Seidlitz; quien por desgracia no escribió nada de caballería; mas segun lo asegura su digno émulo el General Warneri, y nos lo confirman otros de aquel tiempo, no hubo delante de sus escuadrones la fila exterior que aqui se impugna, que tampoco vimos en la caballería inglesa, modelada como toda la alemana por aquella.

Asi el armamento como la organizacion de la caballería, han sido el objeto de muchas disputas, que será fácil someter á algunos principios.

La lanza es la mejor arma ofensiva para toda tropa de soldados de á caballo, que ataquen en línea, porque llega al enemigo y le imposibilita de arrimarse; pero puede ser provechoso que haya una segunda fila ó una reserva, armada con sables, mas fáciles de manejar que la lanza, cuando llega á haber refriega y á perderse la union en las filas. (b)

(b) La lanza, de uso inmemorial en todos tiempos y naciones bárbaras y cultas, que no ha desmerecido á caballo en las guerras modernas, por ser su rival la espada ó el sable, y no la pólvora; fue llamada por el Mariscal de Sajonia la reina de las armas: ciertamente es terrible, por su estrago como arma punzante, y porque lo primero que hay que vencer en

las batallas son los ojos; por lo tanto es superiormente propia para atacar en línea: de lo que se infiere, que no es necesaria ni aun conveniente en la segunda fila, cuyos hombres en muchos casos, por no herir con ella á los de primera, que tambien irán rezelosos, descuidan las demas atenciones.

En la nota del tomo 1.º, página 98, solo se trata de clasificar los lanceros como caballería de línea, y media entre la caballería ligera y la de mas corpulencia en hombres y caballos; ahora se hablará acerca de la longitud, peso y estorbos en el modo de llevar la lanza.

El objeto de su longitud es para que sobresalga unos tres pies á la cara del caballo; y uniéndosele bien el hombre, y echando adelante el cuerpo en el ataque, y tomada la lanza por mas atras de su mitad, ¿no bastará para conseguirlo la longitud de siete á nueve pies inclusa la cuchilla? Debe economizarse su peso empezando por la cuchilla y demas hierros, tanto por lo que se da á entender en dicha nota, página 100, como para su mas fácil manejo. La forma y cortes de la cuchilla en este regimiento de la Guardia Real son para que la lanza se quede introducida en el cuerpo, que en lo violento hiera rectamente, ó que se rompa á la separacion de los contendientes; lo que hará costar una lanza por rendido. Su peso y el tremolar de la banderola, influyen en su longitud para los combates individuales; y como el fin de la guerra no es única y exclusivamente acabar de remate con el ejército enemigo, sino que se consigne igualmente y aun mas breve la victoria, desordenándole é inutilizando todo lo que resista en él, se sigue, que tambien se puede aligerar sin inconvenientes esta cuchilla haciéndola menos penetrante, con su retenida en corte hácia adentro, por si en algo se agarrase.

Mas por lo pronto se advierte, que no es la derecha del lancero el lado de mas ofensa y defensa, como se dice en el número 504, página 260 de nuestro reglamento, sino que al contrario, es el mas fuerte su lado opuesto, por el apoyo que encuentra la lanza en el brazo izquierdo, sirviéndola en algun modo de ristre.

Tambien es de indicar, que lo que se dice de un modo general y breve en la citada nota, página 101 de dicho tomo, acerca del uso de la tercerola, conviene principalmente á los cuerpos ó escuadrones de lanceros el que tengan sus flanqueadores sin lanza y con tercerola, que les resguarden en todos sus movimientos.

Por último, cuanto mas larga es la lanza, mas circunferencia individual necesita, y mas se ensancha el frente de los escuadrones en la carga; y quizá por esto se propuso en Rusia, que fuera la lanza para los cocareros de siete pies de larga y muy ligera, que deberian llevar apoyada sobre el muslo, y usarla en muchos casos al modo que la espada.

La coraza es el arma defensiva en grado superior: asi que la lanza y una coraza de cuero fuerte y doblado, ó de

búfalo, me parece que forman el mejor armamento para la caballería ligera; y el sable y la coraza de hierro para la de línea. Algunos militares, instruidos por la experiencia, propenden también á armar á los coraceros con lanzas, persuadidos de que una caballería así armada, bastante parecida á los armados de pies á cabeza de la antigüedad, derribará á todo lo que encuentre por delante. En suma parece cierto, que les convendrá mejor la lanza que el pequeño mosquete, y no descubro yo lo que pueda impedir, el que se les den iguales á las de la caballería ligera.

Tocante á la tropa anfibia que llamamos dragones, permanecerán las opiniones perpetuamente divididas; pues siendo cosa cierta la utilidad de algunos batallones de infantería, que marchando á caballo puedan ganar la delantera al enemigo, y llegar antes que él á un desfiladero ú otro punto de importancia, para defenderle en una retirada, ó bien para reconocer menudamente un bosque; querer hacer caballería con soldados de infantería, ó que un soldado sea igualmente propio á las dos armas, parece un empeño muy difícil: la suerte que han tenido á pie los dragones franceses, parecería haberlo justificado suficientemente si por otra parte, no viésemos á la caballería turca pelear con igual logro á pie que á caballo. Algunos sostienen, que el mayor inconveniente de los dragones provenia de tener que decirles por la mañana, que á ningun cuadrado le seria posible resistir á sus ataques, y que arengarles por la tarde para persuadirles, que un soldado á pie armado con su fusil, debia echar por tierra á cuantos se les acercasen á caballo; este argumento es mas especioso que sincero, porque en vez de arengarles con disertaciones de tanta contradiccion, seria mas natural persuadirles de que, si excelentes ginetes pueden penetrar en un cuadrado, también los infantes de igual excelencia podrán re-

chazar todo ataque; y repetirles, que la victoria no pende siempre de la superioridad del arma, sino especialmente de mil circunstancias; que el valor de las tropas, la serenidad de los gefes, una maniobra hecha á propósito, el efecto de la artillería y del fuego de fusilería, la lluvia, y hasta el lodo, han contribuido para sufrir descalabros, ó para lograr triunfos; y que, hablando en general, el guapo á pie ó á caballo debe vencer al medroso. Grabando estas máximas en el ánimo de los dragones, podrán llegar á creerse superiores á sus adversarios, ya sea empleándoles á pie, ó bien atacando á caballo. De esta suerte proceden los Turcos y los Circasianos, cuya caballería echa con frecuencia pie á tierra, para pelear en los bosques ó detras de un resguardo, con el fusil en la mano. Con todo eso, no me es posible ocultar, que se necesitan gefes tan excelentes como buenos soldados, para que llegue la educacion de una tropa á este grado de perfeccion.

Como quiera que sea, agregado un regimiento de dragones á cada cuerpo de ejército, asi de infantería como de caballería, del mismo modo que á la vanguardia ó á la retaguardia, podrá ser muy útil; en tanto que, por la formacion de divisiones enteras de dragones, se les reduce á la imposibilidad de ser empleados como infantería, en el corto número de ocasiones imprevistas, en que esto podría hacerse necesario. Por lo tanto, valdria mas en tal caso convertirlos en lanceros. (b)

(b) Enteramente conforme con el autor, en las utilidades de estos cuerpos de infantería, montados únicamente en tiempo de guerra, para trasportarse con rapidez de un parage á otro, se sacaria en nosotros gran provecho de los muchos rocines y ganado mular burreno que tenemos, y puede llenar perfectamente su instituto. Para lo que, los batallones de infantería ligera de mil plazas, que se destinasen á él, deberian ejercitarse, en ganado alquilado ó requerido con las debidas seguridades, en cierta época de cada año, en su ejercicio indispensable de á caballo; reducido solamente al cuidado del rocin ó mulo, á montar y demontar con regula-

ridad y ligereza; á formar en batalla por entero ó por partes; á marchar en columna de camino y en todos frentes; á saber pasar toda clase de desfiladero por aumentos y disminuciones de frente; y á formar el piquete para encadenar el ganado y constituirse en batallon; siendo sus arreos simples aparejos de lomillo á lo arriero ó albardas, lo mismo que la cabezada, ronzal y perrillo; con sencillísimos estribos y su carcax: como que el soldado de infantería, ha de ir á caballo en la misma forma que se presenta y marcha en el batallon, sin mas alivio ni diferencia, que colocar cada uno su fusil en el carcax.

Todo lo que se dijo con motivo de la formacion de la infantería, se puede aplicar á la caballería, fuera de las modificaciones siguientes.

1.º Las líneas desplegadas en escaques son mucho mas convenientes á la caballería que las líneas de escuadrones contiguos, supuestos sus intervalos de ordenanza; mientras que en la infantería, el orden desplegado en escaques es demasiado dividido en trozos y peligroso, si llegase á penetrar la caballería enemiga y á atacar á los batallones por un flanco; por esto no es bueno en ella el orden en escaques sino para líneas de columnas de ataque, que puedan defenderse á sí mismas por todos lados contra dicha caballería. Bien sea que se forme la caballería en escaques, ó que se prefieran las líneas de escuadrones contiguos, la distancia entre líneas ha de ser de cerca de cuatrocientos á quinientos pasos, á causa de la rapidez con que se le hace á uno volver si se desgracia la carga. Unicamente hay que advertir, que en los escaques puede ser menor la distancia que en las líneas de escuadrones contiguos; pero en ningun caso podrá ser llena ó de escuadrones contiguos la segunda línea; sino que se deben dejar en ella intervalos del frente de dos escuadrones, y plegarse estos en columnas sobre el flanco de cada regimiento, para que sea fácil escurrirse por ellos á las tropas rechazadas.

2.º En la disposicion de columnas de ataque sobre el centro, debe formarlas la caballería por regimientos, asi

como la infantería únicamente por batallones. Para acomodarse segun se debe á este orden, se necesitan en tal caso regimientos de seis escuadrones, para que plegándose sobre el centro por divisiones (b) resulte el regimiento formado en tres líneas; pues si solo constase de cuatro escuadrones, no formaria mas de dos líneas.

(b) Parece que habla aqui el baron de Jomini en el supuesto de componerse cada escuadron de una sola compañía, como se ha resuelto en el último reglamento de la caballería francesa, y no de dos compañías como nuestros escuadrones; pero no siendo indiferente aquella novedad, explicaré el inconveniente.

No es posible confundir las unidades de fuerza y maniobra con las unidades de administracion. Son las primeras para obrar y moverse los escuadrones en la caballería, como en la infantería los batallones; y el tamaño de estas unidades en toda su extension, le sujetan la movilidad y simultaneidad de accion; efectos mecánicos de la enseñanza, convertida en hábito para ser completa; asi es que hallamos por la práctica el máximo de estas unidades, segun el grado de instruccion en que se hayan puesto, desde sesenta á ochenta hileras en la caballería: contando siquiera diez desmontados por compañía resultan cuando menos ciento cuarenta hombres y ciento veinte caballos, que hacen un total de doscientos sesenta individuos, que exigen atenciones de administracion de muchos mas pormenores, variedad de objetos, efectos y localidades, que en formacion y movimiento; en cuya situacion todos aquellos cuidados se reducen á una simple ojeada desde un punto que los abraza ó enfile á todos, en cualquier frente que vayan. Si no bastase lo dicho, para convencerse de que no se deben confundir unas unidades con otras, que reflexione todo el que haya sido subalterno algun tiempo y haya hecho el servicio con arreglo á ordenanza, y veremos si hay uno que diga, que pueden administrarse bien, en toda la extension de la palabra, compañías de tanta fuerza. Si se intentase disminuir la del escuadron, hasta la posibilidad de administracion de la compañía, se infringen otras reglas, y se recae en inconvenientes mas graves.

3.º La columna de ataque de la caballería, nunca debe cerrarse como la de infantería, sino formarse á distancia del frente de un escuadron, con el fin de tener espacio suficiente para desencajonar y atacar. Por lo demas, limitándose esta distancia para las tropas que se disparen al combate, no obsta el que cuando esten en quietud detras de la línea, se las pueda estrechar para ocupar menos ter-

reno, y disminuir los espacios que tendrán que andar para entrar en combate; con el bien entendido sin embargo, de que estas masas (b) esten resguardadas, ó fuera del alcance de la artillería enemiga.

(b) El autor con sus sábios preceptos, hijos de la meditacion y de la experiencia, me ahorra hablar sobre los inconvenientes de la columna cerrada de la caballería; pero creo no será intempestivo dar una idea de la actual de los Franceses por su último reglamento.

Entre las novedades de esta ordenanza, son notables las de hacer muy poco uso de los cuatros, y haber abandonado los catetos prefiriendo la hipotenusa; para suplir á aquellos, son en la columna cerrada las distancias interiores de doce pasos, y se hacen en consecuencia los pliegues y despliegues por mitades, en lugar de por el medio que llamamos marcha de flanco; y se dan tantas aplicaciones á esta columna que llega á ser medio de maniobra, hasta el punto de formar en un cambio de frente toda la segunda línea en columna cerrada. Desgraciada columna al alcance de una batería, ó si fuese atacada durante sus tres movimientos de cerrarse en masa, marchar y desplegar; á pesar de haberse ensanchado sus distancias hasta doce pasos, y con todo de ser la segunda línea; pues es este el modo que mas aseguraria en seguida la destruccion de la primera línea.

4.º Siendo mas de temer en la caballería el ataque dirigido contra un flanco que en un combate de infantería en contra de otra infantería, es necesario establecer en las extremidades de una línea de caballería, algunos escuadrones dispuestos en escalones por compañías, para que se puedan formar por un cuarto de conversion á derecha ó izquierda, en contra del enemigo que se acerque á inquietar aquel flanco.

Tambien es importante advertir, que en la caballería principalmente, conviene que el mandó del gefe se extienda por el fondo mas bien que por el frente. Por ejemplo, en una division de dos brigadas que desplegaria en la línea, no seria propio á su objeto, el que cada brigada formase una sola línea, detras una de otra, sino con preferencia el que tenga cada brigada un regimiento en primera línea y otro en segunda: de esta suerte, cada unidad (de grado superior) de la línea, tendrá su reserva propia

detras de ella; utilidad que será imposible no conocer, porque como los sucesos pasan tan pronto en los ataques de este arma, le es imposible á un general ser dueño de dos regimientos, que hayan desplegado en una misma línea.

Verdad es que; adoptando este modo, tendrá cada General de brigada la facultad de disponer de su reserva, y que será excelente no obstante tener otra para toda la division: lo que ha hecho imaginar, que el número de cinco regimientos por division, conviene perfectamente á la caballería; porque si se quiere atacar al enemigo en línea por brigadas de dos regimientos, servirá el quinto de reserva general detras del centro.

Si se prefiriese, al contrario, tomar un orden mixto, no desplegando mas que dos regimientos y reteniendo el sobrante en columnas, se adquiere tambien en este caso una disposicion conveniente; puesto que tres regimientos, formados por divisiones detras de la línea, resguardan los flancos y el centro, dejando por entero los intervalos para el paso de la primera línea, si fuese vencida. (Fig. 10 de dicha lámina.)

Dos principios importantes estan por lo general recibidos por ciertos, en los combates de caballería contra caballería; siendo el uno, que toda primera línea tarde ó temprano ha de verse obligada á retroceder, porque aun en la suposicion de que haya bastado por sí sola, para hacer de los mas felices su ataque, es verísimil, que oponiéndola el enemigo otros escuadrones de los que no hayan obrado, la obligará á acudir á rehacerse.

El otro es, que en igualdad de mérito en tropas y gefes, quedará la victoria por el que tenga en reserva los últimos escuadrones, y sepa lanzarlos á propósito sobre los flancos de la línea enemiga, ya en lucha con la suya.

Sobre estas dos máximas, se podrá uno formar la idea

exacta del sistema de formacion mas conveniente, para llevar al combate á un cuerpo considerable de caballería.

Cualquiera que sea la disposicion que se adopte, es de necesidad abstenerse de desplegar cuerpos grandes de caballería en líneas enteras, como es de costumbre; porque asi son masas dificiles de manejar, y si se hace retirar á la primera, se llevará trás sí á la segunda sin haber podido sacar el sable. Entre mas de mil pruebas que nos han dado las últimas guerras, citaremos el ataque realizado por Nansouty en columnas por regimientos, sobre la caballería prusiana desplegada en batalla por escuadrones contiguos, mas adelante de Chateau-Thierry.

En la primera edicion de aquel tratado, me declaré contra la formacion de la caballería en mas de dos líneas; pero jamas consentí en la exclusion de varias líneas en escaques ó en escalones, ni de reservas formadas en columnas; solo quise hablar de la caballería desplegada en batalla, para atacar con líneas enteras, de las que amontonadas inútilmente unas detras de otras, serán llevadas las últimas trás de la primera, desde el punto que esta llegue á volver la espalda.

Por lo demas, en la caballería; todavía mas que en la infantería, tiene mucha parte el poder moral; la ojeada perspicaz y la serenidad del gefe, y la pericia y valentia del soldado, ya sea en la refriega ó bien para volverse á formar, harán obtener mas á menudo la victoria que esta ó la otra formacion. No obstante eso, cuando se puedan reunir ambas utilidades, tambien puede uno estar mas cierto de vencer; y nada hay que haga legitima la adopcion de una disposicion, cuyos vicios esten de manifiesto.

La historia de las últimas guerras (desde 1812 hasta 1815) ha renovado igualmente las disputas de tiempos pasados, para resolver si peleando la caballería en línea,

podrá al cabo vencer á una caballería no reglada que, evitando todo empeño formal, sabe huir con la velocidad del Partho, y volver al combate con igual viveza, limitándose á hostigar al enemigo con asaltos individuales. Lloyd se decidió por la negativa, y un gran número de hazañas, conseguidas por los Cosacos en contra de la sobresaliente caballería francesa; parece que corroboran su dictámen (1); pero conviene no engañarse creyendo, que se puedan realizar los mismos hechos, con caballería ligera puesta en toda regla y buen orden, que se lanzase al modo de forrajeadores contra escuadrones muy juntos. El mucho hábito en moverse desordenados, es causa de que sepan las tropas irregulares dirigir todos sus esfuerzos individuales hácia un fin comun; pero los húsares mas bien adiestrados, nunca llegarán á acercarse al instinto natural, con que obra el Cosaco, el Tscherkés ó el Turco.

(1) Cuando llamo sobresaliente á la caballería francesa, me refiero á su valentía impetuosa, y no á su perfeccion; porque no se acerca á la caballería rusa ó alemana, ni en equitacion, ni en organizacion, ni en el cuidado de sus caballos.

Una caballería finalmente, organizada conforme á las reglas del arte y provista de armas de longitud, será muy propia para las batallas; y para la guerrilla una caballería que obre sin reglas, armada con excelentes pistolas, lanzas y sables: con calidades semejantes se hallará siempre la mejor organizacion, que se pueda dar á este ramo importante del servicio de campaña.

ARTÍCULO IV.

De la artillería, y de su empleo en la combinacion de las tres armas.

La artillería es á un mismo tiempo arma ofensiva y defensiva, y formidable en ambos casos.

Como medio ofensivo, destruirá á una línea enemiga una gran batería empleada segun se debe, la hará menos firme, y facilitará á las tropas que la ataquen el modo de romperla.

Como arma defensiva, se debe reconocer, que duplica la fuerza de una posicion, no solo por el mal que hace al enemigo desde lejos, y por el efecto moral que produce á una larga distancia, en las tropas que van marchando al ataque, sino tambien por la defensa local que hará en la posicion misma, y á tiro de metralla; y no es menos importante, para el ataque y defensa de las plazas y campos atrincherados; porque es el alma de la fortificacion moderna. Hemos dicho ya algunas palabras acerca de su distribucion en la línea de batalla; pero nos vemos con mas dificultades, al explicar el modo con que se debe hacer que obre en los combates. En llegando á este caso, se multiplican de tal suerte las contingencias, á causa de las circunstancias particulares de la pelea, del terreno, y de los movimientos del enemigo, que no se puede formar juicio de que tenga la artillería una accion independiente de la de las demas armas.

Hemos visto no obstante á Napoleon, en Wagram, hacer situar una batería de cien piezas, en el espacio vacío que ocasionó en su centro la salida del cuerpo de Massena, y reprimir de esta suerte á todo el esfuerzo del centro de los Austriacos; pero se hallarán muchas dificultades, al querer instituir como principio á un empleo semejante de artillería.

Nos limitaremos pues á ofrecer ahora algunos datos, que sirvan de base acerca de este arma.

1.º En la ofensiva, se debe reunir un cierto número de piezas de artillería, en el punto en que se prepare la direccion de los grandes ataques; empleándola desde luego

en inmutar con su fuego á la línea enemiga, para favorecer el acometimiento de la infantería y de la caballería.

2.º Se necesitan además algunas piezas de artillería de á caballo, para seguir el movimiento ofensivo de las columnas, prescindiendo de las baterías ligeras de á pie, que tienen igual destino. Con todo eso, no conviene en un movimiento ofensivo hacer salir de la línea á mucha artillería de á pie; que quizá se podrá colocar de modo, que consiga el mismo objeto sin seguir á las columnas.

3.º Ya hemos dicho que la mitad por lo menos de la artillería de á caballo, debe estar reunida en reserva, para hacerla ir con velocidad adonde quiera que lo exija la necesidad. Para que así sea, se la debe colocar en el terreno más despejado, y en él que se pueda mover por todos lados: habiendo también explicado el sitio mejor, que se ha de destinar á la artillería de posición.

4.º Aunque repartidas las baterías de un modo general por toda la línea defensiva, se debe saber dirigir su atención sobre aquel punto, que ofrezca al enemigo más utilidades ó facilidad para introducirse; luego es preciso, que conozca el comandante general de la artillería, así el punto estratégico y táctico del campo de batalla, como el terreno en sí mismo; y que todo el repartimiento de las reservas de artillería, esté calculado por este doble conocimiento.

5.º Todo el mundo sabe, que colocada la artillería en lo llano, ó bien en medio de cuevas inclinadas suavemente en forma de esplanada, logrará un efecto por toda la línea del tiro rasante ó por rebote, que será el más mortal: tampoco hay quien ignore, que el fuego reconcentrado ú convergente, es el que más superiormente la conviene.

6.º Es pues indispensable repetir en este parage, que el comandante de la artillería de batalla jamás debería ol-

vidar, que su principal destino es acañonear á las tropas enemigas, y no corresponder á sus baterías. Sin embargo, como está en la naturaleza de su objeto, no dejar entera libertad á la accion de la artillería enemiga, será provechoso oponerla otra batería para atraer su fuego; á lo que se puede destinar el tercio de las piezas disponibles; pero los otros dos tercios á lo menos se deben dirigir contra la caballería é infantería.

7.º Si el enemigo avanzase en líneas desplegadas, deben tratar las baterías de cruzar sus fuegos, para obrar en ellas de sesgo; y las que se puedan colocar sobre los flancos, para batir á las líneas en su prolongacion, harán un efecto decisivo.

8.º Pero si avanzase el enemigo en columnas, se las puede acañonear de frente, es decir en la direccion de su fondo. Con todo eso, no es menos provechoso batirlas oblicuamente, y sobre todo por un costado, ó de sesgo por la espalda, pues el efecto moral que produce en las tropas, la artillería que las ofendé por la espalda, es incalculable; y es raro que no se aturdan ó inmuten los soldados mas valerosos: el excelente movimiento de Ney en Preititz (batalla de Bautzen) se hizo nulo desde el principio por algunas piezas colocadas por Kleist, que cogieron por un costado á sus columnas, y las detuvieron, y resolvieron por último al Mariscal á mudar de direccion. Algunas piezas de artillería ligera, lanzadas á todo riesgo sobre los flancos, para conseguir un resultado semejante, nunca se aventurarán sin provecho.

9.º Se ha llegado á conocer, que deben estar las baterías constantemente sostenidas por infantería ó caballería, y que es provechoso proteger perfectamente sus flancos.

No obstante eso, ocurren muchos lances, en los que conviene separarse de aquella regla; y el ejemplo de Wa-

gram de que hemos hablado, es uno de los casos mas notables.

10. Es de mucha consecuencia que en los ataques de caballería, no se abandone al espanto la artillería, y que dispare con bala rasa y despues á metralla, todo el tiempo que la sea posible; en cuyo caso, la infantería encargada de proteger la batería, debe estar formada en cuadrado á la inmediacion con el fin de dar asilo á los caballos y despues á los artilleros; el cuadrilongo, proporcionándole á la extension del frente de la batería, parece la formacion que mas particularmente conviene para llenar su destino, cuando la infantería se haya colocado detras de las piezas; pero si se hubiese situado á un lado de ellas, será preferible el cuadrado.

11. En los ataques de infantería contra artillería, es todavía de mas rigorosa observancia que en el caso anterior, la máxima de hacer fuego durante el mayor espacio de tiempo que se pueda, sin empezarle con todo eso desde muy lejos. Siempre hallarán modo los artilleros de guarecerse de la infantería enemiga, si se les sostiene como corresponde; y es esta una de las ocasiones de mandar atacar á un tiempo á las tres armas, porque si ha logrado la artillería conmover á la infantería enemiga, acabará su destruccion un acometimiento combinado, en tal supuesto, de infantería y caballería.

12. Las proporciones de la artillería, han variado notablemente el número de piezas durante las últimas guerras. Napoleon se fue á conquistar la Italia con cuarenta á cincuenta piezas, y todo le salió bien; al paso que en 1812, fue á invadir la Rusia con mil doscientas piezas, enganchadas á sus tiros correspondientes, y se malogró completamente su empresa. Parece probar esto bastantemente, lo dudoso que es poder fijar alguna regla absoluta sobre estas

proporciones; pero está recibido por lo general como principio, el que son suficientes tres piezas por cada mil combatientes; y en Turquía, como en los países de sierras, son ya demasiadas.

De un mismo modo varían las proporciones de la artillería gruesa, llamada de reserva, con las de la artillería de menor calibre ó mas ligera; y es un error de importancia, llevar mucha artillería gruesa; porque en las batallas, hará la pieza de á seis, con corta diferencia, el mismo efecto que la de á doce; y la hay no obstante muy grande, en movilidad y embarazos accesorios, entre estos dos calibres.

Del empleo combinado de las tres armas.

Para acabar del todo esta descripción, falta que hablar del empleo combinado de las tres armas: pero ¿qué de diferencias minuciosas no ofrecería esta materia, si se aspirase á entrar en todos los pormenores, que exige la aplicación de las reglas generales indicadas para cada una de las armas en particular?

Muchos escritores, y principalmente los Alemanes, han querido encontrar el fondo de este abismo, y no han llegado á conseguir consecuencias admisibles, sin multiplicar á nunca acabar los ejemplos, tomados de los pequeños combates hechos por partes en las últimas guerras. Con efecto, hacen las veces de reglas estos ejemplos, cuando demuestra la experiencia, que no es posible darlas invariables: pues decir que el comandante de un cuerpo, que se componga de las tres armas, debe emplearlas de modo, que se protejan y ayuden mutuamente, parecerá una bobería, y es como quiera el único dogma, que pueda servir de base y que sea posible establecer; porque querer pres-

cribir á dicho gefe el modo de que deberá valerse, para salir bien en toda ocasion, seria internarse con poca prudencia en un laberinto enmarañado: por lo menos se cree, que los límites y designio de esta narracion abreviada, no dan tiempo para ventilar cuestiones semejantes.

Colocar las tres armas con arreglo al terreno, y á correspondencia del objeto que se haya uno propuesto, y del que se pueda suponer al enemigo; y combinar su accion simultánea, sirviendo para ello de modelo las calidades propias en cada una de ellas; hé aqui todo lo que puede enseñar el arte; y en el estudio de las guerras ocurridas, y principalmente en la práctica, es en donde podrá un oficial superior adquirir estas nociones, asi como la mirada perspicaz, que inspira su oportuna aplicacion. Pienso pues haber acabado la tarea que me habia impuesto, y voy á continuar sucesivamente la relacion de las guerras memorables, en las que hallarán á cada paso mis lectores buena ocasion de persuadirse, que la historia militar, acompañada de una crítica conforme á las decisiones adoptadas, es la verdadera escuela de la guerra.

SUPLEMENTO.

Despues de haber hecho una descripcion sucinta de las combinaciones de mas importancia que hay en la guerra, pienso que debo someter al juicio de mis lectores, los reparos críticos que anuncié en la página (84), y cuyo principal objeto será acabar lo que he escrito acerca de las líneas de operaciones. Se me permitirá en seguida, que junte á ellas una noticia de las expediciones marítimas mas célebres, para que sirvan de apoyo á las máximas ofrecidas sobre desembarcos en la página 103.

ARTÍCULO PRIMERO.

Observaciones sobre las líneas de operaciones, y acerca de los escritores, que han opinado contra el capítulo 14 del

Tratado de las grandes operaciones militares.

Este capítulo, escrito en 1804, obtuvo una aprobacion general; pero desde entonces, se ha disputado sobre las utilidades de las líneas que tiran á un centro, alegando el ejemplo de los desastres sufridos por Napoleon en el Elba en 1813. Los antagonistas de este sistema no han advertido, que esta misma experiencia prueba en favor de los principios presentados en el curso de aquella obra; puesto que he dado la preferencia á los ataques dirigidos sobre una extremidad de la línea, cuando hubiese en ella una desigualdad muy grande de fuerzas, y cuando estando el enemigo en proporcion de oponer por todas partes tal superioridad, que haga perder toda esperanza, no presente en ninguna de ellas algun parage endeble.

Ademas de eso, si la línea central de Napoleon en Dresde, empezó á serle desgraciada, es preciso atribuirlo á los accidentes funestos de Culm, del Katzbach y de Dennevitz; en suma, á faltas de ejecucion, del todo extrañas á lo esencial del sistema. (b)

(b) En confirmacion de lo que dice Jomini, copiaré las instrucciones dadas en 23 de Agosto por Napoleon para Macdonald.

«En el estado moral de nuestras tropas nada hay mejor que marchar al enemigo, al punto que intente tomar la ofensiva; en cuyo supuesto, irán sin duda los aliados hácia varios puntos: Macdonald deberá al contrario, reunir sus tropas en un solo punto, con el fin de desembocar con fuerzas sobre ellos, y tomar de repente la iniciativa. Se le instruirá tambien de mi proyecto de salir por el desfiladero de Zittau para ir á Praga, en caso que el enemigo no amenaze todavía formalmente el campo atrincherado de Dresde; ó del de desembocar por este campo, si se presentase hácia él el enemigo con el grueso de sus fuerzas. Se le encargó, en el supuesto de ser atacado por un enemigo superior, que se retirase detras del Queisse, que se hiciese firme en Goerlitz, y se mantuviese constantemente en comunicacion con el ejército principal, para poderse reunir con Napoleon, en caso necesario; y que si fuese estrechado mientras se hallase Bonaparte en medio de una operacion en Praga, se retirase á mal andar hasta el campo atrincherado de Dresde, visto que seria la primer atencion del Emperador volverse á poner en comunicacion con él.»

Sin andar en rodeos, lo que mas falta hizo á Napoleon en esta campaña fue tener dos tenientes, que entendiesen con perfeccion la guerra en grande; y si en alguna ocasion tuvo motivo de comprobar, que era defectuoso el sistema de su Estado mayor, fue durante estas operaciones siempre memorables.

Aunque nunca tenia derecho á esperar de sus tenientes todo lo que podia hacer él mismo, porque dueño de su buena opinion como Gran Capitán, y árbitro de la fortuna de todos como Soberano, llevaba en su mano los dos principales móviles que dominan al hombre, y desde que aparecia en un parage, tambien brillaban luego la confianza, el entusiasmo, la ambicion y el temor, que reuniéndose á su alrededor estas pasiones, se grababan en el alma de sus subordinados y les hacian obrar prodigios; es lo cierto, que si los que mandaron los ejércitos secundarios, hubiesen comprendido bien lo mas importante de la guerra, sin duda habria tomado otro sesgo esta campaña; porque el modo de obrar estratégicamente de Oudinot y Ney fue igualmente contrario á sus reglas.

El método que yo propongo consiste en obrar ofensivamente, sobre el punto mas importante, con la mayor parte

de las fuerzas; permaneciendo en la defensiva en los puntos secundarios, en fuertes posiciones ó detras de un rio caudaloso; hasta que descargado el golpe decisivo, se halle uno en el caso de dirigir sus esfuerzos contra alguno de los otros puntos amenazados. Desde que se expongan los ejércitos de segundo orden á algun descalabro de trascendencia, durante la ausencia del grueso principal del ejército, se entendió mal el sistema; que fue precisamente lo que sucedió en 1813.

Realmente, si Napoleon vencedor en Dresde, hubiera ido en seguimiento del ejército de los Soberanos á Bohemia, lejos de haber sufrido el desastre de Culm, se habria presentado terrible delante de Praga, y quizá habria disuelto la confederacion. Cometi6 la falta de no perturbar con actividad su retirada; y añadió á esta falta otra no menos grave, que fue la de provocar batallas decisivas en los puntos, en que no se hallaba su persona con el grueso de sus fuerzas. Verdad es que en el Katzbach, no se conformaron con sus instrucciones, que ordenaban se aguardase á Blucher, y se le acometiese de repente al mismo tiempo que diese ocasion á ello, por haber hecho movimientos peligrosos; en tanto que Macdonald, al contrario, salió corriendo al encuentro de los aliados, y pasó atrevida y felizmente por cuerpos solitarios, algunos torrentes, que los aguaceros hacian de un instante á otro mas impenetrables. (b)

(b) En este sistema de líneas de operaciones, que vayan á parar á un centro comun, para obrar en contra de varios puntos de un arco ó de un semicírculo, digámoslo así, se hace preciso ó conveniente mas comunmente que en ningun otro, el saber reconcentrar á tiempo las tropas, sacrificando de este modo accesorios, para dar mas sobre seguro el golpe decisivo en el punto de primera importancia; pero el tino en la oportunidad de esta maniobra, fácil y conveniente en una guerra ordinaria, es una de las mayores habilidades de un General; por podersele convertir en azarosa, en una guerra nacional: como la nuestra por ejemplo.



Pero suponiendo que hubiera hecho Macdonald lo que se le habia mandado, y que no se hubiese contentado Napoleon con su victoria de Dresde, se verá uno obligado á convenir, que á su plan de operaciones, fundado en las líneas centrales, le habria recompensado el mas señalado triunfo; y bastará ojear sus campañas de Italia en 1796, y la de Francia de 1814, para juzgar lo que supo hacer con la aplicacion de este sistema.

A estas diferentes reflexiones, se debe añadir otra circunstancia, no menos importante, para demostrar, que seria injusto formar juicio de las líneas centrales, en consecuencia de la suerte que tuvo en Sajonia la de Napoleon; porque esta línea se hallaba rebasada por su derecha, y aun en la posibilidad de ser ofendida por la espalda, á causa de la configuracion geográfica de las fronteras de Bohemia; caso que se ofrecerá rara vez. Luego una línea central, que tenga semejantes defectos, no podrá compararse con la que no los tenga.

Cuando aplicó Napoleon este sistema en Italia, Polonia, Prusia y Francia, no estaba expuesto de aquella suerte á los ataques de un ejército enemigo, establecido sobre su flanco y espalda; pues aunque pudo amenazarle el Austria desde un punto distante en 1807, se hallaba en estado de paz con él y desarmada.

Para formar juicio de un sistema de operaciones, es necesario dar por sentado, que hay igualdad de probabilidades recíprocas (b); lo que no sucedió en 1813, ni por las posiciones geográficas, ni por el estado de las fuerzas respectivas.

(b) En nada hubo esta igualdad, que se debe suponer, ni en la calidad de las tropas por no estar tan aguerridas como las de los aliados, y le faltó principalmente caballería; porque todo plan fundado en el empleo alternativo de una masa superior contra el punto decisivo, exige que los ejércitos secundarios que permanezcan en la defensiva, esten organizados



de modo, que se retiren ordenados en caso necesario, para evitar que los rompa el enemigo, y esto no se consigue sin una caballería buena y competente. ¿Qué no habria hecho Napoleon, entre el Elba y el Katzbach, si hubiera tenido tropas tan endurecidas y andadoras como las de los aliados, y ochenta mil caballos como ellos?

Y en fin, añadiré la última consideracion: cuando forman quinientos mil hombres dos líneas exteriores, contra trescientos sesenta mil, como los coligados en 1813, obran con precision dentro del principio que he citado en el capítulo 18 con motivo de la batalla de Hohenkirch: no se podrá pues oponerlas varias líneas centrales con buen éxito, á menos que se estuviese en igualdad de fuerzas con respecto al total; pero en este caso empezaria á ser un obstáculo sin ejemplo, que podria obligar á la retirada, la insuperable dificultad de alimentar á cuatrocientos mil hombres en un espacio tan reducido. Luego el sistema de las líneas centrales con cien mil hombres, por ejemplo, contra tres cuerpos de treinta y tres mil cada uno, es mas favorable que con cuatrocientos mil hombres contra otros tres grandes ejércitos de ciento treinta mil combatientes; por ser sumamente árduo poner en accion en un dia de batalla, mas fuerzas de las de cada uno de estos últimos (b); con las que se puede emprender todo, cuando hay la certeza de ser prontamente ayudado por otras dos masas de igual fuerza.

(b) Porque quanto mayores son las masas que hay que mover, tanto mas sometida se ve la accion del entendimiento al capricho de los accidentes, y tanto mayor es la oposicion que producen los acontecimientos accesorios.

A pesar de estas observaciones, subsisto en el convencimiento de que habria conseguido Bonaparte en 1813, quanto deseaba, si habiéndole ayudado mejor sus tenientes, hubiera llevado él mas masas al punto en que se hallaba su presencia, lo que es una condicion principal para obtener un suceso feliz en este sistema. Le hemos visto con gusto

en Champaña en 1814, batallar con setenta mil hombres contra doscientos mil, entre el Aisne y el Sena, y ganar con mucha frecuencia la victoria; gracias á la facilidad que ofrece para el triunfo toda línea central; y si hubiese tenido cincuenta mil hombres mas, probablemente habria obligado á los aliados á abandonar la Francia. Por mas que se diga, las operaciones de 1813 no tienen poder, para destruir los ejemplos tan patentes de las de 1796 en Italia, de 1809, en Ratisbona, y de 1814 en el Sena y el Marne.

Ya que he tomado á mi cargo defender principios que parecen indisputables, me valdré de esta ocasion para responder á algunas objeciones todavía menos fundadas, que escritores distinguidos, aunque apasionados é injustos á veces, han fabricado contra el capítulo citado poco há.

Son las principales del capitán bávaro Xilander, que en su curso de Estrategia, se ha desentendido á menudo de los principios que me han servido de base. Este escritor, por otra parte de mucho mérito, ha confesado en un folleto y un periódico recién publicados, que habia sido injusto y usado de un modo amargo en la decision sobre mi obra; y tambien declara, que no habia aguardado á la publicacion de mi réplica para reconocer su sinrazon; sin embargo de haberse repetido lo mismo en la segunda edicion.

Esta declaracion, llena de una ingenuidad que le honra, me exime de volver á tocar lo que se dijo con este motivo; pero como su importante obra correrá en dicho Estado, debo con todo eso, por lo interesante que es al arte, sostener lo que he dicho con respecto á echarme en cara el haber levantado con trabajo la andamiada de un sistema reconcentrado, para venir últimamente á parar en otro sistema contrario. Vuelvo á decirlo, no existe esta contradiccion, que me atribuye Xilander tan sin motivo, y que seria por lo menos una inconsecuencia. Yo no he presen-

tado exclusivamente, ni un sistema reconcentrado, ni un sistema excéntrico; pues toda mi obra se dirige á probar la perpetua influencia de las reglas, y á demostrar, que hay operaciones, que por la habilidad con que se han ejecutado y el venturoso logro que han tenido, deben ser las creadoras de la aplicacion de estos principios fundamentales. Puesto que, así las operaciones excéntricas, como las reconcentradas, pueden ser muy buenas ó muy malas, por depender enteramente de la situacion de las fuerzas respectivas; las excéntricas por ejemplo, serán buenas, cuando se apliquen á una masa, que poniéndose en movimiento desde un punto conocido de reunion, siga obrando en una direccion divergente, para dividir y acabar de destruir por separado á dos fracciones enemigas, que se hallarian formando dos líneas exteriores: de un modo semejante fue como maniobró Federico, que ocasionó al fin de la campaña de 1757, las admirables batallas de Rosbac y Leuthen; y lo mismo han sido casi todas las operaciones de Bonaparte, cuya maniobra favorita consistia en reunir por jornadas perfectamente calculadas, masas que impusiesen respeto hácia el centro, para dividir las despues excéntricamente en persecucion del enemigo, cuyo frente de operaciones habia ya roto ú doblado: maniobra esta, que tenia por objeto concluir de dicho modo la dispersion de los vencidos.

En cambio, son excelentes las operaciones reconcentradas en dos suposiciones.

1.^a Cuando vayan á parar á reconcentrar un ejército dividido, hácia un punto al que se esté cierto en llegar antes que el enemigo.

2.^a Cuando se dirijan dichas operaciones, á hacer obrar hácia un fin comun, á dos ejércitos que no puedan temer, el que se les ponga delante y les rinda á cada uno de por

sí, ningún enemigo mas reunido y en menor espacio que ellos.

Pero que se siente la cuestion trastornada, y se tendrá entonces una consecuencia enteramente contraria; en cuyo caso quedará uno cierto de cuan inmutables son las reglas, y quanto nos debemos abstener de confundirlas con los sistemas.

En verdad, estas mismas operaciones reconcentradas, tan favorables en las dos suposiciones de que ya se ha hecho mencion, se pueden convertir en las mas dañosas, siempre que se apliquen á una situacion distinta de las fuerzas respectivas.

Por ejemplo, si saliesen dos masas de un sitio distante, para ir marchando en convergencia hácia el enemigo, cuyas fuerzas estuvieran en líneas interiores y mas aproximadas que aquellas masas, se seguiria de ello, que dicha marcha seria causa de que se verificara la reunion de las fuerzas enemigas antes que la de aquellas masas, que resultarian expuestas por lo mismo á una derrota inevitable, como les sucedió á Moreau y á Jourdan en presencia del Archiduque Carlos en 1796; pues aun saliendo de un solo punto dichas masas, ó de dos que estuviesen mucho menos distantes que Dusseldorp lo está de Strasburgo, pueden correr igual riesgo.

¿Cuál fue la suerte que tuvieron las columnas concéntricas de Wurmser y de Quasdanovitch, que habian de reunirse en un punto, por haber querido que fuesen al Mincio por las dos orillas del lago de Garda? Por ventura, ¿se ha olvidado ya el fin desdichado que resultó de la marcha de Napoleon y de Grouchi á Bruselas? Habiendo salido ambos de Sombref, quisieron marchar reconcentrándose hácia dicha ciudad, el uno por los cuatro brazos y el otro por Wavres; pero Blucher y Wellington, sin haber

perdido ninguno de ellos la línea interior, se reunieron por esta antes que aquellos, y el espantoso desastre de Waterloo ha atestiguado al mundo, que no se quebrantan sin castigo los principios inmutables de la guerra. Prueban semejantes acontecimientos, mejor que todos los argumentos de los hombres, que ningún sistema de operaciones es bueno, sino cuando manifiesta en todas sus series la aplicación de las reglas.

No tengo derecho para presumirme inventor de estos principios, puesto que han existido en todos tiempos; porque César, Escipion y el Cónsul Neron (1) los han aplicado tambien como Malboroug y Eugenio, por no decir mejor. Pero sí creo haber sido el primero en hacerlos evidentes, con todas las probabilidades de su aplicación, en una obra en la que traen los preceptos su origen de las mismas pruebas, y en la que se halla constantemente la aplicación al alcance del entendimiento de todo militar que la lea. Estoy sin embargo de acuerdo con Xilander, en que habria sido mejor la forma escolástica, para los que enseñen como él; pero dudo mucho, que hubiera salido asi tan clara y tan eficazmente demostrativa para los oficiales jóvenes, como la que he preferido.

(1) En las hazañas más excelentes en su género de las guerras modernas, no hay nada que pueda sobrepujar al movimiento estratégico, digno de admiracion de aquel Cónsul, que dió el golpe mortal al poder de Annibal en Italia.

Además de esto, no es la obra de Xilander la única que me haya hecho ver la ingratitude de los militares alemanes, en pago del servicio que he hecho á la ciencia; muchos de ellos, trás de haber aclamado el capítulo de mis principios como un pensamiento maravilloso, han tratado despues de hacerle despreciable, desde el punto que la competencia de profesion nos colocó cara á cara.

A imitacion de esto, no debia prometerme hallar mas

justicia por parte de los Franceses; y una indirecta bien extravagante de Mr. C.... N. me ha excitado ya á una réplica adecuada; pero me eximiré de repetirla, ya que me ha hecho justicia toda la Europa militar en esta miserable competencia; y porque de otra parte, no se trata allí de sostener de ningun modo dificultades escolásticas, sino mas bien de aplicaciones de historia contrarias á la verdad.

No ha sucedido lo mismo con un artículo, que ha salido al público en el Diario de las ciencias militares del general V..., para disputar acerca de la definicion que he dado de las líneas territoriales de operacion. Se aflige el ánimo al impugnar á un escritor inteligente á tiempo, que llevado de resentimientos personales, opone en contra de la verdad la mas patente, paradojas que no se pueden sostener; como el que sea inevitable, para defenderse uno en sus asertos, ó imputarle malicia, ó dudar de la precision de su discernimiento.

El General V.... finge admirarse, de que dé yo á una comarca el nombre de línea territorial de operaciones, visto que un pais es una superficie, y asi en ningun caso habrá posibilidad de que una superficie sea una línea (1). Es un modo raro de burlarse de los términos del arte, adaptar á la línea de operaciones de un ejército, el valor riguroso de una línea geométrica.

(1) Al dudar Mr. V.... de mis conocimientos matemáticos, ¿ha creído por ventura, y con sinceridad, que debe uno ser un Laplace, para saber que una superficie y una línea son dos cosas muy distintas, y que un triángulo no es un cuadrado?

Es muy ridículo ver á un general de este mérito, hacer comparacion del terreno que anda un ejército de un cabo á otro, con una línea matemática; puesto que muchas veces un ejército en su marcha por un teatro de operaciones, va ocupando un espacio de sesenta á ochenta leguas; pero nadie dejará de convenir, en que un frente semejan-

té, prolongado por ejemplo desde el Rin hasta Viena, no forme una superficie y muy grande; y no habrá quien niegue sin embargo, que es realmente esta superficie la línea de operaciones de un ejército, que vaya obrando entre el Danubio y el Tirol.

Si se concede que la Suavia, la Baviera y el valle del Danubio, componen una línea de operaciones para un ejército solo, ¿por qué no podrán designarse la Italia superior y el Tirol líneas de operaciones generales, para una Potencia que quisiera hacer que obrasen allí tres ejércitos á un tiempo con un designio comun, al modo que lo practicaron Luis XIV y el Elector de Baviera en 1703, y como el Directorio en 1799? He explicado, en el artículo 1.º de la Estrategia; de que manera se podia considerar un pais alternativamente como teatro de operaciones; ó tan solo como una línea que debe andar de una á otra parte el ejército, para llegar á un fin combinado.

Por mas que yo sienta el detenerme mucho tiempo en manifestar objeciones tan infundadas, y á cuya frivolidad sabrán mis lectores darla todo su valor, no me es posible callar acerca de otra falta, muy grave bajo otro respecto del mismo Mr. V.... Llevado por la fuerza del ansia de encontrar algunos defectos en la definicion que creí debia formar, no para crear, como se supone, una nueva ciencia; sino para hacer la enseñanza mas clara y cierta, piensa mi Aristarco ú censor severo, que las verdaderas líneas de operacion de un ejército, son los grandes rios y los caminos reales. Por esta vez solamente diré que se ve uno inclinado á creer, que ha intentado chulearse dando tal definicion, porque jamas se pudo imaginar una mas caprichosa.

A nadie le ocurrirá idear, que sean el Danubio y el Rin líneas de operaciones, por las que pueda obrar un ejér-

cito; porque estos rios podrán ser cuando mas líneas de acopios de provisiones, que llegarán por ellos mas fácilmente que por tierra; pero no las líneas en cuestion, para hacer que maniobre por ellas un ejército; á no repetirse el milagro de Moises, que hizo viajar á un ejército por enmedio de las aguas. Quizá dirá mi Aristarco, que ha querido hablar de los valles y no de los rios; pero en tal caso le responderé que advierta, que un valle y un rio son sin embargo cosas muy distintas, y que tambien un valle forma una superficie, y no una línea.

De esta suerte, en el sentido fisico, lo mismo que en el sentido táctico, su definicion es por dos motivos defectuosa; mas aun suponiéndola tolerable, todavía seria menester que un rio, para que pudiera servir á un ejército de línea de operaciones, corriese desde el principio de su uso hasta el fin, en la misma direccion en que deberia marchar el ejército; y estamos viendo que casi siempre sucede lo contrario.

Los mas de los rios caudalosos, son mas bien antemurales defensivos ó frentes de operaciones, que nunca se pueden considerar como líneas de operaciones. El Rin es un obstáculo para la Francia como para el Alemania; al modo que el Danubio para la Turquía ó la Rusia; y como lo es el Ebro para España; lo mismo que el Ródano contra el ejército, que llegase de Italia para acometer á la Francia; y el Elba, el Oder y el Vistula, son igualmente antemurales contra los ejércitos, que marchasen del Oeste al Norte, ó del Norte al Oeste.

Asi pues, en el número de rios de la Europa, no se halla mas que el Danubio, desde Ulma á Viena, que pueda servir de línea de operaciones, si alguna vez pudiera ser un rio un campo de maniobras. Tocante á los caminos principales, no es mas exacta la proposicion que ha asen-

tado como cierta, porque nadie dirá que los cien caminos abiertos por enmedio de la Suavia, pueden ser otras tantas líneas de operacion. Sin duda no puede haber líneas de operacion sin que haya caminos, pero un camino por sí solo está tan distante de formar la línea de operaciones, como un rio por caudaloso que sea. Se admirará el lector como yo, de que Mr. V... haya podido estampar semejantes errores, y se convencerá de que es tan exacta mi definicion como es posible darla.

„Creo pues, que se debe llamar frente de operaciones á la extension de terreno que resguarde defensivamente un ejército, ó á la que ocupe en seguida de una invasion ofensiva.

„Como base de operaciones á la extension de frontera ó del interior de un pais, hácia la que tendrá el ejército su retirada, ó de la que aguarde sus medios y refuerzos. La línea de operaciones finalmente, será el espacio que tenga que andar el ejército, para ir desde su frente de operaciones á su base, ó al contrario.”

Un ejército frances, por ejemplo, tiene la intencion de invadir la Italia superior, y suponiendo realizada esta conquista y contento con ella, llegará á colocarse en el Adige: este rio ó línea de defensa será su primer frente de operaciones, el valle del Pó será su línea de operaciones, y los Alpes serán su base.

Pero si dos ó tres ejércitos franceses quisiésen invadir á un mismo tiempo la Italia y á Alemania, para concurrir todos en el dia convenido ya sea en el Inn, ó bien en el Saltza, ó por bajo de los muros de Viena, tendrá el primero por línea de operaciones á la Lombardia, á los Estados de Venecia y á la Carintia; el segundo obrará por la Suavia superior y el Tirol; y el tercero tendrá por línea de operaciones á la Baviera y al valle del Danubio; siendo

los Alpes la base del primero, y el Rin la de los otros dos.

No hay cosa mas sencilla, mas natural, ni mas conforme á la verdad que está definicion; y cuesta mucho trabajo comprender el designio de un escritor de buen juicio, que á fuerza de proposiciones contrarias á la opinion comun, se empeña en hallarla defectuosa.

Me veo en situacion muy penosa, al tener que contradecir á un general, que fue víctima de los principales choques políticos de este siglo, y cuya capacidad está bien manifiesta; si cree tener alguna pizca de justicia y de imparcialidad, que no éche á otro la culpa de esto, porque me ha precisado á ello con muchas y repetidas indirectas como solapadas objeciones.

Me he extendido algo sobre estos particulares por dos razones de absoluta necesidad.

Primera, que importa á la ciencia no permitir, que cobren crédito los sofismas; y segunda, que un diarista del Norte, habia recibido con gusto é insertado en su periódico las disertaciones del General V..., en las que, desde hace cuatro años, ya nadie pensaba.

El público, siempre juez infalible cuando es ilustrado, decidirá en estas disputas; y por lo que á mí toca, estoy íntimamente convencido de haber dirigido todos mis esfuerzos á que progresase la ciencia, y sin que haya lugar á ser tachado de demasiado amor propio, puedo creer, que he contribuido un poco á su adelantamiento.

ARTÍCULO II.

Sucinta narracion de las expediciones mas importantes de ultramar.

Me parece bien colocada aqui la anotacion de las principales expediciones marítimas, para que sirvan de apoyo

á las proposiciones fundamentales, sentadas de un modo general sobre desembarcos en el artículo nueve.

Las fuerzas navales de los Egipcios y Fenicios, y de los de la isla de Rodas (Natolia, Asia menor), son las de mas antigüedad de que haga memoria la historia aunque confusamente. Los Persas despues de haber sometido aquellas naciones, asi como al Asia menor, empezaron á ser desde entonces el poder mas formidable, asi por tierra como por mar.

Sin embargo, los Cartaginenses, dueños hácia el mismo tiempo de las costas de la Mauritania (de Africa), y habiéndoles llamado los habitantes de Cádiz, pasaron el Estrecho; y estableciendo colonias en la Bética, se apoderaron de las Islas Baleares y de Cerdeña, y desembarcaron por último en Sicilia.

Lidieron los Griegos como es notorio contra los Persas, con un éxito que nadie podia esperar; aunque nunca hubo país mas favorecido por la naturaleza, para tener una marina formidable, como la Grecia con sus cincuenta islas y costas en gran número.

Atenas por su prosperidad, que era el fruto de su marina mercante, llegó á hacerse una potencia marítima, á la que debió la Grecia su independencia: por manera, que incorporadas sus escuadras á las de los Isleños, fueron en tiempo de Temístocles el terror de los Persas, y dieron la ley al Oriente; pero nunca efectuaron grandes desembarcos, porque no estaban las fuerzas de tierra, en la debida proporcion con las de mar.

Si hemos de creer las tradiciones exageradas de los antiguos historiadores griegos, pasó el Helespontó (estrecho del mar Egeo) el famoso ejército de Xerges en mas de cuatro mil bajeles, y pasma menos este número, cuando hallamos la lista de sus nombres en los escritos de Herodoto.

Pero todavía es mas difícil de creer, el que á un mismo momento, y por un esfuerzo acordado, hayan desembarcado de otros cinco mil bajeles trescientos mil Cartaginenses en Sicilia, en la que hayan podido ser destruidos por Gelon, en el mismo dia en que Temistocles desbarataba la armada de Xerges en Salamina (Isla Grecia). Otras tres expediciones mandadas por Annibal, Imilcon y Amilcar debieron trasportar á Sicilia, tan pronto cien mil hombres, como ciento cincuenta mil; y fue el resultado la toma de Agrigento y de Palermo, la fundacion de Lilibea, y el sitio, aunque inútil por dos veces, de Siracusa; siendo formado uno de ellos por Imilcar con trescientos mil hombres de á pie, cuatro mil de á caballo, doscientas ocho galeras, y mil buques de transporte. Habiendo hecho una salida Denis el antiguo (ó Dionisio) con solos diez mil hombres, se atrevió á atacar á Imilcar de improviso, mientras que ochenta bajeles siracusanos incendiaban la armada; y si son de creer Diodoro y Plutarco, perecieron mas de ciento cincuenta mil Cartaginenses (1), é Imilcar á costa de tesoros obtuvo permiso para ponerse en salvo, con cuarenta galeras que le quedaban. Durante el tercer sitio huyó Androcleo con quince mil hombres, con los que desembarcó en Africa, y puso en espanto á la misma Cartago!! Algunos dan de duracion á esta contienda como siglo y medio.

(1) Parece que no era Diodoro escrupuloso en ceros; pues ¿cómo creer, que diez mil hombres hayan derrotado á trescientos mil?

El grande Alejandro pasó atrevida y felizmente el Hellesponto con solos cincuenta mil hombres, con todo de no exceder su marina militar de ciento sesenta velas, al paso que la de los Persas se componia de cuatrocientos buques de guerra; y para no exponerla á algun riesgo la envió á Grecia.

Los Generales de Alejandro, que aspiraron juntamente

á su imperio durante medio siglo, no verificaron expedición alguna marítima digna de atención.

Habiendo solicitado los de Tarento (reino de Nápoles) el favor de Pyrro, desembarcó este por en medio de su escuadra, conduciendo veinte y seis mil infantes, tres mil caballos, y los primeros elefantes que se habian presentado en aquella península (doscientos ochenta años antes de Jesucristo); y vencedor de los Romanos en Heraclea (Natalia, Asia menor) y en Ascoli (Marca de Ancona), no hay bastantes datos para creer, por qué se fue á hacer correrías á Sicilia, para arrojar de ella á los Cartagineses, incitado por los Siracusanos. Vuelto á llamar por los Tarentinos, despues de algunos triunfos, pasó otra vez el estrecho, hostigado por la marina cartaginense; reforzado despues en la misma Italia por Samnitas y Calabreses, pensó aunque tarde en marchar á Roma; pero habiendo sido vencido á su turno y rechazado hácia Benevento, volvió otra vez á pasar el Epiro (Turquía europea) con los nueve mil hombres que le quedaron.

Cartago, en prosperidad hacia mucho tiempo, se utilizó de la ruina de Tyro (puerto famoso del Mediterráneo en aquel tiempo) y del imperio persa. Las guerras púnicas, entre esta república africana y la de Roma, que empezaba á tener preponderancia en Italia, fueron las mas célebres de los anales marítimos de la antigüedad. Los armamentos hechos por los Romanos y los Cartagineses, son principalmente dignos de observacion, por la rapidez con que los primeros perfeccionaron y aumentaron su marina; pues en el año de 488 (doscientos sesenta y cuatro años antes de Jesucristo) apenas tenian botes que sirviesen para pasar á Sicilia, y se les vió á los ocho años, vencer, en tiempo de Régulo en Ecnone, con trescientos cuarenta grandes bajeles, que llevaban á bordo á trescientos reme-

ros y ciento veinte combatientes por cada uno, y hacian un total de ciento cuarenta mil hombres. Mas tambien se dice, que eran mas fuertes los Cartaginenses en doce á quince mil hombres y en cincuenta bajeles.

Esta importante victoria de Ecnone, quizá mas extraordinaria que la de Actium (Epiro), fue el primer paso de los Romanos en direccion del imperio del mundo.

El desembarco que se siguió en Africa, despues de aquella victoria, constaba de cuarenta mil hombres; pero habiendo cometido los vencedores la falta de mandar fuese á Sicilia la mayor parte de estas fuerzas, quedó rendido el remanente, y Régulo, hecho prisionero, se hizo tan célebre por su muerte, como por su victoria insigne en su género.

Habiendo equipado una gran armada para vengarle, y salido victoriosa en Clypée, fue destruida á su regreso por una borrasca; y la que se siguió á esta tuvo la misma suerte en el cabo de Palinure. Derrotados los Romanos en Drepano (año de 249), perdieron veinte y ocho mil hombres, y mas de cien bajeles. Y á otra armada se la tragó el mar á toda ella en dicho año en el cabo de Pactyre, queriendo ir de corrida para sitiar á Lilibea.

Fastidiado el Senado con tantas desgracias, desistió primeramente de ocupar mas tiempo el mar; pero advirtiendo luego que el dominio de Sicilia y de España dependia de la superioridad marítima, aprestó nuevamente fuerzas navales, y en 242 se vió salir á Lutacio, con trescientas galeras y setecientos buques de transporte para Drepano, y ganar la batalla de las islas Egates, en la que perdieron los Cartaginenses ciento veinte bajeles; concluyéndose por este acontecimiento la primera guerra púnica.

Habiéndose señalado la segunda por la expedicion de Annibal á Italia, fue esto causa de que tomasen las opera-

ciones un giro menos marítimo. Con todo eso, condujo Escipion las águilas romanas delante de Cartagena, y con la conquista de esta plaza fuerte, destruyó para siempre el dominio cartaginense en España; y trasportando finalmente la guerra á Africa, con un armamento naval que no igualaba ni al de Régulo, no dejó por esto de vencer en Zama; y dictando á Cartago una paz vergonzosa, la quemó quinientos bajeles. Despues de algun tiempo, el hermano de este gran varon, pasó animosamente el Helesponto con veinte y cinco mil hombres, y fue á ganar en Magnesia (en Macedonia) la victoria tan célebre, que puso á la disposicion de los Romanos el reino de Antioco y toda el Asia. Favoreció á esta expedicion una victoria naval, ganada en Myonnesse, en Jonia (Peloponeso), por los Romanos, unidos con los de Rodas contra la marina de Antioco.

Desde este momento, no teniendo mas competidores los Romanos, aumentaron su poder con toda la influencia que asegura el dominio del mar; y Paulo Emilio desembarcó en Samothracia (en el Archipiélago) á la cabeza de veinte y cinco mil hombres (ciento sesenta y ocho años antes de Jesucristo), y venciendo á Perséo, sometió la Macedonia (en Turquía de Europa).

Veinte años despues de esto, decidió la tercera guerra púnica de la suerte de Cartago; pues habiéndose entregado á los Romanos el importante puerto de Utica (Africa) con habitantes y riquezas, salió de Lilibea un muy grande armamento naval, que condujo á aquel continente ochenta mil infantes y cuatro mil de á caballo; y habiéndose puesto sitio á Cartago, tuvo la gloria el hijo de Paulo Emilio, adoptado por el grande Escipion, de finalizar la victoria de sus padres, con la destruccion de esta enfurecida rival de los Romanos.

Despues de este triunfo, dominó Roma en Africa co-

mo en Europa; pero el dominio que poseia en Asia, fue turbado aunque poco tiempo por Mitridates: este gran Rey, despues de haberse apoderado sucesivamente de los Estados pequeños de sus inmediaciones, llegó á mandar doscientos cincuenta mil hombres, y á tener una armada de cuatrocientas naves; de las que trescientas eran de alcázar.

Habiendo derrotado á los tres Generales romanos que mandaban en Capadocia, invadió toda el Asia menor, mandó matar atrocemente á ochenta mil súbditos de Roma, y aun envió un ejército poderoso á Grecia.

Desembarcando en ella Sila, con un refuerzo de veinte y cinco mil Romanos, recobró á Atenas; y fue esto motivo para que enviase Mitridates sucesivamente dos grandes ejércitos, que pasaron el Bósforo ó los Dardanelos; pero el primero de cien mil hombres, fue destruido en Cheroneo (Beocia en Grecia); y el segundo de ochenta mil, tuvo la misma suerte en Orchomene (Arcadia, golfo de Morea). Luculo al mismo tiempo, reunió todas las fuerzas marítimas de las ciudades litorales del Asia menor, como tambien las de las islas, y principalmente las de la de Rodas, y acudió á recoger el ejército de Sila en Sestos, para conducirlo al Asia; pero amedrentado Mitridates hizo la paz.

En la segunda guerra, emprendida por Murena, ni en la tercera, dirigida por Luculo, no hubo mas desembarcos que produjesen algun efecto. Perseguido sucesivamente Mitridates hasta la Colchida (en Asia), y sin tener ya medios marítimos de resistencia, formó entonces el proyecto de dar la vuelta al mar Negro por el Cáucaso (monte de Asia), para volver por la Tracia (Turquía europea) contra Roma: idea que con dificultad podrá comprenderse, por haberla puesto en práctica el mismo, que no podia defender sus Estados contra cincuenta mil Romanos que los hostilizaban.

César á este tiempo desembarcó en Inglaterra, por segunda vez, con seiscientos bajeles que llevaron cerca de cuarenta mil hombres; y en las guerras civiles trasportó á Grecia treinta y cinco mil; mas Antonio, que habia salido de Brindes (de Nápoles) para reunirse á él con veinte mil hombres, al pasar por en medio de las fuerzas navales de Pompeyo, se vió muy protegido, tanto por la fortuna de César como por las disposiciones de sus tenientes.

Pasado algun tiempo, condujo César sesenta mil hombres á Africa; pero estos últimos no llegaron sino unos despues de otros en muchas remesas.

El mayor armamento que hizo notables los últimos dias de la República romana, fue el de Augusto, que trasportó á Grecia ochenta mil hombres y doce mil caballos, destinados á pelear con Antonio; porque, prescindiendo del gran número de buques de transporte necesarios, que tenia para un ejército semejante, habia á su disposición unas doscientas sesenta naves de guerra para protegerlos. Antonio, con todo de tener en tierra fuerzas superiores á las de su adversario, entregó la suerte del mundo á la de un combate naval, de mayores contingencias, mal fiado en tener ciento setenta buques de guerra, además de sesenta galeras egipcias de Cleopatra, que formaban un total de veinte y dos mil infantes escogidos, sin contar con las dotaciones de remeros.

Despues de algun tiempo, condujo Germánico á las bocas del Ems una grande expedicion, compuesta de mil bajeles, que salieron de las bocas del Rin, y llevaron á bordo sesenta mil hombres por lo menos; pero la mitad de esta armada fue destruida á su vuelta por una borrasca; y no hay modo de comprender por qué Germánico, dueño de las dos orillas del Rin, se expuso á las contingencias del mar para un trecho tan corto, que pudo andar por tierra en pocos dias.

Cuando extendió sus límites el imperio romano, desde el Rin hasta el Eufrates, se hicieron raras las expediciones marítimas; y la gran contienda que sobrevino con los pueblos del N., despues de la división del imperio, fue causa de que se dirigiesen todas las fuerzas del Estado hácia la parte de Germania (en Europa) y de Tracia (en Asia). Sin embargo conservó el imperio de Oriente una marina considerable, que le hacian necesaria las islas del Archipiélago, suministrándole al mismo tiempo los medios para ello.

Los cinco primeros siglos de la Era cristiana, nos ofrecen poco interés con respecto á expediciones navales; pues solo los Vándalos fueron los que, ya dueños de España, pasaron á desembarcar en Africa al mando de Genserico, en número de ochenta mil combatientes, que fueron en seguida vencidos por Belisario; pero dueña su marina de las Islas Baleares y de Sicilia, dominó un tiempo muy corto en el Mediterráneo.

Los Moros, por un impulso contrario al de aquellos pueblos, atravesaron en 712 el Estrecho de Gibraltar, á la direccion de Tarik; y como habian sido llamados por el Conde D. Julian, no vinieron al principio mas de cinco mil hombres, que en vez de experimentar alguna resistencia, se vieron favorecidos por un gran número de enemigos de los Visigodos; y componiéndose muy luego su ejército de veinte mil hombres, vencieron al Rey D. Rodrigo en Jerez de la Frontera, y se extendieron por el reino.

Poco á poco pasaron el mar, y llegaron á establecerse en España varios millones de habitantes de la Mauritania (de Africa); y si sus conquistas no pueden figurar en el número de los desembarcos notables, con todo eso, dan la forma á uno de los mas principales espectáculos de que haga mencion la historia.

En el mismo momento, en que se arrojaban sobre la Europa los pueblos del Este, empezaban los de la Escandinavia (Dinamarca, Suecia y Noruega) á examinar con cuidado las costas de Inglaterra; pero sus operaciones son poco mas conocidas que las de los Bárbaros, por haberse extraviado sus noticias entre los arcanos de Odin (su legislador). Hay poetas escandinavos, que otorgan solo á la Suecia hasta dos mil y quinientas naves; pero cálculos menos poéticos, atribuyen nuevecientas setenta á los Dinamarqueses, y trescientas á los de Noruega; las que frecuentemente obraron de acuerdo.

Por un impulso natural enderezaron los Suecos sus correrías hácia lo mas retirado del Báltico, y echaron á Rusia á los Varegues; pero los Daneses, mejor situados con respecto al mar del Norte, se dirigieron hácia las costas de Inglaterra y Francia.

Si es exacta la clasificacion alegada por Depping, resulta cierto cuando menos, que la mayor parte de dichas embarcaciones, no eran mas que de barcos de pescadores, dotados con veinte hombres cada uno; aunque habia tambien otros, llamados senekars, que llevaban veinte bancos de bogadores; lo que haria cuarenta remos para los dos costados. Los caudillos iban á bordo de otros barcos de treinta y cuatro bancos de remeros, que se conocian por el nombre de dragones. Pero las incursiones de los Dinamarqueses, que entraron muy adentro por el Sena y el Loira (en Francia), inclinan á creer, que estas embarcaciones en su mayor parte eran muy pequeñas.

Con todo eso, convidado Hengist en 449 por Wortiger, natural de Bretaña, condujo cinco mil Sajones á Inglaterra con solas diez y ocho naves; lo que prueba, que las habia tambien grandes, ó que la marina de las orillas del Elba era superior á la de los Escandinavos.

Desde 527 hasta 584, otras tres expediciones al mando de Ida y Cridda, pusieron la Inglaterra en poder de los Sajones, que formaron de ella siete reinos; y al cabo de tres siglos (en 833) fue cuando se reunió esta heptarquía (gobierno de siete) en un solo Estado en la persona de Egberto.

Los Príncipes varegues, llamados por los Novogorodios, y entre los que fue el primero Rurico, no se señalaron menos fundando el imperio ruso.

En 902, se embarcó Oleg en el Dnieper, según dicen, con dos mil barcos, que llevando á bordo ochenta mil hombres, pasaron por encima de las cataratas del río, y desembocaron en el mar Negro, en tanto que seguía por la costa su caballería; y presentándose delante de Constantinopla, obligaron á Leon el Filósofo á pagarles un tributo.

Después de cuarenta años, tomó Igor el mismo rumbo con un armamento naval, que hacen llegar las Crónicas á diez mil barcos; pero habiendo arribado junto á Constantinopla, se horrorizó su armada de los terribles efectos del fuego artificial llamado griego, que ardía debajo del agua, y se dejó ir sobre la costa de Asia; en donde desembarcó algunas tropas que fueron rechazadas, y la expedición se volvió á su tierra.

En vez de desalentarse Igor, restableció su armada y su ejército, y yendo después á desembarcar en las bocas del Danubio, le envió á pedir la paz y le entregó nuevos tributos el Emperador Roman-Lampoucene (año de 943).

No bien habían pasado veinte cinco años, cuando Swiatoslaf, ayudado por las contiendas de Niceforo con el Rey de los Vulgaros (ó Tártaros) embarcó sesenta mil hombres (en 967) y desembocando en el mar Negro, siguió contra el curso del Danubio, y se apoderó de la Bulgaria. Habiéndole llamado otra vez los Petschenegues, que hacían temer

á Kiew algun mal, se coligó con ellos; fue otra vez á Bulgaria, y deshizo su alianza con los Griegos; mas reforzado despues con Húngaros, atravesó el Balkan con ánimo y fortuna, y llegó á acometer á Andrinópolis. Hallándose entonces ocupado el trono de Constantinopla por Zimmisce que le merecia, en vez de redimirse como sus antecesores, puso en pie cien mil hombres, aprestó una armada respetable, y haciendo retirar á Swiatoslaf de Andrinópolis, le obligó á ponerse en seguridad en Silistria, y consiguió recuperar por asalto la capital de los Tártaros. A esta sazón salió el Príncipe ruso al encuentro del enemigo, y dándole una batalla no lejos de Silistria, se vió obligado á volver á entrar en la plaza; en la que sostuvo uno de los sitios mas memorables, que nos refiera la historia.

Los Rusos, en otra batalla todavía mas sangrienta, hicieron prodigios, pero fueron obligados otra vez á ceder al número; y Zimmisce, que sabia dar su precio al valor, firmó por último un convenio que les era favorable.

Hacia el mismo tiempo, se dejaron llevar los Daneses á Inglaterra por el atractivo del pillage; y hay quien asegura, que Lotario tambien llamó á Francia al Rey danés Ogiero, para vengarse de sus hermanos. Los primeros triunfos conseguidos por los Piratas, aumentaron su inclinacion á los riesgos, y comunicaron este mismo gusto á toda la nacion; por manera, que á cada cinco ó seis años desembarcaban en las costas de Francia y Bretaña enjambres de gente armada que todo lo asolaban; conduciéndolos Ogiero, Hasting, Regner y Sigefroi, tan pronto á las bocas del Sena, como á las del Loira, y por último á las del Garona: y aun hay quien sostenga, que Hasting entró en el Mediterraneo, y siguió contra el curso del Ródano hasta Aviñon; en lo que cabe mucha duda por lo menos; pues que, ignorándose la fuerza de sus armamentos, hay

apariencias de haber sido el mayor que aprestó de trescientas velas.

Al principio del siglo décimo, desembarcó Rollon primeramente en Inglaterra, pero hallando en Alfredo un competidor que le dejaba poca esperanza de vencer, se confederó con él, fue á desembarcar en Neustria (Normandía) en 911, y marchó desde Rouen á Paris, mientras que otros cuerpos avanzaron desde Nantes hasta Chartres. Precisado á apartarse Rollon de esta ciudad, se extendió por las provincias vecinas que entregó al saqueo. Mas no viendo Carlos el Simple medio mejor de librar su reino de esta plaga sin cesar renaciente, que el de ofrecer á Rollon la cesion de esta hermosa provincia de Neustria, se la prometió á condicion de que se casase con su hija haciéndose cristiano: lo que Rollon se apresuró á aceptar.

A los treinta años de esto, puesto en cuidados el nieto de Rollon por los sucesores de Carlos, recurrió al Rey de Dinamarca pidiendo su favor; y desembarcando este Rey con fuerzas de consideracion, y derrotando á los Franceses, hizo prisionero á su Rey, y aseguró para siempre la Normandía al hijo de Rollon.

En el mismo intervalo que hubo desde 838 hasta 950, manifestaron los Daneses igual animosidad contra Inglaterra, que trataron todavía peor que á Francia, á pesar de acercarlos mas á los Sajones que á los Franceses su conformidad de idioma y costumbres. Iwar á este tiempo, colocó á su descendencia en el Northumberland (de Inglaterra), despues de haber saqueado el reino; pero Alfredo el Grande, vencido al principio por los sucesores de aquel caudillo, llegó á conseguir volviere el trono á su dominio, y obligó por fuerza á los Dinamarqueses á sujetarse á sus leyes.

Mudando otra vez las cosas de aspecto, y todavía mas afortunado Swenon que Iwar, despues de haber corrido la

Inglaterra de un cabo á otro, tanto como devastador cuanto como dueño, le vendió dos veces la paz á peso de oro, y se volvió á Dinamarca, dejando en el país á una parte de su ejército.

Ethelredo, que le disputó sin capacidad los restos de la dominacion sajona, se imaginó que no podia desembarazarse mejor de sus importunos huéspedes, que disponiendo para un mismo instante la mortandad de todos los Daneses, que habian quedado en la isla (año de 1002); pero volviendo á parecer Swenon, al siguiente año, con una fuerza que infundió respeto, verificaron sucesivamente tres armadas, desde 1003 á 1007, otros tantos desembarcos con felicidad, y asolaron de nuevo á la desgraciada Inglaterra.

Habiendo desembarcado Swenon, en 1012, en las bocas del Humber, se extendió como otras veces á la manera de un torrente; y fatigados los Ingleses de obedecer á Príncipes que no sabian defenderles, le reconocieron por Rey del Norte. Su hijo Canuto el Grande tuvo que disputar el tronó á un rival, que le merecia mejor que él (Edmundo-costilla de hierro). Dando vuelta Canuto de Dinamarca con fuerzas de consideracion, y ayudado por el fermentado Edrico, asoló la parte meridional de Inglaterra é hizo temer á Lóndres. A la sazón sobrevino otra nueva reparticion, pero Edmundo fue asesinado por Edrico, y en consecuencia reconocido Canuto por Rey de toda Inglaterra; y saliendo en seguida para someter la Noruega, volvió otra vez con el fin de atacar á la Escocia, y murió distribuyendo sus reinos entre sus tres hijos; segun el estilo de aquel tiempo.

Cinco años despues de su muerte restituyeron los Ingleses la corona á sus Príncipes Anglo-sajones; pero Eduardo, en quien recayó por herencia, era por su índole mas

á propósito para el cláustro, que para sacar del peligro á su país, hecho el blanco de semejantes rompimientos. Murió en fin Eduardo en 1066, dejando á Haroldo una corona, que le disputaba el caudillo de los Normandos establecidos en Francia, y á quien dicen se la habia cedido Eduardo; cabiéndole á Haroldo la desgracia, de que este competidor fuese ambicioso y un grande hombre.

Se hizo notable este año de 1066 por lo extraordinario de dos expediciones que hubo en él. Mientras que Guillermo el Conquistador preparaba en Normandía un armamento formidable contra Haroldo, el hermano de este, echado violentamente del Northumberland por sus crímenes, fue á buscar proteccion á Noruega; saliendo pues con el Rey de esta nacion y mas de treinta mil hombres, trasportados en quiniento bajeles, desembarcaron en las bocas del Humber; y Haroldo los desbarató casi enteramente en una sangrienta batalla, dada junto á Yorck: pero en el mismo instante de este suceso estaba pronta á caer sobre él otra tempestad mas impetuosa. Aprovechándose Guillermo del momento en que el Rey Anglo-Sajon estaba en pelea contra los Noruegos, se hizo á la vela desde San-Valery con uno de los mayores armamentos navales de que hay noticia. (Humenos asegura, que se componia de tres mil buques de transporte, aunque otros escritores reducen este número al de mil doscientos, que condujeron sesenta á setenta mil combatientes, inclusos doce mil de caballería).

El diestro Guillermo extendió sus prevenciones hasta la de embarcar fuertes de madera construidos con tal arte y orden, que se ensamblaban sus piezas y formaba cada fuerte en algunas horas. Habiendo acudido Haroldo desde Yorck con toda diligencia, le dió cerca de Hasting una batalla decisiva, en la que murió con honor el Rey de Ingla-

terra, y su feliz rival sujetó en poco tiempo todo el reino á su dominio.

Al mismo tiempo que sucedia todo esto, otro Guillermo, apellidado Brazo de hierro, Roberto Guiscart, y su hermano Roger, fueron con un corto número de valientes á conquistar la Calabria y á Sicilia (años de 1058 á 1070).

No bien habian pasado treinta años desde éstos memorables acontecimientos, cuando el Papa Urbano II supo inspirar en toda la Europa, la mas fervorosa devocion por los pueblos, que consagró con sus huellas nuestro Redentor Jesucristo, y se vió á mucha parte de ella correr al Asia, para conquistar la Tierra Santa.

Seguido primeramente Pedro el Ermitaño de unos cien mil hombres, y poco despues de doscientos mil menesterosos malamente armados, que en parte perecieron á manos de los Húngaros, de los Tártaros y de los Griegos, logró por fin aquel caudillo pasar atrevida y felizmente el Bósforo (canal de Constantinopla), y llegar delante de Nicea (Asia) con cincuenta ó sesenta mil hombres, que fueron del todo destruidos ó amarrados por los Sarracenos.

A esta campaña, que puede llamarse de peregrinantes, la sucedió otra expedicion mas militarmente dirigida: cien mil hombres, entre Franceses, Loreneses, Borgoñeses y Alemanes, conducidos por Godefroi de Bouillon, se dirigieron por Austria á Constantinopla; otro número igual á las órdenes del conde de Tolosa fue marchando por Leon, la Italia, Dalmacia y Macedonia; y Bohemond por último, Principe de Tarento (del reino de Nápoles), se embarcó con Normandos, Sicilianos ó Italianos, para tomar rumbo por Grecia á Gallipoli (Dardanelos).

Tan considerable emigracion trae á lá memoria las fabulosas expediciones de Xerges; pues flotas enteras de Génova, Venecia y Grecia, se tomaron á flete para trasportar

á Asia á aquellos emjambres de Cruzados, pasando los Dardanelos y el Canal de Constantinopla; de modo que se reunieron en las llanuras de Nicea (en Asia), mas de cuatrocientos mil hombres, que vengaron en ellas la derrota de sus predecesores. Vencedor Godefroi les condujo despues por enmedio de Asia y Siria hasta Jerusalem; en donde fundó un reino.

Cuántos medios marítimos tenian las repúblicas florecientes de Italia y la Grecia se emplearon, asi en trasportar á estas masas al otro lado del Bósforo, como en abastecerlas durante el sitio de Nicea; y la solicitud general, que inspiró este tráfico á los Estados litorales de Italia, fue quizá el fruto mas visible de estas expediciones.

Aquel éxito feliz, aunque por corto tiempo, empezó á ser causa de grandes desgracias: los Mahometanos que estaban divididos entre sí, se reunian en toda ocasion en que se trataba de pelear contra infieles; y esta misma division pasó á su vez al campo de los cruzados. Habiéndose hecho necesaria otra nueva expedicion; para socorrer el reino que amenazaba el valeroso Naureddin, salieron prontamente Luis VII y el Emperador Conrado, á la cabeza cada uno de cerca de cien mil cruzados; y tomaron como sus predecesores el rumbo para Constantinopla (en 1142). Pero amedrentados los Griegos por las repetidas visitas de tan terribles huéspedes, tramaron una conspiracion contra ellos. Conrado, que quiso tomar la delantera, cayó en la trampa que le habían armado los Turcos, informados de todo por Manuel Comnenes, y fue derrotado por trozos en muchos reencuentros por el Sultan de Icona; al paso que Luis, por haber sido mas prudente, venció á los Turcos en las orillas del Meandro; pero privado su ejército del apoyo del de Conrado, y fatigado por el enemigo, fue vencido por partes al pasar los desfiladeros; y careciendo ade-

mas de todo, se halló por último confinado en Atalia sobre la costa de Pamfilia (Asia menor), en donde trató de encontrar medios para embarcarse. Mas los Griegos no le suministraron los necesarios, y así fue que apenas llegaron á Antioche (Antioquía, ciudad de Siria) con su Rey de quince á veinte mil hombres; pues todo lo demas habia perecido ó caído en poder de los Sarrecenos.

Estas nuevas remesas de poca fuerza, muy pronto devoradas por el clima y diarios combates, aunque mantenidas por las pocas tropas que sucesivamente llevaba de Europa la marina italiana, se hallaban de nuevo á punto de quedar rendidas á los ataques de Saladin, cuando la corte de Roma llegó á conseguir la concordia del Emperador Federico Barbaroja con los Reyes de Francia é Inglaterra, para sacar á la Tierra Santa del peligro que corria.

Saliendo primero el Emperador á la cabeza de cien mil Alemanes, se abrió camino por la Tracia, á pesar de la formal resistencia de los Griegos, gobernados entonces por Isaac el Angel; y victorioso Federico fue marchando á Gallipoli, pasó mas allá de los Dardanelos, y apoderándose de Icona, murió por la imprudencia de haberse bañado en un rio, que algunos sostienen es el Cydnus. Fatigado el Duque de Suabia, su hijo, por los Mahometanos, y arruinado enteramente por las enfermedades, apenas llevó consigo seis mil hombres á Ptolemais (San Juan de Acre).

Con muy corto espacio de tiempo, mejor aconsejados Ricardo, corazon de leon, y Felipe Augusto (1), tomaron la derrota saliendo de Marsella y de Génova con dos grandes armadas (en 1190). El primero se apoderó de la isla de Chipre, y ambos desembarcaron después en Siria; en donde probablemente habrian triunfado, sin la competencia que se suscitó entre ellos, y que fue la causa de volverse Felipe á Francia.

(1) Ricardo salió de Inglaterra con veinte mil infantes y cinco mil soldados de caballería, y desembarcó en Normandía; de donde fue por tierra á Guyenna, y de allí á Marsella; pero se ignora qué armada le transportó á Asia. Y Felipe se embarcó en Génova en buques italianos, con fuerzas por lo menos de tanta consideracion como aquellas.

Doce años despues se resolvió otra nueva Cruzada (en 1203); y embarcándose una parte de ella en Provenza ó en Italia, los restantes cruzados, á las órdenes del conde de Flándes y del marques de Montferrat, tomaron el camino de Venecia con el ánimo de hacer lo mismo. Pero seducidos estos últimos por el sagaz Dandolo, se unieron á él para ir á acometer á Constantinopla, con pretexto de sostener los derechos de Alexis el Angel, hijo de aquel Isaac el Angel, que habia atacado al Emperador Federico, y sucesor de aquellos Comnenes, que ayudaron á la destruccion de los ejércitos de Conrado y Luis VII.

Veinte mil hombres se atreven á ir á embestir á la antigua capital del mundo, que contaba por lo menos con doscientos mil defensores; y dándola un asalto doble por mar y tierra, se apoderaron de ella. El usurpador se escapó, y Alexis el Angel, que fue repuesto en el trono, no pudo mantenerse en él; pues rebelándosele los Griegos en favor de Murzuphe, dieron los Latinos otro asalto mas sangriento que el anterior, y haciéndose dueños de Constantinopla, colocaron en el trono á su caudillo, el conde Baudoin de Flándes. Este imperio duró medio siglo, habiéndose puesto en salvo los restos del de los Griegos en Nicea y Trebizonda (Natolia).

Otra expedicion, y era la sexta, fue dirigida á Egipto por Juan de Brienne, y á pesar del buen éxito que tuvo el horrendo sitio de Damietta, se vió obligado Brienne á no pelear mas, contra los esfuerzos siempre en aumento de la poblacion mahometana; y las reliquias de su lucido ejér-

cito, al verse casi sumergidas por las aguas del Nilo, se tuvieron por muy dichosas en conseguir por dinero el permiso de reembarcarse para Europa.

Como tenia cuenta á la corte de Roma la conservacion en buen estado del fervor cristiano en favor de estas expediciones, de las que podia sacar utilidad, excitaba á los Príncipes alemanes, para que socorriesen al reino vacilante de Jerusalem; y el Emperador Federico con el Landgrave de Hesse, se embarcaron en Brindes (reino de Nápoles) en 1227, á la cabeza de cuarenta mil soldados escogidos. Pero habiendo caido enfermo, primero el Landgrave, y despues el mismo Federico, arribó la armada á Tarento (tierra de Otranto), de donde el Emperador, enojado con el Papa Gregorio ix, que le habia excomulgado por no obedecer con bastante celeridad á sus deseos, volvió á salir pasado algun tiempo con diez mil hombres, sometiéndose de este modo á las voluntades de Su Santidad.

Animado Luis ix por la misma inspiracion, ó, si hemos de creer á Ancelet, guiado por motivos de una política mas eminente, salió de Aguas muertas (Aigues-mortes) en 1248, con ciento veinte grandes bajeles y mil y quinientas embarcaciones pequeñas, tomadas en alquiler á los Genoveses, Venecianos y Catalanes; porque la Francia, aunque bañada por dos mares, carecia entonces de medios marítimos. Desembarcando Luis ix en Chipre, todavía se le juntaron en esta isla algunas fuerzas, y volvió á dar la vela, segun dice Joinville, con mas de mil ochocientos bajeles para desembarcar en Egipto. Debia pues constar su ejército de cerca de ochenta mil hombres, porque, á pesar de estar desparramada la mitad de él y lanzada á lo lejos por las costas de Siria, marchó algunos meses despues al Cairo, con sesenta mil combatientes, de los cuales eran veinte mil de caballería. Verdad es que, habia efectuado

el conde de Poitiers otro desembarco de tropas, que llegaron de Francia.

Es bien sabida la infausta suerte que experimentó este brillante ejército, pero que no fue obstáculo para que intentase el mismo Rey, veinte años después, aventurarse á las contingencias de otra nueva Cruzada (en 1270). Desembarcando esta vez en las ruinas de Cartago, cercó á Tunez; pero la peste destruyó en pocas semanas la mitad de su ejército, siendo también el Rey víctima de ella. El de Sicilia, que habia desembarcado con poderosos refuerzos en el mismo momento de la muerte de Luis, queriendo traerse consigo á su isla los restos del ejército, sufrió una borrasca que hizo desaparecer á cuatro mil hombres y veinte grandes bajeles. Nada menos pensaba este Príncipe que conquistar el imperio griego y á Constantinopla, contemplando á esta conquista como una presa mas útil y mas segura. Pero Felipe, hijo y sucesor de San Luis, deseoso de volver á Francia, no admitió aquella propuesta; y fue este el último esfuerzo de las Cruzadas, puesto que los cristianos que quedaron abandonados en Siria, fueron destruidos en los memorables ataques de Trípoli y Ptolemais; y retirándose únicamente algunos restos de las Ordenes religiosas á Chipre, se establecieron en Rodas. (b)

(b) Además de haber vuelto al poder de los orientales el reino nuevamente creado de Jerusalem, hay un escritor clásico de nuestros días, y muy ladino en las materias que ilustra, que nos asegura perecieron en todas las Cruzadas de cinco á seis millones de personas; y enumera luego los efectos no provechosos, que nos acarrearón.

Los Musulmanes por su parte, pasaron los Dardanelos en Gallipoli (de Romania) en 1355, y se apoderaron sucesivamente de las provincias europeas del imperio de Oriente, al que los mismos Latinos ya habian hecho sufrir el mismo golpe.

(c) Estando sitiando Mahomet II á Constantinopla (en 1453),

dicen algunos, que hizo llevar su armada por tierra para introducirla en el canal y cerrar el puerto; y aun hay quien llega á asegurar, que era bastante capaz para trasportar veinte mil infantes de los mas selectos. Reforzado Mahomet, despues de la toma de esta plaza, con todos los medios de la marina griega, dispuso los trabajos de sitio contra Rodas y aun contra Otranto, mientras que fue sin detenerse á Hungría, en busca de un competidor que le fuese mas digno (Huniade, célebre General húngaro). Rechazado y herido el Sultan en Belgrado (Servia), fue á arrojarse sobre Trebizonda, que sometió con una armada de gran número de naves, y en seguida dió la vela con cuatrocientas de ellas, para desembarcar en la isla de Negroponto (Archipiélago), que tomó por asalto. Otra tentativa sobre Rodas, verificada segun dicen con cien mil hombres, por uno de sus mejores tenientes, se frustró con pérdida; y cuando se disponia Mahomet á ir allá en persona mandando un ejército muy grande, que reunió en las costas de Jonia (Peloponeso), y al que hace subir Vertot á trescientos mil hombres, le sorprendió la muerte en medio de este proyecto.

Despues de Mahomet, sitió Soliman II y tomó á Rodas (en 1522) con un armamento de muchedumbre de buques, que se ha supuesto llevó á bordo á ciento cuarenta mil hombres de tropas de tierra, y que todavía seria de consideracion reduciéndole á la mitad; y en 1565, Mustafá y el famoso Dragut desembarcaron en Malta, en la que habian formado un nuevo establecimiento los caballeros de Rodas, habiendo llevado á este intento treinta y dos mil genizaros con ciento cuarenta bajeles de guerra: nadie ignora de qué manera se inmortalizó Juan de la Valette, haciendo reembarcar á aquellos dos guerreros. El célebre combate naval de Lepanto (Livadia en Grecia),

ganado en 1571 por Don Juan de Austria, en las mismas aguas en que se habia dado el de Actium (Epiro, promontorio, en Turquía europea), reprimió por último la terrible superioridad de los Turcos, que perdieron en él doscientos bajeles y mas de treinta mil hombres.

Desde el siglo xiv ya empezaron la Inglaterra y la Holanda á hacerse respetables en la mar.

Eduardo III desembarcó en Francia y puso sitio á Calais, con ochocientos bajeles y cuarenta mil hombres; y Henrique v hizo dos desembarcos, en 1414 y 1417, llevando, segun nos cuentan, mil quinientos buques y solos treinta mil hombres, de los que eran seis mil de caballería.

Pero hasta esta época y hasta la toma de Constantinopla, todos los acontecimientos que acabamos de referir, habian sucedido antes de la invencion de la pólvora; porque si Henrique v tuvo algunas piezas de artillería en Azincourt, (costa francesa del canal de la Mancha), como hay quien lo sostenga, es tambien cierto, que todavía no se empleaban en la marina.

Desde el momento en que empezaron á usarse, tuvieron que tomar otro orden, hasta los pormenores de toda combinacion marítima, y sobrevino esta revolucion casi en el mismo instante, en que el descubrimiento de la brújula, del cabo de Buena Esperanza, y de la América, iba á mudar tambien todas las combinaciones del comercio marítimo, y á crear un sistema colonial enteramente nuevo.

No hablaremos en este lugar de las expediciones de los Españoles en América, ni de las de los Portugueses, Holandeses é Ingleses en la India, doblando el cabo de Buena Esperanza; porque á pesar de su grande influencia en el comercio del mundo, y sin embargo del valor y talento de los Gamas, Alburquerque y Corteses, emprendidas estas expediciones por cuerpos pequeños de dos ó tres

mil hombres, en contra de multitud de habitantes, que pasaron del litoral de otros países para poblar estos, y que todavía no conocian las armas de fuego, no ofrecen mucho interes, si únicamente se consideran como operaciones de guerra.

No habiendo desatendido su marina los sucesores de Mahomet II, se hizo notable su importancia por la adquisición de la Grecia y de las islas del Archipiélago; puesto que en esta época, la artillería y el arte de atacar las plazas fuertes, no estaban mas atrasados en los Mahometanos que entre los Europeos. Su mas alto grado de excelencia fue pues en tiempo de Soliman I; Príncipe grande, que sitió y tomó á Rodas en 1522, con un armamento de gran número de velas, que dicen llevaba ciento cuarenta mil hombres, y que todavía seria muy grande si se redujese á la mitad.

La marina española, que se hizo llegar á un grado eminente de esplendor, de resultas de aquel descubrimiento del otro hemisferio, sobresalió en el reinado de Carlos V; con todo eso, la gloriosa expedicion de Tunez, que conquistó este Príncipe mandando treinta mil hombres escogidos y trasportados en quinientas embarcaciones entre españolas y genovesas, fue compensada por la desgracia que sufrió otra de igual fuerza, emprendida contra Argel (en 1541), en una estacion muy adelantada, y á pesar de los discretos consejos del almirante Doria. No bien habia desembarcado el Emperador, cuando vió hundirse entre las olas á ciento sesenta de sus bajeles con ocho mil hombres de su bordo, y puesto en salvo el remanente, por la habilidad de Doria, se reunió en el cabo de Mafafuz; adonde se juntó con él Carlos V, no sin peligro y dificultades.

En 1565, como ya se ha dicho, desembarcaron Mustafá y Dragut en la isla de Malta, en la que habian forma-

do un nuevo establecimiento los Caballeros de la de Rodas. Condujeron al intento aquellos caudillos treinta y dos mil genizaros con ciento cuarenta bajeles de guerra; y es bien notorio de qué modo hizo Juan de la Valetté inmortal su memoria obligándoles á retirarse.

Otro armamentó mas formidable, que algunos hacen llegar á doscientas galeras y cincuenta y cinco mil hombres, se dirigió cinco años despues, contra la isla de Chipre, en la que tomó Mustafá á Nicosia, y puso sitio á Famagosta, pero sus horrendas crueldades aumentaron los temores, que ya inspiraban sus progresos; y la España, Venecia, Nápoles y Malta reunieron sus fuerzas navales, para socorrer á Chipre. Mas ya se habia rendido Famagosta, cuando llegaron, á pesar de la heróica defensa de Barberigo, á quien hizo desollar vivo Mustafá, para vengar la muerte de cuarenta mil Turcos, perdidos en la isla en dos años de hostilidades. La armada combinada sin embargo, dirigida por dos varones ilustres, Don Juan de Austria, hermano de Felipe II y Andres Doria, consiguió alcanzar á la de los Turcos en la entrada del golfo de Lepanto, cerca del mismo promontorio de Actium, que fue testigo de la decision del dominio del mundo, y la destruyeron casi del todo: unas doscientas embarcaciones, con treinta mil Turcos, fueron apresadas ó echadas á pique (1571); y aunque esta victoria no puso término á la preponderancia marítima de los Otomanos, reprimió su vuelo; pues hicieron tan grandes preparativos que lograron volver á salir al mar al año siguiente, con una escuadra de igual fuerza; pero la paz llegó á poner un plazo á tantos estragos.

El desgraciado éxito de la expedicion de Cárlos V contra Argel, no fue bastante para que Don Sebastian de Portugal se abstudiese de emprender la conquista de Marruecos, adonde le llamaba un Príncipe Mauritano, que habia

sido desposeido de sus Estados: habiendo desembarcado Don Sebastian en 1578, en las costas de aquel imperio, á la frente de veinte mil hombres, fue muerto y enteramente destruido su ejército, en la batalla de Alcazas, por Muley Abdelmelek.

Mas ufano Felipe II desde la victoria de Lepanto, y por el buen logro que hacia obtener en Francia á su sistema político, llegó á creer, que no habia quien resistiese á sus armas, y se persuadió que podria reducir bajo su dependencia á la Inglaterra. La armada, llamada invencible, que fue destinada al efecto, y que hizo tanto estrépito, se componia de una expedicion que salió de Cádiz en número de ciento treinta y siete buques de guerra, armados segun nos asegura Hume, con 263 cañones de bronce, y llevando á bordo veinte mil soldados y once mil hombres de mar. A cuyas fuerzas se debia reunir un ejército de veinte y cinco mil hombres, que conduciria el duque de Parma de los Países-Bajos por Ostende; pero una tempestad y los Ingleses castigaron debidamente á este armamento digno de consideracion en aquella época; pues muy lejos de justificar el sobrenombre que le habian dado, perdió trece mil hombres y la mitad de sus bajeles de guerra, sin haberse aproximado siquiera á las costas de Inglaterra.

Despues de esta expedicion se presenta la primera (en 1630), la de Gustavo Adolfo en Alemania. El ejército no pasaba de quince á diez y ocho mil hombres, y á la armada de bastante consideracion, se la reputaron nueve mil marineros; pero sin duda es por yerro de Ancillon el afirmarse, que llevaba ocho mil cañones de artillería. Verificado el desembarco en Pomerania, se disputó poco por los Imperiales, y halló el Rey de Suecia una importante base de apoyo en los pueblos de Alemania.

Despues de setenta y cinco años de paz, habia vuelto

á empezar la guerra entre Venecianos y Turcos (en 1645), que trasportaron un ejército de cincuenta y cinco mil hombres con trescientas cincuenta galeras ó bajeles de guerra á la isla de Candia, en la que se apoderaron del importante puesto de la Canea, antes que pensase la república en socorrerla. Aunque empezase Venecia á carecer de aquellas costumbres, que habian formado su grandeza, todavía conservaba algunos capitanes valerosos, como Morosini, Grimani y Mocénigo, que habian peleado durante muchos años contra los Turcos, y á quienes habian sido muy favorables su superioridad numérica y la posesion de la Canea.

Con todo eso, la armada veneciana habia adquirido á las órdenes de Grimani una superioridad muy palpable, cuando una horrible borrasca hizo desaparecer á sus dos terceras partes, y al mismo almirante Grimani.

En 1648 empezó el sitio de Candia (capital de la isla), embistiéndola Jussuf con rabia, al frente de treinta mil hombres; y habiéndole rechazado Mocénigo en dos asaltos permitió otra brecha de grande extension, que probase Jussuf el tercero; los Turcos entraron dentro de la ciudad, pero Mocénigo se arrojó sobre ellos procurando hallar la muerte; y una victoria de las mas lucidas fue el premio de su heroismo, con la expulsion de los Turcos, cuyos cadáveres habian cegado los fosos.

Venecia habria podido echar de la isla á los Turcos enviando veinte mil hombres á Candia; pero la Europa la sostenia con tibieza, y la república tenia ya mas ricos viciados que verdaderos guerreros.

Habiendo vuelto á empezar el sitio poco despues, duró mas que el de Troya; pues cada campaña quedaba señalada por nuevas pruebas de los Turcos, para llevar socorros á su ejército, y por victorias navales de los Venecianos, que á proporcion de los progresos que iba hacien-

do en Europa la táctica naval, adquirian sobre los mahometanos, que nada adelantaban, una superioridad muy notable; haciéndoles pagar á mucho precio cada tentativa que ponian en práctica, para salir del estrecho de los Dardanelos. Asi fue que se hicieron memorables en tan larga contienda tres, Morosini y varios Mocénigos.

El célebre Kinkerli por último, colocado por su mérito de gefe del ministerio otomano, resolvió dirigir personalmente una guerra, que duraba tanto tiempo, y se fue á la isla; á la que por trasportaciones sucesivas llegaron cincuenta mil hombres, y á su frente estrechó con viveza los ataques (1667).

Descubrieron los Turcos en este sitio, de perpetua memoria, mas destreza, que la que habian manifestado hasta entonces; y su artillería de un calibre enorme, estaba bien servida, é hicieron uso por primera vez de las trincheras inventadas por un ingeniero italiano.

Los Venecianos, por su parte, perfeccionaron la defensa con las minas; de modo que jamás se vió mas obstinacion en matarse unos á otros, asi por combates, como por minas y asaltos. Por tan heróica resistencia fue posible á la guarnicion ganar tiempo en todo el invierno; y en la primavera la envió Venecia algunos refuerzos, y tambien el duque de la Feuillade llevó consigo algunas centenas de voluntarios franceses.

Habiendo de un mismo modo recibido los Turcos poderosos refuerzos, aumentaron su brio, y ya iba á concluirse el sitio, cuando llegaron en su ayuda seis mil Franceses conducidos por el duque de Beaufort y Navailles (en 1669). Con todo eso, una salida mal dirigida desalentó á esta presumida juventud, y al cabo de dos meses, fastidiado Navailles de los padecimientos del sitio, tomó á su cargo la vuelta á Francia con los restos de su tropa. Mo-

rosini en este caso, no teniendo mas de tres mil hombres extenuados para defender una plaza abierta por todas partes, consintió finalmente en evacuarla por un convenio, que empezó á ser un tratado de paz formal. Candia habia costado á los Turcos veinte y cinco años de esfuerzos continuos, mas de cien mil hombres muertos en diez y ocho asaltos, y en muchas centenas de salidas; y se reputa en treinta y cinco mil el número de cristianos de todas naciones, que perecieron en esta bizarra defensa.

La contienda entre Luis XIV, Holanda é Inglaterra ofreció grandes operaciones marítimas, pero ningun desembarco digno de reparo. El de Jacobo II en Irlanda (1660), solo constaba de seis mil Franceses, aunque la armada de Tourville contase con setenta y tres navios de línea, que llevaban cinco mil ochocientas piezas de artillería y veinte y nueve mil marineros; mas se cometió una falta importante, en no haber desembarcado siquiera veinte mil hombres en Irlanda con tales facultades. Habiendo sido vencido Tourville, dos años despues, en la famosa jornada de la Hogue, debió volverse con los restos de las tropas desembarcadas, en consecuencia de un convenio hecho al efecto.

Al principio del siglo XVIII verificaron los Suecos y los Rusos dos expediciones, que se diferenciaron mucho.

Queriendo Carlos XII socorrer al duque de Holstein, desembarcó en Dinamarca con veinte mil hombres transportados en doscientos buques, y convoyados por una grande escuadra: verdad es que la auxiliaron la marina inglesa y la holandesa, pero esta expedicion no se hizo menos digna de atencion por los pormenores del desembarco. El mismo Príncipe finalmente, fue á desembarcar en Livonia (de Rusia) para dar socorro á Narva, pero entonces tomaba tierra en un puerto sueco.

19 Teniendo motivos de queja Pedro el Grande contra los Persas, y deseando aprovecharse de sus disensiones, se embarcó en el Volga en 1722; desembocó en el mar Caspio con doscientas setenta embarcaciones, que llevaron veinte mil infantes, y fue á desembarcar en Agrakan en las bocas del Koissou, en donde esperó á su caballería, que en número de nueve mil dragones y cinco mil cosacos, llegó á juntarse con él por tierra, despues de haber pasado felizmente el Cáucaso. El Czar entonces marchó á hacerse dueño de Derbeut y á sitiar á Bakon; y por último negoció con uno de los partidos, que desgarraban el imperio de los Sofis, haciendo se le entregase á Astrabad ó Asterabat, que era la llave del mar Caspio, y en algun modo la de la monarquía persa.

20 El siglo de Luis xv no se señaló por grandes expediciones, sin omitir la de Richelieu contra Menorca; muy gloriosa por lo tocante á asalto de plazas, pero menos extraordinaria en calidad de desembarco.

21 La guerra de América (1779) fue la época de los mayores esfuerzos marítimos de Francia: no vió la Europa, sin admiracion, enviar esta potencia al mismo tiempo al conde de Estaing á América con veinte y cinco navíos de línea, en tanto que Mr. de Orvilliers, con sesenta y cinco navíos tambien de línea entre españoles y franceses, debia dar proteccion á un desembarco, que se habia de efectuar de trescientos buques de trasporte por cuarenta mil hombres, reunidos en Havre y en San-Maló.

22 A esta nueva armada se la hizo ir de aqui para allá por espacio de dos meses sin emprender nada, y al cabo la obligaron los vientos á volverse á sus puertos.

23 Mas feliz Estaing, predominó en las Antillas, y desembarcó en los Estados unidos unos seis mil Franceses á las órdenes de Rochambeau; los que, seguidos despues de

algun tiempo por otra division, contribuyeron á cercar en Nueva-York al pequeño ejército ingles de Cornwallis (1781), y á prefinir de esta suerte la independencia de la América. Quizá habria triunfado la Francia para siempre de su implacable competidor, si á favor de aquellas muestras de poder marítimo ostentado en el Canal de la Mancha, hubiese enviado diez navíos y siete á ocho mil hombres mas á la India, con el Bailío de Suffren.

La tentativa de Hoche contra Irlanda con veinte y cinco mil hombres, fue dispersa por los vientos, y no tuvo otras resultas (1796).

Pasado algun tiempo, la expedicion de Bonaparte, que trasportó treinta y cinco mil hombres á Egipto con trece navíos de línea, diez y siete fragatas, y cuatrocientos buques de transporte, obtuvo triunfos á sus primeros pasos, seguidos á poco tiempo de sensibles desgracias. Es notorio, que en la esperanza de hacerle salir de alli, desembarcaron los Turcos en Abukir en número de quince mil combatientes, y que á pesar de la utilidad de esta península, para atrincherarse y aguardar en ella refuerzos, fueron todos echados de cabeza al mar, ó quedaron prisioneros: ejemplo en la defensiva de perpetua memoria, para imitado en casos semejantes.

La expedicion importante, dirigida en 1802 contra Santo Domingo, se hizo notable en calidad de desembarco, pero se frustró de resultas de los estragos causados por la fiebre amarilla.

Desde que salieron triunfantes los Ingleses en su lid con Luis XIV, prefirieron destruir las escuadras competidoras y conquistar colonias, á hacer desembarcos de importancia; pues los que aventuraron en el siglo XVIII contra Brest y Cherbourg (en Normandía este último), con cuerpos de diez á doce mil hombres, no podian lograr nada

en lo interior de un Estado tan poderoso como Francia. Las conquistas nunca oidas del Indostan, que al cabo les valieron este imperio, fueron sucesivas; puesto que, poseedores primero de Calcuta y despues de Bengala, se reforzaron en ellas poco á poco, por remesas parciales de tropas y con los Cipayas (b), que iban disciplinando.

(b) Soldado indio, pagado por la compañía de las Indias orientales.

La expedicion anglo-rusa contra Holanda de 1799, se efectuó por cuarenta mil hombres, pero en varios desembarcos sucesivos; y llama con todo eso la atencion por sus particularidades.

Abercrombie, despues de haber puesto en cuidado al Ferrol y Cádiz en 1801, fue á desembarcar en Egipto con veinte mil Ingleses: son bien conocidas las resultas de esta empresa.

La expedicion del General Stuard en Calabria (en 1806), despues de haber conseguido algun éxito favorable en Maida, tuvo que volver á ocupar la Sicilia; y la emprendida contra Buenos Aires, todavía mas desgraciada, concluyó con una capitulacion.

El lord Cartcarth desembarcó con veinte y cinco mil hombres en Copenhague en 1807, puso sitio á la ciudad, y despues de bombardearla, se apoderó de la escuadra, que era el objeto principal de su designio.

En 1808 desembarcó Wellington en Portugal con quince mil hombres: todos saben de qué modo, victorioso este General en Vimieiro, y favorecido por el levantamiento de todo el Portugal, obligó á Junot á evacuar este reino; y el mismo ejército, que se hizo llegar á veinte y cinco mil hombres á las órdenes de Moore, al internarse en España para socorrer á Madrid, se vió obligado á retroceder hácia la Coruña, y precisado á reembarcarse con mucha pérdida. Habiendo desembarcado otra vez Wellington en Portugal

con algunos refuerzos, y reunido treinta mil Ingleses y otros tantos Portugueses, vengó aquella derrota cogiendo de improviso á Soult en Oporto (en Mayo de 1809); y yendo despues acercándose á Madrid, venció á Josef en Talavera (pero no se cogió el fruto de esta victoria).

La expedicion de Amberes, ejecutada el mismo año, fue la de mas consideracion que haya emprendido la Inglaterra desde Henrique v: no constaba menos que de setenta mil hombres, de los cuales eran cuarenta mil de tropas de tierra, y los treinta mil restantes hombres de mar; pero no consiguió su objeto por el poco talento del que la mandaba.

Otro desembarco de una especie enteramente nueva, se verificó hácia el mismo tiempo (en Marzo de 1809); y fue la de treinta batallones rusos, que pasaron en cinco columnas el golfo de Botnia (Suecia) por el hielo con toda su artillería, para ir á conquistar las islas de Aland (en el Báltico), y causar terror hasta en las inmediaciones de Stokolmo; mientras que pasaba otra division el mismo golfo en Umeo ó Uma (Botnia). Se habia visto con gusto, que algunos destacamentos franceses se hicieron dueños de la escuadra holandesa, encallada en los hielos del Texel, y á Cárlos Gustavo que pasó el Sund (estrecho en el Báltico) estando helado: pero estas expediciones no exigian mas, para efectuarse, que algunas horas, y nunca se habia aventurado empresa semejante á la de Bagration y Barclay.

El General Murray efectuó un desembarco, en 1813, bien combinado hácia Tarragona, para cortar á Suchet de Valencia; sin embargo, despues de algun éxito favorable, tuvo que reembarcarse con precipitacion.

El armamento que hizo la Inglaterra en 1815 contra Napoleon, cuando fue de nuevo á Francia desde la isla de Elba, se hizo notable por el material sin límites que des-

embarcó en Ostende y en Amberes. Aunque el efectivo de tropas ascendia á sesenta mil Anglo-Hannoverianos, llegaban los unos por tierra, mientras que los otros desembarcaban en una potencia aliada; de modo que mas bien fue un trasporte de tropas y medios sucesivo y pacífico, que una expedicion militar.

Los Ingleses finalmente formaron, en el mismo año de 1815, una empresa, que se puede poner en el número de las mas extraordinarias: queremos hablar de la verificada contra la capital de los Estados unidos de América. Se ha visto en este caso, con grande admiracion del mundo, á un corto número de hombres, que no pasaba de siete á ocho mil Ingleses, desembarcar en medio de un Estado de diez millones de almas, é internándose bastante adentro para apoderarse de la capital, destruir en ella todos los establecimientos públicos. Será inútil procurar hallar en la historia otro hecho que se le parezca; y si no supiéramos, que las milicias de Grecia, Roma y Suiza habian defendido mejor sus hogares, contra agresiones mucho mas poderosas, se veria uno instigado á imputar este suceso al espíritu republicano y antimilitar de los habitantes de aquellas provincias.

Se advertirá en consecuencia de esta sucinta relacion, que exceptuando los armamentos quizá algo fabulosos de Xerxes y las Cruzadas, de cuanto se ha hecho, principalmente desde que los buques de guerra van provistos de una artillería formidable, nada de todo ello puede sopor-tar el menor cotejo con el proyecto colosal y proporcionadas prevenciones que habia hecho Bonaparte, para dejar caer en Inglaterra á sus ciento cincuenta mil veteranos ya aguerridos; en fuerza de tener para ello tres mil peniches ó grandes lanchas cañoneras, protegidas por sesenta navíos de línea.

Se observará tambien la diferencia que se encuentra en intentar semejantes expediciones, cuando no hay que atravesar mas que un brazo de mar de algunas leguas, á quando haya que engolfarse en alta mar á grandes distancias. El gran número de operaciones efectuadas por el Bósforo, se deja entender por dicha diferencia, que es decisiva en las empresas de este género.

FIN.

EXPLICACION DE LAS LÁMINAS.

LÁMINA PRIMERA.

FIGURA 1.^a Representa el orden de batalla sencillo, llamado con propiedad paralelo, únicamente bueno para un caso.

FIGURA 2.^a Representa el mismo orden paralelo, pero rebasando al enemigo por un ala ó por las dos; ó bien reforzado ó con un martillo en alguna de ellas, para manobrar sobre el ala atacada del adversario: cualquiera de estas circunstancias le hace superior al precedente.

FIGURA 3.^a Representa el orden oblicuo: el mas sobresaliente y á propósito para un ejército inferior en número al de su adversario: en cuya disposicion podrá atacarle, llevando en su favor todas las probabilidades de vencer.

FIGURA 4.^a El orden perpendicular sobre una de las extremidades de la línea enemiga. Este orden ofrece muchas de las mismas contingencias favorables que el anterior; solo que no es tan fácil tomar hoy esta disposicion, sin que lo advierta el contrario.

FIGURA 5.^a El orden perpendicular sobre ambas extremidades de dicha línea; pero casi exige triples fuerzas á las del ejército atacado.

FIGURA 6.^a Orden cóncavo en el centro: este orden es únicamente de circunstancias; como si el enemigo se arrojase imprudentemente sobre el centro, convendria tomarle en este caso; pero nunca antes de la batalla.

FIGURA 7.^a Representa el orden anterior modificado; no formando en semicírculo, sino en líneas rectas sobre ángulos en el centro y en las alas, y con martillos en los flancos: aunque no los expone tanto como en la figura 6.^a,

facilitando el movimiento ofensivo de las tropas en escallones, y conservando el efecto de la reconcentraci6n de los fuegos, todavía arriesga mucho los flancos para que sea bueno de tomar antes de la batalla.

FIGURA 8.^a Es el orden convexo en el centro: se toma pocas veces para pelear en el acto de estar pasando ó haber pasado un rio caudaloso, cuando no hay otro modo de apoyar las alas y cubrir los puentes.

FIGURA 9.^a Orden en escalones por un ala ó por ambas: si es por las dos alas está en el mismo caso que el perpendicular sobre las dos alas, figura 5.^a; aunque es mejor, suponiendo como es regular, la reserva en el centro; y se asemeja al de la figura 7.^a

FIGURA 10.^a Orden en escalones por el centro: es solo bueno en el caso de haberse situado el enemigo en una línea dividida en partes y desmedidamente extensa.

FIGURA 11.^a Representa un orden de ataque B, reforzado con columnas en el centro y en una de las extremidades, y rebasando por ella al enemigo: es mejor que el precedente por poderse emplear contra una línea enemiga que esté sin claro alguno.

Nota. La letra B da á conocer el ejército ofensivo, y la A el defensivo. Se han representado los ejércitos con una sola línea, para simplificar las figuras; pero conviene advertir, que todo orden de batalla ha de ser en dos líneas, y ha de tener ademas su reserva; por lo demas, esten los cuerpos desplegados en batalla, formados en columnas de ataque, ó en cuadros, y situados en escaques, nada de esto contradice á su disposici6n táctica.

EXPLICACION DE LA LÁMINA SEGUNDA.

Se suponen todas estas disposiciones con una divisi6n de doce batallones.

FIGURA 1.^a Orden desplegado en batalla en dos líneas, que con su reserva es el mas comun; pero conviene advertir primero, que es mejor que los intervalos de ambas líneas, no esten en una misma direccion como en esta figura, sino que correspondan los de la segunda línea á los centros de los batallones de la primera; y segundo, que nunca conviene en la caballería esta disposicion en batalla en la segunda línea.

FIGURA 2.^a Representa cuatro regimientos de á tres batallones cada uno, que han desplegado en batalla uno de estos, y formado los otros dos en columnas por divisiones detras de los flancos del desplegado. Los Rusos usan de este orden, que tiené sus buenas aplicaciones y casos.

FIGURA 3.^a Columna cerrada por diez batallones unos detras de otros, y llevando en cada flanco un batallon de los dos restantes, para marchar con ella por hileras, y hacer frente afuera, si pareciese por alli el enemigo. Para que marchen bien de flanco estos batallones laterales, además de ser del fondo de dos filas, se prepararán para marchar por hileras, en la forma que se explica en la nota de la página 97 del tomo I.^o de Estrategia.

FIGURA 4.^a La misma division de doce batallones, formada en dos columnas de una brigada cada una; pero sin los medios batallones laterales, al modo que en la figura anterior.

FIGURA 5.^a Representa la division en dos líneas de columnas de ataque y en escaques, con tiradores en los intervalos.

FIGURA 6.^a Los mismos doce batallones, bajo el pie de dos filas, en lugar del de tres de los casos anteriores, tambien en columnas de ataque, pero distribuidas las cuartas divisiones en tiradores por los intervalos y flancos.

FIGURA 7.^a La misma division, formada en cuadros

por batallon en ambas líneas, y en escaques. Haciendo dar medio cuarto de conversion (sobre el ángulo de $45.^\circ$) á todos los cuadros en ambas líneas, se puede hacer uso de los fuegos de todos los lados de cada cuadro en las dos líneas, sin riesgo de ofenderse entre sí, contra cualquier caballería que hubiese penetrado por los intervalos.

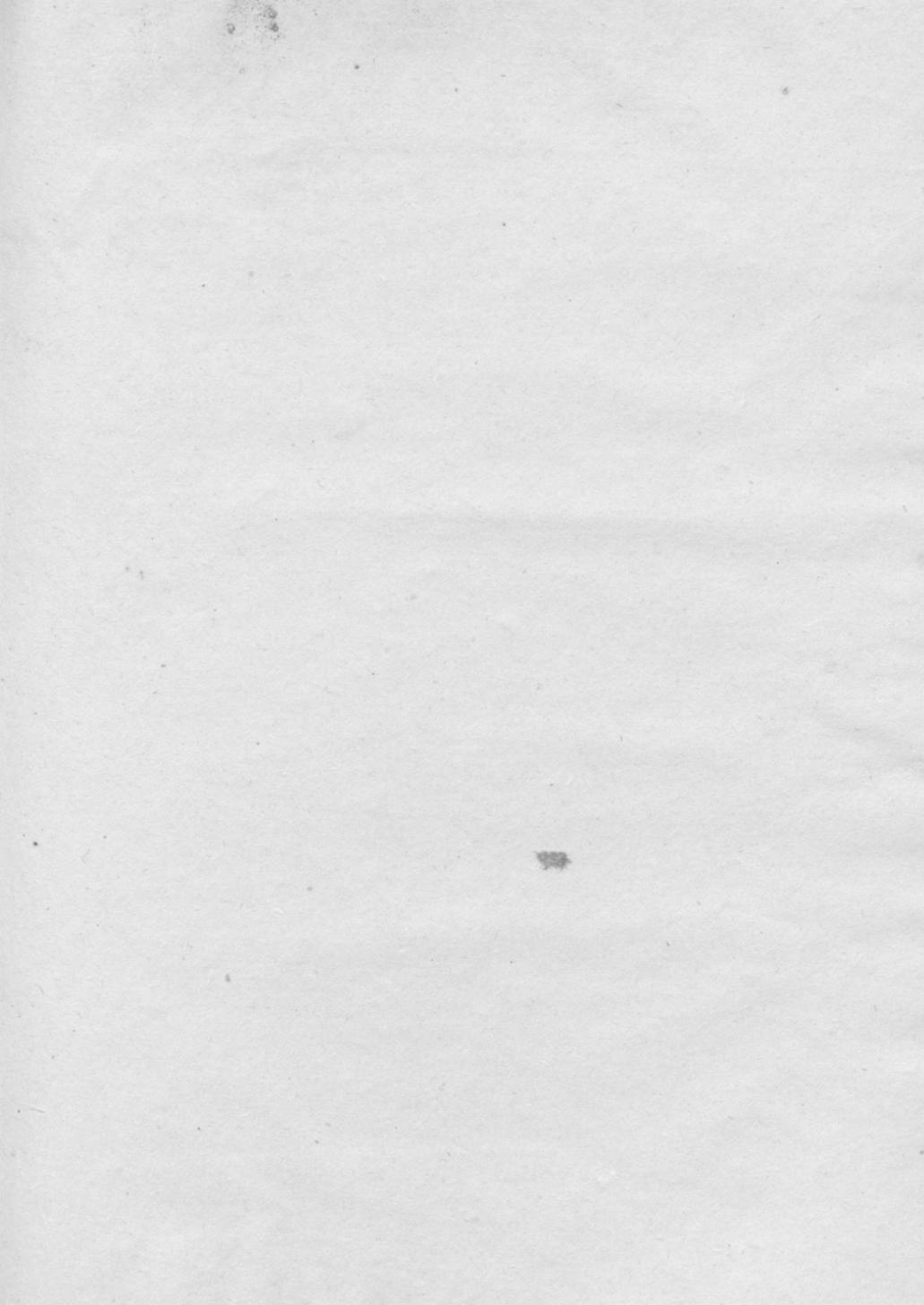
FIGURA 8.^a Los mismos doce batallones en cuadrilongos por batallon, paralelos á la línea, y establecidos en dos líneas en escaques. Se podrá situar en tercera línea el duodécimo batallon.

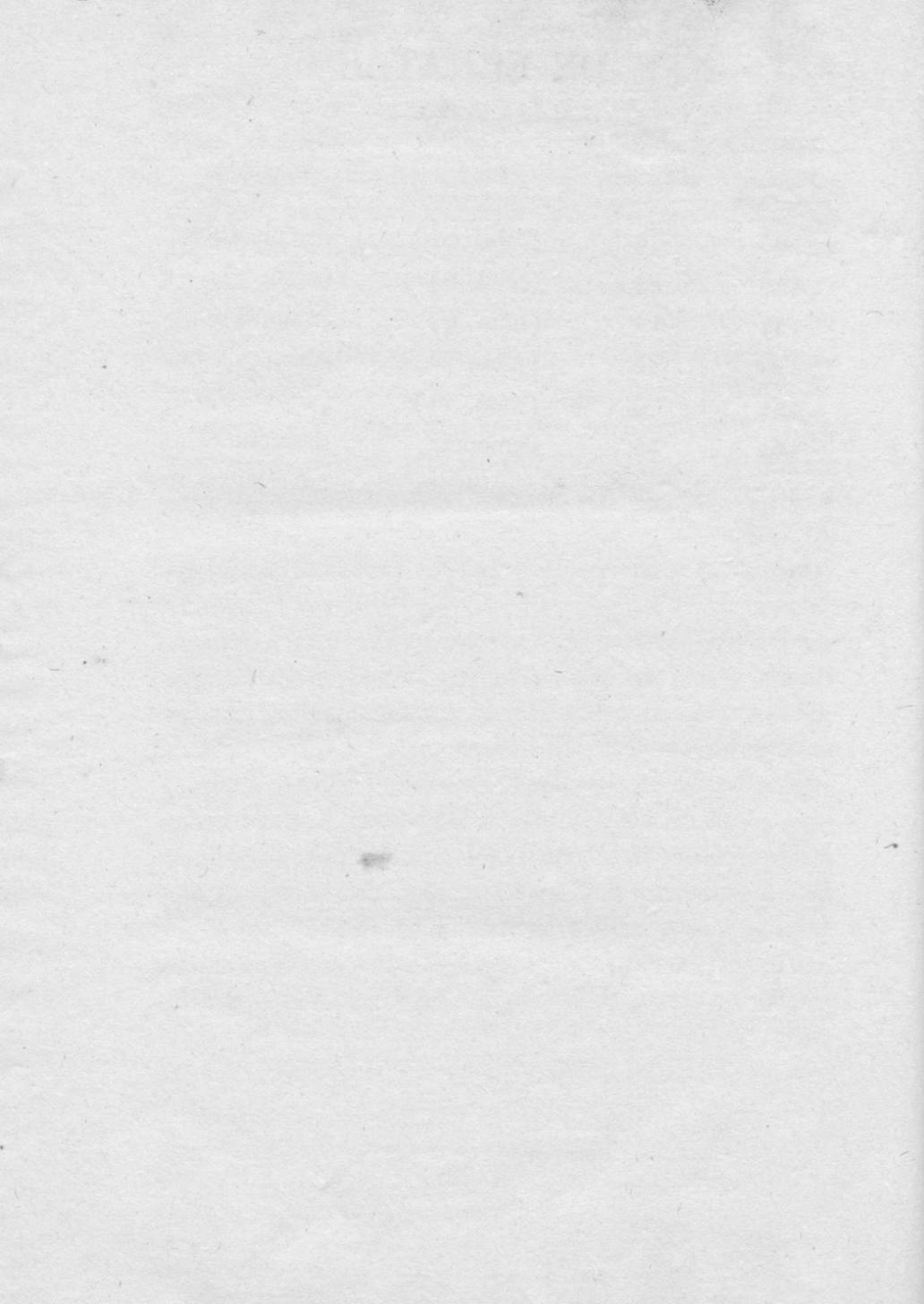
FIGURA 9.^a Dicha division establecida en cuadrilongos, por regimientos de tres batallones cada uno. En general se puede formar cualquier orden de batalla con cuadrados ó cuadrilongos, lo mismo que con batallones desplegados; estableciendo la artillería segun el terreno y las circunstancias.

FIGURA 10.^a Representa una division de cinco regimientos de caballería, que ha situado en batalla dos de ellos en primera línea, y los otros tres en columnas por divisiones detras de sus flancos. Es conveniente recordar lo que se advierte acerca de la columna de ataque para la caballería. Si se desplegase la caballería en batalla en ambas líneas, se establecerán los intervalos de escuadrones en escaques, mas bien que del modo actual, que tambien pecó en la pequeñez de estos intervalos. Pero esto exige otra disposicion mas fácil, breve y segura que la que se usa, para el paso de las líneas.

FE DE ERRATAS.

<u>Páginas.</u>	<u>Líneas.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
95	9	desbrirnos	descubrirnos.
120	33	(núm. 8)	(núm. 7).
121	17	(núm. 9)	(núm. 8).
121	25	(núm. 10)	(núm. 9).
122	9	(núm. 11)	(núm. 10).
162	35	demontar	desmontar.
197	9	nüvecientas	novecientas.

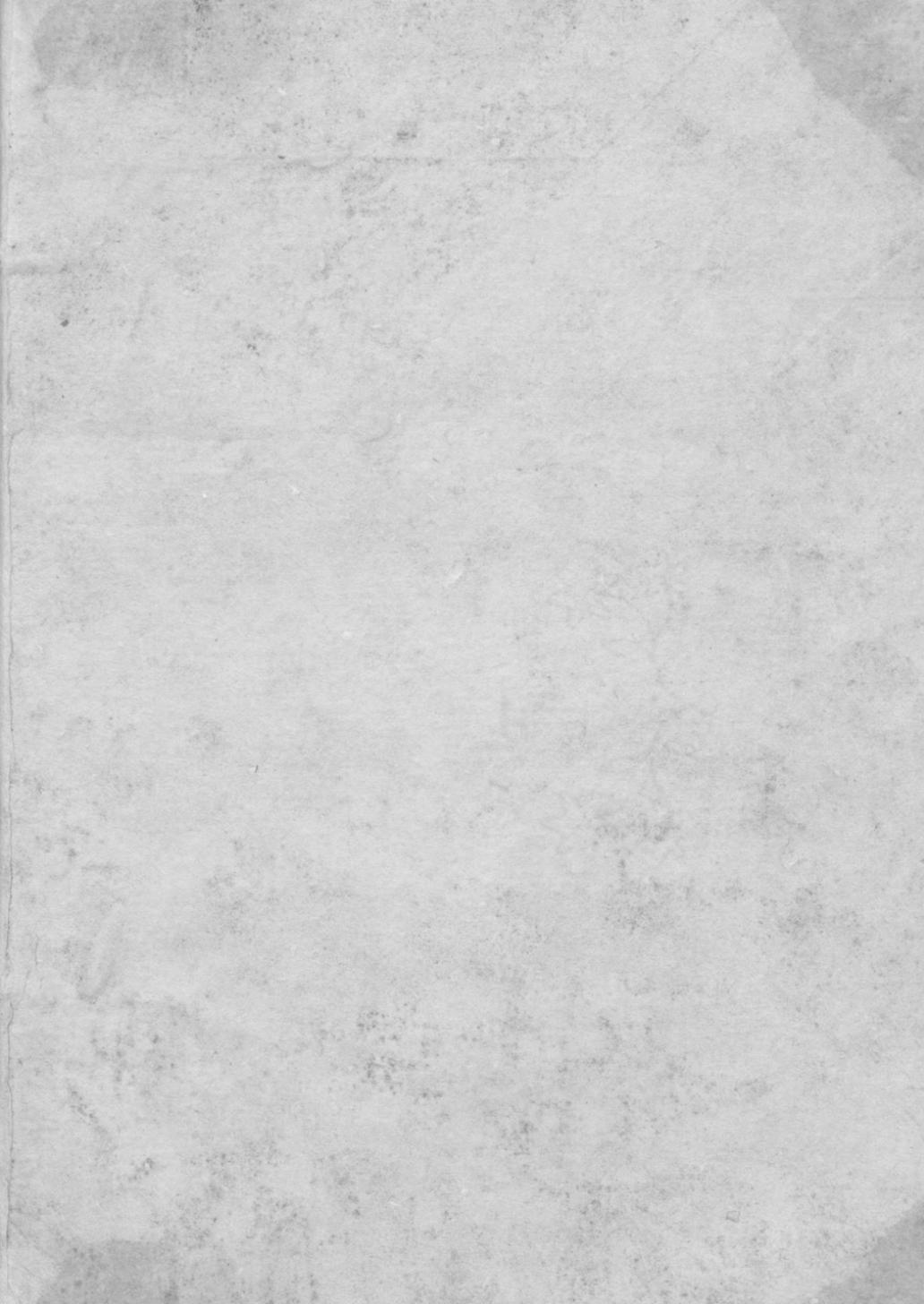


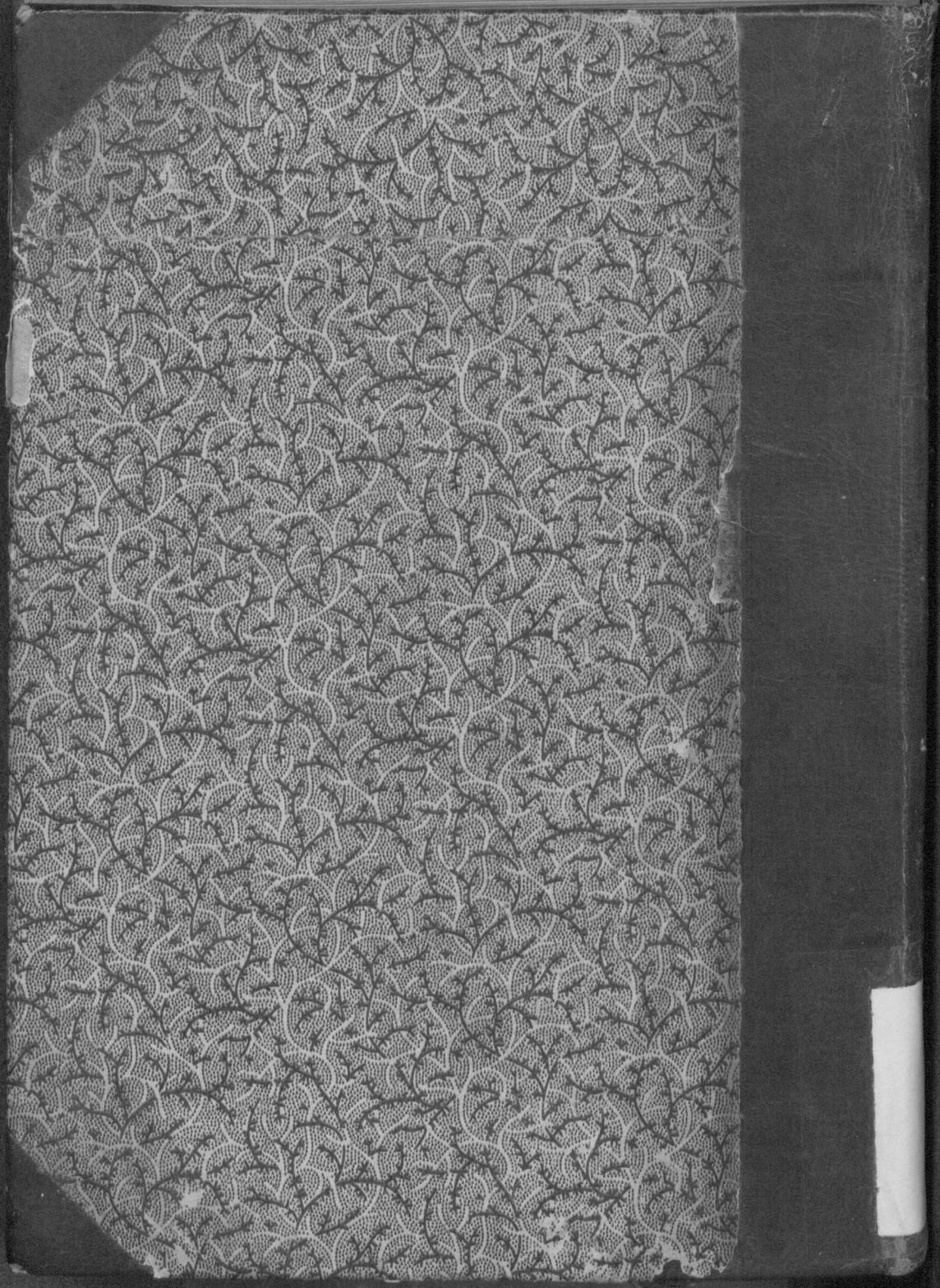












G 59074

JOMINI
OMBINA
DE LA
GUERRA